JOSÉ ANTONIO LUCERO

LA MAESTRA

La maestra

José Antonio Lucero

Tendría que decírtelo más veces, por eso te lo digo delante de todo el que abra este libro: Te quiero, papá

Dado el régimen legal de provisión de estas Escuelas, se trataba casi siempre de muchachas en la flor de la vida, que acababan de ganar una reñida oposición. Su juventud, su inexperiencia, por consiguiente; la incomprensión que las rodeaba, la ausencia del más elemental confort, y la tremenda soledad, sobre todo, en que vivían, me impresionaba hasta la compasión.

JULIA GARCÍA FERNÁNDEZ-CASTAÑÓN, *Diario de una maestrita rural*, 1955

La atención que merecen los problemas de enseñanza, tan vitales para el progreso de los pueblos, quedaría esterilizada si previamente no se efectuase una labor depuradora en el personal que tiene a su cargo una misión tan importante como la pedagógica.

Decreto número 66 del 8 de noviembre de 1936, Boletín Oficial del Estado franquista

Comisión Depuradora del Magisterio Primario de Sevilla, mayo de 1939

En realidad, morimos muchas veces antes de que llegue la hora de la muerte. Basta con la memoria errante de un daño irreparable, con el luto prolongado de un vestuario oscuro o con las regiones fingidas de un nunca o de un jamás.

Todo eso nos mata, poco a poco.

—¿Señorita Eulalia Morales?

Los verdugos son tres hombres. Solo uno de ellos, el de la izquierda, la mira con algo de humanidad, una humanidad vidriosa, quebradiza. Ella, de pie, lo observa: lleva bigotito y el pelo refinado de quien se asea cada mañana con la pulcritud de un marqués. «Quizá lo sea, marqués, conde, aristócrata», piensa Lali mientras se mantiene parada frente a ellos como la mujer de Lot, a punto de quedar petrificada.

—Sí, soy yo —asiente.

El que le ha preguntado es el tipo del centro de la mesa —ceñudo, perfil aguileño, cigarrillo en equilibrio sobre el labio inferior—, aquel que preside la comisión depuradora y cuya firma, con el vaivén de una cáscara de nuez, rubricaba el pliego de cargos con el que le notificaron aquellas acusaciones infundadas.

PLIEGO DE CARGOS que la Comisión Depuradora D) hace a la maestra nacional Eulalia Morales Román, y que deberá contestar en el plazo improrrogable de diez días naturales:

Cargo 1. Irreligiosidad manifiesta.

Cargo 2. Simpatizante de partidos del llamado Frente Popular.

Cargo 3. Desafección al Movimiento Nacional.

En Sevilla, a 29 de noviembre de 1937, II Año Triunfal,

EL PRESIDENTE

No le hicieron falta diez días. Le bastó solo con un par para presentar una contestación minuciosa y fundamentada, un escrito de

descargo de decenas de páginas en las que mencionó, con su letra pulcra de colegio de monjas, su educación religiosa, su respeto a la ley, fuera cual fuese, su amor por la educación.

—Sabe por qué está aquí, ¿no? —insiste el presidente de la comisión.

No responde. Con el rabillo del ojo observa al tipo de la derecha. Fuma un cigarrillo mientras hojea con gesto desinteresado las decenas de páginas que componen su expediente de depuración —algunas manuscritas, otras mecanografiadas—, y que abren a Lali en canal, como una autopsia.

Ha intentado saber, pero no ha sabido, el nombre de quienes firman los documentos de acusación, aquellos informantes a los que la comisión depuradora ha preguntado sobre su labor como maestra y cuya denuncia, en la mayoría de las ocasiones, no tiene mayor solidez que un suelo de barro: hipótesis, comentarios de oídas, un dicen que, un he oído por ahí. Supone que entre esos nombres estará el de don Saturnino, el párroco del pueblo, e imagina que también el de Puri o el de Javier, padres de sus alumnos con los que tuvo algún que otro rifirrafe antes de que la guerra cayera sobre la sierra de Cádiz como un yunque.

Eso sí, tenía la esperanza de que entre esos informes estuviesen también los nombres de muchos otros padres y madres, aquellos, como Concha, Merchi o Marcial, con los que compartió cosas maravillosas en su primer destino como maestra. Las caras ávidas por aprender de sus zagales, la letra torpe de los que no sabían escribir, los versos de Machado resonando en sus boquitas, las asambleas, las cuentas matemáticas que sumaban o restaban fanegas del campo, las obras teatrales, las salidas para buscar hojas en otoño… Todo aquello en lo que ella se dejó la piel para que los hijos de los campesinos, de los yunteros, de los desheredados tuviesen al menos una oportunidad.

Pero sabe que no, que a ellos no les han preguntado.

—Conteste cuando se le pide, señorita.

Los tres hombres la miran trazando con sus ojos la trayectoria de un cometa. Lali se apresura a disculparse, «Sí, lo siento». Acto seguido, el tipo de la derecha le ofrece el expediente al presidente de la mesa,

que, también con gesto apático, como desganado, vuelve a darle una rápida hojeada.

Entre ellos baila el humo de sus cigarrillos, que se contonea hasta perderse sobre una pared blanca coronada, como un retablo, por los retratos de Franco y de José Antonio.

—Esta comisión está lista para dictar sentencia sobre su expediente de depuración, señorita —le anuncia el presidente con una voz grave y gripada.

Lali levanta la vista y mira a todos los hombres; a los tres de la comisión y a los que aguardan congelados desde los retratos, a Franco, a José Antonio.

—¿Está lista? —le pregunta el tipo del bigotito, el único que le dedicó un gesto cortés cuando entró a esta sala de la Audiencia Provincial de Sevilla.

Su padre se lo dijo una vez: «Que la dignidad sea lo último que pierdas».

—Sí —asiente con firmeza mientras oculta las manos para que no la vean temblar.

El presidente de la mesa busca en el expediente el último de los documentos que lo componen, el que consigna el dictamen que Lali lleva tanto tiempo aguardando. Tras localizarlo, el tipo da una calada a su cigarrillo y se dispone a leer. Su voz suena como debía hacerlo la de Dios cuando se dirigía al pueblo de los escogidos.

—Pues bien, resultando de los cargos imputados y del pliego de descargos que la maestra presentó, tras estudiar a fondo el sumario y ampliar la información por todos los medios al alcance de esta comisión, tenemos a bien emitir el siguiente dictamen en el expediente de la maestra Eulalia Morales Román, proponiendo, por unanimidad, la revocación de su título de Magisterio expedido por la Escuela Normal de Sevilla, y su inhabilitación para la prestación del servicio de magisterio.

El tiempo se detiene en la dilatación de un suspiro.

No puede ser.

Le tiemblan las rodillas. La cadera, la verticalidad de su espalda.

Tenía la esperanza.

Hace un esfuerzo por mantenerse erguida, por contener una cascada.

No. No.

—La interpelada podrá presentar recurso ante la Comisión Superior Dictaminadora de Expedientes de Depuración en el plazo de diez días hábiles —continúa el presidente.

Pero Lali ya no puede oírlo.

—¿Lo ha entendido, señorita?

Tras unos segundos, asiente con un temblor mortecino. Mientras, observa cómo el presidente de la mesa cierra el expediente y lo deja a un lado, bocabajo.

Lali lo observa. Ella también está bocabajo. Lo estará muchos años.

—Pero no se esfuerce mucho con el recurso, Eulalia —dice de pronto el hombre de la derecha—. En ningún caso la Comisión Superior de Madrid ha dictaminado en contra de las comisiones provinciales.

El humo de sus cigarrillos continúa bailando frente a ellos, ingrávido, provocador.

—Haga su vida. Se ha casado, ¿no? —le pregunta el de la izquierda, poniéndose en pie e invitándola a abandonar la sala—. Tenga hijos y procure educarlos en la fe. Así podrá expiar su culpa.

Su culpa. Lali todavía no entiende qué culpa tiene, qué pecado ha cometido.

Y estalla, al fin, con los pies plantados sobre el pavimento, como un árbol.

—¡No es justo! —grita. Le palpitan en la sien, en el cuello, las venas que llevan su sangre al corazón.

Pero no lo sabrá durante mucho tiempo. Qué ha hecho. Por qué ella.

—Dé gracias, señorita, de que España le dé la oportunidad de rehacer su vida fuera del magisterio —le recrimina el presidente de la mesa con un gesto desagriado en la mano, pidiéndole que se marche.

Y sí, vivirá su vida; será una esposa modelo, tendrá hijos, irá a misa de doce y bailará en la *velá* de Santa Ana y en la Feria de Abril.

—Otras como usted no han tenido tanta suerte —añade.

Pasarán más de treinta años hasta que vuelva a intentar recuperar

aquello que le han arrebatado.

Primera parte

Una sustitución

1

Sevilla, abril de 1972

Lali siempre lo ha sabido. Enseñar es, en esencia, como encender un fuego.

—Imagina, Reyita —le pide a la niña con una mirada pícara y juguetona—, que las matemáticas son un delicioso pastel de chocolate.

La pequeña Reyes levanta la vista de su cuaderno de espiral y observa a la mujer arrugando el entrecejo. Luego, durante unos segundos, hace un esfuerzo por entender esa extraña analogía, hasta que desiste:

—¿Cómo que un pastel, seño?

Lali asiente. «Un pastel —se repite la niña para sí—, un pastel de chocolate». Como si pudiese llegar a comprenderlo a fuerza de saborearlo en la punta de la lengua, de hacerlo bailar entre sus dientes como un caramelo. Pero, tras un resoplido, añade:

—Seño, de verdad, que no lo veo.

La niña llama a Lali así, «seño», aunque Lali no es en realidad su maestra, sino alguien que, desde hace unos días, la ayuda por las tardes con las tareas escolares de su exigente colegio privado.

—Me dieron buenas referencias de usted —le dijo Esther, la madre de Reyes, tras descartar a varias candidatas.

Lali asintió ante la mujer —pelo recogido en un moño, oro asomando tras el prudente escote de su vestido, apellido compuesto— convencida de que Esther había debido de hablar con Maripili, la madre de aquel chico que, gracias a ella, obró el milagro de aprobar octavo.

—Mi Reyes es una niña muy inteligente —continuó la madre mientras acariciaba la cabellera de su hija—. Pero se despista y se va a las musarañas. Además, ha hecho la comunión y ha estado un poquito nerviosa. Ya sabe cómo son los niños.

Sí, Lali sabía bien cómo eran los niños, de qué forma entrar en esas mentes que a veces parecían guardar en su interior el laberinto de un

minotauro hambriento.

La mujer continuó, jactanciosa:

—La niña va para médico, ¿sabe usted? Pero se le atascan las matemáticas.

Al oír esa palabra, «matemáticas», Reyes contuvo un gesto de burla que solo Lali fue capaz de apreciar. La pequeña llevaba uniforme de falda a cuadros, crucifijo y un lazo perfecto sobre cada una de sus dos graciosas coletas.

—Así que vas para médico, ¿no, Reyita? —le preguntó Lali.

La niña levantó la mirada hacia la mujer; una mirada inocente e ingenua que, como la de cada niño, escondía el secreto de la humanidad.

—Sí, seño —respondió con timidez tras el empujoncito de su madre que la obligó a responder.

Las mujeres rieron ante ese «seño» espontáneo, y quizá por eso la madre pasó por alto que Lali, sin haber mediado conformidad, llamara a su hija con el diminutivo propio de una gitanilla del barrio de Triana.

—Pues, venga, no se hable más —zanjó Esther al fin convencida—. ¿Cuándo puede empezar, Eulalia?

Ahora, en esta sala habilitada para el estudio de la pequeña Reyes, Lali hace a un lado el cuaderno de su pupila, lleno de cuentas y números con la preciosa caligrafía de colegio de monjas, y le pide a la niña que se ponga en pie:

—Olvídate del cuaderno, del lápiz y de la goma de borrar, Reyita. Sígueme.

Reyes la mira sorprendida. Lali coge su mano y la guía hacia la puerta de la sala de estudio. Luego atraviesan otro largo pasillo hasta la cocina.

No hay nadie en casa, como cada tarde.

—¿Vamos a merendar, seño? —pregunta Reyes intrigada—. Mi madre no me deja.

Lali abre la nevera y rebusca entre sus estantes.

—¿Tenéis chocolate en casa?

Tras unos segundos, lanza un «¡Ajá!» mientras saca de uno de los

estantes una fuente de cristal que guarda en su interior un par de torrijas que han debido de sobrarle a la familia en el postre.

—Las torrijas también nos valen.

Reyes mira a la fuente con la fascinación de quien está a punto de hacer algo prohibido. Su madre solo le permite comer en el postre un par de pequeñas porciones, y solo porque es tiempo de Cuaresma.

—¿Vamos a comernos una torrija?

La maestra la mira con otra sonrisa pícara, un gesto infantil impropio, desubicado —o al menos que nadie esperaría— en una mujer de sesenta años.

—Si tú no se lo dices a tu madre, yo tampoco, ¿vale? —le pregunta mientras saca de entre los estantes un par de platos y varios cubiertos.

Reyes asiente sin saber muy bien qué extraño trato le ofrece la maestra.

—Pero, antes, déjame explicarte qué son en realidad las matemáticas, ¿de acuerdo?

Finalmente, Lali retira la tapa de cristal de la fuente, liberando el aroma a canela y a miel, y, ayudándose de un tenedor, saca con cuidado una de las torrijas para depositarla sobre el plato.

Más que torrijas, parece manipular un peligroso material químico.

—Como te decía, Reyita, solo tienes que imaginar que las matemáticas son como una deliciosa torrija. Obsérvala bien. Para que nos salga de esta forma, jugosa y esponjosa, debemos añadir meticulosamente los ingredientes a fin de lograr la receta perfecta. Pues bien, en matemáticas, los números son como los ingredientes de nuestra torrija. Ya sabes, el pan, la leche, el azúcar, la canela… Sumándolos y restándolos, multiplicándolos o dividiéndolos, podemos obtener diferentes sabores y texturas. ¿Lo entiendes, tesoro?

Reyes asiente, fascinada por la sorprendente lección de la maestra.

—Creo que sí, seño.

Cuando Lali preparó sus oposiciones a maestra, que aprobó algunos años antes de la guerra, presentó una memoria pedagógica —en la que citó a Ángel Llorca, a Maria Montessori o a Georg Kerschensteiner— repleta de actividades como esta.

—Ahí no termina la cosa, Reyita —continúa la maestra—. Tenemos

los ingredientes, pero ¿cómo los mezclamos? Si lo hacemos al tuntún, nos puede salir un churro, ¿no?

Mira a Reyes y se ríe con otro gesto infantil.

—¡Claro! —exclama la niña riendo con ella—. Como cuando mi mamá y yo hicimos un bizcocho y se nos olvidó echarle levadura, ¿no?

—¡Así es! —asiente Lali, que trocea un par de porciones de la torrija —. Necesitamos unas instrucciones precisas que nos guíen, ¿sabes?

Luego le ofrece una porción a la pequeña, que no tarda un segundo en llevarse a la boca y masticar a toda velocidad.

—¡Qué rica! —exclama con la boca llena.

—En matemáticas, esas instrucciones son las fórmulas. Las fórmulas son las recetas que nos ayudan a seguir los pasos correctos para cocinar una torrija deliciosa como esta. Ya sabes, cortar las rebanadas, calentar la leche con el azúcar, espolvorear la canela, batir los huevos…

Cuando era maestra en su escuela rural, Lali solía llevar a clase cualquier cosa que ayudara a sus alumnos a comprender mejor la lección. Un día era un postre de leche frita; otro, gazpacho serrano, y otro, una esportilla de mimbre con algunos aparejos del campo. No tenía más remedio que improvisar algo así cada semana. Por muchos libros que hubiera, apenas un puñado de aquellos chiquillos sabían leer y escribir.

—Todo lo que nos rodea está hecho de matemáticas, Reyita — prosigue mientras, porción a porción, la niña y ella van acabando con la torrija—. A ti te forman millones de células, y en tu cuerpo está la receta con la que tus padres te hicieron. Y el aire que respiramos también está hecho de pequeñas partículas que, sumadas, crean la fórmula que nos permite respirar. Las matemáticas no son cuentas ni tediosas tablas para multiplicar o dividir. Las matemáticas lo explican todo.

Reyes guarda silencio, absorta, mientras posa la mirada sobre el plato vacío en el que solo ha quedado un rastro de miel.

Hasta que, al fin, la idea prende.

—¡Ya lo entiendo, seño! —exclama con el rostro iluminado y unos

preciosos hoyuelos mientras busca los ojos de la maestra—. ¡Sumar, restar o multiplicar es como hacer un postre!

Y esa mirada.

—¡Eso es, Reyita!

La mirada que Lali ha visto tantas veces, la que enciende en un par de ojitos diminutos el amor por aprender.

—¡Lo has entendido! —la felicita chocando sus manos.

Ese amor que, sabe Lali, nunca podrá nadie arrebatarle a la pequeña, aunque sea pobre, rica, tenga o no tenga algo que llevarse a la boca.

—Ya verás como ahora te gustan las matemáticas, Reyita.

Esa mirada que Lali fue capaz de despertar en sus alumnos de la sierra, en el pequeño Juanito, en Dolores, en Azucena, en los hijos de campesinos y jornaleros que acudían a sus clases con el entusiasmo de quien asiste a un espectáculo de magia.

Los recuerda, de pronto:

«¿A que no sabéis que las patatas vienen de América?».

Pedrito, José, Pascual, nombres que aún no ha olvidado.

«¿A que no sabéis que la estrella de mar puede regenerar sus brazos?».

También Roque, Joaquín, Ramón, aquellos chicos sobre los que volcó todo su entusiasmo de maestra sustituta, recién salida de la Escuela Normal de Maestras de Sevilla.

«¿A que no sabéis que el Sol no es más que una estrella que vemos muy de cerca?».

Nombres sobre los que escribía largo y tendido en su diario de sesiones. «Hoy, Paquito ha venido a clase sin haber probado bocado y le he dado mi manzana». «Hoy, Josefa ha aprendido a escribir su nombre, al fin».

Aquel tiempo en el que pensaba, con el convencimiento del que ha tenido una revelación mariana, que la educación era el arma más poderosa para cambiar España.

—Pues venga, seño, volvamos al despacho, ¡que ahora sí me van a salir las cuentas! —exclama Reyita.

Aquel tiempo en que lo pensaba.

—¡Vamos, tesoro!
Tan lejano.

2

Al final, cada uno hace lo que puede con su pasado. Casi todo el mundo, lo único que se puede, en realidad. Sobrevivir a él. Lali lo ha intentado de muchas formas hasta comprender, con el paso de los años, que no puede huir de lo que mejor sabe hacer en el mundo: dar clase, enseñar, sea donde fuere, en un aula o en la mesa de una casa de postín a doscientas pesetas la hora.

—Habría tenido que pedir quinientas, pero ya sabes cómo soy —le confesó a su marido.

Sí, Clemente, su marido, sabía cómo era, por eso no fue capaz de recriminarle que su sabiduría valía mucho más que aquellas doscientas míseras pesetas, lo mismo que habría cobrado con una escoba en la mano.

Cae la tarde. Un par de autobuses urbanos separan la vivienda de Lali —un piso pequeño de la zona de la Macarena, al norte de la ciudad— de los Remedios, el barrio adonde acude a dar clases particulares a la pequeña Reyes. Todavía lleva en la boca el gusto de la torrija, que seguro no preparó Esther, la madre de la pequeña, sino alguna repostera del barrio.

Una mujer y su hijo se le acercan:

—¿Ha pasado ya el autobús, señora? —le pregunta la madre, que llega jadeando a la marquesina y tira del brazo de su hijo.

Lali niega con la cabeza. Lleva varios minutos esperando el primer autobús que debe tomar por la tarde. La mujer, conforme con la respuesta, se sitúa tras ella y resopla. Lali mira curiosa al niño, que corretea haciendo volar un cochecito diminuto.

—Luisito, ten cuidado, que ya llega el autobús.

El niño hace zigzag con el juguete y lo posa sobre cada superficie como si lo enfrentara a una curva peligrosa. Hasta que su madre, ante la cercanía del urbano —que ya se ve al final de la calle, tomando una curva para afrontar la avenida de la República Argentina—, vuelve a llamarlo al orden.

—¡Venga, Luis, deja de jugar, por Dios bendito!

El pequeño estira el cuello y advierte la llegada del vehículo azul

con una mueca de sorpresa. Al colocarse en la fila de la marquesina, sus ojillos, un par de canicas color verde oliva, se encuentran con los de Lali, que se ha resguardado del sol.

Un sol grande y entusiasmado.

—Te gustan los coches, ¿no, Luisito? —le sonríe.

El niño asiente, ruborizado. Segundos después, el autobús exhala y frena chirriando frente a la marquesina. Este es el primero que Lali debe tomar. Cruza el río por el puente de los Remedios, que desde que lo abrieron hace algunos años alivia el tráfico del puente de Triana. El propio Generalísimo lo inauguró entre vítores en una calurosa mañana de junio. Clemente fue a verlo.

—Franco está ya para que le dé un jamacuco —exclamó su marido al volver a casa tras acudir a la inauguración del puente.

Lali llega a casa más de una hora después. No sabe cómo, pero siempre se fija en ellos, en los Luisitos, en esos niños pequeños que suelen pasar desapercibidos para los adultos, como si en el mundo no fueran más que figurantes. Rebusca en su bolso hasta encontrar las llaves y acciona la cerradura para entrar en casa.

Lanza el mismo grito de cada noche:

—¡Ya estoy aquí!

Luego atraviesa un corto pasillo con estampas familiares, macramé y paisajes marineros, hasta asomar al salón del pequeño piso familiar. Allí la espera Clemente, que se pone en pie para recibir a su mujer.

—¡Buenas noches, cariño!

Hace mucho tiempo Clemente le dijo que, si fuera necesario, iría a buscarla al fin del mundo, pero el fin del mundo no ha llegado todavía. Y quizá por eso, a pesar del tiempo transcurrido —treinta y cinco años, ocho meses y tres días—, aún parece tener la necesidad de ganarse su corazón.

Ganarse su corazón.

—¿Cómo ha ido la tarde, Lali? Ven, deja que te dé un beso.

Los labios de ambos se encuentran, discretos, prudentes.

—Uf, qué cansada estoy, Cleme —resopla ella mientras se deshace de la rebeca de punto con la que sintió algo de fresco por la mañana y un calor sofocante al mediodía.

—¿Qué tal esa chiquilla?

La casa está en silencio. Hace tiempo que volaron los hijos, y los nietos solo vienen los fines de semana.

—Es una niña lista, pero confía poco en sí misma —responde mientras se sienta en el sofá frente a la tele que pagaron a plazos—. Por eso se bloquea y cuesta tanto enseñarle. Creo que sus padres la presionan mucho, y eso le genera inseguridad. Pobrecita, con nueve años.

Él lanza un bufido, socarrón.

—Los nueve años de los niños de ahora no son los nuestros, Lali. Ahora, los niños tienen muchas comodidades.

Su esposa ríe para sí.

—Ya las quisiera haber tenido yo, Clemente.

—¿El qué?

Ella le busca la mirada con una media sonrisa mordaz.

—Pues esas comodidades, *miarma*. Qué va a ser.

A los nueve, Lali tuvo que criar a su hermana Isabelita mientras aprendía a leer, tozuda, bajo la luz clandestina de una vela nocturna.

Los de él fueron la siembra, la siega y el cuidado de las vacas que le lanzaban coces cuando se excedía con sus ubres. Y, luego, las arengas de una España que se rompía, el brazo, la camisa abierta.

—¿Y a ti, cómo te ha ido la tarde, Cleme?

Él también resopla —porque cada uno juega a llevar una cruz— mientras se sienta junto a ella en el sofá.

—Bien, pero ¡buf! Ya empieza a hacer calor en el hospital, ¿sabes?

Lali asiente. Sí, el sol de la primavera aprieta este año con fuerza. Suerte que en el piso de Reyes tienen uno de esos modernos ventiladores de marca americana, con un zumbido, eso sí, que las acompañó toda la tarde como si una bandada de aves revoloteara sobre ellas.

—Ya sabes, cuando en marzo mayea…

Lali no suele acabar los refranes, porque supone que su interlocutor ya conoce el final. Clemente asiente. Es celador en el hospital de las Cinco Llagas, en el barrio de la Macarena. No hay nadie en toda la plantilla de sanitarios que conozca el hospital como él. Comenzó a

trabajar allí en la posguerra, cuando el joven matrimonio se instaló en Sevilla tras una boda austera y apresurada.

Rumores que nunca nadie pudo contrastar.

—¿Qué hay de cena? —le pregunta él tras un silencio.

—Dejé hecha la sopa de verduras —contesta Lali poniéndose en pie.

Ella se dirige hacia la cocina mientras él contempla cómo se pierde tras la puerta el contoneo cadencioso de sus caderas. Minutos después, la mujer vuelve al salón haciendo equilibrio con un par de cuencos sobre los que bailotean los trozos de zanahoria y patata. Al verla, su marido aparta el mantel de croché de la mesa y, antes de volver a sentarse, enciende el televisor para sintonizar Televisión Española.

Es la coreografía de cada noche —el mantel, la sopa, la tele—, la de un amor con los años civilizado, con recibos de deudas y escenas de sofá.

«A continuación, la actualidad de España…», anuncia Jesús Hermida, el presentador del programa *24 horas*.

A Lali no le cae demasiado bien. Tiene algo, un no sé qué, de comediante.

—¡Pero no lo pongas tan alto, *miarma*! —le recrimina ella dándole una palmada en la espalda—. Que no estamos sordos todavía.

Él se apresura a ponerse en pie para bajar el volumen. De vuelta al sofá, se lleva la mano al oído, en un gesto teatral: —¿Qu-qué has dicho? —bromea con voz trémula—. ¡N-no te oigo!

—Que mejor así —responde Lali conteniendo una carcajada—. No hace falta ponerlo al máximo, hombre.

Clemente asiente y la mira como tantas veces la ha mirado, embelesado por esa forma suya de sonreír.

—Ríes como deben de reír los ángeles —le dijo una vez, hace muchos años.

Porque Lali era una joven capaz de iluminar la noche con la curva de sus labios.

—¡Un Borbón en la familia de Franco! —exclama el presentador con su voz cálida y melosa—. La boda entre Alfonso de Borbón y Dampierre, nieto de Alfonso XIII, y Carmen Martínez-Burdiú, nieta del Generalísimo, estrecha la alianza entre el Régimen y la Casa Real —

añade.

Lali chasquea la lengua mientras contemplan las imágenes del enlace matrimonial por televisión. La nieta, hermosísima, y él con ese porte que solo tienen los reyes y los enterradores.

—¿Alianza? Que se lo digan al pobre don Juan, que entre Franco y Juan Carlos le han saltado por encima —exclama la maestra.

La pareja acostumbra a comentar las noticias del informativo de la noche mientras cenan, lo que a veces deriva en acalorados debates en los que al final siempre suele ganar Lali.

—Franco sabrá, querida…

Ella se limita a esbozar un bufido, contrariada. Le sigue un puñado de palabras sin un argumento demasiado elaborado.

—¿Qué va a saber ese carcamal?

Clemente mira a Lali, irónico. Le divierte su lado cascarrabias. Cómo se ha convertido en su madre, Mercedes, con esa forma de arrugar la nariz cuando algo la contraría.

—¿De qué te ríes? —le pregunta ella.

El matrimonio podría comenzar ahora otro de esos debates con los que suelen dejar a un lado las noticias para centrarse en los argumentos de uno y de otro. Los de Lali, argumentos libres, sin la coacción propia de la calle —porque en su casa y en las aulas son los únicos espacios en los que ha podido ser soberana de sus palabras—. Los de él, argumentos en pro de la reconciliación, una mano derecha por encima de la izquierda, hay que mirar al futuro de España, y cosas así.

La pareja podría debatirlo, pero, de pronto, el timbre de la puerta los acalla; un ring, ring desgarrado que a Lali siempre le ha recordado al canto de la cigarra.

Se miran.

—¿Quién puede ser a estas horas? —pregunta él extrañado.

Lali es la primera en ponerse en pie.

—No sé, voy a mirar.

Se dirige a la puerta y se asoma a la mirilla.

—¿Hola?

Jamás habría imaginado quién está al otro lado.

—¿Quién es?

Mira desde el pequeño ojo de buey. Es una mujer joven, pelo largo y moreno, pantalón vaquero. Debe de tener la edad de Ana, la mayor de los tres hijos que el matrimonio tuvo tan de seguido, como si la paternidad fuese la carrera de los cien metros lisos.

—¡Hola!

Por fin, abre la puerta y aguarda a que sea la chica la primera en hablar.

—¿E-es usted Eulalia Morales? —pregunta.

No tiene acento de aquí.

—Sí, soy yo. ¿Puedo ayudarte en algo?

Solo la llaman Eulalia las personas que no la conocen, porque es Lali desde que tiene uso de razón. Al menos, desde aquellos primeros recuerdos que en su memoria bosquejan una infancia feliz, el correteo detrás de unos perrillos, los juegos con sus tres hermanas, aquellos «Lali, mi tesorito», en la boca de su padre, que en paz descanse.

Recuerdos que habitan un vacío deliberado.

—Disculpe que me presente en su casa de esta forma, Eulalia…

La chica huele a perfume y hace un esfuerzo vano para que no le tiemble la voz.

Luego guarda silencio, como si no supiera cómo continuar.

—Dime, ¿querías algo?

Se miran. Lali reconoce a alguien en esos ojos, pero no sabe precisar quién.

—Cr-creo que usted puede ayudarme…

Ojos rasgados, vibrantes, profundos como un océano.

—¿Ayudarte a qué? —pregunta extrañada.

No podría adivinarlo ni en un millón de años.

—A encontrar a una mujer llamada Juana Ochoa —se arranca la chica, por fin—. Era maestra, como usted.

Silencio.

Del salón viene la voz de Jesús Hermida. Su voz seductora, de locutor de radio.

—¿Cómo?

Juana Ochoa. Hacía más de treinta años que no oía ese nombre.

—Debieron de coincidir en la prisión de mujeres de Málaga, durante la guerra.

Ninguna de las dos mueve un músculo.

—¿Y por qué quieres saber de ella? —pregunta Lali extrañada.

La chica vuelve a vacilar:

—Por-porque era mi ma-madre biológica.

Otro silencio. Dos, tres segundos y, sí, Lali los reconoce, al fin.

—No puede ser…

Los ojos de Juana, aquella mirada penetrante que a veces ardía, en los de esta chica a la que, sin mediar palabra —porque no es capaz de articular alguna—, invita a pasar dentro de casa.

3

Alcalá del Valle (Cádiz), mayo de 1936

Las manos del conductor, curtidas, cuarteadas como la madera vieja, sujetan las riendas del caballo mientras, de cuando en cuando, bailan y se cruzan a modo de director de orquesta. Lali las mira, sorprendida ante esa aparente contradicción.

—Aquí se vive así, ¿saben ustedes? —explica el hombre con una voz ronca, agrietada como sus manos, y sin girar la cabeza—. Despacio.

Desde la carreta, solo José, el padre de Lali, atiende a las palabras del lugareño —con quien se encontraron en la estación, dispuesto a llevarlos al pueblo por petición del alcalde—, palabras comunes sobre la dureza del campo o sobre la cosecha.

Palabras que a Lali le suenan a novela exótica ambientada en algún lugar lejano.

—Pues en la ciudad todo el mundo va como pollo sin cabeza.

Pero este no es un lugar tan lejano, en realidad, sino Alcalá del Valle, ciento cincuenta kilómetros sierra adentro, de Sevilla a Jerez en tren y, luego, el traqueteo de la carreta atravesando una tierra de campos en ladera, terrazas de las que se levantan olivos y vides que trepan por empedrados.

Su primer destino como maestra sustituta.

—Así que su hija es la nueva maestra del pueblo, ¿no? —pregunta el conductor mientras sujeta las riendas con la delicadeza de Erik Satie.

Solo entonces, Lali —que no podía dejar de mirar el horizonte— gira la cabeza hacia él, pero no es ella quien responde, sino su padre.

—Así es, amigo. Maestra. Quién nos lo iba a decir.

José arquea su bigote con la misma sonrisa con la que bajó a la tasca hace unas semanas a decirle a todo el mundo que su hija había aprobado la oposición. Entonces hubo vítores, cánticos que Lali oyó desde el ventanuco de casa.

—Vengo a hacer una sustitución —contesta ella decidida; que no parezca nerviosa ni novata—. Por lo visto, la titular ha tenido un accidente.

El conductor asiente y vuelve la vista hacia el camino para corregir la trayectoria de su caballo con un grito seco, un «¡Jía!» que, sorprendentemente, consigue el efecto deseado. El caballo, un podenco flaco y pardo, regresa al sendero del que se había desviado con el tintineo melodioso de los cascabeles que le cuelgan del arnés.

Sobre las cabezas de todos hay un ardiente sol primaveral.

—Pues espero que tenga mejor suerte que aquella, señorita.

El conductor busca a Lali con la mirada y un gesto obtuso, apretando los ojos y adecuándose el sombrero de paja sobre la frente.

Padre e hija se miran extrañados.

—¿Qué le ocurrió? —pregunta el primero agarrándose a una de las paredes de la carreta para incorporarse sobre la caja de fruta que le sirve de asiento.

—Pues nada, que la *gachí* estaba pintando la escuela y por lo visto se le resbaló el pie de la escalera.

Lali contiene un gesto de lamento, cariacontecida. Piensa que bien podría haber sido ella. No es una chica a la que le den miedo las alturas ni que tema remangarse la falda para saltar una cornisa, pintar un techo o encalar una pared.

—¿Sabe si es grave? —le pregunta al conductor.

—¿Grave? No sé. Pero dicen que el tobillo de la maestra parecía un higo chumbo. —Suelta las riendas para hacer el gesto de sostener una pelota invisible—. Ya sabe, así de gordo. Dicen que se le partió la pierna.

—Ay, pobrecita.

Sí, Lali se lamenta del accidente, pero, por otra parte, esos tres escalones por encima del suelo, ese resbalón fortuito, la han llevado a su primer destino de interinidad. Y, aunque nunca le habría deseado nada así a una compañera, no pudo evitar los saltos de alegría ni los abrazos con la familia cuando recibió la carta instándola a incorporarse inmediatamente a Alcalá del Valle.

En el horizonte se dibuja de pronto la silueta de un campanario. Luego, enclavado en un valle campestre, viene todo lo demás: la cal blanca de las fachadas, con su resplandor blanquecino; las tejas coloreadas; las copas de algunos árboles frondosos.

Sonríe. Tanto tiempo ansiando su primer destino y ahí está, delante, acercándose a ella al trote lento y cadencioso de un caballo flaco.

—Su hija es muy jovencita, ¿no? —le pregunta el conductor a José, buscando la complicidad de este mientras la chica mira el paisaje—. Se la van a comer los chiquillos, me *paje* a mí.

Parece haberle dado igual que Lali lo haya oído, como si aquello fuese un secreto a voces, que una chica joven y menuda no puede tomar las riendas de una clase como quien conduce una carreta por un camino empedrado.

—¿Mi hija? Ya le digo yo que es de armas tomar, aunque no lo parezca —responde José con tono socarrón.

Y le guiña un ojo a Lali, su ojo derecho, el vago, a sabiendas de que ella se lo ha dicho muchas veces.

—Que las mujeres no somos seres indefensos, padre.

Lali lo oyó por primera vez en la Escuela Normal. Esas chicas peinadas a lo *garçon* que leían a Virginia Woolf y que discutían con los profesores con referencias a nombres que ella nunca había oído, como Emmeline Pankhurst, Ella Young, Maria Montessori. Y esas consignas sufragistas, esas llamadas a la revolución educativa que ella oía mientras, diligente, tomaba tantos apuntes como su mano —y ese dichoso callo que le había salido en el dedo corazón— le permitía. Tantos, y tan rápido, que luego llegaba a casa y, al repasarlos, a veces no era capaz de descifrar palabra.

—Papá, a ver si tú sabes decirme qué pone aquí: ¿Elizabeth Hollomay o Holloway?

No le preguntaba a su madre, porque esta, la Mercedes, no sabía leer ni escribir.

—Creo que Holloway, tesoro —decía José achinando los ojos ante el trazo confuso que su hija bosquejaba en el bloc de notas.

Al oír la fanfarronería del conductor, Lali arruga el entrecejo y se dispone a responder como lo haría alguna de sus compañeras de clase.

—El respeto de los niños se gana con mucho más que con la apariencia física, caballero —contesta otra vez con la osadía de un personaje de Dickens—. Educar es cosa del corazón, ¿sabe?

«Chapó», habría dicho Agustina, su maestra en la Escuela Normal,

firme defensora del regeneracionismo educativo. Pero el conductor chasquea la lengua.

—Las mulas y los niños aprenden igual, señorita. ¿Sabe cómo? A palos —rebate visiblemente decepcionado—. Palos. Palos es lo que debe usted dar.

Luego arenga a su caballo con otro «¡Jía!» y, con la vista en el camino, masculla alguna frase entre dientes, quizá contra Lali y sus ideas extrañas de maestra de ciudad.

Ideas —corazón, educación, respeto— de las que también hablaba esa otra docente que, hace unos días, se cayó de una escalera mientras pintaba la fachada de la escuela.

Unos chiquillos corretean por los adoquines de la plaza del Ayuntamiento, saltando sobre las macetas y plantas enredaderas con la destreza de un saltimbanqui.

—¡A que no me pillas!

Aquí, en el pueblo, el sol del camino parece darles una tregua, quizá porque, como dicen los lugareños, el valle tiene su propio clima, como si Alcalá fuese ajena a cuanto se barrunta desde la sierra o desde la costa, con sus tormentas de primavera, sus vientos de levante o de poniente y su sol poderoso.

—¡Qué lentorro eres!

El rumor de sus risas le llega a Lali algunos minutos antes de que la carreta asome a la plaza, donde el alcalde los espera bajo la sombra de un naranjo.

—¡Buenas tardes! ¿Qué tal el viaje?

No lo ve hasta que lo tiene a un palmo, ensimismada en los juegos de los niños.

—Me llamo Cándido y soy el alcalde del pueblo —se presenta.

Es un hombre enjuto, de amplia sonrisa, pelo cano y dos enormes cejas bajo una mirada arrebujada. Agricultor y socialista.

—¡No sabe cuánto la estamos esperando! —exclama con una voz cantarina.

Y, para sorpresa de Lali, el alcalde hace muchas cosas a la vez: quitarse la mascota que lleva por sombrero y alargar la mano para

saludar a los recién llegados, ayudar a que la chica se apee de la carreta y, por último, dirigirse con un cabeceo al conductor para agradecerle su servicio.

Lali pone los pies en el adoquinado y se sacude el polvo del camino con un vuelo breve del bajo de su falda. Luego levanta la vista, conteniendo una risita nerviosa.

—Yo soy Eulalia —se presenta sin que pueda evitar que se le arrugue la comisura de los labios y se le entrevea uno de sus hoyuelos, el del carrillo izquierdo—. Encantada.

Vuelven a encontrarse en un apretón.

—¡Qué guapa la nueva maestra, caray!

El alcalde lanza una risotada jocosa y, tras ella, otra retahíla de gestos nerviosos, un «Síganme por aquí que les enseño la escuela» mientras da unos pasos pequeños y rápidos; un «Déjame llevarte el maletín, Eulalia, que estarás cansada», con el que intenta ayudar a la chica, sin éxito.

—No se preocupe, puedo yo sola —responde ella sujetando con fuerza el asidero del maletín en el que guarda el título de maestra, su programación didáctica y un par de lecturas que, espera, le duren para al menos quince días.

El alcalde asiente, a sabiendas, quizá, de que a las chicas jóvenes hay que tratarlas de otro modo, o eso suelen decir en los mítines los políticos que vienen de la ciudad.

Por último, le habla al conductor de la carreta.

—José Luis, recoge a don José en casa de doña Paqui al caer la tarde, ¿vale?

Este asiente y levanta la mano en una despedida breve y lacónica. Tras ello, la comitiva comienza a caminar por la plaza en dirección a una de las calles que salen de ella, como los afluentes de un río.

—Este es un pueblo tranquilo, ¿sabe, señorita? —expone el alcalde —. Hay de todo, ya me entiende. Pero vivimos bien.

Eulalia asiente sin quitar los ojos de los niños que juegan a encontrarse y perderse entre sí. Eran tres, de pelo ensortijado, descalzos, con cara de pillos.

«¿Y si son alumnos míos? ¿Y si me los encuentro mañana en la

escuela?», piensa.

Luego recuerda las palabras que lleva días ensayando frente a un espejo: «Buenos días, queridos alumnos. Soy vuestra nueva maestra, Eulalia, pero podéis llamarme Lali».

—¿Sabe cómo dirimimos aquí las diferencias, señorita? —continúa el alcalde, que les hace un gesto para que crucen de acera—. Con un buen vino al caer la tarde. Ahí no hay republicanos ni socialistas ni monárquicos. Ahí hay vecinos. Y me congratula decirle que, a diferencia de otros pueblos de la comarca, aquí no ha habido incidentes tras las elecciones de febrero.

Lali asiente. El alcalde, en realidad, suele pecar de optimista. Las elecciones de febrero del 36 lo repusieron en la alcaldía —tras haberla perdido en octubre de 1934—, pero no consiguió apaciguar los ánimos de una crisis social y agraria sin precedentes que azotaba al pueblo. Para atajarla, a Cándido no le tembló el pulso para reprimir a unos y a otros. Por ejemplo, había mandado encarcelar tanto a los labradores que rechazaban a los jornaleros que el Ayuntamiento enviaba a trabajar en las fincas como a los jornaleros de izquierdas que quebrantaron la ley al asaltar la finca de algún señorito.

Pero eso no se lo explicará a Lali. Los trapos sucios del pueblo se lavan en el río.

—Pues la cosa en Sevilla está que trina, señor —comenta José en alusión al nuevo consistorio conformado por una coalición de la Izquierda Republicana, el PSOE y los comunistas, a quienes las derechas se han opuesto con firmeza.

Lali, mientras, se mantiene en silencio. A ella no le gusta hablar de política. Mira a los niños que continúan con sus juegos. Uno de ellos, el que parece mayor, ha pillado al más pequeño y lo aprisiona entre sus manos como si se tratara de un oso, imitando el rugido y el poder indomable de sus garras.

Una carcajada viaja hacia el rostro de Lali, que le dibuja de nuevo una breve sonrisa en su comisura, avivando su hoyuelo.

—¿Señorita?

—Ah, sí, disculpe. Que aquí todo el mundo se lleva bien, ¿no?

El alcalde asiente, «Así es, requetebién», e invita a padre e hija a

que tomen una bocacalle por la que abandonan la plaza.

Un par de minutos después, y tras un callejeo sinuoso que atraviesa la mitad del pueblo, el alcalde los frena frente a una fachada en la que se lee un conciso cartel, escuela, sobre el soportal de su puerta principal.

—Hemos llegado, señorita Eulalia. ¿Qué le parece, eh?

Lali levanta la vista, embriagada por una emoción repentina. Aunque no hay nada que llame la atención en ella —es un edificio pequeño, un par de plantas bajo una techumbre de tejas coloreadas y dos filas de ventanas enrejadas— no puede contener ese escalofrío que le recorre al pensar que, durante el tiempo que tarde el tobillo de la anterior maestra en recuperarse, esta será su escuela.

«Su», con todo lo que conlleva el pronombre posesivo.

Guarda silencio y se detiene en cada detalle, hasta que cae en la cuenta de algo.

Sí, la fachada está a medio pintar.

—¿De aquí se cayó la anterior maestra? —pregunta señalando hacia la confluencia, en uno de los laterales de la fachada, de la pintura antigua —descascarillada y agrietada— y la nueva, de un blanco resplandeciente.

Cándido, el alcalde, resopla.

—¡Puf! Así es, pobre mía. Se empeñó en pintar ella sola y ya saben lo que le pasó. Parece que al menos ya puede dar algunos pasos con una muleta. Quiso continuar con sus clases a pesar de la escayola, ¿sabe? Pero, como comprenderá, señorita Eulalia, en ese estado no se puede corretear detrás de los niños traviesos. Por muy buena maestra que sea.

Buena maestra.

—Pues sí, tiene razón —responde ella mientras piensa, de pronto, si estará a la altura de una buena maestra.

—Es muy querida en el pueblo —continúa Cándido, que busca la complicidad de Lali con una mirada enterrada en sus poderosas cejas —. Y, además, muy comprometida con los valores de la escuela republicana.

Esos valores —piensa Lali— que la han acompañado durante su

graduado en la Escuela Normal y el estudio de la oposición. Esa forma de entender la educación no como un acto de caridad, sino como una inversión de futuro.

—Pues entonces creo que nos llevaremos bien —responde decidida a que en su primer destino todo el mundo sepa que ella también es una maestra implicada.

Cándido ríe para sí, con esa curiosa forma que parece tener de decir que sí con una simple risotada. Seguidamente, le propone:

—¿Le gustaría conocerla? Vive en las dependencias de la maestra titular, en la parte de atrás de la escuela. Quizá no le importe que le hagamos una visita.

Lali asiente, y el alcalde los insta a bordear el edificio para asomar a la parte trasera de la escuela, donde hay una pequeña casa anexa. Luego se para frente a una puerta estrecha y toca un par de veces con el puño. Mientras aguardan, José, que espera detrás de su hija, deja las maletas de esta sobre el pavimento y pregunta al alcalde:

—¿Y ella dónde se va a alojar?

Cándido los mira y delinea con sus cejas un gesto cortés.

—A la señorita Eulalia la alojaremos con una vecina del pueblo, doña Paqui. Se quedará en su casa lo que dure la sustitución si le parece.

Lali asiente, conforme, a sabiendas de que muchas otras maestras de escuelas rurales han tenido que dormir en los lugares más inhóspitos, como un colchón sobre la tarima de su aula o en el pajar de un agricultor.

Segundos después, se abre la puerta de la casa anexa a la escuela.

—¿Sí?

Unos ojos intensos, del azul de un manantial que nace en la serranía.

—¡Hola, Juana! Ella es Eulalia, tu sustituta.

Suena música en un gramófono. Y hay libros. De hecho, alguien le dijo una vez que una persona leyendo un libro era un libro recomendándote a una persona.

—Hola, ¿qué tal? —la saluda Juana.

Lali lo piensa, de pronto, mientras observa esa novelita de Elena Fortún —una de tantas protagonizada por la pequeña Celia—, que la maestra sostiene haciendo equilibrio con los dedos para no perder la página por la que leía, como si esa novela le hiciese los honores de la misma forma en que lo hace Cándido, el alcalde del pueblo, con su gesto de caballero antiguo.

—Eulalia, esta es Juana, la titular de nuestra escuela.

Se sonríen. Juana deja la novelita sobre una mesa auxiliar y aproxima su rostro hacia Lali, que, en lugar de hacer lo mismo, le ofrece la mano a modo de saludo. Durante varios segundos, las dos fluctúan y dudan hasta que, finalmente, con una risita inocente, acaban por darse dos besos.

—Encantada, Juana.

Juana huele a lavanda y a canela, y su acento abre las vocales al final de las palabras.

—El placer es mío, Eulalia.

Y mientras saluda a José con otros dos besos en los que esta vez no hay confusión, Lali la observa. Juana es algo mayor que ella, veintitantos quizá, pelo negro y liso, vestido de flores alegres, mirada honda y sonrisa afable.

En la pierna derecha lleva una escayola que le cubre hasta la rodilla.

—Pero no os quedéis ahí, ¡pasad! —Les hace un gesto para que atraviesen el umbral de la puerta, haciendo equilibrio con su pierna buena—. ¿Queréis tomar algo? Estaréis cansados de tanto viaje.

Con la mano libre, Juana indica a los recién llegados que accedan a la sala principal del pequeño apartamento. A pesar del poco espacio, la maestra lo ha decorado con el gusto de una vivienda burguesa. Unas sillas de enea pintadas a mano en torno a una mesa comedor; el

mueble de un gramófono bajo la ventana que da al patio y en el que suena un aria de Bach; el rincón de una pequeña cocina, y libros, varios estantes con libros que se alternan con macetas de flores y cuadros con retratos y estampas familiares.

—¡Qué bonita tienes la casa! —exclama Lali dando un rodeo con la mirada.

Siempre ha querido tener algo así, un espacio suyo, que ella pueda ataviar, moldear como al barro, un espacio para llenarlo de arte y libros más allá de la pequeña habitación de la casa familiar que todavía comparte con Isabelita, su hermana menor.

—Gracias. Es pequeño pero acogedor, ¿verdad? —responde Juana dando algunos pasos cojos, apoyada en su muleta, hasta la mesa comedor.

Por el enrejado de una ventana, con una celosía geométrica, entra un plácido sol.

De pronto, Lali siente cómo algo le roza los tobillos. Mira hacia el suelo.

Es el bibliotecario de este apartamento.

—Venga, Lucas, no seas pesado.

Un minino de pelo pardo y dos graciosas manchas blancas en el lomo serpentea ronroneando entre las piernas de la muchacha.

—Ay, este gato. ¡Venga, no molestes!

Pero Lali le hace un gesto, «No, no te preocupes», mientras se agacha para acariciar el lomo del gatito, que se arquea con la curvatura de una ola sobre la bajamar.

—Qué cariñoso eres tú, ¿no? —le pregunta rascándole bajo el mentón.

Luego, a petición de Juana, se sientan en las sillas de enea. Primero Lali, luego José, tras dejar sobre el suelo el equipaje de su hija y, por último, Cándido, que se resiste aludiendo un «No, Juana, no quisiera molestar», pero que finalmente acaba sentándose ante la insistencia de la maestra.

—Molestia ninguna, alcalde. Faltaría más.

Conforme, Juana se dirige hacia el hogar de la cocina para coger un búcaro que descansa a su lado, sobre una pequeña encimera. Luego

sirve el agua en unos vasos con la precisión de un escanciador, con un caño fino y templado. Lali se ofrece a ayudarla y sirve los vasos primero a los hombres, que aguardan sentados a la mesa con una repentina conversación sobre el tiempo de la sierra.

—¡Muchas gracias!

Luego dos, tres segundos de silencio mientras dan un trago de un agua sorprendentemente fresca.

—¿Cómo estás de tu accidente? —le pregunta Lali a la maestra señalándole la pierna escayolada.

Juana lanza un bufido, como si quisiera restarle importancia.

—¿Esto? No es nada. Ya voy a mejor, ¿sabes? —Y sonríe, poniendo en alto su pierna derecha—. Por lo menos puedo andar un poco. Pero el doctor dice que debo esperar algunas semanas, y que haga reposo absoluto. Y yo le digo, ¿algunas semanas? Pero doctor, ¿quiere que me dé un síncope aquí dentro, sin poder salir? ¿Y sin dar clase? Podrás imaginártelo, Eulalia. Yo no puedo estar quieta, como ninguna maestra.

Lali asiente comprensiva.

—Pues sí, lo siento mucho.

Pero Juana tercia el gesto con una mueca burlona.

—¡Anda ya! No te preocupes, mujer. Mira tú por dónde, nunca hay mal que por bien no venga. Mis niños van a conocerte a ti, ¿no? Seguro que eres una gran maestra.

Una gran maestra. No sabe desde cuándo ha querido serlo, porque siente que ese sueño ha estado con ella como esos angelitos de la guarda que su abuela siempre nombra, «Que el ángel de la guarda te proteja, Lali», ya que, desde que era niña y supo ponerse en pie sobre sus dos patitas, su juego favorito siempre fue el de enseñar a sus muñecas, sentarlas en fila y contarles un cuento o impartir una lección.

Hasta que llegó Isabelita y la hermana pequeña, sin rechistar, se convirtió en su primera alumna de carne y hueso.

—Gracias, seguro que yo también aprenderé mucho de ellos —acierta a responder con un ligero y repentino rubor.

Lo cierto es que no esperaba ese cumplido, a sabiendas —porque

estaba sobre aviso por sus profesores de la Normal— de que los maestros titulares no siempre han sido buenos anfitriones con sus sustitutos:

«Es como si temieran que vosotros pudieseis dejarlos en evidencia», decían.

Pero ese no parece ser el caso de Juana, que no debe de hacer mucho tiempo que se graduó, al menos a tenor de los libros que Lali observa en sus estanterías; junto a novelas y cuentos como los de Elena Fortún, hay manuales de magisterio y tratados de pedagogía actuales, citados y referenciados por sus profesores en clase.

Sí, la biblioteca de alguien comprometida con la docencia.

—¿Este es tu primer destino, Eulalia? —le pregunta mientras acaricia el lomo de Lucas, su gato, que se ha recostado sobre sus piernas.

—Sí, aunque hice las prácticas en una escuela de Sevilla —responde Lali tras dar un trago al vaso de agua—. Esa fue mi primera experiencia, pero este es mi primer destino tras haber obtenido el graduado.

Aquellas prácticas lograron que se lo creyera, al fin.

«Sí, ser maestra es lo que quieres».

Recuerda a aquellos chiquillos y piensa que jamás podrá olvidar la maravillosa inocencia con la que la escuchaban, los juegos que les proponía, las lecciones cantadas, los cuentos improvisados con esa imaginación suya curtida a base de horas de lectura bajo el naranjo del patio de vecinos.

—¿Cómo te fue la oposición?

Lali lanza un bufido.

—Uf, estuve meses en casa sin salir…, ¡pero conseguí aprobar! Eso sí, todavía no tengo plaza definitiva. No salieron muchas con todo el jaleo político que ha habido.

Juana asiente, mirándola afectuosa, sonriente, como si recordara cuando, hace no mucho, ella estaba en la misma posición que la sevillana.

—Bueno, ya llegará. Tú céntrate ahora en hacerlo lo mejor que puedas —le recomienda—. El primer destino nunca se olvida, Eulalia.

Y te aseguro que tú no olvidarás este. Son unos chicos fantásticos, ya lo verás.

Lali asiente, emocionada, y suelta un «¡Gracias!». Luego, sus ojos conectan con los de Juana durante un par de segundos, hasta que aparta la vista, ruborizada, porque a veces le da vergüenza encontrarse con la mirada de otra persona.

José rompe el silencio.

—¿Cuál fue el suyo, Juana? —le pregunta el padre de Lali, que hasta ahora aguardaba en silencio, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—¿Mi primer destino? Ay, cómo olvidarlo. Me gradué en Córdoba, mi ciudad, y di clases por primera vez en Peñarroya, otro pueblito de la sierra.

—¿Peñarroya? —interviene Cándido, el alcalde—. Pueblo minero, buena gente. Conozco a su alcalde, también socialista.

Juana asiente con un ligero meneo de la cabeza, diciéndoselo para sí, «Buena gente». Luego echa mano de la pitillera que se encuentra sobre uno de los estantes que queda a su derecha y comienza a abrirla cuidadosamente.

—¿Un cigarrillo? —ofrece.

Lali es la única que no acepta el ofrecimiento, pero observa en silencio ese ritual que ha visto tantas veces hacer, aunque solo a hombres: prender el fósforo de una cerilla, acercarse el cigarrillo a los labios y dar una honda calada.

Mira cómo lo hace Juana —que, como buena anfitriona, deja el suyo para el final—, cómo el cigarrillo pende de sus labios como si se asomara a un precipicio antes de que la lágrima de fuego entre en contacto con la columna empapelada de tabaco.

Y la oye, a Mercedes, su madre:

—Las mujeres no deberían fumar. Es cosa de hombres.

No puede dejar de mirarla, como a aquellas chicas a las que veía fumar a la salida de la Escuela Normal.

Esas peinadas a lo *garçon*.

—¿Me permites que te dé un consejo para tu primer destino, Eulalia? —le pregunta Juana de pronto tras dar la primera calada a su

cigarrillo.

—Claro, faltaría más.

El humo bailotea frente al rostro de la maestra, lento, casi ingrávido.

—Mañana, en tu primer día, sé tú misma. No finjas ser quien no eres. Como todos los maestros en nuestro primer destino, estarás llena de inseguridades y cometerás muchos errores. Yo cometí montones. Pero los chicos lo entenderán si eres honesta, créeme. Si le pones corazón. Corazón y alma, Eulalia. Alma.

Lali no sabe muy bien qué responder. Se ha quedado muda, embriagada de esa misma emoción con la que oía a aquellos profesores que las inspiraban a transformar la educación desde el pupitre de cada alumna. Ese Ángel Llorca. Esa Justa Freire. También ellos le hablaban de poner el alma al servicio de los estudiantes. También usaron la palabra «corazón», como esta maestra rural.

—Muchas gracias, Juana —responde por fin—. Siempre he querido ser maestra, y ten por seguro que lo haré. Dar lo mejor de mí. Poner todo mi empeño en que tus alumnos aprendan el tiempo que esté en mi mano.

Las maestras se sonríen. El gramófono que sonaba se queda en silencio cuando termina la melodía de música clásica que llenaba esta pequeña casita del ambiente onírico de un salón vienés.

—Por cierto, puedes llamarme Lali. Así me llaman todos desde niña —añade.

La llaman Lali porque así es como su hermana mayor, Carmina, comenzó a llamarla con esa media lengua de sus tres añitos.

La maestra cordobesa ríe bajito.

—¿Lali? Me encanta.

5

En casa de doña Paqui no suena música clásica, pero sí huele al bizcocho que la casera de Lali ha preparado para la merienda, a modo de bienvenida. De hecho, cuando la comitiva, encabezada por el alcalde Cándido y cerrada por el padre de la maestra sustituta, llega a casa de la vecina del pueblo, en este pequeño hogar de adobe y paja todavía huele a limón y a la madera ahumada del horno de leña.

—¿Doña Paqui?

Los dos toques retumban en la quietud de la tarde con un toc, toc seco.

—¿Hola?

Doña Paqui los esperaba una hora antes, pero se han entretenido en casa de Juana, que se afanó, a pesar de su escayola, en enseñarle la escuela a la sevillana.

—Soy Cándido, doña Paqui. Abra.

Sobre ellos hay un cielo anaranjado en el que, cubierto de algodón, el sol parece querer jugar al escondite.

Se abre el madero de una pesada puerta en la que no hay candado.

—Lamento el retraso —se disculpa el primer edil bajo la casapuerta —. Permítame que le presente a Eulalia, la maestra sustituta.

Lali la saluda con dos besos.

—Un placer, querida.

Es una señora menuda, el rostro surcado de arrugas, pelo cano. Alguien que, en condiciones normales, habría de tener la casa llena de hijos y nietos correteando. La realidad es otra.

—Doña Paqui enviudó hace un año y nunca pudo tener hijos —les había explicado Cándido a Lali y a su padre de camino a la casa—. Así que suele ofrecer las habitaciones libres a los recién llegados al pueblo, y le hacen compañía.

Lali asiente. De pronto, la mujer despierta en ella una profunda lástima.

—Pasad al salón, que he preparado algo para picotear.

La misma lástima que siente ahora al ver cómo se ha esforzado en cuidar la bienvenida a su nueva inquilina: horchata, garrapiñadas, una

gran chocolatera de latón y, coronando la mesa como el trofeo del ganador, el bizcocho de limón.

—¡No tendría que haberse molestado!

Piensa en cuánto habrían disfrutado de ella los hijos, los nietos que esta mujer no ha tenido, los bizcochos que no han endulzado a nadie.

—No es nada, solo quería darle la bienvenida —exclama con una sonrisa curvada que muestra el hueco de un par de dientes.

Lali le devuelve el gesto, agradecida por las molestias que su casera se ha tomado para agasajarla. Toma asiento y, aunque siente un deseo irrefrenable de probar todo lo que hay en la mesa —no ha comido desde que salieron de la estación de Jerez—, aguarda a que sean su padre o Cándido los que tomen la iniciativa.

Es algo que tiene guardado dentro desde pequeña.

—Cuando se sienta a la mesa a comer, una señorita nunca es la primera ni tampoco la última en probar bocado.

Es Cándido el que abre la veda. Extiende el brazo para coger un puñado de garrapiñadas y durante varios minutos, bajo la mirada atenta de doña Paqui, sus invitados degustan la merienda en un silencio sereno, hasta que, de repente, dos toques en la puerta de la calle rompen la quietud de la casa.

La anfitriona se pone en pie y, presta, se dirige a abrir.

—¿Quién es?

Al otro lado de la puerta aguarda José Luis, el cochero que llevó a Lali y a su padre al pueblo. Viene a por este último, como acordaron con el alcalde.

—Don José, váyase antes de que se haga de noche —le insta Cándido.

El hombre asiente. Se pone en pie y se dirige hacia su hija con la emoción contenida en el rostro. Su hija lo imita con un «¡Ay, papá!» que le sale atropellado de la boca mientras se encuentra con su padre en un abrazo fuerte.

—Escríbenos, cariño —le pide José.

En ese hueco, el que conforma el torso y los brazos anchos de su padre —espalda de guardia jurado—, Lali siempre se sintió a salvo.

—Por supuesto, papá. Todas las semanas.

No había ningún miedo que no encontrara su final en el abrazo de José.

Pero ahora, por mucho que se apriete contra él, estos miedos —estar sola, a ciento cincuenta kilómetros de casa, afrontar su primera clase y, sobre todo, estar a la altura de una maestra titular como Juana— no se alejan, como si el poder de José no tuviese cabida en la vida adulta.

Porque crecer era eso, le dijeron en una ocasión.

—Buen viaje de vuelta, papá. Besos a mamá y a las chicas.

Al despegar los rostros, José la besa en nombre de su madre —besos sonoros, trompeteros contra las mejillas— mientras Lali intenta recomponer el gesto secándose la comisura de los ojos.

—¡Adiós, Lali!

No quiere parecer demasiado afectada por la despedida, pues sabe que debe acostumbrarse a este ir y venir, a los caminos, a las escuelas rurales hasta que logre su plaza definitiva como maestra.

—¡Hasta pronto! —le grita, viéndolo marchar, sin que en realidad pueda precisar hasta cuándo será ese «Hasta pronto», si días o semanas.

Luego, con una agilidad impropia de un hombre de cincuenta, José se sube a la carreta y agita por última vez su mano mientras el caballo da unos primeros pasos azuzado por las riendas del conductor.

Su padre se pierde por la primera esquina. Tras su partida, es Cándido el que decide marcharse. Aborda a Lali, que aguardaba aún bajo la casapuerta.

—Bueno, señorita, yo también me marcho ya. Si necesita algo, solo tiene que buscarme, ¿de acuerdo? Suelo pasar el día entre el consistorio y la taberna del Rubio.

Se coloca cuidadosamente la mascota sobre su cabellera cana.

—Por supuesto, descuide.

El alcalde les hace un gesto sosteniendo el ala de su sombrero durante algunos segundos, y se despide de las mujeres antes de atravesar la casapuerta para alejarse calle abajo. Tras ello, doña Paqui la toma del brazo.

—Ven, tesoro, que te llevo a tu habitación —le dice.

La chica asiente mientras vuelve hacia la mesa comedor para coger

su equipaje, que José dejó apoyado contra una de las patas que sostienen el tablero.

—No es muy grande, pero la encontrarás acogedora seguro.

Lali aprieta el asidero de la maleta y sigue a su casera en dirección al angosto pasillo que, iluminado por las velas de un pequeño altar, da acceso a los dormitorios.

—Este es mi cuarto, este es el aseo y ahí está tu habitación. —Doña Paqui señala la última puerta del pasillo.

Lali da un rodeo con la mirada hasta posar los ojos sobre el altar que, junto a la puerta de la habitación de matrimonio, da cobijo a un par de filas de largas velas, estampas de santos y la pequeña escultura de una virgen portando a Jesús.

—Es la Virgen del Valle —indica doña Paqui señalándole hacia la figurita—. La patrona del pueblo, ¿sabes?

Lali asiente. Este altar le recuerda al que su abuela paterna, Isidora, tiene en su casa del barrio de la Macarena. El de Mercedes, su madre, es algo más modesto, menos barroco, aunque también lo corona una virgen a la que le reza a diario.

Ese gesto remoto, primario, como el hilo conductor de tantas vidas.

—Le recé durante décadas para que me diera una niña como tú —le dice doña Paqui bajo la luz de las largas velas—. Pero, mira tú por dónde, me la ha traído como inquilina.

«Que no te tiemblen las piernas. Ni el habla, Lali, por Dios bendito».

—Buenos días, señorita. Es usted la maestra sustituta, ¿no?

La mañana es fresca y parece susurrar historias, con el chiflido de un aire frío proveniente del valle. A pesar del cansancio del día de ayer, con el viaje hasta el pueblo, apenas ha podido dormir sobre esa cama de paja de la casa de doña Paqui, con los nervios serpenteándole por el cuerpo como si tuviese culebrillas.

—Eh, s-sí, señor. Me llamo Eulalia, encantada.

Lali ofrece su mano a modo de saludo. Una mano firme y convincente que, segundos antes de encontrarse con la de este hombre —recia, áspera, encallecida—, ha frotado contra la espalda de su camisa, no vaya a ser que un repentino sudor la delate.

—¡Pues bienvenida! Soy Marcial, el conserje.

Marcial aguarda la llegada de la maestra frente a la fachada principal de la escuela, en medio de una tormenta de colegiales. El rumor de los chiquillos ya se oía cuando Lali salió de casa de doña Paqui, quince minutos antes de las nueve de la mañana, hora de inicio de las clases.

—Gracias, un placer, Marcial.

Este la mira con una rápida ojeada. El vestuario y la apariencia fueron pensados y planificados a la perfección desde que preparó su partida hacia el pueblo, como una obra de arte en la que ningún detalle se ha dejado al azar.

Frente a un pequeño espejo en el aseo de la casa de doña Paqui, se atavió con un vestido largo azul estampado y rematado con un lazo sobre el cuello, estrenó mocasines de hebilla y se peinó con un recogido bajo acompañado de dos pequeñas perlas en el lóbulo de sus orejas. Por último, se puso algo de maquillaje —no mucho, eso sí, no vayan a pensar otra cosa— sobre sus mejillas rosadas.

Se miró al espejo y se sonrió. Sí, parecía una maestra.

—Creo que el alcalde ya le enseñó la escuela, ¿no es así? —le pregunta el conserje.

Lali asiente sin quitar ojo a varios de esos chiquillos. Al verla llegar, un grupo interrumpió sus juegos con una pregunta asomando en el gesto de sus rostros, «¿Será la maestra nueva, quizá?», mientras que otros, en cambio, no dejaron de jugar a pillarse o a saltar sobre el otro, como si nada ni nadie hubiese más importante que ese retozar mañanero en forma de libertad infantil.

—Sí. Bueno, me la enseñó la señorita Juana, que estuve visitándola —responde Lali centrando la mirada en el frondoso mostachón del conserje—. La maestra me estuvo poniendo al día de todos los detalles, ¿sabe?

Ocurrió en el encuentro del día anterior, después de los saludos protocolarios. Los detalles se llamaban Pedrito o José o Ramón o Pascual, y la maestra titular le puso al corriente de cada uno de ellos.

—Pedrito es muy zalamero y va a intentar darte la vuelta, ya me entiendes —le explicó Juana en el salón de su casa mientras sonaba el

gramófono.

Y ella asentía.

—Pascual es tan inteligente que lo pillará todo al vuelo —siguió, y ella lamentó no tener a mano su libreta para poder tomar apuntes, porque a veces Lali no confía tanto en su memoria como en su letra manuscrita.

—Ay, José, pobre mío. Con él ten paciencia, ¿vale?

Y así hasta completar la treintena, niños de edades dispares, algunos que leían y otros que no, algunos ausentes buena parte del año y otros aferrados cada día a su bancada como si se les fuera la vida en ello.

—La señorita Juana es muy buena maestra, ¿sabe? —le dice el conserje mientras se rasca la coronilla prácticamente despoblada con su mano izquierda—. Pero ¡ay, qué terca es, por Dios bendito! ¿*Pos* no se empeñó en pintar la pared ella solita, sin mi ayuda? —Le señala hacia el trazo de pintura perdido, a media altura de la fachada, que delata el tropiezo de Juana con la escalera—. Yo le dije, Juana, *amos* a ver, que eso no es cosa para maestras. Pero ella decía que, si la escuela no lucía bonita, los niños no iban a venir contentos. Qué tontería, ¿no? Míralos, a los zagales, ¿qué les importa a ellos que la escuela esté bonita o sea una cochiquera?

El hombre busca, con una mirada afanosa, la complicidad de Lali, que sabe que de la respuesta que dé a esa pregunta dependerá la imagen que el conserje se haga de ella.

Hace un breve silencio mientras mira a esos chicos.

—Bueno, ¿sabe, Marcial? En las facultades nos enseñan a los maestros que un entorno amable favorece el aprendizaje —responde satisfecha por haber encontrado las palabras correctas.

Palabras que bien podría haber usado Agustina, su maestra en la Normal. Pero el conserje, contrariado, lanza una carcajada cargada de ironía, dejando a la vista unos dientes amarillos y uniformes:

—Pst, allá vosotras las maestras, ¡no hay quien os entienda!

Lali se encoge de hombros y acompaña a la risotada del conserje con una sonrisa, sin saber muy bien qué responderle más allá de reiterar que, a pesar de cuanto pudiera él pensar, ella tiene las ideas claras, como también parece tenerlas Juana.

El silencio los envuelve hasta que, de pronto, una voz la llama a su espalda.

Una voz diminuta.

—Disculpe…

Lali se gira. Es la voz de uno de los tres niños que se han plantado frente a ella.

—¿Es usted la maestra sustituta?

Y responde con la mejor de sus sonrisas:

—Sí, tesoro, soy yo.

Los niños la miran con la expectación de saludar a un Rey Mago.

—¡Qué bien! —exclaman, y Lali no puede evitarlo; la piel se le eriza como si no le cupiese la emoción dentro del cuerpo.

6

Era un día de otoño, no sabe cuál. Llovía. Ese día todo tenía algo de irrealidad, o eso al menos es lo que recuerda Lali tantos años después, como si mirara al pasado a través de un laberinto de espejos. Tenía seis, tal vez siete años. Se estaba mojando, y por eso su madre la instó a que corriese a resguardo del pequeño porche del patio del colegio.

Era su primer día, había cambiado de escuela por el traslado de su padre, que dejaba la fábrica de conservas para trabajar en la tabacalera de guardia jurado.

Al principio fue un cambio traumático. Luego lo agradecieron todos, aunque a Lali le costó algo más de tiempo.

—Te encantará el colegio, Lalita —le había dicho su madre.

Pero la pequeña no estaba tan segura. La familia se había mudado al centro de la ciudad, lo que implicaba un cambio de escuela.

Colegio de monjas, calle de San Vicente.

A Lali la mudanza le pareció como el éxodo de un pueblo perseguido por un faraón.

Recuerda bien cómo oyó por primera vez a sor Paquita.

—Así que tú eres Eulalia, ¿no? —le preguntó una mujer con hábito y un crucifijo que ondeaba como un péndulo de una cadena dorada.

La niña asintió, temerosa, y no supo decir siquiera un «hola», porque le temblaba la voz como si su boca cobijase un duende travieso. No obstante, la monja le sonrió, conformada con ese pequeño ademán, y la invitó a seguirla hacia el patio, con el resto de las niñas que se resguardaban de la lluvia o, las más traviesas, jugueteaban con los charcos.

—Ya verás lo bien que te lo vas a pasar aquí —exclamó la religiosa.

Lali la miró con los ojos de un gatito acorralado. También le temblaban las piernas, y los pasos torpes que dio para ponerse a resguardo de la lluvia, de la mano de aquella monja, le parecieron como si anduviese sobre arenas movedizas.

—Me llamo sor Paquita, cariño. Seré tu tutora.

Al fin, la niña sonrió y siguió a cobijo de su tutora mientras esta fue presentándole al resto de niñas.

—Mira, Eulalia, ella es Carmen —le presentó juguetona—. Mira, pequeña, ella es Concha.

Lali no sabía qué decir. Siempre le han costado las primeras veces.

Entonces y hoy, tantos años después. Si aquel día llovía, ahora luce un poderoso sol de primavera, casi estival, y por eso no puede evitar achinar los ojos frente a la fachada de la escuela a la espera de que suene el timbre para anunciar el comienzo de las clases.

Los niños apuran sus juegos hasta que —primera sorpresa— en la escuela de Alcalá del Valle no suena un timbre corriente, sino una campana parecida a la llamada litúrgica de una iglesia, un ¡tolón!, que se repite hasta en tres ocasiones y que detiene, como una orden marcial, el juego de los chiquillos.

Los niños corren, prestos, a hacer la fila, y todas sus miradas confluyen en esa maestra menuda que aguarda frente a ellos, sonriente, con los brazos extendidos como un par de alas.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¡Soy Lali!

Le tiembla la sonrisa.

—¡Vuestra nueva maestra!

La chica se esfuerza en cuidar estos instantes, a sabiendas de que la primera impresión es la que permanece a veces hasta el final, como un mal fario.

—¿Cómo estáis? ¿Bien?

Los chicos la miran curiosos. A algunos les hace gracia su seseo sevillano, con la cadencia de las «eses» deslizándose como suspiros. Lali da algunos pasos entre las dos filas mientras aguarda a que los alumnos terminen de buscar su lugar en ellas; los más altos —varios, incluso más que ella—, al fondo del todo, como torres vigía; los más pequeños, delante. Mientras, va preguntándoles, «¿Y tú, cómo te llamas? ¿Y a ti, te gusta la escuela?», hasta que las filas terminan por conformarse y, entonces, da media vuelta, les hace el gesto gracioso de un capitán general y los dirige hacia la clase. Esa aula que visitó con Juana y Cándido justo antes de dirigirse a casa de doña Paqui, que aguardaba con su bizcocho.

—Pero aquí no hay sitio para todos los alumnos, ¿no? —preguntó Lali extrañada.

Era un aula pequeña pero cálida como un hogar; su pizarra negra y su estrado, la decoración de algunas plantas y carteles del Ministerio de Instrucción Pública, escuela nueva, pueblo libre o leed para combatir la ignorancia, letras vocales y consonantes que cuelgan por el friso que une la pared y el techo, una veintena de bancadas con pupitres en el centro y, frente a ellas, la mesa de la maestra.

—Así es. Vengo reclamándolo desde hace mucho, hacen falta pupitres para todos —respondió Juana cruzándose de brazos—. Pero esto es lo que tengo. Los pequeños se sientan delante, en el suelo, sobre esterillas de esparto, y los medianos y mayores van en las bancadas, aunque a veces algunos tienen que quedarse de pie.

Lali asintió perpleja.

Los alumnos entran en la clase y van tomando asiento en el que la maestra supone que es su lugar asignado. Hay voces y risas que viajan de una punta a otra de la clase, miradas cómplices y curiosas, preguntándose quizá cómo será la nueva maestra.

Mientras deja su maletín sobre la mesa principal y se sitúa, con pies saltarines, sobre el estrado, observa cómo los más pequeños cogen una de las esterillas apiladas junto a la pizarra y la dejan caer en el suelo para cruzarse de piernas sobre ella. Todo ocurre con una asombrosa automatización, y piensa que Juana ha debido de trabajar con ellos este tipo de rutinas. Esas disciplinas diarias.

Recuerda lo que decía Agustina, su profesora de la Normal:

—Las rutinas de diario son el cimiento, lo que nos brinda la superficie necesaria para abonar la educación de nuestros alumnos. Ojo con descuidarlas.

Tras lo que Lali apuntó en su libreta, a vuelapluma: «Rutinas NO descuidar».

Alza la vista a la clase sin abandonar su sonrisa. Les da algunos segundos para que terminen de acomodarse, para que se disipen los cuchicheos, las risas de ida y vuelta, para tener la atención de todos.

—¡Ho-hola, chicos!

Pero el rumor persiste, sobre todo en las bancadas del fondo.

Quizá la estén retando.

—¿Podéis guardar silencio?

Quizá sea tan poca cosa que no pueda con esos chicos de doce, tal vez catorce años.

Hasta que se le ocurre algo.

—¿A que no sabéis cuál es mi animal favorito?

Y entonces sí. Ante esa pregunta repentina, todas las voces se acallan y, de pronto, casi una treintena de pares de ojos la miran expectantes.

Guarda silencio con una mirada traviesa y arruga la nariz.

—¡Venga, dilo, seño! —se alza una voz.

Aprendió ese truco en sus prácticas en aquella escuela sevillana. La maestra titular, una veterana de la docencia llamada Pilar, solía decir:

—No hay que pedirles atención, Lali. La atención se secuestra más bien, ¿entiendes?

Lali da algunos pasos por la clase bajo la atenta mirada de los alumnos.

Ahora sí, ya los tiene.

—Buenos días, chicos. Me llamo Eulalia y seré vuestra maestra hasta que la señorita Juana se recupere de su accidente.

—¡Hola, seño Eulalia! —le gritan algunos.

Otros, en cambio, no han podido pasar del «Eula», trabándose la lengua como si tropezaran en las vocales, «Eulo», «Lalio», «Eilalu».

—E-u-la-lia —repite la maestra riendo—. Pero podéis llamarme Lali, que será mucho más fácil para vosotros. Sé que con ella estáis trabajando duro e intentaré que no notéis en exceso su falta. Y si puedo poner mi granito de arena para que crezcáis como ciudadanos libres, para que la escuela os abra todas las puertas que hasta ahora habíais tenido cerradas, me daré por satisfecha para siempre.

Se calla durante un instante, repensando si hay algo más que añadir en ese breve discurso inicial que tantas veces, de formas tan dispares, pero con vocablos parecidos —ciudadanos, educación, libertad—, ha repetido en su mente. Hasta que, conforme con sus palabras, continúa bajo la atenta mirada de sus muchachos:

—Ah, por cierto, al final de la mañana os diré cuál es mi animal favorito, ¿de acuerdo?

Ha decidido comenzar la jornada con una lectura, y para ello propone a sus alumnos que reciten un poema de Lorca:

—La-la luna vi-vino a la fra-fra-fragua…

El verso repiquetea en los labios del muchacho, nervioso, titubeante, al borde de un precipicio de vocales.

—… con su-su poli-polisón de nardos.

Ramón levanta la vista del poema y mira a Lali.

—¿Sabes cómo puedes evitar trabarte, Ramón? Haz una pausa en cada verso. Léelo para ti y entonces suéltalo por la boca. Venga, continúa. Puedes hacerlo.

El chico asiente. Vuelve los ojos al poema de Lorca y se permite unos segundos para leer el tercer verso. Respira.

—El niño mi-mira que mira. El niño la está-tá mirando.

Desde el estrado, Lali lo aplaude, «¡Muy bien!», mientras escrudiña con la mirada entre su alumnado para elegir al próximo que leerá. Ha comprobado, estupefacta, que solo algunos chicos saben leer con soltura. De hecho, a la pregunta de cuántos podrían recitar una poesía sin quedarse parados en algún verso, solo dos o tres levantaron la mano.

—¿Y los demás?

Fue Pedrito el que contestó, con el gracejo propio de quien se ha criado entre palmas y el taconeo de una madre bailaora.

—Los demás no sabemos, seño. Si *sabiéramos*, no estaríamos aquí.

Lali torció el gesto, extrañada. Miró a ese chico menudito y rubiasco e intentó distinguir si estaba tomándole el pelo. Pero no lo parecía.

—¿Y dónde estaríais, entonces?

El resto de los chicos la miraban en silencio.

—Dónde vamos a estar, seño —respondió Pedrito burlón, buscando una risa cómplice entre el resto de sus compañeros—. Trabajando.

Trabajando. Recordó lo que le advirtió un profesor sobre las escuelas rurales.

—Hay familias que lo único que pueden permitirse es que sus chicos sepan escribir su nombre y hacer unas cuentas, porque deben ponerlos a trabajar cuanto antes.

Es Pascual, tras levantar la mano y ofrecerse, el que termina por leer

el poema. Mientras les pide a algunos que continúen leyendo poesía, propone a otro grupo repasar las vocales y las consonantes.

—Venga, decid conmigo, esta letra es la… —Coge el puntero sobre la mesa de la maestra y señala hacia la letra A colgada sobre la pizarra.

Treinta minutos después, da comienzo la clase de matemáticas.

—Chicos, Juana me pidió que comenzáramos por la tabla del seis, así que eso haremos, venga.

Algunos refunfuñan contrariados.

—Seis por uno, seis; seis por dos, doce…

Y así transcurre la mañana. El recreo, con su pan con aceite que los colegiales engullen para ganarle tiempo a los juegos; las sesiones de ciencias naturales y sociales, «¿A que no sabéis que hay más estrellas en el cielo que granos de arena en una playa?», repletas de preguntas curiosas, «¿A que no sabéis que los antiguos americanos usaban granos de cacao como dinero antes de que llegáramos los españoles?»; o la sesión de arte y manualidades, a última hora, donde los chicos practican sus dotes artísticas con el carboncillo. Hasta que, a quince minutos de que suene la campana, Lali los emplaza a comenzar a recoger su pupitre.

—¡Pero seño! —le reclama Pascual con su mirada traviesa y una sonrisa desdentada—. ¡No ha dicho cuál es su animal favorito!

Lali asiente, ¡lo había olvidado!, y los que guardan hacen silencio, esperando oír, al fin, la respuesta. Pero, antes, vuelve a jugar con ellos.

Sonríe haciéndose la despistada.

—¡Venga, seño!

Algunos se impacientan, gritando «¡Venga!», hasta que, al fin, Lali exclama:

—¡El camaleón! Ese es mi animal favorito. ¿Sabéis que los camaleones pueden mover sus ojos trescientos sesenta grados? ¿Y que pueden cambiar de color cuando se sienten amenazados? Mañana os contaré más cosas, ¿de acuerdo?

Los chicos asienten, asombrados, e incluso alguno parece querer decir algo sobre este curioso reptil.

—¡Un día vi uno en el bosque! —grita un chico del fondo.

Pero ya no tienen tiempo para más. De pronto, la campana de la escuela lo acalla todo, ese tolón vibrante, eclesial que, como cada jornada, provoca el estallido de los colegiales en dirección a la salida.

—¡Hasta mañana, chicos! ¡Pasad buena tarde!

Muchos salen de la clase hablando sobre camaleones.

—¡Hasta mañana, seño!

En cuestión de segundos el aula se queda vacía. Lali resopla, contemplando las bancadas desocupadas.

Es como la calma después de una fuerte tormenta. Da un rodeo por la clase y recoge la suciedad que se ha quedado por el suelo: restos de grafito, briznas de carboncillo, recortes de papel en forma de avión.

«Mañana tendré que darles un toque, que hoy se me ha pasado», piensa.

Luego va al armario del conserje y coge una escoba y un recogedor para barrer el suelo. Por último, pone orden en su maletín y sale del aula con otro resoplido. Se siente cansada, exhausta, pero satisfecha con el trabajo realizado.

—¿Es usted la nueva maestra? —oye a su espalda.

Se gira. Una mujer y José, uno de sus alumnos, aguardan detrás de ella.

Lali responde, forzando una sonrisa.

—Así es, me llamo Lali. Y usted debe de ser la madre de este granuja. —Mira al niño y le guiña un ojo, mordaz.

Pero su madre no esboza gesto alguno, como una estatua de mármol. Va vestida de luto, el pelo recogido en un moño, unos cuarenta y tantos que parecen muchos más.

—Sí, es mi hijo, el menor. Me llamo Puri. Pero no quería hablarte de él, señorita. Sino de algo que me preocupa mucho.

Se miran a los ojos.

Un par de gorriones juguetean a perseguirse de una copa a otra de los árboles de la plaza, de la misma forma en que lo hacían los chiquillos que a las nueve de la mañana la atiborraban.

—Claro, dígame.

Los gorriones se han cazado y, sobre la rama de uno de los árboles

de la plaza, han aumentado el volumen de su chirrido, como si al menos uno de ellos pidiera auxilio.

—Quería preguntarle si piensa usted restablecer en el aula lo más sagrado que hay. Lo más sagrado, señorita.

Lali enarca las cejas extrañada.

—¿Lo más sagrado?

La mujer lanza un bufido.

—Ay, vaya, pues qué va a ser. Nuestro Señor Jesús, ya me entiende.

Lali titubea.

—No la entiendo, señora. ¿Por qué me habla de Jesús?

Tras sus palabras, Puri da un paso adelante.

—Pues porque esa Juana, esa maestrucha soberbia, osó quitar el crucifijo de la clase de mi niño cuando llegó al pueblo. Decía que eran órdenes del Ministerio de Instrucción Pública. Y no solo eso. Desde que llegó, no ha hecho más que adoctrinar a los niños con ideas extrañas. Que si la mujer y el hombre deben tener los mismos derechos, que si los niños podían aprender a coser y las niñas a utilizar herramientas, que si la educación debía ser laica y no sé qué más. Laica, ¡ja! ¡Habrase visto! —ríe para sí irónica.

Lali guarda silencio durante varios segundos. Sabe muy bien que la cuestión religiosa ha provocado muchos conflictos en las escuelas de España, sobre todo en las rurales. En la Normal las previnieron de todo ello.

«Lo mejor será que no os enfrentéis. Que no sea por las malas. Que intentéis mediar. Convencer», les dijo Agustina.

Lali hace un esfuerzo porque su tono de voz suene conciliador.

—Entienda, Puri, que ahora la ley…

Pero la mujer la interrumpe y la coge del brazo.

—No me venga usted con esas, señorita. Aquí la única ley es la de Cristo Rey.

Se calla, como si en la punta de su lengua le guardara el debido respeto a su Creador. Lali, titubeante, no sabe qué decir ni qué hacer, ni siquiera qué expresión forzar en su rostro. Lo único que quiere es despedirse de esta mujer y dirigirse a casa de doña Paqui.

—Disculpe, señora, pero me esperan para comer… —se excusa

girando el cuerpo en dirección a una de las callejuelas que salen de la plaza.

Pero Puri insiste, preguntándole como si estuviese en un interrogatorio:

—¿Es usted cristiana?

¿Cristiana?

Vuelven a mirarse a los ojos.

—¿Cómo?

Los gorriones chirrían de nuevo.

—Que si cree usted en Dios, señorita.

Lali piensa, de pronto, en su colegio de monjas.

Tiene diez años. Sor Paquita sonríe mientras entona una canción de misa con esa voz suya de soprano. Es una mañana de mayo, con un sol que entra por las ventanas enrejadas de la capilla como un rompimiento de gloria.

—F-fui a un colegio de monjas, señora —responde aún allí, con aquel cántico a punto de brotar de su boca, tantos años después, tan lejos—. Fui educada en la fe.

Algunas de sus compañeras juguetean a hacerse cosquillas bajo el reclinatorio, pero Lali no le pierde el hilo al cántico, obediente, disciplinada, poniendo a Dios en sus labios con la dulzura de un tarro de miel.

—Pues hágame el favor… —contesta Puri, que, al oír su respuesta, ha destensado el gesto—. Por las monjas que le enseñaron, tenga la decencia de volver a poner el crucifijo. Si la otra tiró el que había, dígamelo, que le busco uno.

Lali mira a José, que aguarda entre ambas sin decir palabra.

—¿O acaso se cree que la otra se cayó de casualidad? —continúa la madre agriando el rostro de nuevo—. Ahí hubo intervención, estoy segura. O humana, o divina, la que sea. Pero la hubo. Hágame el favor. Usted parece buena chica. No vaya a correr la misma suerte que la otra.

7

Le viene el rumor de la brisa del valle, húmedo, salino, que trae el arroyo del Sotillo con su transcurrir sinuoso, atravesando el pueblo en canal. Le vienen las voces y canturreos de las puertas abiertas y las ventanas decoradas con tiestos de flores, de vecinos que charlan y se reúnen afuera de sus casas yendo de la siembra a la siega. Le viene el olor de las cocinas y la dureza de un pavimento que se empina de pronto, como si en este pueblo vivieran en vertical.

Lali supone que acostumbrará a sus piernas, pero ya tiene agujetas.

Le vienen muchas cosas porque, por el momento, caminar por estas calles es como la aventura de una novelita en algún lugar lejano.

La chica se dirige a la taberna del Rubio, donde ha quedado para comer con Juana.

—Buenas tardes, señorita Lali —oye.

Se ha cruzado con la madre de algún muchacho. Eso ha supuesto por la naturalidad con la que ha dicho su nombre, señorita Lali, como si la conociera de toda la vida. La mujer, con el traje enlutado y un moño bajo tras la nuca, ha levantado la mano y sonreído mostrando el hueco de un incisivo superior. Lali le ha devuelto la sonrisa.

—¡Que tenga una buena tarde!

Hasta el encuentro furtivo que tuvo ayer con la madre de José, doña Puri —que aún no puede quitarse de la cabeza—, la sevillana solo se ha topado con la amabilidad de sus nuevos vecinos. Eso sí, tampoco puede evitar sentirse observada al transitar las calles, tras los visillos o las persianas de cáñamo o los umbrales de las puertas, como si aún faltase mucho para dejar de ser una extraña.

Ya se lo advirtieron en la Escuela Normal.

—Aquellas que seáis destinadas a las escuelas rurales tenéis que saber que a veces sentiréis cierto recelo por parte de los vecinos. Recelo por ser mujer, por vestir como vestís vosotras, chicas de ciudad; recelos por tener estudios y, en definitiva, por saber y conocer, cosa que hasta ahora las gentes de la España rural asumen como algo solo para los hombres.

Cuando Agustina concluyó sus palabras, Lali y algunas compañeras

de clase se miraron, buscando en las demás si el aspecto que lucían —un vestido primaveral con los tobillos, casi las rodillas, al aire— sería tan problemático como anunciaba la profesora.

—¡No será para tanto! —exclamó la chica.

Y ahora lo sabe. No ha dejado de advertir en los vecinos del pueblo esas miradas, cómo recorren sus ojos cada centímetro de su ropa, la desnudez de sus pantorrillas, el cuello despejado por su pelo recogido o por su capellina mientras ella sonríe graciosamente, con el hoyuelo de su carrillo izquierdo.

Esas mismas miradas que siente sobre ella —ojos dispares de hombres, de alguna que otra mujer, ojos a la virulé, cejudos, arrugados— al entrar en la taberna del Rubio, donde se había citado con la maestra titular del pueblo a las tres de la tarde.

—¡Lali, aquí! —oye entre el gentío.

Advierte la mano de la maestra agitarse en una de las mesas al fondo del salón.

Le hace un gesto y camina zigzagueando entre las mesas de madera y las sillas de mimbre en las que los parroquianos parlotean o juegan a los naipes.

Vuelve a sentir las miradas.

—¡Hola!

Sonríe a Juana. La cordobesa se pone en pie sosteniendo la mano del hombre que aguarda a su lado y a quien Lali no ha sabido reconocer de primeras, pero que ya supone de quién se trata.

—Lali, te presento a Salvador, mi compañero.

Antes de que la joven se preste a darle dos besos, él extiende su mano a modo de saludo. Ya se dio cuenta Lali hace mucho de que los revolucionarios prefieren tratar a las mujeres como camaradas.

Luego, la chica los mira a ambos sin disimular un gesto de confusión.

—¿Compañero? —les pregunta—. ¿También eres maestro?

Salvador ríe.

—No, Lali. Soy abogado.

—Me refería a que es mi novio, Lali —le explica Juana mediando—. Pero ya sabes que eso de novio suena un poco anticuado, ¿no?

La chica, ahora sí, asiente. Sí, sus compañeras de la Normal tampoco hablaban de novios, como sí hace su hermana Carmina, que no habla de otra cosa. De qué novio encontrará para casarse.

No imaginaba a Juana con novio. Bueno, quizá sí, aunque llamándolo compañero.

—¿Qué tal, señorita? —le pregunta Salvador—. ¿Se está adaptando a la vida en el pueblo?

Esta vuelve a asentir, con una risita nerviosa. Salvador es un joven tan alto que frente a la menuda Lali parece un gigante. Para mirarle a la cara —pelo abundante, facciones elegantes, frondoso bigote— la chica debe alzar la vista de la misma forma que tiene que mirar a su padre, de quien lamenta siempre no haber heredado algo más de altura.

Mientras se sientan, él le hace un gesto al tabernero para que acuda a tomarles nota. Lali lo observa con el rabillo del ojo. Su camisa planchada, la rectitud de su espalda y la finura de su acento dan cuenta de que se encuentra ante un muchacho educado y pulcro. Su madre le habría dicho a ella algo así, con su gracejo: «Ay, ¿y no podrías haber encontrado tú a un pimpollo como este?».

—Salvador ha venido esta tarde para la escuela de adultos que impartimos entre los vecinos del pueblo —le anuncia Juana, apoyando su pierna escayolada sobre una de las sillas vacías de la mesa—. No te lo había contado, ¿verdad?

La chica niega con la cabeza.

—¿De qué se trata? —pregunta interesada.

El rumor de las voces de la taberna se acrecienta ante la gracieta que debe de haber soltado un hombre en una de las mesas del centro, donde los parroquianos han estallado en una carcajada. Salvador, que es el que contesta a Lali, debe alzar la voz.

—Cuando Juana fue destinada a este pueblo pusimos en marcha una pequeña escuela para ayudar también a los padres de sus alumnos a aprender cosas básicas que son necesarias para el mundo de hoy: alfabetización, capacitación laboral, derecho y leyes…

—Pero no solo eso —continúa Juana—, yo llevo unas semanas impartiendo un taller a las mujeres de higiene y cuidado íntimo. ¿Te

puedes creer, Lali, que todavía hay quien piensa que no pueden ducharse ni lavarse la cabeza mientras tengan el periodo? Como si eso fuese un estigma, algo por lo que mantenerse ocultas. ¡Algunas ni salen de casa!

Lali asiente y suelta un bufido, «¡Puf!», mientras piensa, de pronto, en su abuela Isidora, a la que tanto importaba la opinión y el consejo de las santeras del barrio.

—Mi abuela me dijo una vez —interviene Lali levantando el dedo índice— que si estabas en esos días no podías entrar en una bodega o tocar siquiera un recipiente que contuviese vino, ya que la mujer estaba impura y convertiría el vino en vinagre. Y se me quedó esa palabra marcada, «impura». ¿Por qué iba yo a estarlo si no era culpa mía?

—Te puedes imaginar, Lali —prosigue Salvador tras darle un trago al vaso de vino que estaba frente a él, sobre la mesa—, cuánta ayuda necesitan también los adultos de los entornos rurales como este. De nada servirá que el Estado se afane por educar a los niños si no se esfuerza por educar también a sus padres.

La chica vuelve a asentir. De pronto, el Rubio —un tipo orondo con una cabellera blanca que debió de ser rubia en otro tiempo— irrumpe junto a la mesa para tomar nota de lo que van a comer. «Pide el estofado, está riquísimo», le sugiere la maestra cordobesa, tras lo que Lali asiente, dejándose aconsejar. Salvador y Juana piden «lo de siempre» y el tabernero vuelve a la barra rumiando la comanda en la boca, para no extraviarla.

—¡Ah, se me olvidaba! —exclama Juana agachándose para coger un maletín que había dejado junto a una de las patas de la mesa—. Aquí tienes los documentos que te debía; mis programaciones didácticas y los diarios de clase. ¡Cuídalos, eh! —le previene sonriendo—. Todo lo que soy como maestra está aquí.

Lali coge el maletín y lo apoya sobre sus faldas.

—¡Gracias, Juana!

Está deseando llegar a casa y empaparse de todo lo que contiene. Por lo que ha podido conocer de su antecesora hasta ahora, seguro que Juana ya aplica muchas de las propuestas pedagógicas que la

República ha heredado de la Institución Libre de Enseñanza y del movimiento de la Escuela Nueva. Aquello de lo que le hablaban con tanto afán sus profesores de la Normal: las metodologías activas, el aprendizaje por descubrimiento, la experimentación en el aula…

De repente, el tabernero llega a la mesa con tres platos en equilibrio. Juana lanza un aullido, «¡Qué rico!», y los tres se disponen a hincar el tenedor en la carne estofada como si llevaran días sin comer.

—Aquí cocina Gertrudis, la mujer del Rubio —le explica Juana tras soplar sobre el tenedor para enfriar la carne—. Su hijo fue alumno de la escuela hasta que, a los once, lo puso a trabajar en la cocina, de pinche. Yo le insistí para que al menos esperara un año más, a que se graduara, pero él me dijo que necesitaba a otra persona en la taberna y que no iba a pagarle a nadie un jornal.

La maestra guarda silencio y deja escapar un suspiro de sus labios gruesos.

—¡Vaya! —exclama la sevillana.

—Ay, con eso es con lo que nos tenemos que enfrentar, Lali. Por eso la escuela de adultos también es importante. Porque aquí la gente es dura de mollera.

Lali piensa en doña Paqui, en la conversación que tuvo ayer al salir de clase sobre el crucifijo que Juana había descolgado del aula.

—Entonces ¿te apetece venirte esta tarde? —le propone Salvador, finalmente.

Las clases de adultos se desarrollan en dos aulas vacías de la escuela. Al principio —le ha contado Juana a Lali— participaron cuatro o cinco mujeres tan solo, las más allegadas a esa nueva maestra y a las locas ideas con las que había llegado. Luego fueron creciendo en número y, cuando se unió a las clases Salvador, también comenzaron a venir los hombres.

Eso sí, Juana tuvo que vencer las reticencias iniciales de buena parte del pueblo.

—¿Enseñar a los adultos? —le preguntó el alcalde desconfiando de su propuesta—. Con todos mis respetos, Juana, ¿qué necesidad tienes?

Las mujeres tienen bastante con atender la casa y los animales. Y los hombres, con las faenas del campo.

Pero Juana no era ni es una mujer que se achique a la primera.

—Como buen republicano que es usted, Cándido, permítame decirle que la culturización de sus vecinos debe ser una prioridad en su gobierno. Lo único que yo quiero es reunirme una vez a la semana con algunas familias. Hay mujeres que vienen a hacerme preguntas que creo que sería mejor que contestara a un gran grupo. Todo lo que yo he aprendido con mis estudios no debería quedarse solo en los niños, ¿no le parece?

Esto es lo que Juana le ha explicado a Lali mientras las primeras mujeres van llegando, cómo convenció a Cándido, un alcalde rudo pero con buenas intenciones, de permitirle poner en marcha sus clases de tarde.

—¿Cómo estás, Juana? ¿Cómo va esa pierna? —le pregunta una de las mujeres.

Juana, apoyada sobre su muleta, vuelve a hacer ese mismo gesto, el bufido y luego la sonrisa con la que no quiere más que quitarle hierro al asunto, «¿Esto? Bah, no es nada», para luego pasar a presentarles a las mujeres a Lali como su sustituta mientras se le cura la pierna. «Esta es Lali, Merchi», lo que la sevillana aprovecha para estrechar lazos con las madres de sus alumnos, como les recomendaban en la Escuela Normal. «Te presento a Lali, Concha».

Poco a poco, las mujeres van entrando en el aula y tomando asiento en las sillas dispuestas en corro. Lali se muestra amable y sonriente, se acerca a ellas, les ofrece la mano en el saludo revolucionario y hace algún comentario sobre los hijos que conoce, «Ay, me encanta Pedrito, ¿sabe? Es un niño muy educado».

Del pasillo llegan las voces de algunos hombres que también van entrando en el aula contigua. Lali ve a Salvador con su porte de hombre letrado, saludándolos cortésmente bajo el umbral de la puerta de su clase.

Lo mira hasta que Juana llama la atención de las mujeres.

—Bueno, creo que podemos empezar, ¿no, señoras? —anuncia sentada frente a la mesa de la maestra con la pierna escayolada

apoyada sobre una silla.

Las mujeres asienten. Lali se dispone a tomar asiento en una de las sillas vacías. Quiere aprender de Juana tanto como le sea posible, empaparse de ella como una esponja recién sumergida en agua.

—Hoy toca hablar del embarazo, señoras. Algunas me pedisteis que lo hiciéramos ante la feliz noticia de que Josefina e Isabel están encintas, ¿no?

Juana señala hacia las dos chicas que, sentadas a un lado del corro, reciben las miradas de las mujeres con el rubor de quien no está acostumbrada a ser el centro de atención. Hay algunos aplausos y silbidos. Lali las mira. No deben de ser mayores que ella.

—Primer mito que me gustaría desmentir. A ver, decidme, ¿se pueden mantener relaciones maritales durante el embarazo?

Ante la pregunta de Juana, algunas mujeres estallan con un grito de sorpresa. Otras contienen un gesto de pudor.

Lali, en uno de los extremos del corro, no puede evitar sentirse un poco avergonzada.

—Venga, os dejo que lo discutáis entre vosotras, ¿de acuerdo? —las anima la maestra aguardando a que sus alumnas adultas comiencen a hablar entre ellas.

La sevillana se pone en pie y se dirige hacia Juana, alejándose de las mujeres que, exaltadas por la pregunta, se afanan por compartir su opinión con las demás.

—¿Qué te parece, Lali? —le pregunta Juana con los codos apoyados sobre la mesa y un gesto de satisfacción en el rostro—. Míralas, con qué entusiasmo hablan. Hasta ahora, el sexo era un tema prohibido para ellas, algo que no podían compartir, como sí hacen los hombres a menudo. Yo con estas clases quiero romper muchos tabúes, como ves.

Lali asiente. Sabe que, como maestra rural, le tocará hablar alguna vez sobre esas cuestiones más allá de la superstición o de las viejas creencias religiosas.

—Es admirable lo que haces, Juana —responde con la vista puesta en el corrillo—. Lo que no entiendo es por qué no vienen todas las mujeres del pueblo. O, al menos, todas las madres de tus alumnos.

Lo ha dicho porque, de pronto, ha echado en falta a doña Puri y a

alguna otra madre con la que ya se ha encontrado a la entrada o a la salida de clase.

¿Dónde están?

—Hay quien considera que esto que hago con las mujeres es extralimitarme en mis funciones. Que yo solo tengo que enseñar a los niños. No pocas veces me he encontrado con la reprimenda de algunos padres, de la guardia civil o incluso del cura del pueblo.

Lali no puede quitarse de la cabeza a la madre de José.

—¿Doña Puri, por ejemplo? —le pregunta a Juana entre bisbiseos.

Una de las mujeres, Concha, lanza una carcajada ante el comentario socarrón de Merchi, que parece haber nombrado el miembro viril de su marido.

—Sí, doña Puri es una de ellas. También Petronela, la madre de Roque, uno de los chicos que se sientan detrás en el aula con gesto desafiante.

Lali intenta hacer memoria.

—Sí, ya me acuerdo —dice recordando a ese chico alto que no se mostró demasiado participativo en las dinámicas de clase que propuso.

Juana la mira de nuevo y baja el volumen de su voz.

—Intenta llevarte bien con todos ellos, porque buena parte de tu éxito como maestra estará en cómo gestionas a aquellas personas que no comparten nuestra manera de ver la educación, ¿sabes?

Lali asiente. Está a punto de decirle lo que ocurrió ayer mismo, a la salida de clase, pero prefiere callárselo. Algunos segundos después, Juana manda a las mujeres guardar silencio para sacar algunas claves con las que responder a la pregunta que había quedado flotando en el aula. Hasta que, por fin, concluye:

—¿Sabéis qué? No hay ninguna evidencia científica que diga que no podéis mantener relaciones con vuestros maridos estando embarazadas. —Y mira a Josefina e Isabel con una sonrisa pícara.

Las mujeres vuelven a compartir una carcajada. Una, Alfonsina, suelta una grosería que dilata la risotada en esta aula de mujeres en la que cae la tarde.

—Así que ya sabéis, chicas, ¡esta noche podéis sorprender a vuestros

hombres dejando que os den un buen meneo!

El resto de la clase transcurre de la misma forma, entre enseñanzas, evidencias científicas que las mujeres asumen como un mandamiento que baja del Sinaí y confidencias que, para sorpresa de Lali, las mujeres se revelan con una asombrosa familiaridad.

—Y hasta aquí ha llegado la clase de hoy, señoras.

Al terminar la jornada, Juana las emplaza a que vayan pensando sobre el parto y la lactancia de cara a la próxima clase. Las alumnas se ponen en pie, hasta que, de pronto, Lali le hace un gesto para tomar la palabra y eleva su voz de profesora.

—Señoras, hay algo que me gustaría pedirles —dice con un ligero temblor en la mandíbula inferior—. Como sabéis, Juana tuvo un accidente pintando la fachada de la escuela. Y a mí no me gustaría que la pintura se quedara así, a medias. ¿Alguna de vosotras se presta a ayudarme a terminarlo?

Tras unos segundos de titubeo, algunas mujeres asienten.

—¡Cuenta conmigo!

Desde la mesa de la maestra, Juana la mira sorprendida.

—¡Y conmigo!

Todavía no sabía si Lali era de las que tomaban la iniciativa.

8

La capilla estaba en penumbra, pero había una luz ámbar que danzaba dibujando formas geométricas a través de la cortina del confesionario sobre los reclinatorios de la pequeña capilla del colegio.

Era una mañana cualquiera, septiembre, octubre, tal vez noviembre.

Lali se había saltado una clase de Biología para confesarse. Una clase espesa, rutinaria, que parecía haber parado el mecanismo de todos los relojes del colegio.

Por eso, en cuanto sor Angélica avisó de que el capellán del colegio había llegado para confesar, ella fue la primera en levantar la mano.

—Ave María purísima.

Siempre le llamó la atención la luz que se filtraba por el enrejado del confesionario y que parecía provenir directamente de don Andrés, que aguardaba tras una fina cortina a que los pecadores acudieran a sentarse al otro lado.

Pecadores como ella, aunque Lali no sabía muy bien en qué había pecado esta vez.

—Sin pecado concebida.

Y acababa, como cada vez que se confesaba, diciendo cosas como: —Pues anteayer no recogí la mesa y mi mamá se enfadó.

Hasta que aquello devenía en una cascada de anécdotas que se parecían muy poco a las confesiones atormentadas que el cura solía escuchar en boca de los adultos.

—Ah, y el domingo fue mi cumpleaños y me peleé con mi hermana.

Don Andrés siempre respondía con el mismo desdén, «Uy, vaya por Dios», y concluía con la misma fórmula, tres avemarías y un padrenuestro, pero esta vez, al oír la última confesión de Lali, se incorporó sobre su asiento y se mostró interesado.

—¿Cuántos años has cumplido, Eulalia?

Lali advirtió, de hecho, cómo le cambió el gesto al oír sus palabras.

—Once.

El cura se removió sobre su asiento.

—¿Once? Ay, la Virgen, cuánto has crecido.

Lali volvió a mirar aquella luz danzarina sobre los reclinatorios de

la capilla vacía.

Vacía salvo el cura y ella.

—Y, dime, ¿has tenido algún pensamiento impuro, Eulalia?

La niña no supo a qué se refería.

—¿Impuro?

Y sintió cómo, a través de la cortina que los separaba, don Andrés posaba sus ojos sobre sus rodillas, que quedaban al aire bajo la falda del uniforme.

—Pensamientos sobre la carne masculina, Eulalia.

Se miró las rodillas —menudas, huesudas— sin comprender qué era lo que tenían de especial ni porqué don Andrés le hablaba, de pronto, sobre la carne del hombre.

—¿La carne masculina? —volvió a preguntar inocente.

Luego vino un silencio y, de pronto, lo demás ocurrió muy rápido.

Unos dedos largos y arrugados que, a través de la cortina, atravesaron el umbral entre lo divino y lo humano; unos sudores fríos y la indefensión de alguien que sabe que algo está pasando, pero que no sabe el qué; y, por último, el estallido —se puso en pie y, sin mediar palabra, empezó a correr en dirección a su clase— con el corazón aprisionándole la garganta como si quisiera escapar de su cuerpo.

—Pero, niña, ¿a dónde vas? ¡Ven aquí! —oía.

El trazo del grafito dibuja una letra torpe, sinuosa, quebrada en esas curvas que el lápiz debe tomar para afrontar la siguiente letra, la «ce» con la «a», la «a» con la «ese» y luego otra «a», que, con el último rabillo, debe rematar la palabra.

Al separar el lápiz del papel, Paquito levanta la vista y busca a Lali con la mirada.

—C-a-s-a. ¡Mira, aquí pone «casa», seño!

Al igual que ayer, un tercio de las bancadas de la clase están vacías. Es tiempo de cosecha y hay cosas que son irrenunciables para una familia campesina, como los brazos fuertes o a medio fortalecer de un niño que ya ha hecho la primera comunión.

—¡Muy bien, Paquito! —le grita Lali desde el pupitre de José, a

quien ayuda.

La maestra prefiere, en lugar de ocupar la posición de poder de su mesa, pasear entre los alumnos como quien corretea entre el trigo en espiga, yendo de un chico a otro, «¿Lo entiendes, Joaquín? Tú puedes, Pedrito», esforzándose por ofrecerle a cada uno lo que necesita. Porque eso se le quedó grabado a fuego tras oír la conferencia magistral que Ángel Llorca dio en la Escuela Normal de Sevilla: —A cada niño, lo que necesita. No más.

Zigzaguea entre las bancadas y se asoma a la de Pedrito, que enarbola el papel con la palabra «casa» como quien ha creado una obra de arte.

—Ahora, Pedrito, tienes que escribir la siguiente palabra: «hogar», ¿de acuerdo?

A pesar de que solo lleva un par de días dando clase, ya se ha aprendido casi todos los nombres. Anoche, mientras repasaba los diarios de clase y los documentos de Juana a la luz de una vela, se esforzó en retenerlos, aplicando algunas de esas reglas nemotécnicas que utilizó para graduarse como maestra.

—Paquito es ese chico dulce como un pastelito.

—José es ese chico jovial y sensible.

—Roque es ese chico robusto que se sienta en el fondo.

Lali coge el lápiz del pequeño y escribe sobre el papel con una letra esmerada, parándose en cada trazo —en la redondilla de la «o», en la ida y vuelta de la «erre»—, para asegurarse de que el chiquillo no se pierde durante el proceso.

—No es difícil, ya verás.

El niño mira la palabra «hogar», repite para sí cada letra y, tras sujetar el lápiz como la maestra le enseñó —«El lápiz se coge como el artista que coge su pincel»—, saca la punta de la lengua y comienza a repetir el trazo, entusiasmado.

Mientras en el papel va contoneándose un «hogar» impreciso, pero cargado de futuro, Lali se aleja del niño y vuelve a dar un rodeo a la clase. Comprueba cómo, en las bancadas del fondo, la de los chicos altos, algunos han dejado de escribir y parlotean entre ellos ajenos a la dinámica de la clase.

Se dirige al que sabe que suele liderar a ese grupo, ese del que ya le habló Juana: —Y tú, Roque, ¿te has rendido? —le sonríe.

El chico —cabeza alta, mentón pronunciado, espalda ancha— la mira desde su pupitre, serio, desafiante. Con sus catorce, es uno de los mayores de la clase, y desde que Lali empezó a dar clases apenas ha colaborado con las dinámicas que esta les ha propuesto, ni en el repaso a las vocales ni en las cuentas matemáticas ni en el trabajo en grupo sobre las partes de las plantas.

—Es que esto no me interesa nada —exclama el chico cruzándose de brazos—. Yo estoy aquí obligado, ¿sabe? Y usted no va a poder hacer nada.

La clase guarda silencio. Lali sabe que todas las miradas han confluido, de pronto, en Roque y en ella. Sabe que debe dar ejemplo.

—¿Obligado por quién? —le pregunta.

Aunque lo sabe muy bien, prefiere que sea el chico el que se manifieste. Lo leyó en la ficha de alumno que Juana le dio en el encuentro de ayer en la taberna, junto a las del resto de sus compañeros y sus diarios de clase.

Roque Martínez, hijo de don Javier, latifundista, ganadero, presenta dificultades para aprender y se muestra poco comprometido y desinteresado. Sus padres insisten en que debe estudiar y eso le genera conflicto. Es un líder de la clase. Mejor que esté de parte del docente.

De parte del docente. Lali sabe bien qué significa eso.

—¿A ti qué es lo que te gusta hacer, Roque? —le pregunta intentando abrir una ventana por la que entrarle al chico.

Pero este chasquea la lengua y bosqueja un gesto de desprecio, levantando el labio superior y buscando las miradas cómplices con las que reafirmar su posición de poder en la clase. Él, el líder. Por fin se ha destapado.

—¿A mí? Nada.

Pero Lali no desiste:

—Algo habrá que se te dé bien, ¿no? —le pregunta apoyando los codos sobre su pupitre para hablarle en confidencia.

Roque se encoge de hombros.

—Nada. Soy un inútil, ya lo dice mi padre —responde haciendo

aspavientos en busca de la carcajada de sus compañeros.

No obstante, la maestra sabe que no es más que una coraza.

—¿Sabes silbar? —le suelta para sorpresa del chico—. Porque yo no. Seguro que a ti se te da bien.

Roque la mira extrañado, como si se preguntara que cómo es posible que alguien no sepa hacer algo tan sencillo como silbar. Finalmente, junta los labios y emite un silbido como la ligera melodía de un pajarillo.

—¡Eh, no lo has hecho nada mal!

Lali intenta imitarlo, pero apenas le sale un soplido torpe que no hace más que provocar la risa entre los chicos.

—Eh, no seáis malos —exclama acompañando su carcajada.

Sí sabe silbar en realidad, pero todo es parte de un juego.

—Mira, hagamos una cosa, Roque. Yo te enseño lengua y tú me enseñas cada día a silbar una melodía distinta, ¿de acuerdo?

Le ofrece la mano para sellar el acuerdo, pero el chico frunce el ceño desconfiado.

—Pero silbar es muy fácil —tercia este volviendo a emitir una melodía por el agujerillo de sus labios—. ¿Qué tipo de trato es ese?

Lali sonríe.

—La lengua también es muy fácil, hazme caso.

El chico accede y, tras un ligero titubeo, termina por estrechar la mano de la maestra bajo la atenta mirada de sus compañeros.

—Ahora, ¡a continuar, chicos! —exclama la maestra—. ¡Que el tiempo vuela!

La clase sigue algunos minutos más hasta que toca para el recreo y, con ello, la carrera de cada mañana, la de los que parecen cautivos que han ganado su libertad.

Al volver del recreo, Lali dispone a los chicos en grupos de tres o cuatro para repasar el ciclo del agua. Todavía no tienen muy afianzada la dinámica —mover los pupitres de sitio, hacerle caso al coordinador, aguardar al turno de palabra— y aquello deriva, poco a poco, en la algarabía propia de la plaza de abastos a primera hora de la mañana.

Esa es tal vez la razón por la que la maestra no se ha dado cuenta de que alguien acaba de entrar en el aula. Alguien, no un cualquiera.

—Hola, señorita —la llama don Saturnino.

El párroco del pueblo aguarda frente a la pizarra de la clase, visiblemente contrariado. Ha llegado sin que Lali lo esperara, en el momento menos oportuno. El cura alza su voz, honda, grave, como si viniese del interior de un pozo, haciendo eco entre sus paredes. Les habla a los muchachos, a aquellos a los que alguna vez ha regañado por su mal comportamiento en las misas.

—Señores, ¿pueden guardar silencio?

Pero su petición no surte efecto. Tales son las voces de los chicos que la maestra no lo ha visto entrar ni oído la llamada de atención del hombre. Por ello, uno de los muchachos, el pequeño Pascual, se dispone a atravesar las bancadas de la clase para avisar a Lali, que en ese momento se afana por explicar a uno de los grupos cómo deben abordar el repaso.

—Seño, ha venido el cura.

Lali levanta la vista y, apurada, «Ay, Dios, disculpe», da un par de pasos largos hacia él mientras manda callar a sus alumnos chistando.

Los chicos acallan sus voces unos segundos después.

—¿Y este jaleo, señorita? —le recrimina el cura con el ceño fruncido.

La maestra se excusa.

—Trabajaban en grupo —le explica con las manos entrelazadas en forma de súplica—. Disculpe, pero es normal que haya algo de ruido.

El cura chasquea la lengua. Es un hombre enjuto, con una frente amplia sobre unos ojos diminutos color gris, sotana hasta los pies y alzacuellos.

—Soy don Saturnino, el párroco del pueblo.

Luego levanta el dorso de la mano aguardando a que Lali se la bese.

En la otra mano sostiene un crucifijo.

—Encantada, soy Eulalia, la nueva maestra.

La chica se inclina para posar sus labios sobre los nudillos de su mano derecha.

—Eso de los trabajos en grupo, señorita, ¿acaso sirven de algo? —le

pregunta a la maestra escrudiñando con la mirada la heterodoxa distribución de las mesas, con esos grupos de tres y cuatro—. Déjeme recomendarle, porque veo que es usted muy joven, que se dedique a lo importante. No le vaya a ocurrir como a Juana, que, de tanto innovar, ha acabado escalabrada.

Lali se limita a asentir, disimulando con el gesto contenido para que no se le note la contrariedad.

—Por cierto, he visto que ha terminado usted de pintar la fachada, ¿no?

Asiente de nuevo. Justo el día anterior concluyó con la pintura con la ayuda de algunos padres. Luego se fueron a tomar algo a la taberna del Rubio para celebrarlo. Juana los acompañó.

—¿Quería algo, don Saturnino? —se impacienta Lali retirándole la mirada a los ojos níveos y casi puntiagudos del cura.

Este asiente.

—Sí, señorita. Venía a darle algo.

Y le ofrece el crucifijo que sostenía con su mano izquierda.

—¿Y esto?

Lo mira. Un crucifijo de madera veteada, sin presencia del Señor ni su sufrimiento.

—Usted sabe muy bien por qué se lo he traído. —Vuelve a posar sobre ella su mirada helada—. Puri, una feligresa, me ha dicho que ha hablado con usted al respecto. Así que aquí se lo dejo. Hágame el favor y vuelva a ponerlo en esta clase.

Lali guarda silencio.

Tras sus palabras, el cura no espera a que la maestra le rebata ni a que le responda con un «Está bien». Con la frialdad de un autómata, le hace el gesto de la cruz y se despide con el semblante impávido de un enterrador.

Lali lo contempla perderse por la puerta de la clase mientras hace un esfuerzo para romper la tensión del momento.

—Bueno, chicos —les dice a sus alumnos—, continuemos con el trabajo en grupo, ¿de acuerdo?

Pero no puede evitarlo. Desde que tenía once años ha sentido lo mismo cada vez que se encontraba con un cura. Eso que ha sentido

ahora.

Un sudor frío y las ganas de salir corriendo en estampida.

9

Por la ventana entra un sol esquivo que apenas ilumina el escritorio. Por eso, para preparar sus clases, la joven debe encender una vela en el dormitorio que ocupa en casa de doña Paqui, aunque la tarde no haya caído del todo.

—Hoy la mañana no ha ido mal del todo —se dice con un optimismo innato.

Y, bajo el chisporroteo de esa pequeña luz, comienza a escribir en su diario de aula, empuñando con dulzura la estilográfica que le regalaron sus padres: «En clase de Lengua hemos repasado la caligrafía de las letras. Algunos alumnos deben profundizar más, porque van algo retrasados. Otros, en cambio, escriben como bachilleres». De esta forma va detallando —como le aconsejaron en la Normal— cada una de las sesiones de clase. «En Matemáticas hemos continuado con las operaciones sencillas»; porque el mayor aliado de un maestro es su diario.

Hace una pausa para leer lo que ha escrito, no quiere que se le pase nada. Recuerda, de repente, el incidente de esta mañana con ese grandullón de Roque; quiere que quede consignado en su diario.

«Roque es un chico desmotivado y con una actitud negativa hacia la escuela. Me lo he intentado ganar haciendo un trato. A ver qué puedo conseguir de él».

No se ha dado cuenta, pero al escribir ha comenzado a silbar los primeros compases de *La Zarzamora*, que Roque se prestó a enseñarle después de clase para sellar su trato.

—Venga, sílbame algo —le pidió al chico a la salida de la escuela.

—¿El qué?

Lali recordó esa coplilla que a su madre le gusta canturrear mientras cocina o lava la ropa en la pila.

«¿Qué tiene la Zarzamora, que a todas horas, llora que llora, por los rincones?», entonó la maestra con el gracejo propio de una sevillana.

—Ah, sí. ¡Ya sé! —exclamó el chico, que, tras aguardar unos segundos para hallar el tono de su silbido, acompañó a la copla con la melodía de sus labios.

«Durante el resto de la clase —continúa en su diario—, tras haber hablado con él, Roque intentó hacer algo de Lengua. No obstante, a poco que me descuidaba, volvía a dejarlo, aburrido. Requiere que esté encima continuamente. Eso sí, al final de la jornada, de camino a casa, quiso enseñarme a silbar *La Zarzamora*, y parecía entusiasmado».

Hace una pausa en la escritura. Piensa en la visita de don Saturnino y la cuestión del crucifijo de marras.

¿Acaso habría de consignarlo en el diario de clase?

Titubea, tintineando con la punta de la estilográfica sobre el papel, deliberando si dejarlo o no por escrito, hasta que, de repente, oye dos toques en la puerta de la habitación.

—¿Sí? —pregunta cerrando el diario.

Doña Paqui abre con el sigilo propio de un espía y se asoma al quicio de la puerta.

—Disculpa que te moleste, criatura. Pero voy a salir a misa, por si querías algo.

Desde que la maestra llegó a su casa, doña Paqui no ha dejado de volcarse con ella.

—No, no se preocupe, doña Paqui, gracias.

La mujer se asoma a la intimidad del escritorio de Lali, a la luz bajo la cual la maestra escribe en el cuaderno.

—¿Qué tal van los niños, Lali? —le pregunta.

La joven alza la mirada para mirar a su casera. En su cara se dibujan las sombras chinescas que lanza el chisporroteo de la vela. En la de doña Paqui, el surco de unas arrugas pronunciadas y el contorno del recogido de su blanca cabellera.

—Ahí voy, doña Paqui. Me está costando un poco, pero no tardaré en hacerme con las riendas de la clase.

La mujer esboza un gesto de satisfacción, «Tú podrás, querida», a lo que Lali responde con una sonrisa cómplice. A pesar de los pocos días que lleva viviendo en esta casa, la relación con su casera, a base de largas conversaciones hasta las tantas, parece remontarse a años. Durante estos días ya han hablado de sus familias, de los novios que Lali ha desechado porque todavía no quiere atarse a un hombre o del futuro de esa España quebradiza que la joven maestra pretende

transformar a golpe de tiza.

—Y, de cena, ¿te apetece algo en especial? —le pregunta doña Paqui volviendo al quicio de la puerta.

Anoche le preparó unas gachas. Hoy, para el almuerzo, papas a lo pobre. Pero ya se lo ha advertido Lali a su casera: mientras vivan juntas, ella piensa colaborar en la cocina y las labores del hogar.

—Que no se diga que vengo a este pueblo a cuerpo de marajá, señora.

Y Lali añade forzando una sonrisa:

—Ya le dije que de la cena hoy me encargo yo.

La mujer vacila hasta que, conforme, da media vuelta y se despide de su inquilina con un cálido «Hasta luego, querida». Lali la contempla alejarse desde el escritorio con sus pasos pequeñitos y el cuerpo achaparrado ataviado con un largo vestido negro. Al oír cómo se cierra la puerta de casa, vuelve a abrir el diario de clase y se apresura a concluir la entrada de hoy. Minutos después pone punto final, advirtiendo la llamada a la misa vespertina de las campanas de la iglesia, que resuenan en todo el valle. Ayer, al oírlas, pensó en que era una curiosa coincidencia.

«En este pueblo suenan igual las campanas de la iglesia y las del colegio».

Y, dándole vueltas a ese pensamiento, preguntándose si es o no casualidad, se pone en pie para coger un chal —porque ayer comprobó, arrecida, que la tarde refresca— y salir a la calle.

Afuera, un poniente tímido mece las copas de los árboles y las macetas con flores, como si quisiera adormecer a un pueblo que, al caer la tarde, despierta de su letargo. Los niños juegan a la fresca, los labradores han vuelto del campo y se reúnen en las tabernas con un chato de vino y las mujeres van y vienen de misa o de ultimar las compras en el ultramarinos para preparar la cena.

Lali callejea por el trazado de fachadas encaladas para llegar a la plaza del colegio. Por el camino saluda a cuantas personas encuentra a su paso, algo que, a veces, no ocurría en esa Sevilla en la que todo el mundo parece ir de aquí para allá sin levantar la vista de su sombrero.

Uno de ellos, de pronto, la frena al encontrarse de bruces con ella.

—¡Buenas tardes, señorita Eulalia! Soy Javier, el padre de Roque, su alumno.

Lali le devuelve el saludo con una sonrisa afable. La de él, su sonrisa, es clavada a la de su hijo Roque. Lo saluda.

—Buenas tardes, Javier, ¿cómo está?

El hombre pone gesto de galán. Lali los conoce bien, aquellos que parecen creerse pimpollos delante de una chica joven. Le devuelve la pregunta.

—Muy bien, señorita. ¿Y usted?

Lali asiente, cortés. Es un hombre alto, corpulento, bien vestido. Lali sabrá luego que tiene tierras, la mano de obra de varios braceros y las inclinaciones políticas del falangismo. Con el paso del tiempo sabrá mucho de él, por ejemplo, que se enfrentó a los jornaleros que reclamaban el reparto de tierras o que ha tenido sus tira y afloja con el alcalde, Cándido, que a veces lo ha defendido y otras atacado desde el consistorio.

Pero no lo sabrá todavía. Ahora es solo el padre de Roque.

—¿Me deja decirle algo, señorita? No quisiera robarle mucho tiempo.

—Claro, faltaría más —responde Lali.

Se han parado frente a una intersección de calles y la brisa corre de un lado y de otro. Lali tirita.

—Sé que mi hijo es un bruto, señorita. Solo quería decirle que, si se pasa de la raya, dele usted palos o dígamelo para que lo enderece yo, ¿de acuerdo?

Lali asiente, aunque le habría gustado decirle que aquello de pegar palos es una cosa del siglo pasado, que no es necesario recurrir a la violencia.

De pronto, siente lástima por el chiquillo.

—Es una alegría que haya venido una maestra tan guapa, ¿sabe? ¿De dónde es usted? —se interesa Javier.

A Lali, arrecida, no le interesa mucho continuar con la conversación, pero sabe que eso es algo a lo que deben atañerse las maestras rurales, encontrarse con padres en todas partes: haciendo la compra, saliendo a pasear, tomando un helado.

—De Sevilla, caballero. Vengo para sustituir a Juana tras su caída.

El hombre lanza un resoplido.

—¡Esa Juana ya podría quedarse coja para el resto del curso! Seguro que usted es mejor maestra, señorita. Céntrese en lo importante. Que mi chico sepa contar las fanegas del campo o las toneladas de trigo. Que sepa enviarle un escrito al gobernador civil sin faltas de ortografía. Y con eso basta. La otra, esa Juana, con todo mi respeto, ¿eh?, no dejaba de meterles ideas en la cabeza.

Lali no responde. Incómoda, se limita a hacer como que tiene prisa, como que hay alguien que la espera.

—Ah, sí, señorita. Qué modales los míos. No quería robarle tiempo. Que pase un buen día —se despide.

La maestra no puede apreciarlo, pero, al tomar caminos distintos, él se gira para mirarle el trasero.

—Hola, José, ¿qué tal?

Al llegar a la plaza, saluda también a varios de sus alumnos que juegan a la rayuela y al trompo, «¡Hola, seño!», y sortea las carreras de algunos niños para dar un rodeo y asomar a la fachada trasera. Se para frente a la puerta de la pequeña casa adosada y da dos toques sobre el madero. Toc, toc.

—¡Hola, Lali! —exclama Juana al verla—. Pasa, mujer.

Juana cojea de camino al salón, donde le pide a Lali que tome asiento.

Lucas, el gato de la maestra, saluda a la recién llegada enroscándose en sus tobillos.

—¿Cómo va la pierna? —le pregunta sorteando al gato para ayudar a Juana a tomar asiento en una de las sillas de enea.

—¿Esto? ¡Bah, mejor, mucho mejor! —responde con un bufido—. Bueno, dime, ¿cómo han ido tus primeros días?

Lali resopla entremedias de una sonrisa.

—¡Uf! Agotada, pero muy contenta. Tengo que felicitarte por el buen trabajo que has realizado con esos chicos, Juana. Se nota que hay una gran labor ahí.

La maestra le devuelve el gesto curvando sus labios.

—Seguro que tú también estás a la altura, Lali.

Afuera, de la ventana enrejada llega el rumor de los niños que juegan. Lali mira hacia allí, arañando algunos segundos mientras aguarda a encontrar la forma de decírselo.

—¿Todo bien, Lali?

De decírselo.

—Pues sí, pero hay algo que quería contarte… —se lanza firme en la voz y en la mirada.

—Claro, dime.

—Ayer vino a verme la madre de José para pedirme que volviera a poner el crucifijo en la clase. Hoy ha venido el cura, don Saturnino, a dármelo en persona y a insistirme. Y no sé qué hacer, la verdad.

Juana guarda silencio.

—¿Que no sabes qué hacer? —dice por fin.

La mira, firme, intensa, con la contradicción bailándole en la punta de la lengua.

—Ahora eres tú la responsable de la clase y esa decisión te pertenece a ti, pero yo creo que deberías tenerlo bastante claro, ¿no?

Al oírla, Lali se siente pequeña.

—S-sí, en realidad, sé que la ley… —titubea sin acertar a dar una respuesta clara.

Juana ladea la cabeza, contrariada.

—Olvídate de la ley, Lali. La ley podría cambiar mañana. Lo que deberían ser firmes son tus convicciones. Recuerda, han puesto sobre nuestros hombros una responsabilidad inmensa, la de sacar del atraso a esta pobre gente. La de educar a sus hijos en libertad. La de hacerles ver que, por primera vez en la historia de España, los niños podrán mejorar la vida de sus padres.

Lali la interrumpe, sacando pecho, precisamente, de sus convicciones.

—No tienes que convencerme, Juana. Por eso mismo me hice maestra. Pero…

Juana la acalla, a sabiendas de cuánto pesan los peros en una maestra que no tiene experiencia.

—Sé que es una quimera pensar que podremos acabar con la desigualdad hoy —le explica—. Pero imagínate el mañana dentro de,

no sé, diez o veinte años, con una educación que no distinga a los señoritos de los hijos de los campesinos. Una educación que vaya más allá de los intereses de una religión en particular, por mucho poder que esta tenga.

Lali asiente en silencio. Las palabras de Juana —que ardían entre sus labios con ese arrojo, con esa gallardía propia de quien acostumbra a hablar en público— la han trasladado a aquellas clases magistrales de la Escuela Normal de las que salía convencida de que la educación era lo único capaz de transformar el país.

La punta de lanza de una revolución.

—No puedo estar más de acuerdo, Juana —responde con la misma seriedad, con esa seguridad propia que a veces tanto le cuesta mostrar —. Pero hay algo que me preocupa. Esta gente lleva décadas, siglos, convencida de que no hay nada más grande, nada más importante que el Altísimo. Yo lo sé bien, fui a un colegio de monjas. Y mi madre es una mujer religiosa. Mis abuelas y mis bisabuelas también. ¿Cómo hacerles ver que una cosa es la educación y otra su fe? ¿Cómo hacérselo creer?

Piensa en la campana de la iglesia y en la del colegio, tan semejantes.

Juana le busca la mano sobre la mesa. Se la acaricia, tendiendo un puente.

—No es algo que podamos hacer de un día para otro. Yo llevo aquí varios años y no sabes lo que me está costando conseguirlo. Imagínate el panorama cuando, recién llegada a este pueblo, recibí la circular de la Inspección instándonos a retirar todo símbolo religioso de las aulas. Imagínate el alboroto que se armó. El alcalde y yo nos reunimos con las familias y salvamos el tipo aplicando mucha pedagogía. Con esta gente lo mejor es eso. No es ir de frente, sino serpenteando. No son malas personas, pero son recios, duros como un pedrusco.

Lali resopla.

«Suerte que no me tocó a mí».

—¿Y cómo se lo dijisteis? —inquiere interesada.

—Pues no fue fácil, ¿eh? —contesta Juana jactanciosa, como si relatara una victoria—. No se trata de un ataque a vuestras creencias,

les explicamos. No es ningún insulto ni un desprecio. Y les hicimos entender que la escuela no puede ser un lugar para hacer fieles, sino un sitio para aprender. Que a ser buenos cristianos se aprende en la iglesia. Hubo quien protestó, por supuesto. La madre de José, Puri, entre ellos. Recuerdo lo que dijo, que los pobres ya no podíamos siquiera tener a Dios. Y yo le respondí con todo mi cariño, porque se lo tengo, «Puri, a Dios lo tendrás siempre. Tú y tu hijo. Pero no en la escuela». Y poco a poco empezaron a comprender que no había opción a rebatirlo. Que era una decisión de arriba que había que cumplir. Así que tú tranquila, Lali. Acostúmbrate a que nuestro trabajo es ingrato en ocasiones. No sabes las veces que ha venido a verme don Saturnino preguntándome que por qué he puesto a los chicos a hacer teatro, por qué les he enseñado a zurcir o por qué les he dicho que Eva no tenía la culpa del pecado, caray, que, si alguien debe tener la culpa, esa debía ser la serpiente.

Lali ríe. De pronto, durante varios segundos, regresa a sus diez años.

—¿Te puedes creer que eso ya lo decía una monja de mi colegio? —confiesa.

Y no puede evitarlo, el recuerdo brota. Vuelve a aquella aula repleta de niñas, al hábito de sor Paquita bailoteando, porque era una polvorilla, a una pregunta que flotaba en la clase de un día cualquiera de sus ocho, puede que nueve años.

—¿Sabéis qué, chicas? —preguntó la maestra.

Hablaban del Génesis. Adán, Eva, la costilla, la bicha serpenteando por el tronco del árbol dichoso. Y lo dijo, santiguándose antes, no vaya a ser que el Padre se lo vaya a tener muy en cuenta.

—Que me perdone Dios, pero ¿por qué tenemos que cargar las mujeres con el pecado de Eva?

Juana ríe al oír la anécdota de la monja.

—De todo hay en la viña del Señor, como dicen —exclama mientras extiende el brazo para coger su pitillera, que aguarda encima de la mesa.

La abre y se lleva un cigarrillo a los labios. Luego le ofrece a Lali.

—¿Quieres? Ahora ya no está tu padre delante.

Lali fumó una vez, en la Normal, y acabó con un ataque de tos.

—No, gracias —declina.

La maestra no insiste. Rasga una cerilla contra la cajetilla y se enciende el cigarro.

Y tras dos, tres segundos de una intensa calada, sigue hablando.

—Mantente firme en tus convicciones, Lali —dice golpeando el cilindro del cigarrillo contra el cenicero de la mesa—. Volverán a verte. Te insistirán. Pero ¿qué pueden hacerte? La ley está de tu parte. Somos maestras de la República. Tú pon buena cara y continúa a lo tuyo. A tus niños. Eso es lo importante. Lo único importante, en realidad. No malgastes tu energía en nada más que en ellos, ¿de acuerdo?

Lali asiente. De pronto, vuelven a oírse desde la ventana los gritos de júbilo de los niños que jugaban fuera. Alguno de ellos ha debido de ganar la partida y, triunfante, va cantándolo por la plaza.

Dentro hay un silencio sereno.

—¿Sabes, Lali? No creo que me quede mucho tiempo de baja. Esto del tobillo lo tendré curado en un periquete. Pero hay algo que nadie en el pueblo sabe todavía. —De repente, hay un brillo en su mirada azul—. Dime, ¿a ti te gustaría volver a darles clase a mis chicos?

Un brillo especial en el horizonte de la comisura de sus ojos, dos luceros de zafiro.

—¿Cómo que volver a darles clase? —le pregunta Lali intrigada.

Porque todavía no es capaz de comprenderlo.

—Sí, verás. Tengo contactos en la Inspección Provincial. Podrían volver a llamarte en esta escuela cuando vuelva a darme de baja.

Comprender cuánto puede cambiar tu vida tras una confesión como esta.

—¿De baja?

Silencio.

La emoción palpita en sus ojos, casi líquida.

—Tengo una falta, Lali —le confiesa Juana con voz trémula—. Y creo, presiento más bien, que ya hay algo dentro de mí. —Se mesa, dulce, acompasada, un estómago que dentro de poco dejará de ser plano como una llanura—. Muy poca gente sabe que estamos buscando un bebé. Es más, de hecho, salvo mi novio y el médico del

pueblo, tú vas a ser la primera en saberlo. Si todo va bien, el curso que viene tendré que cogerme la baja de maternidad, y me encantaría que fueras tú la que volviera a sustituirme.

SEGUNDA PARTE

Un silbido

10

Madrid, febrero de 1972

Cuatro palabras pueden cambiarte la vida. No solo eso, pueden derribarla, abrir una zanja bajo tus piernas y tirarte a la deriva. Cuatro palabras como estas:

—No somos tus padres.

Doña Rosi descansa sobre la cama de la habitación más cara que la familia ha podido encontrar en la Clínica de la Concepción de Madrid. Allí donde, según dijo José María, el abogado de la familia, «Se curó el marqués de Villalba de aquellas dolencias que le impedían jugar al golf».

Pero lo de doña Rosi es mucho más que una hernia en la L5-S1 que requirió de la fijación de varias vértebras —y que, por cierto, no obró el milagro de que el marqués volviese a hacer un *swing*—. Doña Rosi va a morir.

—¿Pero qué dices, mamá?

Y quizá por eso —cáncer de mama, grado cuatro con metástasis— ya no hay nada que le impida romper con treinta años de silencio y medias verdades, como si el barquero viniese por fin a reclamarle sus mentiras.

Sus mentiras, con una voz áspera, agrietada.

—Que papá y yo no somos tus padres biológicos, querida.

Alba da un respingo, incrédula. Hace días que dormita junto a su madre en esta cama gracias al beneplácito de Félix, su jefe del bufete de abogados en el que trabaja, que le permitió ausentarse de su puesto en uno de los despachos laboralistas más importantes de la capital.

—No digas tonterías, mamá.

Hasta hace solo unos segundos, Alba sostenía entre sus dedos la mano huesuda y pálida de su madre. Hasta hace solo unos segundos, Alba era la única hija del matrimonio formado por el conde de Bazán y su esposa, doña Rosi. Aquella que se fue a la capital, estudió Derecho y se echó un novio que de primeras no gustó nada a sus padres, sobre todo a don Eliseo, con ese recelo propio de quien

desconfía de que su hija se encuentre con alguien exactamente igual a él.

—Tiene pinta de comunista, Alba, por el amor de Dios —le decía su padre.

—Que no, papá, ¿cómo va a ser David comunista? —replicaba ella —. Viene de una familia de bien.

Sí, su familia era de bien, pero David era periodista y trabajaba en el diario *Pueblo*, pero Alba se lo ocultó a su familia, sobre todo a don Eliseo, que seguía pretendiendo para su hija la alcoba de un señorío de alcurnia.

Don Eliseo falleció hace diez años por una enfermedad cardiaca cuyas secuelas arrastró toda la vida. Su mujer se irá en unos días.

—¿Me lo estás diciendo en serio, mamá?

Será a las tres de la tarde y, en sus últimos estertores, ya casi al otro lado de la vida, parecerá rememorar su niñez campestre, balbuceando con la voz de un pozo hondo el nombre de su perrillo.

Será lo último que dirá: «Fi-fi-Fido».

Pero Alba no dejará de pensar en lo que su madre le dijo cuando todavía podía mantener una conversación.

—Sí, hija mía. No quiero que pases el resto de tu vida pensando que puedes morirte del corazón o de un cáncer, cariño.

Luego tose, y se permite un silencio para recobrar la compostura en la voz.

—No es esa la herencia que quiero dejarte.

Alba le busca la mirada. Hace mucho que los ojos de su madre no dicen lo que solían decir de ella. Una mirada aguerrida, vivaz, capaz de comandar por sí sola a los jornaleros del señorío tras la muerte de su marido y los augurios de que las tierras iban a irse a pique en ausencia de un hijo varón.

—Pero qué me estás contando, mamá, por el amor de Dios.

Ahora, en cambio, la mirada de doña Rosi —opaca, afligida, febril —, carece de aquel brillo, y por eso parece que la mujer ha comenzado a irse por los ojos, como si estos fuesen la primera de las puertas que uno atraviesa para llegar a la de san Pedro.

—Naciste en el penal de mujeres de Málaga.

Tose un par de veces, llevándose el interior de la mano a la boca.

—Pero qué dices, mamá…

—Te recogimos una noche en la que llovía a mares y condujimos hasta el amanecer para volver al caserío. Fingí el embarazo durante unos meses y luego te presentamos en sociedad. Sé que nadie nos creyó, pero nunca hubo preguntas.

Preguntas. Preguntas como las que se atropellan en la cabeza de Alba, unas sobre otras, violentas, indómitas. Hasta que una despunta de las demás.

—Y, mi madre, entonces ¿quién es?

Doña Rosi vuelve a toser.

—Solo sé que se llamaba Juana y que era maestra. Pero no quisieron que supiéramos nada de ella. Para que no la buscáramos.

Alba no puede creérselo. No, no puede ser.

—Pe-pe-pero…

Tres días después será el funeral y Alba todavía continuará preguntándose si aquello no fue más que la alucinación de una moribunda.

—Esto debe de ser por culpa de la medicación, mamá. No es verdad.

Vendrán de todos los puntos de la comarca: de Fuentes de Cantos, de Cabeza de la Vaca, de Segura de León. Vendrán de la provincia de Sevilla e incluso desde Madrid, y por la capilla ardiente desfilarán decenas de familias jornaleras a las que el señorío siempre dio sustento, para las que doña Rosi siempre tenía un cristiano acto de caridad.

Rosi vuelve a buscar su mano en el vacío de las sábanas blancas. Alba se la estrecha, evitándole una mirada de la que no ha podido reprimir un derrame lento y cadencioso.

—Claro que es cierto…

En los ojos de Rosi, en cambio, ya no hay lágrimas, solo la convicción serena y determinante de que la muerte se acerca y de que no podrá huir de ella, como aquel sirviente de Samarra del cuento árabe.

—Tan en serio como que me voy a morir, hija mía.

Cuando doña Rosi hablaba en serio, nadie osaba contradecirla, y no lo hizo ni siquiera la muerte, que llegó puntual a su cita con la condesa tres días después de aquella conversación que Alba y ella mantuvieron a quinientos kilómetros de su señorío manchego.

Ese señorío al que Alba vuelve cada vez menos y donde no puede evitar que la visiten los pasados ausentes, aquellos que se quedaron en Ciudad Real —las carreras por los trigales, los galopes a lomos de su caballo, los primeros amores furtivos en el pajar— cuando tomó la decisión audaz de irse a la capital a estudiar Derecho —«¿Derecho, hija, por el amor de Dios?»—, nada que no hubiese contrariado más a don Eliseo, que veía en ella la perfecta esposa del hijo de algún otro aristócrata.

—¿Cómo estás, Alba?, ¿habéis dormido bien? —le pregunta Felisa.

Ella también se quedó en Ciudad Real. Felisa es la criada de la casona y aquella con cuyos pechos amamantó a Alba hasta casi los tres años.

—Sí, Feli —responde la joven, que toma asiento en el comedor del ala principal de la casona a la espera del desayuno—. Como si no me hubiese ido de aquí.

Alba es la única que la llama así, Feli. Los primeros recuerdos que la chica atesora en esta casa tienen que ver con esa moza andaluza que le cantaba canciones y la acunaba mientras sus padres organizaban fiestas en el jardín. De hecho, no poca gente decía que Alba parecía en realidad hija de Felisa y no de los condes.

—Duérmete, tesoro, ¿vale? Yo seguiré cantándote canciones de mi tierra.

Ahora Felisa supera la sesentena y nunca ha perdido esa sonrisa suya que a veces parecía ser la única de la casona, como si los ricos tuvieran todo a su alcance menos la felicidad. Una felicidad que para la mujer es una forma de resistencia; hace tiempo que pasó el climaterio y ya dejó muy atrás el anhelo de volver a ser madre tras una muerte prematura que le dejó vacío el corazón y llenos los pechos de leche.

—Me alegro. ¿Esperamos al señor para que sirvan el desayuno?

Alba asiente con una sonrisa cordial. El señor al que se refiere la

asistenta es David, y ella todavía no se acostumbra a que se refieran a ambos con el vocabulario propio de la aristocracia. Pero debe hacerlo tarde o temprano, ahora es la condesa de Bazán, por mucho que huya.

—Ya debe de estar al bajar, Feli. Podemos ir sirviendo. Pero déjame que te ayude, ¿eh?

Felisa hace un aspaviento con la mano, como si apartara a una mosca.

—Anda ya, qué me vas a ayudar tú. Quédate sentada, Alba.

La chica hace caso omiso; sigue a Felisa hasta la cocina y se dispone a servir el café de la cafetera. Hace años comenzó a cuestionar la existencia en su casa de servicio doméstico. De Felisa, la asistenta interna, de Jenaro, el amo de llaves, o de Minguito, el mozo de cuadra.

—Es denigrante que en España siga habiendo gente así, padre —le recriminaba Alba a don Eladio—. ¿Acaso Felisa no merece una oportunidad de ser algo más que nuestra criada?

Y don Eladio, con esa arrogancia propia de un aristócrata, respondía jocoso:

—Para que haya gente como nosotros, querida, tiene que haber gente como ellos. Así que déjate de historias y piensa de dónde vienes.

Alba callaba, porque nunca fue capaz de contradecir a su padre, pero desde que empezó a ir a la universidad no dejó de pensar de dónde venía. Y se dio cuenta. Fue en Madrid, en aquellos círculos clandestinos en los que conoció a David —escuchando rock inglés, fumando marihuana y lanzando proclamas antifascistas—, cuando fue consciente por primera vez de cuáles eran sus orígenes.

Sus orígenes, un título nobiliario que se remontaba a Carlos III, el apoyo de su abuelo al bando nacional —vino una vez a verlos el Caudillo para cazar en su coto privado— y un pasado y presente de braceros de labranza, criadas y mozos que hacían una reverencia cuando su padre pasaba frente a ellos.

Por eso, en cuanto doña Rosi le dijo aquello en la habitación de la Clínica de la Concepción de Madrid, algo dentro de ella supo, con la certeza de una revelación mariana, que eso podía ser verdad.

—¿Cariño? —oye a su marido desde la cocina.

Alba vuelve al comedor portando la bandeja con las tazas de café y una jarra con leche caliente. Felisa va detrás con otra bandeja de pan y bollos, llevándose con ella el aroma a pan recién tostado que venía de la cocina.

—Te has levantado pronto hoy, ¿no? —le pregunta David.

Alba asiente. Besa a su marido en los labios y se sienta junto a él. Felisa, mientras, deja la bandeja del pan frente a ellos para, acto seguido, retirarse de vuelta a la cocina.

Pero Alba la frena.

—Espera, Feli, quiero que te sientes con nosotros.

Felisa da media vuelta extrañada.

—¿Cómo?

La joven condesa le hace un gesto para que se siente junto a ellos.

—Ahora yo soy la señora de la casa, ¿no es así? Pues aquí van a cambiar muchas cosas. Por ejemplo, quiero que desayunes con nosotros, Feli.

La mujer titubea, como si sintiera que una de las normas que han regido la casona desde hace décadas estuviese a punto de sucumbir ante una revolución francesa.

«El servicio nunca puede comer en la mesa con los señores», habrían dicho don Eladio o doña Rosi.

—No te lo pienses tanto, mujer —insiste Alba dando un par de palmadas sobre el respaldar de la silla junto a ella—. Y siéntate aquí, que quiero contarte algo.

Tras unos segundos de vacilación, Felisa toma asiento en una mesa que ha servido tres o cuatro veces al día durante más de treinta años. Mientras, David le sirve café y Alba le prepara una tostada. La mujer da un sorbo al café, cuyo vaho culebrea frente a sus ojos como el encantamiento de una cobra. Luego mira a la nueva señora, extrañada.

—¿Contarme el qué?

Alba da un par de bocados a su tostada. Lo piensa.

Hasta ahora, solo le ha contado a David lo de su madre, pero es probable que Felisa sepa algo. A fin de cuentas, llegó a tener una relación muy estrecha con doña Rosi.

—Verás, Feli. Antes de morir, mi madre, que en paz descanse, me

confesó algo que, decía, había mantenido en secreto durante toda mi vida.

Felisa arquea las cejas extrañada.

—¿El qué, Alba?

La chica mira a David, como si esperara de él un último empujón para contárselo. Él le encuentra la mano sobre su regazo y se la aprieta.

—Me dijo que ella no era mi madre biológica —confiesa Alba, con la voz quebrada y una palpitación en sus párpados—. Ni mi padre tampoco. Que mi madre era una mujer llamada Juana que en el 37 estaba en el penal de mujeres de Málaga. Ah, y que era maestra. Eso es lo único que mi madre supo de ella.

La chica guarda silencio, esperando a que Felisa responda.

—¿Qué me estás diciendo, Alba? —pregunta la mujer con la sorpresa asomándole por la intensa mirada de ojos claros.

Alba insiste.

—Lo que estás oyendo, Feli. ¿Tú sabías algo de eso? ¿Te lo dijo mi madre alguna vez?

Felisa niega con la cabeza. Se pasa la mano por la comisura de los labios y mira hacia la pared del fondo del comedor, donde se disponen, en perfecto orden geométrico, cuadros de pintores manchegos con escenas de caza y montería.

Se va al pasado, a hace treinta años.

Vuelve.

—Te voy a decir mi verdad, Alba —responde al fin—. Cuando yo llegué a esta casa, tú ya habías nacido. Como sabes, tu madre buscaba un ama de cría, y yo acababa de perder a mi hijo. Nunca supe ni nadie me dijo nada sobre tu parto, pero, si te soy sincera, por Dios bendito, yo siempre tuve la pequeña sospecha de que quizá tu madre no te había parido, porque en ningún momento le subió la leche a sus pechos. Yo le insistía en que había tratamientos que se podían hacer, santeras que hacían subir la leche, pero ella me dijo que era un trastorno heredado de su madre, tu abuela Victoria. Pero una vez en el pueblo me confesaron que eso no era cierto, que tu abuela amamantó a todos sus hijos, incluida tu madre. La gente hablaba, como podrás

imaginar. Oí esos rumores. Pero las habladurías desaparecieron con el tiempo. Y yo nunca pregunté.

Alba asiente, cariacontecida. Vuelve a buscar la mano de David para estrechársela con más fuerza. «Así que todo el pueblo sabía que yo no era hija de los condes, pero nadie se atrevió a decirlo», piensa.

Guarda silencio.

Da un sorbo a su café.

Respira lento.

—Sé que hay muchas cosas por hacer en esta casa, Felisa. Deshazte de la mayoría, véndelo, llévatelo, no me importa. Yo me quedaré con muy poco, lo que tenga valor sentimental para mí. Pero, antes de nada, necesito respuestas. De pronto no sé quién soy, Feli.

La chica extiende su mano y repta con ella sobre el tablero de la mesa hasta estrechar la de Felisa.

—Necesito encontrarla —dice mirándola con los mismos ojos con los que le buscaba los pechos cuando era bebé—. Encontrar a mi madre.

11

Sevilla, marzo de 1972

Lali no conserva ninguna fotografía de Juana. Solo se hicieron una, al final de aquel curso de su sustitución, que llevó consigo hasta que no tuvo más remedio que quemarla para que no la relacionaran con la cordobesa.

Recuerda ese momento como si fuera ayer mismo.

—Chicos, a la señal, todos quietos, por favor —exclamó el fotógrafo tras la enorme cámara.

Había una veintena de sonrisas infantiles, Lali y Juana —ya sin escayola ni muleta— en el centro del corrillo, abriendo sus brazos como las ramas de un árbol, «¡Sin bromas, por favor!», y de fondo la fachada de la escuela bajo un sol de justicia.

—Uno, dos, tres, ¡quietos!

El sol de los últimos días del curso y las promesas de un verano bajando al río o jugando a la fresca.

El fotógrafo pareció tardar un siglo en hacer la foto. Hasta que hizo otra señal.

—Ahora, niños, ¡a jugar en el patio!

Los chiquillos salieron en estampida para iniciar sus juegos.

Lali la ha recordado, de pronto, al conocer a Alba; aquella fotografía, que sucumbió ante el fuego de una hoguera, como tantas cosas ardieron en aquella España a la que empujaron al precipicio de la guerra.

Por indicación de Clemente, Alba se sienta en el mismo sofá en el que, minutos antes, Lali y su marido habían comenzado a cenar, como cada noche.

—¿Cómo decías que te llamabas? —le pregunta él tras apagar la televisión.

—Alba, me llamo Alba Bazán y soy abogada —responde la chica, que ha preferido obviar que también es condesa.

Lali asiente, impávida. La última vez que vio a Juana, en la prisión de mujeres de Málaga, Alba estaba hecha un ovillo en sus brazos y no

se llamaba Alba, sino Esperanza.

—Las chicas dicen que será niña por la forma de la barriga, no puntiaguda, sino redondeada —le dijo en el patio de la prisión mientras se acariciaba una preciosa barriga tan redonda como una pelota de balompié—. Si es niña, se llamará Esperanza, porque no hay nada que haya esperado más en el mundo que a ella.

Esperanza.

—¿Te apetece algo de cenar, Alba? —le pregunta Clemente con un ademán cortés—. Nosotros acabábamos de empezar a comer.

Lali no puede quitarle ojo. Tampoco es capaz de articular palabra. Aunque no conserva aquella fotografía de final de curso, y hace más de treinta años de su último encuentro, nadie podría decir que esta chica no es hija de Juana. Que en su mirada no se esconden los mismos secretos que en aquellos ojos azules.

—No quisiera molestar, de verdad —se excusa Alba con un movimiento de manos.

Pero Clemente se pone en pie, presto.

—Molestia ninguna, faltaría más.

Va a la cocina y se dispone a servir un plato de sopa para la recién llegada.

Mientras, en el salón, Lali no es capaz de mover un músculo. Sigue allí, en aquella cárcel de Málaga, miles de mujeres hacinadas y solo una en el lugar más confortable del universo.

Esperanza.

—¡Eh, pero mira qué patada! —exclamó Juana tocando su barriga para buscar con sus manos el lugar de la próxima sacudida—. Tendrá carácter, ¿eh?

Caminaban a la sombra del enorme edificio que les servía de prisión. Era la única hora de libertad vigilada que tenían al día.

—A ver si la sientes tú, Lali.

Juana extendió su mano para coger la de la chica y ponérsela sobre la barriga. No tuvieron que aguardar mucho. Dos, tres segundos después, Alba, al otro lado del ombligo, dio una patada que iluminó el rostro de las maestras.

—¡Sí, la he sentido! ¡Vaya patada!

Lali no puede dejar de mirarla. A esa chica que aguardaba al otro lado del ombligo.

Y se lo dice, al fin:

—Eres clavadita a tu madre.

Esos ojos y la forma en que se le curvan los labios cuando sonríe.

—Gracias, usted es la primera persona con la que hablo que la conocía —responde Alba con una media sonrisa, nerviosa—. Dígame, ¿cómo era?

Lali guarda silencio mientras intenta encontrar las palabras exactas con las que ser fiel al recuerdo de Juana.

—Era alguien muy especial —empieza yéndose a Alcalá del Valle y a aquella pequeña escuela rural—. Tenía una mirada intensa y una sonrisa que enamoraba a cualquiera. Y fuertes convicciones sociales que compaginaba con una enorme vocación docente. Era muy inteligente y culta. Eso sí, también un poco bastante cabezota, diría —ríe para sí.

Alba asiente, hechizada de pronto por el perfil de su madre que Lali bosqueja a través del espejo convexo de su memoria. Quiere saber más, mucho más.

Las preguntas, de repente, se le atropellan.

—¿De dónde era? ¿Cómo la conoció?

—Era de Córdoba, pero su plaza como docente estaba en Alcalá del Valle, un pueblecito de la sierra de Cádiz. La conocí porque fui a sustituirla cuando tuvo un pequeño accidente pintando la fachada de la escuela.

—¡Ah! —exclama Alba sorprendida—. Que os conocisteis antes de la guerra, ¿no?

—Sí, unos meses antes de que estallara, de hecho. Durante el curso escolar que empezó en 1935. El último antes de que todo empezara. La guerra, ya sabes.

Vuelven a guardar silencio.

A Lali no le gusta hablar de todo eso y teme que Alba le pida que abra esa puerta.

—¿Y mi padre biológico? ¿Sabes quién era?

Cómo olvidarlo a él, a Salvador. Ese letrado culto, tan extrañamente

enclavado en un pueblo como aquel, rodeado de hombres rudos y analfabetos que sentían por ese abogado de ciudad la admiración de un mesías.

—Se llamaba Salvador y era abogado —responde Lali temiendo que Alba siga intentando ir más allá, hacia esos recuerdos que la mujer olvidó deliberadamente—. Conoció a Juana en…

Pero Alba la interrumpe, de pronto.

—Espera, ¿abogado? —le pregunta la chica con el rostro iluminado —. ¡Como yo!

Lali asiente, «Sí, abogado», compartiendo con la joven ese mismo gesto de sorpresa. «Quizá, a fin de cuentas, hay cosas de las que no se puede huir», piensa.

—Tu padre conoció a tu madre en un congreso de UGT, donde estaban afiliados —continúa bajo la atenta mirada de Alba—. Él vivía entre Alcalá y Jerez, donde tenía su despacho. Los planes de tu madre eran que él montara un pequeño despacho en la sierra y que se viniera a vivir definitivamente con ella. Y…

Sí, volver a aquellos recuerdos es pisar un terreno vedado. Lo ha notado en cuanto le ha temblado ligeramente la voz.

—¿Qué le pasó a él?

Otro silencio.

—Murió en la guerra —responde Lali con gesto adusto.

Alba no puede evitar esbozar un gesto de asombro. Mientras, Clemente vuelve al salón haciendo equilibrio con un cuenco de sopa y un vaso de agua que deja sobre la mesa, frente a la chica. Luego toma asiento preguntando «¿Y esas caras?», a lo que Lali responde:

—Le he contado qué le ocurrió a su padre.

Clemente asiente, comedido, y Alba observa cómo el matrimonio se dice el resto con la mirada, apenas un par de segundos que esconden, como el agujero de gusano, una historia de más de treinta años.

—¿Y a mi madre? ¿Sabéis qué le pasó? —inquiere la chica.

Vuelven a mirarse, serios, sombríos de pronto, pensando en todo aquello que ocurrió y de lo que hace mucho que no hablan.

Porque gran parte de lo que son es en realidad un fantasma.

—Déjame preguntarte algo, Alba. —Lali cambia de tema—. ¿Cómo

me has encontrado?

Busca los ojos azules que heredó de su madre.

—Pues…

Alba resopla. Han sido muchos meses de idas y venidas, jugando al gato y al ratón con esta historia, hasta que halló, al fin, un hilo del que tirar. Eulalia.

—Algunos contactos que tengo en el Ministerio de Educación me debían favores. Eso me abrió varias puertas que habrían sido muy difíciles de abrir. Por ejemplo, la de los expedientes de depuración de las maestras que en Andalucía cayeron en el bando nacional al comenzar la guerra. Entre esos expedientes, que el Estado guarda con celo, salió el nombre de mi madre. Era un expediente de decenas de páginas con muchas acusaciones de cargos en su contra y que decía que había pertenecido al sindicato socialista de la UGT, que como maestra había compartido enseñanzas subversivas, revolucionarias y contrarias a la Iglesia y que, por tanto, se determinaba su inhabilitación para ejercer cualquier cargo docente público en el futuro.

Lali asiente, lenta, parsimoniosamente. Vuelven a ella, de nuevo, aquellos recuerdos que tanto ha intentado borrar. Por ejemplo, el de su expediente de depuración. Lo recuerda bien, a pesar del esfuerzo que ha hecho a lo largo de tantos años por dejarlo atrás, como tantas cosas de su pasado.

Como tantas cosas.

COMISIÓN DEPURADORA D) DEL MAGISTERIO PRIMARIO DE LA PROVINCIA DE SEVILLA

DICTAMEN

Excma. Srta.:

Esta Comisión tiene el honor de emitir el siguiente dictamen en el expediente de la maestra nacional Eulalia Morales Román, suspensa de empleo y sueldo por Orden del General Jefe del Ejército del Sur con fecha 19 de septiembre de 1936 a la espera de incoarse un proceso de depuración sobre su actividad como maestra.

RESULTANDO de los cargos imputados que la señorita Morales Román profesaba ideas antirreligiosas, simpatizaba con los partidos del Frente Popular y

se mostraba desafecta y con una falta de compromiso latente ante el glorioso Movimiento Nacional;

CONSIDERANDO todo lo anterior, así como el pliego de descargos que la maestra presentó, y estudiando a fondo su expediente y ampliando la información por todos los medios al alcance de esta comisión, tenemos a bien emitir el siguiente dictamen en el expediente de la maestra Eulalia Morales Román, proponiendo, por unanimidad, **la revocación de su título de maestra, expedido por la Escuela Normal de Sevilla, y su inhabilitación para la prestación del servicio de magisterio**.

No obstante, V. E. resolverá lo que proceda y podrá presentar recurso ante la Comisión Superior de Depuración en los plazos y formas que se anexan en este expediente.

DIOS guarde a V. E. muchos años.

Sevilla, 10 de septiembre de 1939. Año de la Victoria.

EL PRESIDENTE

—Y el expediente de depuración de Juana, ¿cómo te llevó hasta Eulalia? —le pregunta Clemente señalando a su mujer.

—Eso me costó más trabajo aún —reconoce Alba tras darle un sorbo al vaso de agua que Clemente había dejado sobre la mesa—. Gracias a otro de mis contactos, porque los abogados debemos tener contactos hasta en el infierno, pude obtener el registro de presas de la cárcel de mujeres de Málaga durante la guerra. Ahí volvió a aparecer el nombre de mi madre, junto a la que figuraba un breve comentario: «Maestra, roja y sindicalista». Pues bien, en las fechas en las que mi madre estuvo presa, había otras cinco maestras en prisión. Dos de ellas ya han fallecido y otras dos conocieron a mi madre de vista, pero nada más.

Mira a Lali a los ojos, que, sentada frente a ella —recta, manos sobre el regazo, gesto formal—, no mueve un músculo, ni pestañea siquiera.

—Usted es la última a la que visito, Eulalia.

La chica vuelve a guardar silencio.

—¿La última? —pregunta Lali.

Alba asiente. A Lali, de pronto, le vienen algunos nombres, los de las mujeres con las que quizá la abogada haya hablado. Aquella maestra de Huelva, Mercedes, a la que le gustaba tocar las palmas y

arrancarse por bulerías, levantando un jolgorio que solía acabar siempre con la reprimenda de alguna monja carcelera. O Joaquina, tal vez, con la que Juana y ella cruzaron algunas palabras en el comedor o en el taller de costura.

Le duele volver a esos nombres. Al patio de aquella prisión.

—Mira, Alba, voy a serte muy sincera —le dice de pronto seria, cortante como un puñal—. Yo puedo contarte todo lo que sé sobre tu madre o tu padre. Pero al final hay algo a lo que no puedo llegar; a decirte dónde está. Porque no lo sé. Yo salí de la cárcel antes que ella. Nos despedimos y nunca más volvimos a vernos.

Alba la mira.

Aquellos ojos de Juana suplicándole ahora, de pronto.

—Eulalia, por favor. Necesito saber qué le ocurrió. Necesito saber si está viva, por mínima que sea la posibilidad.

Y extiende sus manos por la mesa, como si buscara los de la mujer.

—Como te digo, a mí me dieron la libertad antes que a tu madre, si es que se la dieron. Pregunté por su paradero, pero nadie me supo decir nada. Hay quien me contó que la habían ejecutado, porque sobre ella pesaban graves acusaciones.

Pero Alba no desiste.

—Si colabora conmigo, Eulalia, hay algo en lo que yo puedo ayudarla a usted.

La antigua maestra tuerce el gesto.

—¿Ayudarme? —pregunta intrigada.

De pronto, Alba echa mano de su bolso, que había dejado sobre el sofá al sentarse, y saca de dentro una carpeta pequeña, forrada en piel.

—Hay algo que todavía no le he dicho. Tras hallar su nombre en los papeles de la prisión de Málaga, volví al Ministerio de Educación, donde encontré esto…

Abre la carpeta y saca varios papeles que ofrece a Lali. La mujer mira al primero y reconoce su nombre.

Pregunta, aunque ya conoce la respuesta.

—¿Qué es?

—Esta es una copia del dictamen de la Comisión Superior de

Depuración con el que se le denegó la restitución de su título de magisterio en 1937 —le explica Alba, tras lo que la insta a que pase a la siguiente página—. Esta otra es la copia de la misma negativa que recibió en 1939 por parte de la Audiencia Provincial por vía judicial. Todas denegadas, Eulalia. A partir de ahí ya no encontré ninguna otra petición, porque supongo que se cansaría de pelearlo.

Lali se ha quedado muda. Hunde su mirada en esos papeles y siente que, de pronto, vuelven a arder. La última vez que los vio fue, de hecho, segundos antes de que sucumbieran al fuego de una pequeña hoguera, hace ya muchos años. Pero ahora han vuelto. Y ya no puede huir de ellos.

Segundos después, sigue.

—Me quedé embarazada —responde cariacontecida—. Por eso dejé de intentarlo. Además, tenía que pasar página. Por mí, por Cleme, por mi futuro hijo.

El matrimonio se mira fugazmente.

—No sabe cuánto lo lamento —responde Alba con unos ojos como los que ardían en la mirada de Juana—. Porque supongo que usted no tendría que haber dejado de dar clase, como tampoco mi madre ni tantos otros maestros y maestras depurados.

Maestros depurados. Cuánto detestó Lali esa definición.

—Así es —asevera.

Alba vuelve a mirarla, esta vez curvando la sonrisa hacia la mejilla izquierda, con ese mismo gesto audaz que a veces esbozaba su madre, Juana.

—Aquello que se hizo con vosotros fue de lo más injusto, Lali. Si usted me ayuda a encontrar a mi madre, mi marido, que es periodista, y yo podríamos mover algunos hilos para ayudarla, al fin, a que recupere su título de maestra.

12

Sevilla, agosto de 1936

En casa de Lali la guerra comenzó con un suspiro. Un «Ay», el de Mercedes, que salió de su boca cuando oyó los primeros gritos en la calle. Preparaba un gazpacho. Majaba el pan de anteayer cuando oyó, en la calle, que los sublevados daban vivas a la República para confundirse con sus enemigos.

—¿Y esos gritos?

Eran las tropas sublevadas de Queipo de Llano —uno de los generales que se levantaron junto a Franco y Mola—, que Lali vio marchar hacia la plaza Nueva parapetada tras la ventana enrejada del pequeño piso familiar de la calle Tetuán.

—¿Quiénes son? —preguntó Carmina, la hermana mayor de Lali, asomándose tras el hombro de esta.

Nadie entendía nada. Tres de la tarde del 18 de julio. Todo era confusión.

—Vienen del cuartel de la Gavidia, al parecer —respondió José.

El caos duró algunas horas. La II División Orgánica del ejército sublevado tomó posiciones en Trajano, Amor de Dios, Cuna, Sierpes y Velázquez y, una vez descubierto el engaño —aquellos vivas tramposos— abrió fuego hacia el edificio de la Telefónica y el hotel Inglaterra de la plaza Nueva, donde se parapetaron los guardias y milicianos leales al gobernador civil Varela Rendueles, que representaba el orden republicano que estaba a punto de desmoronarse.

—No saldremos de casa bajo ningún concepto, ¿de acuerdo?

Fue un fuego fugaz, como de artificio, las horas confusas de una ciudad abierta en canal, el estío sobre los naranjos, el nombre de España en la boca de muchos, una muchedumbre obrera sobre la que se derramó la artillería y, finalmente, la paz de los fusiles. Horacio Hermoso, el último alcalde republicano de Sevilla —el padre de Lali, José, no votó por él, pero le tenía simpatía—, abrió las puertas del consistorio a los comandantes de las tropas sublevadas.

—Poned la radio, a ver qué dicen —le ordenó Lali a Isabelita, su hermana pequeña.

Pero la radio solo dijo algo horas más tarde, cuando Queipo habló ya de noche, la noche de los tiempos. «Sabed que esa panda de canallas y alborotadores del Frente Popular, leales a la República, serán cazados como alimañas si oponen resistencia», dijo con su voz firme, cadenciosa, que culminó con un sonoro «Viva España» que heló la sangre de Lali, que todavía no sabía qué España era aquella a la que se le daban vivas.

—Tranquilos, la cosa se calmará, ya veréis —las serenó su padre.

Pero Lali no pudo tranquilizarse. No dejó de pensar en mucha gente, en sus compañeras de la Escuela Normal; en sus vecinos y amigos, algunos sindicalistas; en su primo Francisco, concejal del PSOE en el Ayuntamiento; en Juana, la maestra de Alcalá, de la que se despidió a finales de este tórrido junio —ya sin escayola— tras aquella fotografía en el patio del colegio. Si cabían todos ellos, pensaba, si cabía ella misma en ese «viva».

—Esto ya ha pasado antes. Son militares armando alboroto. Volverá la calma —les intentó tranquilizar José.

Y la calma volvió, sí, cuando, días después y tras aplastar las últimas resistencias republicanas de la ciudad —el cuartel de la Alameda o las barricadas obreras de la Macarena, Triana y San Julián —, los victoriosos desfilaron por la avenida de la Libertad — falangistas, requetés y el grueso del ejército que había tomado Sevilla —, a cuyo frente estaba aquel hombre del que todo el mundo hablaba, Queipo.

Alto como un ciprés, cabeza arriba, bigote, fajín sobre su guerrera parda.

Lali no podía saberlo en aquel momento, pero su vida dependería de él, de ese hombre al que seguía una turba brazo en alto, coreando vítores y cánticos rodeados de una muchedumbre entre las que estaba ella y su familia, porque no había nadie en la ciudad que no hubiese salido a recibirlos por miedo a que, precisamente, hubiese alguien que los echara en falta.

—Levantad el brazo, que os vean, venga —les instaba su madre en

voz baja.

Y quizá por eso, porque los vieron, porque cantaron, nadie llamó a la puerta de José y Mercedes con el paso de los días.

—Dicen que se han llevado a Rodolfo, el de la frutería. Por rojo.

Nadie irrumpió en esa casa como un animal nocturno.

—Anoche sacaron de su casa a Juan, el de los pollos. Por alborotador.

Eso sí, ninguno de aquellos que, de madrugada, paraban sus camionetas frente a las casapuertas y llamaban en nombre de España habrían encontrado motivos punibles para molestar a la familia. José, guardia jurado, no estaba afiliado a ningún sindicato y, aunque votó a Azaña, no era, por su carácter —hombre reservado, prudente, poco dado a las multitudes—, de ir a mítines o de participar en campañas electorales; tampoco Mercedes —devota católica—, a quien solo podrían recriminarle que participó en algunos cursos que organizaban las mujeres feministas para enseñar a leer y escribir a amas de casa; tampoco a Carmina, la hermana mayor de Lali, que trabajaba en la mercería de Justina y no había mostrado interés en cuestiones políticas.

¿Y de Lali?, ¿qué habrían podido decir?

Eso mismo se preguntaron sus padres.

—La niña ha sido maestra de la República, José.

—Sí, pero fue a un colegio de monjas, Merche. Recuerda.

El matrimonio hacía vigilia en el comedor de la casa, a la luz de una mariposa que chisporroteaba. Lali los oía tras el quicio de la puerta.

—Ya, José, lo sé, pero esas compañías en la Escuela Normal…

Era la tercera noche que José y Mercedes aguardaban en la duermevela. También lo hacían sus hijas, Carmina en la habitación que tenía para ella sola, Lali e Isabelita en la que compartían. Susurraban, pero Lali pudo oírlo todo.

—Ya sabes que tu hija no se afilió al sindicato de estudiantes ni a ningún partido —insistía José en un intento vano por tranquilizar a su mujer—. Y esas compañeras de las que hablas eran chicas corrientes de Sevilla, como ella. ¿Acaso va Queipo a detenerlas a todas? No seas exagerada, Merche, por el amor de Dios.

Sí, Lali fue a un colegio de monjas. Rezaba fervorosamente el rosario, como si en aquellas cuentas antiguas se escondiera de verdad el secreto de la salvación, y le cantaba a Dios con la voz de los arcángeles.

—Y en caso de que pudiesen acusarla de algo —continuó José llevando el volumen de su voz al límite del bisbiseo—, iríamos a hablar con las monjas. Sí, las monjas podrían hacer algo, cómo no.

Lali suspiró tras la puerta. Sí, sor Paquita, sor Josefina podrían hacer algo por ella.

—Ay, sí, las monjitas —suspiró, aliviada, su madre.

Pero las semanas pasaron y la familia no requirió la ayuda de estas, y la ciudad se sumió en un letargo estival mientras llegaban noticias confusas desde muchos lugares de España: que si la Madrid republicana iba a caer en breve; que si Inglaterra y Francia intervendrían en favor de la República…

Noticias como la que Lali ha oído esta mañana en la cola del ultramarinos.

—Que dicen que han matado a Lorca. En Granada.

Jimena, la coneja, se santigua, «¿Al poeta?», mientras Lali vuelve la vista hacia Jeremías, el tendero del ultramarinos, de cuya voz —aguda, como un chirrido— ha salido la noticia.

No puede creérselo.

—¿A Lorca? ¿Estás seguro? —le insiste incrédula.

Jeremías mira a la chica y, mientras cobra medio kilo de arroz a Jimena, asiente.

—Aunque no ha salido en la prensa, se comenta por los mentideros de la ciudad.

—Bueno, tampoco hay que hacer caso a los rumores —interviene un cliente detrás de la chica.

El tendero recibe de Jimena unas monedas de céntimo que deposita sobre la caja de caudales. La tienda huele a azafrán, a su perfume terroso, a comino y a pimentón, a la fruta dispuesta en cestas de mimbre y a la hogaza rústica que horneó por la mañana temprano.

—Si lo han matado, algo habrá hecho —sentencia el hombre bajo la atenta mirada de Lali, que, tras Jimena, la coneja, es la siguiente en

ser atendida.

Pero esta, frente al mostrador, guarda silencio. Observa las cestas de frutas, de naranjas y manzanas, el vidrio oscuro que guarda aceite de oliva, el delantal del tendero.

—Dime, Lali, ¿qué va a ser?

Nunca vio a Lorca en público. No lo vio cuando el año pasado recitó en el Alcázar de Sevilla su poema en homenaje al torero Sánchez Mejías, «Lo demás era muerte y solo muerte, a las cinco de la tarde», ni tampoco cuando se paseó por el Real de la Feria de Abril invitado por Santiago Montoto.

Algunos versos vienen de pronto a su cabeza, los de un romancero gitano, los de un poeta granadino en Nueva York, aquellos que leía junto a sus compañeras de la Escuela Normal bajo la sombra de los naranjos.

—¿Querías algo?

Ya no podrá oírlo. Oírlos de su voz.

«La luna vino a la fragua con su polisón de nardos».

—Eh, sí, perdona. Dame un cuarto de garbanzos, Jeremías, disculpa. Y cuatro brevas de esas. Ah, y membrillo.

«El niño la mira, mira. El niño la está mirando».

—¿Cuánto?

«En el aire conmovido mueve la luna sus brazos…».

—No mucho. Ese poquito que tienes ahí, con eso me basta.

«… y enseña, lúbrica y pura, sus senos de duro estaño».

—¿Algo más?

Lali niega con la cabeza, comedida, sin palabras.

—Está bien, aquí tienes, preciosa.

Deja sobre el mostrador varias pesetas y aguarda a que el tendero le dé las vueltas mientras hace acopio de todos los productos en una bolsa de tela. Esta misma compra le habría costado mucho menos hace solo un par de meses, cuando volvió de Alcalá del Valle al terminar el curso escolar y su sustitución, pero la guerra ha subido los precios y los sigue subiendo cada día. Al menos tienen la suerte de que en Sevilla todavía no ha faltado la harina, el arroz o los huevos, como sí ha comenzado a hacerlo en muchos lugares de España, aquellos, sobre

todo, controlados por la República.

—Pues dicen que en el lado republicano están pasándolo peor, porque tienen carestía de alimentos —dijo José hace varios días.

—Se lo merecen, con lo que están haciéndole a las iglesias —respondió Mercedes.

—Mamá, no digas eso, por el amor de Dios —le recriminó Lali.

La chica se despide de Jeremías, «Hasta la próxima», y sale del ultramarinos en dirección a la calle Tetuán buscando la sombra de los veladores. Piensa en la noticia del tendero sobre el poeta granadino e intenta convencerse de que, quizá, no sea más que otro de esos rumores infundados de una guerra en la que nada parece ser verdad.

«Sí, será eso, rumores». No obstante, no puede quitárselos de la cabeza; los versos lorquianos continúan, cantarines, azarosos, revoloteando sobre ella.

«Verde que te quiero verde. Verde viento, verdes ramas…».

Sube hasta el segundo piso de su bloque de viviendas y da dos toques en la puerta al grito de «¡Soy yo!» que nadie adentro podría confundir. Segundos después, es su madre la que abre.

—Uf, ¡qué calor hace afuera! —exclama la chica. Las gotas de un sudor sibilino le bajan por el blusón.

Sonríe a su madre, pero la sonrisa le dura escasos segundos, los que tarda en reparar en el semblante serio, cariacontecido, de Mercedes. La mujer aguarda bajo el umbral de la puerta.

—Tu padre te espera en la cocina, Lali —le anuncia.

Solo entonces la mira a los ojos, unos ojos vidriosos, hinchados y, de pronto, los versos de Lorca se esfuman como una bandada de palomas al paso de un colegial.

—¿Ocurre algo, mamá?

Mercedes no responde, le hace un gesto para que la siga y dirige a su hija por el angosto pasillo del recibidor hacia la cocina del piso, donde su padre aguarda.

Lo mira. Reconoce en él ese semblante, el que precedía a la enésima reprimenda sobre alguna trastada que Lali hubiese ideado, porque, de las tres hermanas, ella ha sido siempre la más traviesa.

—¿Qué pasa, papá? No me asustes.

José, sentado en la cocina, gesto serio, enarbola un folio desdoblado, como un arma.

—Has recibido una carta, Lali.

La chica arquea las cejas.

—¿Una carta? Si el cartero ya pasó esta mañana, ¿no?

Ha debido de recibirla en la escasa media hora que ha tardado en hacer los mandados que su madre le pidió para preparar el almuerzo; primero en la mercería, luego en la tienda de ultramarinos, con la interrupción de Pilarica, a la que se encontró de camino al establecimiento de Jeremías. Cuarenta minutos, a lo sumo.

—No la ha traído el cartero, Lali. Ha venido un hombre extraño, con la carta oculta en un zurrón. Ha llamado a la puerta, ha preguntado por ti y me la ha dado sin mediar palabra. En el sobre no había remitente ni destinatario.

—¿Y la has abierto, papá? —pregunta Lali posando su mirada en el sobre que descansa, delator, sobre la encimera de la cocina.

José asiente, apretando los labios y arrugando su frondoso bigote.

—Lo siento. Tenía que hacerlo.

Lali se apresura a quitarle la carta de la mano derecha, en un gesto veloz al que su padre no ofrece resistencia. Chasquea la lengua.

—¡No está bien leer mi correspondencia! —le recrimina asomando a los cuatro párrafos escritos en una esmerada caligrafía redonda.

Lee el comienzo: «Mi querida Lali: Te escribe…».

—Entiéndelo —se excusa Mercedes, que espera tras la chica bajo el marco de la puerta de la cocina—. No sabíamos de quién venía.

—¿Y de quién iba a venir, mamá? —le reprocha su hija.

Su padre, duro, severo, da por zanjada la conversación:

—¡Aquí mando yo y…!

Pero Lali ya no está oyendo a José. Con la carta en la mano, da media vuelta y se dispone a leer:

Mi querida Lali:

Te escribe Juana, desde Alcalá del Valle. ¿Cómo estás? Cuando llegaron noticias a la sierra de que Sevilla había caído en manos de los facciosos, no pude evitar pensar en ti. Espero que estés bien, tú y tu familia, y que la República pueda restaurar más pronto que tarde el control de la ciudad. Aquí,

en el valle, las milicias han logrado sofocar la rebelión, expulsando a los falangistas, colectivizando tierras y gobernando mediante un Comité de Defensa, en el que participo, y que dirige el socialista Antonio Dorado junto a Cándido, que continúa siendo el alcalde. La situación está controlada, como te digo, gracias a la ayuda de las milicias que desde Ronda han logrado hacer la revolución en los pueblos de la serranía. Una revolución del pueblo, al fin.

Y sobre mí, ¡ay, qué ganas tenía de contarte! ¡Estoy embarazada! Por fin puedo asegurarlo. Eso sí, ¡cuántas náuseas! ¡Cuánto malestar! El médico del pueblo dice que es normal en el primer trimestre del embarazo, sumado, todo ello, a los calores del verano, pero yo sé que todo esto que está ocurriendo también me afecta, más aún con la responsabilidad que sobre mí han depositado. Cándido exigió al Comité de Defensa que, mientras el embarazo me deje, fuese yo quien me encargara de gestionar la colectivización de los recursos del valle, porque, decía, no había en el pueblo nadie más letrada que yo. Así que, como podrás imaginar, Lali, no podré centrarme en comenzar el nuevo curso como mis chicos merecen, entre los sofocos y los viajes entre Alcalá, Setenil y Olvera para hacer todas esas gestiones. El pueblo ha puesto en mí un cometido y no sabes cuánto siento no poder hacerme cargo de mi clase. Y temo que, por culpa de la guerra, tarden en mandar un sustituto, o incluso no llegue, y que todo se agrave cuando dentro de unos meses nazca mi bebé. Por ello, le he exigido a Cándido que, si quiere que yo colabore en el Comité de Defensa, le pida a la Inspección Provincial que manden una maestra sustituta para el comienzo de curso. Bueno, en realidad, le he pedido que seas tú quien me sustituya. Como te dije en su día, puedo mover los hilos adecuados en la Inspección para que seas tú. Para que vuelvas al pueblo. Los chicos no han dejado de preguntar por ti, Lali. Además, este curso comenzaremos en el pueblo con la coeducación, y no es fácil gestionar el tránsito hacia la educación mixta. Creo que eres la más indicada. Necesitamos una maestra que dé el corazón a sus alumnos y alumnas, y tú eres la más adecuada, estoy segura.

Sí, ya sé lo que vas a decirme. Que estamos en guerra. Y sé que la situación es difícil, pero, si vienes, no debes temer por nada. La sierra está controlada por las milicias leales a la República y al pueblo y sé que pronto se organizarán para reconquistar la provincia y aislar a la Sevilla de Queipo y Varela. Sevilla no tardará en volver al orden republicano, estoy segura. Y, cuando Inglaterra y Francia se posicionen del lado de la República, Franco no tendrá más remedio que claudicar. Aquí estarás segura. Donde no lo estás es en territorio faccioso, Lali. Ningún maestro republicano lo está, de hecho. Se rumorea que van a depuraros a todos los que estáis bajo su control. Vente a Alcalá del Valle y vuelve a tomar las riendas de mi clase. Los chicos te necesitan, querida.

Si aceptas el ofrecimiento, que te hago en nombre del alcalde, busca en Sevilla a Cristóbal Jiménez, al que llaman el Gorrión. Es afiliado a la UGT y me consta que todavía sigue con vida. Él sabrá qué hacer para que puedas salir de

Sevilla y entrar en la sierra sin problemas. Hay mucha gente cruzando el territorio leal y sublevado a diario, pero hay que saber cómo hacerlo. Mucha suerte.

Un fuerte abrazo y mis mejores deseos. Salud y viva la República,

JUANA

Lali levanta la vista del papel. Allí, en los ojos de sus padres, hay una brecha.

—No irás bajo ningún concepto, Eulalia —le ordena José.

Solo la llama así, Eulalia, cuando a continuación viene una reprimenda. Pero el reproche no es necesario. Esa mirada oscura, ese gesto serio y esas cinco palabras categóricas son todo lo que José necesita para hacer prevalecer su voluntad.

Pero Lali ya no es su Lali, aquella que, tras alguna trastada que involucraba a sus hermanas, agachaba la cabeza como un perrillo y se enroscaba entre sus piernas.

—Debo ir, papá —contesta la chica.

Piensa en Joaquín, en Pedrito, en Roque.

—No, no irás.

Vienen a su mente, de pronto, algunos de los últimos días en Alcalá: el curso a punto de finalizar, la merendola preparada por las madres, la foto que se hicieron frente a la fachada de la escuela, los regalos, los abrazos, las tímidas lágrimas que brotaron de algunos de sus ojillos, de los de Paquito, de los de Jesús.

De los suyos.

—Iré, papá. Lo siento. Es mi deber. Soy maestra.

Piensa, también, en sus compañeras de la Normal, en su profesora Agustina, «¿Qué habría hecho ella en mi caso?», en aquellos que le inspiraron desde el estrado, en Ángel Llorca, en Justa Freire.

—No, no irás —repite José firme, como si hubiese echado raíces en el suelo.

Se miran. Entre Lali y sus padres ya no hay una brecha, sino un abismo.

—Aquí en Sevilla no estoy haciendo nada, papá. Los días pasan y el

curso está a punto de comenzar. Y es probable que ni siquiera me dejen dar clase. Que me depuren. Eso es lo que se está comentando.

José lanza un bufido.

—Anda ya, no digas tonterías, ¿cómo van a…?

Mientras, Mercedes da un paso al frente y se acerca a su hija.

—Pero ¿tú eres consciente de lo que estás pensando, Lali, por el amor de Dios? ¡Que estamos en guerra! —le grita con esa forma suya de enfadarse, arrugando la nariz y casi mostrando unos colmillos de lobo.

Luego interviene José, jugando al poli bueno.

—Lali, piénsalo bien. Aunque Juana diga que tienen la situación controlada, ya sabes que en la guerra todo puede pasar. Y que los moros están ahí, degollando cabezas rojas, como dicen.

Sí, las tropas regulares de Franco avanzan por el sur de Andalucía, pero también dicen que van para Madrid y que, por tanto, pasarán por alto los reductos que en Andalucía quedan leales a la República, como Málaga o la sierra de Cádiz. Y nadie conoce mejor esa sierra que sus jornaleros, que han cambiado la azada por el fusil para convertirse en esos milicianos que, tal y como le ha contado Juana, han tomado el control de la zona.

«Sí, podrán defenderla», se convence Lali. Por ello, se mantiene en sus trece a pesar de la presión de sus padres.

Puños apretados, labios tersos, mirada brillante.

—Piénsalo, Lali —le insiste su madre.

Pero ella nunca ha estado tan segura de algo en toda su vida.

—Sé que estamos en guerra, pero es lo que debo hacer. Estudié para eso. Dar clase. Ser maestra. En ese pueblo hay treinta o cuarenta niños que me esperan. Y me están pidiendo ayuda. Me da igual del bando del que venga. Hay unos niños que me necesitan.

El silencio los hiela.

Mercedes titubea. José quiere decir algo, pero no le sale.

—Tú siempre me has hablado del deber, papá —continúa Lali buscándole la mirada a su padre—. Y del honor. Pues ahora ha llegado el momento de que sea yo quien lo demuestre. Ha llegado mi momento.

Otro silencio, tenso, cortante, hasta que dos, tres segundos después, José es el primero en darse cuenta.

—Ay, Merche…

Afloja el gesto, como si, de pronto, se hubiese dado por vencido. Resopla y, luego, con la lentitud de un ritual, mira a su mujer. No necesita muchas palabras para decírselo.

—No, José, no… —se resiste ella.

Decírselo. Que sí, que sí irá a Alcalá del Valle. Que no podrán impedírselo.

13

Alcalá del Valle, septiembre de 1936

—Señorita, ¡hemos cruzado! —le grita el buhonero desde el asiento del conductor tras dar un par de toques en el capó.

Es la señal, que resuena con un repiqueteo metálico por toda la camioneta.

Por el camino, el traqueteo de los neumáticos sobre el empedrado, un calor sofocante y un torrente de sudor bajándole en cascada por los valles de su cuerpo.

—¡Recibido! —responde Lali bajo la muselina de una de las cajas de la cabina.

Luego levanta la cabeza y se destapa para respirar con fuerza el aire seco y tórrido de la cabina de la camioneta. Tras ello, se incorpora sobre las cajas de mercancías y mira por la ventana, que se zarandea ante los desniveles del camino de tierra.

Acaba de entrar en la sierra de Cádiz, en una línea difusa que ella no sabría precisar dónde, entre el territorio faccioso dominado por los sublevados y el leal a la República, bajo control de los milicianos.

—¿Todo bien, señorita? —le pregunta el buhonero, a quien los guardias de uno y otro lado de la frontera dejan pasar con sus productos bajo pago de una comisión.

La primera vez que llegó a Alcalá del Valle era primavera, el campo bullía, con su siembra pujante y esmerada por parte de los labriegos, y el valle olía a tierra mojada y a flores. Pero ahora, en cambio, todo es muy diferente; ha cruzado la sierra con una sensación confusa que no sabe interpretar. Por un lado, la expectación por volver a dar clase y reencontrarse con sus chicos, pero, por otro, un mariposeo que le aprieta el estómago cuando piensa en su familia, a la que ha dejado atrás después de numerosos besos y unas lágrimas traicioneras que no han podido evitar.

—Escríbenos a diario, por el amor de Dios, Lali.

Lo hará; escribirles, pensar en ellos e incluso rezarle a ese Dios que siempre está en los labios de su madre y de quien hace un tiempo que

se escabulle —como si jugara al escondite— tras dejar el colegio de monjas.

La camioneta toma un resalto en el camino y, durante un par de segundos, la mercancía de la cabina salta.

—¡Sí, todo bien, caballero! —le responde Lali.

Minutos después, el vehículo frena frente a la plaza del Ayuntamiento del pueblo. En esta ocasión no es el alcalde, sino Juana quien aguarda la llegada de la maestra. Lali se apea de la camioneta portando su equipaje y, una vez con los dos pies en el suelo alcalareño, respira el aire encendido de la plaza y la ve, a la sombra de uno de los naranjos, apenas la única sombra de esta tarde bochornosa, casi licuada.

Se dirige hacia ella y la saluda con el movimiento efusivo de sus manos.

—¡Hola, Lali!

Hasta que se encuentran en mitad de la plaza, la sevillana la observa. Parece haberse recuperado del todo del accidente de la escalera —la última vez que la vio, cuando se despidieron en junio, aún cojeaba— y, a pesar del calor y del embarazo, luce un aspecto radiante y luminoso.

Su mirada, el azul intenso de un lapislázuli, se mantiene intacta.

—No sabes cuánto te agradezco que estés aquí, Lali —le dice Juana fundiéndose en un abrazo con la sevillana.

—Era mi deber —contesta esta volviendo a usar las palabras con las que terminó por convencer a su familia—. Tenía que acudir a vuestra llamada. Pero ¡ay, deja que te mire, por la Virgen santa!

Da un paso atrás para mirar, sonriente, hacia esa barriguilla incipiente que se advierte tras el blusón.

—¿Cómo va ese embarazo?

Juana responde echándose mano a la barriga:

—Todo bien, por el momento. Y las náuseas las estoy controlando mejor.

Lali la mira; en apariencia, no hay más que lo que podría ser la hinchazón propia de los gases. Pero ya se entrevé el misterio insondable de una vida abriéndose paso.

—¿Ya sabes cómo vais a ponerle?

Juana vuelve a reír.

—¡Qué va! Salvador y yo no nos ponemos de acuerdo. En fin, supongo que tendremos tiempo para debatirlo.

Tras las palabras de la cordobesa, las maestras se despiden del buhonero, que aguardaba con el motor de la camioneta encendido, y toman el camino hacia la escuela buscando la sombra de los aleros de los tejados.

—Y él, ¿cómo está? —indaga Lali haciendo visera con su mano ante lo fulgurante del sol, ahí arriba.

—¿Salvador? Se ha unido a las milicias que defienden la sierra —responde Juana con un gesto a medio camino entre el orgullo y el temor—. Le han hecho oficial de una pequeña brigada. Recibo noticias de él casi a diario y, por el momento, tienen la situación controlada. La defensa es fuerte y, según les han contado, los refuerzos del ejército republicano no tardarán en llegar.

Lali asiente. Las chicas toman una calle y asoman a la plaza de la escuela.

La plaza. Volver a ella le eriza la piel.

—Bueno, ¿y por Sevilla? ¿Cómo está la cosa? —pregunta Juana.

Lali se permite unos segundos antes de responder.

—Las primeras semanas fueron terroríficas —responde modulando el tono de voz como si contara un secreto—. Sacaban a personas a diario de sus casas y luego no volvían. Yo podría haber sido una de ellas, porque sé de otras maestras a las que sacaron de su casa de noche. Pero por el momento nadie ha molestado a mi familia. Y espero que no lo hagan nunca, por el amor de Dios.

Juana asiente. Al llegar a su casa, empuja la puerta y, mientras el madero chirría, invita a Lali a pasar. Ahí, en la casa adosada a la parte trasera, seguirán poniéndose al día, hablarán de sus familias, de la marcha de la escuela y, cómo no, otra vez de la guerra y de ese futuro revolucionario que para España dibuja una victoria de la República.

Una victoria de la que Lali no está tan segura como sí Juana.

Pero antes:

—¿Y eso qué llevas ahí? —La cordobesa señala una bolsa que la

sevillana porta con su mano derecha y en la que se entrevén unas figuras de papel en forma de aspas.

Lali alza la bolsa para que Juana se asome a su interior.

—¿Esto? Nada, una tontería —responde sonriente—. Unos regalitos que les he preparado a los chicos para mañana, a modo de bienvenida. Ah, por cierto, se me olvidaba: necesito la lista de alumnos matriculados, ¿de acuerdo?

Los molinillos de viento giran empujados por la ligera brisa que azuza la plaza, al compás, como un coro de bailarinas de ballet, esbeltas, puntiagudas.

Los chicos los alzan al aire como si esgrimieran la espada de Arturo.

—Venga, arriba los molinillos, ¡que giren! —les insta Lali con una sonrisa.

Son girasoles, son dientes de león en sus manos, manos pequeñas algunas, adolescentes otras, y, para lamento de la maestra, muchas de ellas encallecidas ya por el trabajo de la siega y de la siembra.

—¡Que giren al viento, chicos!

Los ha confeccionado ella misma. Con la lista de clase que Juana le dio, preparó casi cuarenta molinillos, cada uno con un dibujito único —motivos geométricos, naturalistas, animales, libros o seres fantásticos—, que remató con el nombre de los alumnos con una esmerada caligrafía mayúscula, Pedrito, Joaquín, José, pero también Dolores, Azucena o Gertrudis, porque, ante la falta de maestros y la convicción de que la coeducación —es decir, la educación mixta— era lo mejor para las nuevas generaciones republicanas, el alcalde junto al inspector provincial anunciaron durante el verano que en el nuevo curso los chicos y las chicas del pueblo compartirían aula.

—Se armó un poco de revuelo, sí, pero ya sabes cómo me las manejo yo en estos casos —le dijo Juana a Lali al recibirla en su casa tras la escuela.

Así que la maestra preparó los molinillos también para ellas, para las doce chicas que se sumaban a los niños que sus padres matricularon para este curso y en cuya lista Lali echaba en falta a algunos nombres:

—¿Y Paquito?, ¿y Ramón? —le preguntó a Juana.

—Algunos han huido del pueblo y otros no han matriculado a sus hijos por miedo —contestó la maestra cordobesa.

Lali asintió. Ahora, el primer día de clase, sigue pensando en ellos, en los que faltan.

La primera jornada escolar tiene lugar en la plaza frente a la escuela, con los chicos y sus familiares en convivencia.

—¡Hola, Lali!

—¡Bienvenida, Lali!

La saludan con el cariño y el afecto de quien ha echado de menos a alguien querido.

La maestra no puede dejar de pensar, sorprendida, que no hay ni rastro de miedo en la cara de sus alumnos, como si la guerra no existiera aquí, dentro del valle. Entre las chicas, eso sí, hay algo de recelo, porque no la conocen —salvo algunas con las que trató durante su primera sustitución—, pero miedo ninguno. Los molinillos giran y los chicos se cruzan miradas de júbilo y de expectación, sonrisas y la curiosidad propia de un infante ajeno a un conflicto que desangra su país.

Ese ha sido su regalo, el de los molinillos, pero también su metáfora.

—Cada uno de vosotros, queridos alumnos y alumnas, es como este molinillo que tenéis en las manos. Así como el viento hace girar al molinillo, el conocimiento os hará girar a vosotros. Cada giro que deis, cada conocimiento que adquiráis, será como una danza que os llevará a explorar nuevos horizontes. Así, como los molinillos giran con gracia en el valle, vosotros giraréis hacia un futuro lleno de posibilidades. El futuro de un país libre y próspero. Y de la misma forma en que hay tantos valientes luchando ahora por la República y por el pueblo, vosotros debéis luchar ahora por abrazar el viento del conocimiento. Un conocimiento que os hará libres, como un molinillo que gira.

Los chicos oyen con entusiasmo las palabras de Lali. Solo uno, Pedrito —que aguarda al fondo de la plaza, como desguarecido entre sus compañeros— parece no haberlas entendido. De pronto, agita su molinillo y llama la atención de la maestra.

Sus compañeros lo miran.

—Pero, seño. ¿Cómo va a ser libre un molinillo? Si está atado a un palo.

El comentario despierta algunas risas inocentes, a las que Lali, lejos de reprimir, les da bola, riendo.

—Pues tienes razón, Pedrito. Pero déjame explicarte. Sin un palo sobre el que girar, el viento no puede hacer nada con el molinillo. No giraría. Así que os lanzo el siguiente reto: a lo largo de este curso, cuando creáis que estáis preparados para ser libres, cogéis el molinillo, le quitáis el palo y lo hacéis volar tirándolo por el lugar más empinado que encontréis, ¿vale? Eso sí, cuidado con no caeros, por favor —vuelve a reír.

Tras las palabras de la maestra, Pedrito parece quedarse conforme, con esa graciosa mueca de aprobación que esgrime. Hasta que otra voz, más grave, casi adulta, llama la atención de Lali:

—¡Seño! —Es Roque, el chico que enseñó a silbar a Lali a cambio de que atendiera en las clases de Lengua—. Una pregunta…

Lo ve, alto, corpulento, rodeado de su camarilla de matones de patio. Por suerte, supo ganárselos durante su primera sustitución al compás de la melodía de silbidos.

—Dime, Roque.

—¿Quién va a ganar la guerra, maestra?

Guarda silencio. Es más, todos, la treintena de niños y niñas, acallan sus voces de pronto, a la espera de que la maestra se manifieste.

La guerra estaba ahí, bajo ellos, oculta por una capa superficial.

—La ganará la República, por supuesto. Con la ayuda de todos, ¿no, chicos? ¿Y sabéis cómo podéis ayudar vosotros? De la manera más sencilla posible: yendo a clase, estudiando y aprendiendo. Eso es lo que la República quiere de vosotros ahora.

Los chicos asienten, algunos más convencidos que otros. Lali mira a Roque, al origen de la pregunta, y le guiña un ojo.

—Tranquilo, que podrás seguir enseñándome melodías para silbar —le dice.

14

Todo tiene visos de normalidad, pero es la normalidad que arroja un espejo convexo; a pesar del esfuerzo de la maestra y de las instituciones, el curso escolar empieza en las más inverosímiles circunstancias posibles: una guerra fuera del valle, una revolución dentro del mismo.

Un septiembre improvisado. Primer día de clase.

—Venga, chicos, id haciendo la fila.

Antes de entrar en clase para dar comienzo al primer día de curso, Lali se coloca frente a las escalinatas que suben hacia el aulario y da un grito enérgico que acalla, de pronto, el murmullo de sus voces.

—A este lado los chicos, a este otro las chicas, ¡rápido! —les ordena.

Los alumnos conforman las filas tras varios minutos de indecisión —idas y venidas, tú aquí y yo aquí, este es mi sitio, quítate, quítate tú—, provocada por la falta de práctica tras el periodo estival. Algunos siguen jugando con los molinillos.

—Ahora quiero que miréis a la fila contraria —les pide Lali con una sonrisa—. Tenéis que saber que este curso no seréis chicos contra chicas, ni tampoco viceversa. Seréis todos compañeros. Debéis respetar al sexo opuesto; las chicas aprenderéis que los chicos no son todos unos brutos e insensibles, y los chicos aprenderéis que podéis compartir mucho con ellas. Incluso partidos de fútbol.

Las risas van y vienen de una fila a otra, las de los chicos, socarronas, altaneras, «¿Fútbol? ¿Con ellas?». Las de las chicas, prudentes, por lo bajini y casi sin que se les note, porque para eso han sido educadas.

—Sí, también el fútbol, hacedme caso —reitera Lali.

Y luego les conmina a que la sigan a clase, donde, ahí sí, no ha preparado distinción alguna entre sexos.

—Os sentaréis por orden de edad y mezclados —les grita entre el alboroto propio de las carreras y empujones por coger uno de los pupitres buenos, aquellos reservados a niños y niñas medianos con silla de respaldo.

Observa con especial interés a las chicas. Algunas se han ubicado en

el aula con total naturalidad, de igual a igual a los chicos. Otras, en cambio, han necesitado de las indicaciones de la profe para sentarse. Ya se lo advirtió ayer Juana, así como las madres de varias de ellas:

—Cuida de las niñas durante los primeros días. Estarán desubicadas, pobres mías.

Una vez han tomado asiento, Lali se sube al estrado delante de la pizarra y les hace un gesto para que guarden silencio, llevándose a los labios el dedo índice.

—Aunque sé que la mayoría ya os conocéis, lo primero que vamos a hacer es presentarnos. Para ello, os pondréis de pie y diréis vuestro nombre, edad y algo que os guste hacer, ¿de acuerdo?

El primero en hablar es José, que, con su voz pequeña y timorata, suelta su nombre, sus nueve años y que —a pesar de la insistencia de Lali— no hay nada que le guste especialmente. «Pero algo te gustará, ¿no?», a lo que él responde, entre balbuceos, «Bueno, el fútbol». Luego viene Pedrito, para quien el deporte rey, ese territorio común, es su mayor afición. La primera chica en hablar es Manoli —diez años, dos graciosas coletas, aficionada al cante— y tras ella viene Joaquina, a la que le encanta cuidar de los animalitos. Tras la dinámica de presentación, Lali propone realizar un dictado que servirá como repaso a las normas de acentuación. Los chicos sacan sus cuadernos y lápices y se disponen a consignar por escrito las palabras que lenta y cadenciosamente la maestra va dejando flotar en el aula.

Algunos lo cogen al vuelo; otros necesitan más de una repetición.

—Lo repetiré las veces que haga falta, tranquilos.

La clase de Lengua termina con la campana del recreo. Los niños corren en desbandada hacia el patio, mientras que las niñas lo hacen con mayor tranquilidad, temerosas, algo desconfiadas, como si pensaran que esta escuela no es también suya. «Aún les queda conquistar estos espacios —piensa Lali—, los de esta escuela rural, y, luego, también los de toda España». Hasta ahora, de ellas solo esperaban que habitaran los propios que la sociedad había relegado a las mujeres: una cocina en la que preparar la comida, una cama en la que tener hijos.

—El patio también es vuestro, chicas —les dice, sonriente, mientras

las acompaña hacia el recreo—. Si queréis jugar a la comba o a la rayuela, tendréis que disputárselo a los chicos, ¿de acuerdo?

Fuera, buena parte de los chicos ha comenzado a jugar al fútbol. Lali propone a las chicas que ocupen el espacio del patio en torno a los naranjos, donde hay sombra. Estas, con paso lento, aceptan. La maestra las mira marcharse; son Azucena, Jimena, Joaquina y Estrella. Ya se sabe sus nombres.

De pronto, una voz a su espalda llama su atención:

—¡Lali!

Se gira, presta, y contempla a Juana bajando por la escalinata de acceso al patio en dirección hacia ella junto a un hombre que no reconoce.

La sevillana mira hacia su barriguita prominente antes de abordar su encuentro.

—Hola, Lali, ¿cómo va ese primer día? —la saluda la cordobesa.

Lali sonríe.

—¡Muy bien! —responde—. Aunque por el momento todavía están un poco extrañados. Es normal, después de las vacaciones de verano.

Juana asiente. Tras repetir las palabras de su colega, «Sí, es normal», le señala al hombre que la acompaña.

—Mira, Lali, te presento a Antonio Dorado, el sindicalista que dirige el Comité de Defensa del valle. Gracias en parte a su determinación, y a la ayuda de los milicianos de Ronda, el pueblo ha podido rechazar la sublevación militar.

Es un hombre corpulento —ancha espalda, brazos como dos troncos —, tosco en el trato y con una mirada agrietada y arrebujada propia de los jornaleros curtidos bajo la justicia del sol. Le ofrece la mano a modo de saludo, aquella que tiene libre del cigarrillo que sostiene con la pinza de la otra.

—Encantado, señorita Lali. Juana me ha hablado mucho de usted.

Lali aprieta su mano con determinación.

—El placer es mío, señor.

El apretón dura un par de segundos. Luego, el hombre da un rodeo con la mirada hacia el patio para centrarlo en el grupo de niñas:

—¿Cómo va la coeducación, señorita? —pregunta señalando hacia

las escalinatas—. ¿Algún problema por el momento?

—¿Problema? Ninguno, Antonio —responde Lali centrando también la mirada en el grupo de niñas—. Se adaptarán, no se preocupe. Es normal que al principio chicos y chicas se encuentren un poco raros. Pero en toda España la educación mixta está funcionando, es un hecho.

Ha usado palabras de Agustina, su profesora de la Normal. «La coeducación es una de las grandes bazas de la educación republicana y está funcionando en toda España». Pero hay lugares en los que, como no podía ser de otra manera, se ha encontrado con escollos. En la propia Alcalá, de hecho, no ha podido instaurarse hasta ahora, cuando el Comité de Defensa ha sustituido en la práctica totalidad al poder del consistorio y de su alcalde, a quien las presiones de las familias nunca empujaron a apostar por la educación mixta en la escuela.

—Espero, eso sí, que esta mañana hayan cantado todos *La Internacional*, las chicas y los chicos. Y con el puño en alto. ¿No es así, señorita?

Lali traga saliva y oculta su mirada, avergonzada.

—Pu-pues no. No lo han hecho.

Juana se apresta a salir en su defensa:

—Tendría que haberla puesto sobre aviso, Antonio. Culpa mía. Eulalia acaba de llegar y tiene que hacerse al pueblo y a su nueva realidad.

Antonio no parece muy conforme. Da una calada al cigarrillo, arruga el bigote y ladea la cabeza, dispuesto a poner a Lali al corriente de por qué el pueblo no es ya el mismo que la sevillana dejó en junio.

—Todo ha cambiado mucho, señorita. La sublevación militar precipitó las cosas. Como sabrá, los milicianos y los sindicatos obreros y campesinos han tomado el control del valle y, con ello, ha iniciado una revolución socialista que también debe irrumpir en las aulas. Los chicos deben ser parte de ello. Que cada mañana canten con el puño bien arriba, señorita. Y comparta con ellos las noticias que llegan del frente o de la Rusia amiga.

Lali asiente, «Sí, claro, por supuesto», aunque por dentro no esté

muy conforme con esta inferencia de los revolucionarios en su labor docente. Mira a Juana y los ojos de ambas se encuentran durante un par de segundos. Quiere creer que ella también lo piensa, que este hombre se está inmiscuyendo en algo que atañe únicamente a la inspección educativa y a sus maestros.

Se miran ellas, las maestras.

—Verás, Lali, no era de esto de lo que queríamos hablarte. Sino de otro asunto —le anuncia Juana tras un silencio.

—Claro, dime.

La cordobesa le hace un gesto para apartarse unos metros de ese grupo de colegiales que han empezado a jugar a las canicas junto a ellos.

—Queríamos preguntarte por un incidente que ocurrió durante tu primera sustitución. Que nos hables de él…

La sevillana arquea las cejas. Mira a su colega y luego a Antonio.

—¿Qué incidente?

Los niños, agazapados sobre el albero del patio, han cavado un pequeño hoyo con el que competirán para colar sus pequeñas bolitas de vidrio. Lali los mira de reojo.

—Aquello que ocurrió con el crucifijo —responde Juana modulando el volumen de su voz—. ¿Lo recuerdas?

Pero Lali le resta importancia con un gesto de frivolidad.

—Ah, ya sé, ¿aquello? No fue nada. Por suerte, pude gestionarlo sin problema a pesar de las presiones. Como tú me enseñaste.

Mira a Juana, esperando de ella el mismo gesto trivial, una respuesta parecida, pero no lo obtiene. Seria, la maestra cordobesa mira a Antonio y espera a que sea él quien tome la palabra.

—Verá, señorita. A veces hay cosas que parece que no tienen importancia, pero que sí la tienen en realidad. Para que la revolución que hemos empezado en el valle sea efectiva, es necesario que nos tomemos cosas como esa con la seriedad que merecen.

Guarda silencio. Lali mira a sus ojos arrebujados y luego a los de Juana, hoscos, fríos.

—¿Qué es lo que queréis saber?

No comprende aún adónde quieren llegar. ¿Por qué insisten?

Aquello, lo del crucifijo, fue una victoria —la primera con su nombre y apellidos; la de Eulalia Morales Román—, porque la cruz se fue de vuelta.

—Lali, dile a Antonio quién o quiénes fueron los que te presionaron para que restablecieras el crucifijo en el aula.

Vuelve a los ojos de Juana, al océano de su mirada.

—¿Quién o quiénes?

Se va a aquellos días de mayo en los que comenzó su primera sustitución. Puri, la madre de José —uno de sus alumnos más pequeños—, la espera a la salida del primer día de clase. Un día después, el párroco del pueblo, don Saturnino, irrumpe en medio de su clase.

—Sí, necesitamos que usted nos lo diga, señorita.

El cura le deja un crucifijo de madera sobre la mesa y la desafía, bajo la atenta mirada de todos sus alumnos, a que vuelva a poner a Dios en el lugar que siempre tuvo.

Lo ve, aquel crucifijo.

Y lo comprende, al fin. Qué quieren.

—No lo recuerdo bien —se excusa la maestra—. Tampoco presionaron mucho y, como le digo, señor, pude gestionarlo convenientemente.

Traga saliva. Mira otra vez a Juana y aguarda a que esta sea capaz de entender que no está dispuesta a hacer lo que este hombre espera de ella.

—Tranquila, Lali —tercia la cordobesa, que posa su mano sobre el brazo de la joven en un gesto delicado, maternal—. Solo necesitamos que nos digas si fue solo el párroco o si hubo alguien más.

Lali guarda silencio. «¿Si hubo alguien más?», se pregunta extrañada. Juana sabe bien quién fue: doña Puri, con su voz de santurrona, el atavío propio de una enlutada y la mano rápida para santiguarse. Se lo contó en su casa, cuando le pidió consejo sobre cómo proceder ante las presiones. Pero ¿y si Juana está fingiendo delante de este hombre?

—A ver, señorita, que no tenemos todo el día —se impacienta Antonio, con su voz grave y recóndita envuelta en el ingrávido

transitar del humo de su cigarrillo.

Pero ella no cede, y mientras provoca otro silencio se pregunta: «¿Y si son ciertas aquellas cosas que Queipo decía cada noche por la radio? ¿Aquellos crímenes que decía que cometían los rojos contra la Iglesia y contra los hombres y mujeres de bien?».

—Necesitamos su testimonio —insiste el sindicalista tras dar otra calada—. La revolución que ya hemos iniciado en el valle no puede detenerse.

La maestra busca con el rabillo del ojo al pequeño José. Lo ve entre el grupo de jugadores de fútbol, haciendo de lateral, con la velocidad propia de los cuerpos menudos y espigados.

—Fue…

Los pequeños futbolistas disputan el balón. José corre hacia la tangana y se lleva una buena tarascada, pero parece no haberle afectado, porque la pelota vuelve al juego y no hay tiempo que perder.

—Dígamelo, señorita.

Lali mira a Juana. Primero a su barriguita incipiente y luego, al levantar la mirada, hacia su rostro. De pronto, en los ojos de ella, en cómo los abre y los cierra levemente, cree ver una seña de aprobación, un gesto casi imperceptible que la chica interpreta como una bula papal para mentir.

Para mentir.

—El párroco. Fue solo el párroco.

15

—Miradla bien, queridas niñas. La cruz de Cristo lo es todo. Nos enseña sobre el amor incondicional, sobre la esperanza y sobre la renovación. Jesús, quien tanto nos amó, decidió cargarla, decidió morir en ella por todos nosotros.

Sor Paquita, con su cuerpo menudo y nervioso, iba de aquí para allá, danzarina, zigzagueaba entre los pupitres y miraba a la cara de las chicas. Otras monjas, en cambio, ocupaban su sitio en el centro del estrado, como la gárgola de una catedral, y clavaban la vista en un lugar indeterminado de la parte alta de la clase, como si le hablaran al cielo y no a sus pequeñas pupilas.

Pero ella no, y seguirla con la mirada era a veces complicado.

—Por eso, cada vez que la veáis, cada vez que le recéis, queridas niñas, recordad que estáis rodeadas de amor —concluyó sor Paquita haciéndoles un gesto para que mirasen todas, al unísono, hacia el crucifijo colgado sobre la pizarra de la clase.

Y volvió a moverse por entre las mesas, sonriendo, con sus pasos cortos como si bailara, hasta que concluyó frente al pupitre de Lali.

—Venga, empieza tú el avemaría —le pidió a la niña guiñándole un ojo.

Lali lo hizo, obediente, controlando una vocecilla temblorosa ante la responsabilidad que la maestra había hecho recaer sobre ella. Y comenzó:

—Dios te salve, María…

La niña no lo sabía, pero sor Paquita tenía un gesto para cada una de sus alumnas, para la treintena; un gesto con el que hacerles creer a cada una que era, y no otra, la preferida de la seño. Lali se lo creía, la preferida; por eso, tras el encargo de la monja, rezó el avemaría con el fervor de quien acababa de tener una revelación mariana.

Primero vinieron los rezos, luego, las dudas.

—Lo que no entiendo… —le diría a su hermana Carmina años después, en la duermevela de una noche calurosa— es cómo un crucifijo puede ser un gesto de amor siendo, en realidad, un instrumento de tortura, ¿no?

Carmina se cruzó de brazos y chistó, burlándose de Lali, «Anda que vaya desvaríos los tuyos, hermanita», porque la hermana mayor no era de hacerse muchas preguntas, como sí lo era ella. Quizá eso fue lo que las distanció a ambas; las preguntas o, tal vez, la búsqueda de respuestas: las de Carmina, dónde encontrar un buen marido, y las de Lali, por el contrario, un Dorado, cómo darles una solución a los problemas del mundo.

Años después, en su primera sustitución en Alcalá del Valle, esas mismas preguntas no dejaron de sobrevolarla. Fue durante una clase.

—Seño, la tiza es muy *chiquetita* y *toy cribiendo* con las uñas.

Pascual, que hacía cuentas en la pizarra bajo la atenta mirada de sus compañeros, paró, se dirigió a la profe esgrimiendo una pequeña cuña blanca de tiza entre las yemas de los dedos y le pidió un recambio. La maestra rio, «Habérmela pedido antes, chiquillo», y abrió uno de los cajones de su mesa en busca de otra tiza para su alumno. Abrió uno, luego otro, rebuscó entre unos papeles y vio el crucifijo que hacía unos días el párroco había dejado sobre su mesa, presionándola para que volviera a colgarlo en la clase.

Y se lo preguntó, recordando las palabras de sor Paquita.

—Si el crucifijo lo es todo, ¿qué más da que esté en el fondo de este cajón?

Luego encontró la tiza, volvió a cerrar el cajón y continuó con la clase de Mates, una clase un tanto monótona pero eficaz: había logrado ganarse el respeto de la mayor parte de los chicos, que respondía ante lo que ella les proponía, ya sea un dictado, una clase de cuentas o un trabajo en grupo. Incluso se había ganado, con sus más y sus menos, a aquella camarilla liderada por Roque, el alumno que la enseñaba a silbar —cada día una melodía más enrevesada— a la salida de clase.

Pero había otra autoridad, en cambio, que no había podido ganarse con la misma habilidad. La de fuera del aula.

—Buenas tardes, señorita Eulalia.

Don Saturnino apareció bajo el marco de la puerta con el sigilo de una aparición fantasmal. Lali, escoba en mano —como cada día, le tocaba recoger y adecentar el aula al terminar la jornada—, dio un

respingo.

—Ay, don Saturnino, me ha asustado —exclamó con una risita.

Sabía que tarde o temprano iba a venir. Él y también ella, doña Puri, que aguardaba detrás del cura a entrar en clase. Lali les hizo una seña, «Entrad, no os quedéis ahí», conteniendo un gesto nervioso en los puños, que apretaban la escoba.

—Díganme, ¿querían algo? —pregunta, aunque ya sabía en realidad a qué venían.

Don Saturnino esperó, dio algunos pasos hasta situarse en el centro de la clase y, en un gesto teatral, dio un rodeo con la mirada hasta posarla sobre la joven.

—No veo el crucifijo por ningún lado, señorita.

Doña Puri lo imitó. Dio varios pasos perdidos por el aula y simuló buscar con la mirada un crucifijo que ya de antemano sabía que no se encontraba allí. Luego le dijo, agriando el rostro:

—Tienes la misma poca vergüenza que la otra.

Pero, en esta ocasión, Lali estaba preparada para responderles. De hecho, llevaba días rumiando su contestación mientras caminaba, comía o se bañaba, llenando los espacios cotidianos con ese tema que no se quitaba de la cabeza.

—Sé que estáis molestos —comenzó con tono conciliador—, pero permitidme que os explique por qué no he accedido a volver a colocar el crucifijo.

Sin embargo, ni el cura ni la madre de su alumno José le dejaron explicarse. Don Saturnino la acalló, chistando con desprecio, y fue doña Puri la que la interrumpió.

—No queremos tus excusas.

—No, pero es que si me dejáis que os… —intentó justificarse con el gesto apaciguador de sus manos.

—¡Pero es que nada! —volvió a silenciarla la mujer señalándole con el dedo y deseándole los infiernos—. ¡Dios va a castigarte!

Quizá buscaba el enfrentamiento, pero, tras esas palabras, Lali guardó silencio. La chica les habría explicado en qué consiste la educación laica, la separación entre la escuela y las creencias religiosas, la tolerancia y el respeto por quienes no creen en la Iglesia.

Les habría hablado de todo ello y, además, con su habitual cordialidad, la sonrisa puesta, el gesto afable y el intento de que no se fuesen de ahí con esa herida abierta.

Pero su paciencia había rozado ya el abismo.

—¿Saben qué les digo? —les preguntó apretando el palo de la escoba contra sí, como si buscara retorcerlo.

Don Saturnino y la madre de José se miraron.

—Dígame —se pronunció él aguardando a la continuación de la joven.

Esta sentía que le palpitaba la sien, que la piel se le erizaba ante las palabras que estaba a punto de pronunciar. Tomó aire y dijo:

—Que a mí jamás se me habría ocurrido ir a su casa, doña Puri, o a su parroquia, don Saturnino, a decirles qué deben colgar en la pared. —Luego extendió los brazos y señaló a las cuatro paredes del aula—. Esta es mi casa, yo soy su ama y, quieran ustedes o no, aquí soy yo la que lo decide. Así que, lo siento mucho, pero yo me debo a la ley; el crucifijo se quedará en el cajón de mi mesa si no quiere llevárselo usted ahora mismito.

En casa de doña Paqui vuelve a oler a bizcocho. De nuevo, la mujer le ha preparado una suculenta merienda a Lali para celebrar su segunda sustitución como maestra.

—Que no hacía falta, doña Paqui, de verdad.

Cuando Cándido le preguntó a la alcalareña si podía volver a alquilarle a Lali una de sus habitaciones, esta reubicó a un inquilino itinerante en una posada de Setenil.

—No sabes la alegría que me da que hayas vuelto, Lali —le dijo al recibir a la sevillana, chisporroteándola de besos sonoros.

—Necesitamos gente como tú en el pueblo, Lali, con ese corazoncito —le confesó a continuación con una sonrisa.

Le señaló al corazón, por encima de ese vestido floreado que llevaba, y Lali no supo qué responderle, así que se limitó a ponerle buena cara. Ahora, contemplando el bizcocho de limón que le ha preparado para merendar, vuelve a no saber qué decir.

—No sabes lo difícil que me ha sido encontrar levadura. Primero fui

al ultramarinos de la Isabelita, que no tenía; luego al de Simón, que tampoco, y al final me vendió la Cachorra, la de la panadería. Con lo que está pasando, ya sabes…

Lo que está pasando. La guerra está en los labios de doña Paqui solo el tiempo preciso, como una historia familiar de la que nadie habla. Pero, en esta ocasión, la mujer no tiene más remedio que preguntarle. Le ofrece a Lali una porción del bizcocho de limón, toma asiento, parca, comedida, y la mira a los ojos.

—Creo que aquí no nos están contando la verdad. Tú que vienes de la ciudad, dime, ¿cómo va la guerra?

Lali vuelve a quedarse sin palabras. Se encoge de hombros, intenta articular una respuesta que le dé algo de luz a la mujer, pero no la encuentra. Sabe que en la Sevilla franquista es probable que tampoco les estén contando toda la verdad, pues las noticias que llegan a través de la prensa o de la radio —con esa voz locutada de Queipo que le levanta urticaria— no deben de ser muy objetivas que digamos.

Nadie sabe qué está pasando. Nadie conoce la verdad.

—Los sublevados tomaron Sevilla al comienzo de la guerra —responde la chica dando un bocado a la porción de bizcocho—. Luego han ido conquistando pueblo a pueblo. En cambio, en lugares como este, como la sierra, la población se ha resistido. Pero otros han sucumbido a la primera.

Doña Paqui asiente, lenta, parsimoniosamente.

—¿Y en el resto de España? —pregunta jugueteando en sus manos con una servilleta de tela.

Lali tuerce el gesto.

—Bueno, dicen que el objetivo de Franco es tomar Madrid. Que lo hará en cuanto el general Varela asegure Andalucía.

La mujer vuelve a callar. Frunce el ceño y se pone en pie, inquieta, como si algo le picara.

—¿Y tú qué opinas, Lali?

La joven la observa desde la silla de enea, con ese trozo de bizcocho a medio comer.

—¿De qué?

—De la guerra. De qué va a ser, chiquilla.

Se miran a los ojos.

—Que nunca tendría que haber ocurrido, ¿no, doña Paqui? ¿No piensa usted eso?

La mujer chasquea la lengua, contrariada.

—No sé, chica. Sé que en España han abusado mucho. Los señoritos, ya sabes. Mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo fueron braceros y sé de lo que hablo. Pero ¿y todos esos desmanes que están cometiendo los otros? ¿Y las iglesias ardiendo? Ahí íbamos a rezar todos, los pobres, los ricos. Todos. No sé qué pensar. ¿Y sabes qué es lo que me digo a veces? —Se santigua con el movimiento rápido de muñeca—. Que Dios nos está mirando. A todos.

Tras sus palabras, doña Paqui aguarda a que Lali le dé una respuesta, una contestación que, al menos, la libre momentáneamente del tremendo desasosiego que parece sufrir. Pero ya quisiera tener Lali las palabras que libren a España del desastre, y se limita a resoplar y a levantar los hombros.

—No sé qué decirle, doña Paqui. Había problemas, sí, pero para algo hay un Parlamento en España, ¿no? ¿O acaso votar no es más que una pantomima? Dígame si no hay otras formas de actuar que la maldita guerra de los hombres.

La mujer ríe, de pronto.

—Esto lo habríamos solucionado las mujeres de otra manera, ¿eh, Lali?

La risa va de ida y de vuelta hacia el rostro de Lali, que asiente, conteniendo una risotada.

—Cuánta razón tiene, señora —responde imaginándose ese mundo, un mundo hipotético gobernado por mujeres, mujeres al frente de los gobiernos, mujeres al frente de los ejércitos, hasta que de la fantasía la sacan, de repente, dos golpes en la puerta que resuenan en toda la casa.

Dos toc, toc que hacen levantar a Lali de la silla con la excusa de «No se levante usted, que para eso estoy yo aquí».

Abre y saluda a Juana, al otro lado de la puerta.

—Lali, ¿qué tal?

La sevillana se hace a un lado para que la maestra pase al interior

de la casa, a refugio del sol de la calle. Su barriguita, tras el mismo blusón que llevaba esta mañana, roza el cuerpo de la joven, que sonríe graciosamente.

—Ya mismo no podrás pasar —exclama.

Juana ríe de camino a los dos besos con los que saluda a doña Paqui.

—Aún quedan muchos meses, mujer —responde.

La casera chista, «Ya verás que no son tantos», mientras se dirige a la cocina de la casa para dejar a las maestras a solas.

Ya en intimidad, el azul intenso de los ojos de Juana.

—Quería disculparme contigo por lo de hoy, Lali. Antonio me tendió una encerrona. Tendría que haberte avisado de que el Comité de Defensa anda detrás del cura.

La chica se excusa, restándole importancia.

—No te preocupes —responde quitándose de la frente un pelo rebelde que se ha escapado de su flequillo—. Entiendo que queráis hacer justicia en el pueblo, con la guerra acechando ahí, sobre el valle.

—Yo tampoco quería que a Puri le salpicara esto, ¿sabes? No es mala mujer, en realidad. Es solo una persona de fe confundida y manipulada por don Saturnino, de quien sabemos que ha estado alentando a los feligreses a que se sumaran a la sublevación, el muy canalla. Y ya es hora de acabar con los privilegios de quienes hacen política desde el púlpito.

Lali guarda silencio. Piensa en la Sevilla que ha dejado atrás, en la que continúan viviendo sus padres. Allí, la represión ocurre al contrario, como si le hubiesen dado la vuelta a un calcetín.

No puede evitar torcer el gesto.

—Pero, ojo, hemos intentado hacer las cosas bien —se excusa Juana —. Que impere la ley, Lali, como debe ser. Eso mismo ha insistido mucho el alcalde, Cándido. Ya sabes que no le ha temblado el pulso cuando tenía que poner freno a los desmanes de los jornaleros, que también han ocurrido. Y no pocas reprimendas se ha llevado de ellos, como cuando evitó la confiscación arbitraria de tierras o liberó a los derechistas que se detuvieron cuando los milicianos se hicieron con el control del pueblo tras el golpe de Estado de los militares. Hay gente

que lo considera un blando, pero yo creo que está haciendo las cosas como se debe. Con la ley del pueblo por delante. Por eso, no se ha detenido al cura hasta que no ha habido una denuncia de por medio, ¿sabes?

—¿Una denuncia? —pregunta Lali extrañada—. ¿De quién?

Juana la mira, cómplice. Le acaricia el brazo con su mano derecha.

—Ay, Lali. La tuya. Lo que confesaste esta mañana en la escuela, que el cura te presionó en contra de una ley del Estado que eliminaba los símbolos religiosos del aula, aun habiéndoselo dejado muy claro yo, ¿no? Pues bien, gracias a tu alegato, el Comité de Defensa ha encontrado motivos suficientes para arrestarlo.

—¿Arrestarlo?

Se le eriza la piel.

—Sí, acaban de hacerlo esta misma tarde.

16

Pascual vaga por el patio del recreo cabizbajo, como un animal herido. Ya en clase, Lali lo ha notado ausente. Suele ser uno de los chicos que levantan la mano para responder a una pregunta de la profe o para plantear sus propias cuestiones, a veces haciendo gala de una perspicacia impropia de sus diez años. Pero hoy, en su clase favorita, la de Ciencias, apenas ha intervenido.

«¿Qué le habrá ocurrido?», se pregunta Lali mientras lo observa desde el otro lado del patio, junto a las escalinatas y a ese grupito de niñas que ya ha hecho de ese rincón su feudo. Le pregunta a una de ellas.

—Azucena, ¿sabes si a Pascual le pasa algo?

Pero la niña se encoge de hombros, «Ni idea, seño», mientras rumia su chusco de pan.

—Pero sí, está *raruno* el zagal, sí.

Pascual suele unirse al partido de cada recreo. Aunque no es de los que llevan el liderazgo del juego, sí que a veces juega de defensa y pone la cara para recibir un balonazo si la victoria de su equipo depende de ello. Pero ahora, en cambio, no solo no transita por los límites del improvisado campo de fútbol, sino que tampoco hace siquiera un esfuerzo por buscar la sombra de los naranjos, allí donde buena parte de sus compañeros se congregan mientras comen el desayuno que, a pesar de la carestía de la guerra, el Ayuntamiento les ofrece, con pan con aceite y, algunos días señalados, acompañado de una onza de chocolate.

Su olfato de maestra se lo dice: tiene que hablar con él.

Cruza el patio, a riesgo de llevarse un balonazo —ya ocurrió una vez, durante su primera sustitución, un remate tan desviado que acabó en su cabeza—, recordando las palabras que Justa Freire les dijo a las jóvenes estudiantes de la Normal en aquella conferencia de la que Lali salió con decenas de páginas de apuntes cogidos a vuelapluma: —Recordad una cosa, el patio también educa. Debemos estar con ellos, ahí, en sus juegos, en sus riñas, dando ejemplo, poniendo corazón, siendo justos. No hay cosa más incongruente en un docente que creer

que su trabajo incumbe solo a las cuatro paredes de su aula.

—¿Pascual? —le pregunta Lali con una sonrisa.

El niño levanta la vista con la carita de un cordero degollado.

—¿Sí, seño?

Sabe que no debe preguntarle directamente con un «¿Te ocurre algo?» con el que correría el riesgo de que el chiquillo se enroque. Debe, más bien, darle un par de vueltas.

—¿Qué es lo que más te ha gustado de la clase de hoy?

Pascual se lleva un dedo a la boca, posándolo sobre su labio inferior.

—Aquello de las bacterias y los anticuerpos, seño.

Lali asiente. Para impartir esa lección en la clase anterior volvió a recurrir a un cuento, con el que atrapó a los chicos hasta secuestrar la atención de toda la clase.

—Imaginad que nuestro cuerpo es como un castillo fuerte que debe protegerse de los malos invasores, que en este caso son las bacterias y los virus. —Movió las manos simulando sostener un castillo con la izquierda mientras, con la derecha, dio unos saltitos en el aire como lo harían los temibles invasores—. ¿Sabéis qué son las bacterias y los virus? Son como pequeñitos bichitos que a veces pueden hacernos sentir enfermos. Pero ¿cómo podemos defender el castillo de los bichitos? Aquí es cuando recurrimos a los valientes caballeros llamados anticuerpos. —A continuación, hizo ademán de ponerse un yelmo y esgrimir una espada y dio espadazos entre algunas bancadas bajo la mirada prendida de sus alumnos—. Cuando una bacteria o un virus entra en nuestro cuerpo, nuestro sistema de defensa se activa y llama a los anticuerpos, que trabajan juntos para atrapar y destruir a los invasores.

Los chicos arrancaron en un aplauso espontáneo una vez la seño escenificó el final del proceso, haciendo caer a las bacterias tras el ataque de los aguerridos anticuerpos.

Aplaudieron todos menos Pascual.

—¿Y por qué no has hecho ninguna pregunta? Sueles hacerla siempre.

El niño ladea la cabeza, indiferente.

—No sé. Será que lo he entendido todo a la primera.

Lali asiente, a sabiendas de que Pascual sigue ocultándole algo. Insiste.

—¿Seguro? Pues yo te he echado de menos hoy, ¿sabes?

El niño le esquiva la mirada, pero no puede evitar que Lali advierta como hay un conflicto en sus ojillos, que brillan y se estremecen, y cómo, tras las palabras de la maestra, comienza a temblarle la mandíbula, como si estuviese a punto de desatarse una tormenta.

Ya está, ha tocado la tecla que esperaba.

—Puede que no esté del todo bien, seño —le dice, ahora sí, levantando la mirada y buscándole los ojos.

La chica se agacha y lo arropa con su brazo, a refugio.

—¿Quieres contarme algo? —le pregunta con la sonrisa puesta.

El niño mira hacia el terreno de juego, donde sus compañeros, ajenos a lo que ocurre en uno de los rincones del patio, dirimen la suerte del partido en un correcalles al que se le caen los goles de una a otra portería. «Es lo que tiene —pensaría Lali al verlos jugar la primera vez— que los mejores jueguen siempre de atacantes, buscando los focos de un gol fulgurante, y no de defensas, donde asegurarían mejor la victoria de su equipo». Segundos después, Pascual le devuelve la mirada.

—Si te lo cuento, seño, irás a hablar con ellos y me lo volverán a hacer, por chivato.

—¿Hacerte el qué, tesoro? —pregunta Lali curvando las cejas—. ¿Y quién?

Pascual titubea. Con sus manos juguetea a sacar y meter los bolsillos del pantalón, nervioso. Luego lanza un resoplido.

—Pues…

—Puedes contármelo sin miedo, Pascual —le exhorta Lali, que vuelve a posar su brazo sobre el hombro del niño—. Yo lo gestionaré de tal modo que nadie vuelva a hacerte daño. Ni siquiera te enterarás de que he actuado, ¿de acuerdo? Confía en mí, tesoro.

El niño, al fin, se decide:

—Lleva semanas insultándome a la salida del cole, seño. Como vivimos al lado, no deja de darme la tabarra todo el camino. Me llama

enano, gordo, tonto de capirote. Ah, y también me dice que mi padre morirá en la guerra y que mi madre tendrá que meterse a mujer de mala vida. Y más cosas que no quiero recordar.

Lali contiene un gesto de sorpresa mientras comienza a acariciar la cabellera del chico.

—Ayer, además, estábamos jugando a la guerra y me obligó a ponerme como fusilado —continúa este con el temblor adusto de su barbilla—. Y, cuando caí, me dio un puntapié diciéndome que había muerto como morirá mi padre. Y yo ya no puedo más, seño.

Lali arquea las cejas contrariada.

—¿Cómo que jugando a la guerra? Ya os dije que estaba terminantemente prohibido, Pascual.

El niño agacha la cabeza pesaroso.

—Lo hicieron en secreto, seño. Detrás de los naranjos, para que no lo vieras.

Desde que comenzó el curso, la maestra les ha prohibido jugar a los milicianos o a fusilarse, el juego favorito de los chicos.

—¿Y qué más da que jueguen a eso? —le preguntó doña Paqui hace unos días mientras comían una rica cena que había preparado Lali.

—Me niego a que la guerra entre dentro de mi clase —respondió la maestra—. Ya la tienen a todas horas fuera de la escuela como para que también inunde sus juegos.

Ante la respuesta de Pascual, Lali asiente comprensiva, acariciándole el hombro al chico con un gesto maternal.

—Bueno, no te preocupes, Pascual. Pero, dime, ¿quién te está haciendo esas cosas?

El niño vuelve la vista hacia el campo de fútbol. El equipo que va perdiendo ha salvado un gol bajo la portería con la carambola propia de una partida de billar: la pelota se ha paseado de palo a palo hasta que Pedrito, defensor, ha terminado por despejarla.

Y lo suelta, al fin.

—Roque —confiesa Pascual con la emoción, contenida y frugal, asomando debajo de los ojos—. Desde que empezó la guerra no ha dejado de meterse conmigo, seño.

Así que ese bruto de Roque. Durante su primera sustitución ya tuvo

que intervenir varias veces con el muchacho, con muchas charlas a solas, aquellos silbidos de camino a casa para que ganase confianza en ella y, cuando no quedaba más remedio, un castigo durante el recreo —quedándose sin jugar al fútbol— o a la salida de clase, ayudando a la maestra a limpiar el aula. Pero ahora ha vuelto a pasarse de la raya y acaban de comenzar el curso.

—Déjalo en mis manos, ¿vale? Hablaré con él —le dice con una mirada cargada de optimismo, como si la palabra fuese la solución a todos los males del mundo.

Lali ha esperado a volver a clase y poner a los chicos a resolver unos ejercicios de matemáticas de forma individual. Solo entonces se ha acercado a Roque y, al oído, le ha pedido que la acompañara al pasillo.

Ningún compañero se dio cuenta, pero el chico se revolvió, escudándose en un «Yo ahora no he hecho nada, seño», con el que consiguió que todos sus compañeros mirasen hacia ellos. Es lo que quería, lo sabe Lali.

—Te he dicho que te vengas y te lo he pedido con educación, ¿de acuerdo? —le insiste la maestra contundente.

Solo entonces el chico ha accedido, pero lo ha hecho a regañadientes, mostrando a sus compañeros, con los aspavientos propios de un actor, que lo hacía no porque ella se lo hubiese pedido, sino porque no quería armar un escándalo.

—Pero ¿qué pasa, seño? —pregunta en el pasillo, con la puerta del aula cerrada—. Yo no he hecho nada, ¿eh? —se excusa Roque cruzándose de brazos y esquivándole la mirada.

La maestra aguarda algunos segundos para intervenir, con un silencio con el que quiere dejar latente que es ella, y no él, quien domina el tiempo de la conversación.

—¿Sabes qué fue lo último que me dijo tu padre cuando me vi con él el curso pasado, Roque? —le pregunta con semblante severo.

Tuvo que aprender durante la primera sustitución a ponerse seria, de morros, sin perder los estribos.

—¿El qué?

Vuelve a guardar un breve silencio. Recuerda aquella conversación con don Javier. Era junio, algunos días antes de que a Juana le quitaran la escayola y de que el curso terminara. Se encontró con el padre de Roque a la salida de la taberna del Rubio, en la que estuvo discutiendo con unos sindicalistas y de la que salió airado y oliendo a vino.

Lali se lo encontró con ese mismo semblante chulesco, con esa misma alusión a la violencia, la violencia en su boca. «Palos, señorita. Palos».

—Él me insistió en que, si alguna vez te pasabas de la raya, se lo dijera. Que no le iba a temblar el pulso para darte una paliza, ¿sabes? Y no era la primera vez que me lo decía.

El chico asiente, indiferente, frío.

—¿Y sabes qué fue lo que le contesté? —continúa Lali buscándole la mirada esquiva—. Que, si cada vez que tú metieras la pata iba a pegarte, entonces no se lo diría nunca. Porque a nadie se le educa a costaladas ni a palos. Ni siquiera a alguien que se equivoque tanto como tú.

Roque continúa sin mover un músculo, impasible.

—¿Y esto por qué me lo dices, seño?

—Pues te lo voy a decir muy claro, Roque. Porque hoy he estado a punto de ir a hablar con tu padre y sé que, después de mis palabras, te iba a dar la paliza de tu vida. Pero no lo he hecho precisamente porque me importas. Y porque entiendo que el fuego no puede apagarse con más fuego, ¿comprendes?

El chico, ahora sí, se manifiesta. Destensa el gesto, juguetea con el labio inferior y arquea las cejas en busca de una explicación.

Quizá es que nunca nadie le había dicho lo que ha salido de la boca de Lali, entre uno y otro reproche. Que le importa.

—¿Y qu-qué quieres que haga? —le pregunta entre balbuceos.

Pero Lali continúa dándole un rodeo. Llevándole justo hacia el lugar que quiere.

—¿Cuántas veces te ha pegado tu padre, Roque?

El chico lanza un bufido.

—Puf, todas las semanas me cae una tarascada. Se le ponen los ojos

rojos y me hunde a guantazos.

Lali asiente comprensiva.

—¿Y cómo te sientes cada vez que te pega? —le pregunta.

—Pues mal, seño. Cómo me voy a sentir.

Ahora sí. Ya lo tiene donde quería.

—Y Pascual, ¿cómo crees que se siente?

Al oír ese nombre, el chico vuelve a enrocarse. Se cruza de brazos y esboza otro gesto altanero, apretujando el rostro.

—Ya sabía yo que se iba a chivar ese enano… —exclama por lo bajini y con la mirada puesta en la puerta del aula.

Pero Lali lo acalla chistando.

—Ni delante ni detrás de mí volverás a insultarle, ¿de acuerdo? —le ordena cogiéndole del mentón para forzarle a que la mire—. Dime, ¿qué es eso de insultarle y decirle cosas de sus padres? ¿Te lo dice él a ti?

Ante la rotundidez de la maestra, Roque vuelve a balbucear nervioso.

—Seño, delante de ti se pone muy modosito, pero luego va de listillo. Se ríe de mí cuando no me salen las cosas en clase. Cuando me trabo al leer o me-me quedo pillado en una palabra. Y, desde que empezó la guerra, va diciendo que mi padre es un fascista. Sí, ayer fui detrás de él y le pegué una patada. Y le dije que su padre iba a morir en la guerra. Pero fue en defensa, seño.

Lali asiente. Qué común aquello que suelen hacer los chicos cuando se tiran la pelota uno a otro, eludiendo la responsabilidad de sus actos. Pero, en esta ocasión, en los ojos del muchacho, en sus palabras torpes y atropelladas, cree advertir sinceridad.

—Yo sé que cuando quieres eres un buen chico, Roque. Me lo demostraste todas esas veces que me enseñaste a silbar. Pero esto no puede quedar impune. Yo podría ahora mismo expulsarte de clase una semana, pero sé qué va a significar eso. Hagamos un trato, ¿de acuerdo? Primero, te quedarás durante un mes todos los días a ayudarme a limpiar el aula. Y, segundo, vas a ir a Pascual y vas a pedirle disculpas. Pero disculpas de verdad, ¿eh? Nada de mentiras. Piensa en cómo se ha sentido él cuando has recurrido a la violencia.

La misma violencia que usa tu padre contigo, ¿no? Y jugaréis juntos en el patio, ya me encargaré yo. Así os conoceréis y os daréis cuenta de que no merece la pena discutir por las cosas de los adultos. No en la escuela, Roque. En la escuela no hay fascistas ni rojos, sino niños y niñas como él y como tú, de todas las condiciones. Y también hay libros, mapas, ciencia y un saber inmenso que yo intento transmitiros y que viene desde hace siglos. No dejemos que el mundo de los adultos entre en clase, ¿vale? Dejemos la guerra fuera. Hablaré con él y le pediré que deje de decir esas cosas. Pero tú debes prometerme que lo harás también. Y que nunca más volverás a recurrir a la violencia, porque ya sabes qué es lo que trae eso. Cuánto sufrimiento conlleva, ¿de acuerdo?

Lali le extiende la mano para sellar el trato, y Roque, tras un par de segundos de fluctuación, se la estrecha con la firmeza de un coronel. Luego, la maestra suelta un chascarrillo que lo hace reír y, abriendo la puerta del aula —las miradas de los chicos, de pronto, confluyen en ellos—, le pide que vuelva a tomar asiento en su pupitre.

«La guerra no debe entrar aquí», se dice Lali, satisfecha por cómo ha gestionado la situación y por la reacción del muchacho.

Pero no puede saberlo todavía.

—¡Lali! —oye a su espalda.

Saber que la guerra está a punto de hacerlo. Entrar.

—¡Lali!

Mira hacia el final del pasillo y la ve. Juana se dirige hacia ella.

—¿Juana?

Juana, con el trote cadencioso que le deja su barriguita, cariacontecida.

—¿Ocurre algo?

Al llegar a su altura, la maestra se permite un par de segundos para recuperar el aliento. Mientras, se lleva la mano al bajo vientre, como si después de la carrera hacia su compañera quisiera asegurarse de que todo está en su sitio.

Y sí, todo parece estarlo.

Lali la mira extrañada.

—¿Qué pasa, por Dios?

Al otro lado de la puerta de la clase se oye el murmullo de las vocecillas. Juana le pide con un gesto que cierre la puerta del aula. Lali obedece, y al hacerlo observa cómo Roque toma asiento en su pupitre mientras evita responder a aquellos compañeros que le preguntan por la charla que acaba de tener con la maestra.

Ya en soledad, Juana suelta, pálida:

—Ya están aquí. Ya están, Lali.

Y sus ojos se clavan en los de la sevillana.

—¿Quiénes?

Los ojos de un azul oscuro, casi negro.

Los ojos de una tempestad ingobernable.

—Los fascistas.

Lali se lleva la mano a la boca después de preguntar un «¿Cómo?» que Juana responde intentando controlar el temblor mortecino de su voz. Se explica.

—Acaban de llegar noticias al Comité de Defensa desde Ronda. Las columnas del general Varela han entrado a primera hora en la ciudad. Por lo visto, la resistencia miliciana ha sido feroz pero insuficiente. Allí estaba Salvador, mi novio, coordinando una milicia de ugetistas. Todavía no sé nada de él. Lo único que sabemos es que en Ronda se concentraba gran parte de las defensas de la sierra, que creíamos podría resistir hasta que la República mandase ayuda. Pero no ha sido posible…

Se calla, pálida, casi un fantasma de ojeras violáceas.

—No lo esperaba nadie. Lali. Nadie.

La revolución del valle ha comenzado a esfumarse.

—No puede ser, Juana…

Los chicos continúan con su alboroto dentro del aula. Algunas voces piden silencio, otras avivan los gritos, como si echaran más leña al fuego.

Juana la coge de los hombros y vuelve a buscarle los ojos con un tifón dentro de sus pupilas.

—Lali, podrían entrar hoy mismo en el pueblo —le dice.

Y luego el caos.

17

Entrar en clase y que no se note que te tiembla todo.

—No, no puede ser…

Que te tiembla todo y que sabes que la guerra acecha en el horizonte de un valle en el que, hasta ahora, las tierras comunales y el poder asambleario han dibujado una fugaz quimera de revolución campesina.

—¿Y qué hacemos? —le pregunta Lali a Juana con voz trémula en el pasillo de la escuela en la que, de pronto, el tiempo se les ha detenido a ambas.

—Pues…

Detenido en aquel «Lali» que colgó de la boca de Juana cuando apareció en el pasillo, anunciando que la guerra estaba ahí, otra vez, como si Lali se la hubiese traído hasta este pueblo desde su Sevilla natal.

—Pues hay que actuar ya —le dice la cordobesa con las manos sobre los hombros de la joven y una mirada firme y decidida sobre sus ojos.

Sí, hay que actuar. Pero en la Escuela Normal no la prepararon para tomar decisiones como esta. La prepararon para llegar al corazón de sus alumnos, para ser el acicate de una nueva sociedad que tenía que gestarse en los pupitres de sus infantes.

—Actuar, ¿cómo? —pregunta la joven.

Muchos pensamientos se le arremolinan, como un potaje. Recuerda a su maestra, Agustina. ¿Qué pensará ahora, con esta España rota? También a sor Paquita y las monjitas de su colegio, y se pregunta si seguirán rezando por los niños de España, como hacían antes, o centrarán sus rezos solamente en los de una mitad, la sublevada. ¿Rezarán por los chicos del valle también o los dejarán sin el paraíso prometido?

—Creo que lo mejor es que…

Y sus compañeras de la facultad, ¿acaso habrán tenido que enfrentarse a algo así en sus respectivos destinos de magisterio? ¿O habrán sido ya depuradas, como dicen que están haciendo con las

maestras en el lado nacional?

—Que mandes a los chicos a sus casas y les digas que no salgan hasta que el alcalde dé instrucciones a los vecinos —le insta Juana seria, como quien da una orden militar—. Puedo hacerlo yo, pero tú eres ahora la maestra de esta escuela.

«Sí, yo soy la maestra de esta escuela». Y esas palabras, la convicción de que es ella la que debe actuar ahora y no otra persona, es lo que la hace, al fin, reaccionar.

—Está bien. Déjamelo a mí —responde Lali haciéndole un gesto a Juana para que la acompañe al interior de la clase.

Abren la puerta; del aula siguen llegando voces desbocadas, carcajadas, algún que otro reproche.

—¡Maestra, me ha quitado el lapicero!

Pero hacen caso omiso. Lali y Juana cruzan la clase hasta subir al estrado frente a la pizarra, como lo han hecho tantas veces cuando querían dirigirse al grupo. Algunos chicos saludan a Juana con un «¡Hola!» que no recibe respuesta.

—Chicos y chicas, guardad silencio, por favor —les pide Lali compungida, domando un temblor repentino en su barbilla.

No tiene que insistir mucho, porque, al ver las caras de las maestras —caras de circunstancia, desprovistas de la alegría que las caracteriza —, los chicos acallan sus voces y aguardan a que estas se manifiesten. Ni siquiera aquellos a los que les gusta tensar la cuerda —ese Pedrito, ese Roque con sus chistes socarrones justo cuando todos se han callado— se atreven a alzar la voz.

—Hay algo que tenemos que deciros…

Aún no lo ha pensado, va como por inercia. Cómo decirlo. Qué entonación exacta darle a su voz. Cómo de dramático puede sonar aquello de «Tenéis que volver a casa inmediatamente». Aguarda algunos segundos. Juana le da un empujón con los ojos, alzando las cejas. Mira a Pascual, a Dolores, a José, a Azucena. Piensa en ellos. Piensa en sus familias. Si los fascistas entran en el pueblo es posible que arresten a muchos de sus familiares. Al padre de Ramón, sindicalista. Al de Joaquín, campesino y miembro del Comité de Defensa. Al de Gertrudis, hermano de Cándido, el alcalde.

—¿Qué ocurre, seño? —preguntan algunos de los chicos del fondo.

Y es posible que, a su vez, pongan en libertad a quienes permanecen arrestados por el Comité de Defensa, los pocos que no salieron del pueblo —como sí hicieron los propietarios e industriales y los sospechosos de haber apoyado a las derechas— cuando los milicianos se hicieron con el poder tras el golpe de Estado. Aquellos entre los que está don Saturnino, de quien Lali solo sabe que se encuentra apresado en la sacristía de la iglesia a la espera de que decidan qué hacer con él.

—Lo primero, tenéis que guardar la calma en todo momento, ¿de acuerdo?

No puede saberlo todavía, pero esta —una mañana fresca de mediados de septiembre del primer año de guerra, que se quedará para siempre en su recuerdo— será la última vez que se dirija a ellos desde el estrado de esta escuela.

Dirigirse a ellos para decirles:

—Los que podáis ir a casa por vuestro propio pie, tenéis que iros inmediatamente. Los que no, os llevaremos o mandaremos avisar a vuestros padres. No salgáis de casa bajo ningún concepto hasta que el alcalde dé instrucciones, ¿de acuerdo?

El silencio la hiela, hasta que alguno de los chicos vuelve a insistir.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —preguntan.

Es Juana la que responde con su voz de oradora, de pasionaria, de guerrera.

—Ha llegado el momento de ser señoritos y señoritas responsables. La guerra está aquí, chicos. A las puertas del valle. Pero no temáis, nuestros valientes milicianos lo están defendiendo con su vida. Y la República mandará refuerzos. Lo único que tenéis que hacer es seguir las instrucciones del Comité de Defensa.

Ha sonreído, sí. Y ha sonado convincente, como la agorera que lee el futuro en los posos del café. Y tal vez por ello la reacción de los chicos no es la que esperaba Lali, que aguardaba, temerosa, a que se desatara el caos.

Solo algunos gritan. Otros hacen aspavientos y los más se mantienen impávidos.

—Todo saldrá bien, de verdad —concluye la maestra cordobesa con otra sonrisa.

Pero Lali sabe que miente. Y Juana sabe que Lali sabe que miente. Y quizá por eso se dedican una mirada cómplice, como si la una consolara a la otra ante el dolor de esa mentira burda, piadosa, pero necesaria.

—Ahora sí, los mayores, podéis iros. Esperad los demás, que os llevaremos a casa.

Una mirada cómplice —los ojos de ambas como el puente ante dos abismos— que será lo único a lo que Lali y Juana puedan aferrarse cuando ocurra todo lo malo.

El rumor se ha extendido como una estampida de toros en las fiestas de agosto.

—¡Que ya está aquí la guerra!

Ha corrido en cuestión de minutos, raudo, barriendo las hojas caídas de un otoño prematuro, segando las cosechas y sirviendo los últimos chatos de vino en la barra del par de bares del pueblo, el del Rubio y su bodega de jerez y el de doña Bernardina y sus menús a precios populares.

El rumor lo ha paralizado todo al grito de «¡Que la guerra está en Ronda, a escasos kilómetros del pueblo!».

Lo han propagado, en primer término, los colegiales mayores que han salido de la escuela tras la orden de las maestras, como los voceros que difunden las noticias en primera página del periódico. Y, minutos después de un mediodía nublado, no ha tardado en reunirse una multitud de vecinos en la plaza del Ayuntamiento y frente a la casa consistorial, exigiendo al Comité de Defensa una respuesta ante la inminente llegada de la columna del general Varela.

—Hay que evacuar el pueblo —dicen unos.

—Hay que esperar a los milicianos de la sierra —exclaman otros.

Y, entre medias, voces que claman, lamentos, llamadas a un Dios ausente y puños en alto en nombre de la revolución campesina.

En la plaza de la escuela, ajenas a la algarabía que cruza el callejero, las maestras intentan que el grupo mantenga la calma.

—Escuchadnos a nosotras solamente, ¿vale, niños?

Han distribuido en dos grupos a aquellos alumnos que no han podido marcharse a sus casas. Son los más pequeños o quienes viven más lejos de la escuela.

—Lali, encárgate tú de Azucena, de Ramón, de Pedrito, de Estrella y de Pablo. Sus casas están por allí, en la zona baja del pueblo, ¿de acuerdo?

La sevillana asiente. Mira hacia la callejuela que sale de la plaza, como el meandro que se separa de un río, y vuelve la mirada a sus chicos. Abre los brazos y, sonriente, los reúne como a un equipo deportivo.

—Yo me encargaré de estos, que viven en la zona alta —continúa Juana señalando hacia el otro grupo que ha conformado, algo más numeroso que el primero.

Lali le hace un gesto y vuelve a esbozar su mejor sonrisa para dirigirse a sus chicos.

—Escuchadme bien, niños. Tenéis que cogeros de la mano y no soltaros bajo ningún concepto, ¿de acuerdo? Iremos dejándoos en casa, uno a uno, con papá y mamá.

Esas palabras, «papá», «mamá», despiertan unas tímidas sonrisas, como el encantamiento de un mago y su conjuro, como si aún no fuesen conscientes, como lo son los adultos, de que los padres no son infalibles ni tienen la fórmula secreta para protegerlos del hombre del saco.

—Todo irá bien, no os preocupéis.

Y mira a sus caras. La de Azucena, tan avispada; la de Pedrito, tan vivo; la de Ramón. Intenta apaciguar la preocupación de sus ojillos con la curva de sus labios, esa de la que todo el mundo dice que nadie puede resistirse.

—Solo tenéis que hacer lo que os pido, ¿vale?

Pero no puede dejar de pensar que quizá esta misma noche se desmorone el mundo en el que habitan, el de la siega y la siembra de unas tierras comunales, el de los pucheros y las migas, el de las historias y las palmas al calor de la lumbre.

Antes de que ambas tomen caminos distintos con su grupo de

colegiales, Juana le hace una señal:

—En cuanto terminemos, nos reunimos en la plaza de la escuela, ¿vale?

Lali asiente, sosteniendo con fuerza las manos de Pedrito y de Estrella y encabezando la comitiva como una mamá pato. Nada más abandonar la plaza y atravesar el primer callejón, entre macetas con flores y enredaderas que suben por la forja de las ventanas, comienza a oír las voces de los vecinos llamando a la guerra y a las armas. Vuelve la vista a sus niños, a la fila de manos enlazadas, y bosqueja otra sonrisa con la que espera aislarlos de lo que ocurre afuera.

Minutos después llama a la primera puerta, la de Ramón, que vive un par de calles más abajo que la escuela, toc, toc, y pregunta, arrimando la boca al llamador:

—¿Están en casa? Soy Eulalia, la maestra de su hijo. Ábrame, por favor.

Tras algunos segundos de vacío, se oye el traqueteo de la cerradura.

—¿Qué ocurre, Lali, por el amor de Dios? He oído voces, pero no he querido salir.

La madre de Ramón asoma la cara tras el quicio. Se llama Concha y suele tener muchas palabras aguardando a salir de su boca, como pájaros enjaulados.

Al verla, su hijo atraviesa la puerta y corre al refugio de su regazo.

—Ha habido combates en Ronda —responde Lali intentando mostrarse segura y convincente, como lo hizo Juana sobre el estrado de la clase—. La guerra está cerca. No salgáis de casa hasta que el alcalde dé instrucciones precisas, ¿de acuerdo?

Concha guarda silencio quizá por primera vez en su vida. Mira hacia la fila de niños y contiene un lamento mortecino. Lali lo piensa, el miedo no tiene aspecto ni tiene apariencia, pero, de pronto, lo encuentra en el rostro de esta mujer.

—¿Có-cómo?

El miedo, una palidez repentina, el titubeo de su voz, el temblor de una mano sobre el pomo de la puerta.

—Todo saldrá bien, Concha. No se preocupe.

No hay muchas palabras más. Una despedida lacónica, Dios en los

labios de ambas, lamentos, portazo. Lali, con su comitiva de niños, da media vuelta y vuelve sobre sus pasos para retornar a la calle principal. Mira hacia sus niños y decide hacia dónde ir. Cree recordar que Azucena no vive muy lejos.

—Tu casa está ahí, ¿no, cariño? —Le señala a la niña.

Esta asiente y, un par de minutos después, Lali llama a la puerta de su casa.

—Abra, Merchi, soy Lali.

A Merchi no la ha cogido de sorpresa. Su marido ha sido uno de tantos hombres del pueblo que se ha reunido en el ayuntamiento, a la espera de noticias o aguardando a que alguien tome la iniciativa de actuar.

—¿Qué debemos hacer? —le pregunta la mujer a Lali mientras abraza a su hija.

La maestra vuelve a recurrir a las mismas palabras de antes, como si a fuerza de repetirlas pudiera convertirlas en una verdad; que todo saldrá bien. Que no teman.

Pero algunos padres no terminan de creer a la maestra, como los de Pedrito.

—¿Quedarme aquí? ¿Para qué? ¿Para que nos maten? Lo siento, señorita. Ya estamos saliendo del pueblo.

Lali observa a Pedrito, que ha corrido a abrazarse a su padre. Luego levanta la mirada para responderle.

—Los caminos no son seguros, Joaquín. Hay que aguardar a las defensas milicianas. Ya pudieron una vez con los ejércitos facciosos…

Aquel primer encontronazo con los sublevados que siguió al golpe de Estado del 18 de julio se saldó con la victoria de los milicianos de la sierra, que se hicieron con el control del pueblo y de las tierras del valle leales a la República.

—Pero ahora es distinto —tercia Joaquín apresurado por cerrar la puerta y dejar a Lali con la palabra en la boca—. Déjenos, señorita, que nosotros nos vamos.

Lali no encuentra palabras para responderle, y al silencio de sus labios le sigue una breve despedida y otro portazo que resuena en la plazuela que sirve de patio de vecinos a Pedrito y su familia. Sí,

Joaquín tiene razón, ahora es distinto, porque mientras el 18 de julio los sublevados eran un puñado de falangistas, ahora son una columna de soldados de los que dicen que un buen número vienen de Marruecos, allí donde cortan cabezas españolas como quien degüella a un pavo.

—¡Venga, seguimos con nuestra excursión! —exclama volviendo la vista al grupo de niños y forzando otra sonrisa imposible que cada vez le cuesta más, como si tuviera que esculpirla con martillo y cincel.

—Y, ahora, ¿quién será el siguiente?

Una vocecilla se alza al final del grupo, del que solo quedan ya tres alumnos.

—¡Yo vivo aquí al lado, seño! —exclama Estrella.

Lali la coge de la mano a la niña y conmina a los demás a que la sigan.

Un par de minutos después, una cadena de sonoros besos restalla en las mejillas de la pequeña, a la que su madre aprieta contra sí bajo el marco de la puerta, como si la hubiera encontrado tras extraviarla.

—Tengan cuidado, por el amor de Dios —les pide Lali.

La mujer asiente, compungida. Tras Estrella es el turno de dejar a Pablo en casa, y después de Pablo va Federico. La mañana cae, el sol se alza, el rumor de las voces parece haberse acallado y ahora reina en el pueblo —en la zona baja, al menos— un silencio tenso y expectante, como el que precede a la corrida de un buen matador, roto únicamente por el rugido de algún automóvil dejando el pueblo en dirección a la carretera comarcal.

Lali resopla y mira hacia Trinidad, la última de su grupo de patitos.

—Bueno, solo quedas tú, cariño. ¿Lista para ir a casa?

Trinidad asiente, cabeza gacha. Es una niña de apenas siete años que no suele llamar mucho la atención en clase. De hecho, para arrancarle un puñado de palabras Lali necesitó acercarse a ella de muchas formas, hasta que dio con la correcta en un recreo anodino mientras la pequeña mordisqueaba un chusco de pan:

—Mi muñeca favorita se llamaba Lulú. ¿Y la tuya, Trinidad? Seguro que tiene nombre y es muy bonita, ¿a que sí?

Y Trinidad sonrió para poner a su muñeca en sus labios:

—Pepa.

Lali se agacha a coger su mano y arrancarle una sonrisa en esa carilla afligida.

—Y ahora te voy a llevar a casa a que abraces a Pepa, ¿vale, tesoro?

La niña le devuelve una sonrisa timorata. Lali sabe que vive casi a las afueras del pueblo, en una choza labriega, por lo que deben darse prisa. Toma aire y vuelve a poner su mejor cara para animar a la pequeña a caminar el largo trecho que la separa de su casa.

—¡Venga, que ya no nos queda nada!

Vuelve a oír el motor de otro automóvil mientras, a lo lejos, observa a varias personas que salen del pueblo a pie, por el sendero que bordea la carretera comarcal. No lo piensa —porque hace unas horas que dejó atrás el pensamiento, como si actuara movida por un hipnotista—; que decenas de vecinos se apresuran a abandonar Alcalá, que ya nada es seguro aquí.

Llegan a casa de Trinidad unos veinte minutos después. Su madre, que volvía del arroyo cargada con una palangana con ropa blanca, recién lavada, da un respingo al ver a su hija y a la maestra frente a la puerta de casa.

—¿Qué ha ocurrido, señorita?

Lali apenas tiene palabras. Todas se le fueron a la deriva de los ríos de sudor que le recorren el cuerpo, como una catarata. Jadea. Respira fuerte y vuelve a enunciar lo mismo.

La guerra, el valle, los fascistas.

—¿Cómo?

La palangana de la mujer cae al suelo y la ropa —un par de sábanas, una camisola, la ropa interior de su marido— vuelve a ensuciarse con el albero del camino. Apresurada, la niña corre hacia su madre, a ayudarla a recoger lo que se ha caído, pero esta le hace un gesto para que entre en casa, a refugio.

—Venga, Trini, métete adentro, rápido.

Apenas hay despedida con la maestra; una manita alzada, un «Gracias, señorita» y un adiós colgándole de los labios antes de entrar en casa.

Segundos después, Lali toma aire y mira en derredor. Del pueblo no

llega sonido alguno y no oye nada salvo algunos pajarillos que pían en la copa de unos pinos, ajenos a que el mundo de los humanos se desmorona. Vuelve a caminar en dirección contraria, sintiendo que no tardará mucho en derrumbarse, exhausta y sedienta. Habría querido que la madre de Trinidad la invitara a beber un poco de agua, pero supone que todos, a fin de cuentas, abandonamos las normas de cortesía cuando nuestra vida está en juego. Intenta por lo menos generar saliva dentro de su boca, pero se la dejó toda en la segunda o tercera casa que visitó, así que no puede evitar sentir esa incómoda sensación de masticar arena.

Esa misma sensación con la que entra en el pueblo, sorprendiéndose de que las piernas no le hayan fallado, porque nunca somos conscientes de que todavía hay una planta más abajo para caer en el abismo.

Toma el camino hacia la plaza de la escuela sintiendo que atraviesa el decorado de alguna película de vaqueros, como aquellas que veía a la salida de la facultad en los cines de Triana con un cartucho de pipas de girasol. Nada se mueve. Nada se oye y no se cruza con nadie, salvo con algunas miradas furtivas que descubre desde las ventanas enrejadas y las persianas de mimbre.

Minutos después, al llegar a la plaza de la escuela, observa a Juana a la sombra de los naranjos. Grita su nombre y alza los brazos para correr hacia ella, aliviada. Aunque hace solo un par de horas que se separaron —cada una con su grupo de patitos—, no puede reprimir una sonrisa ni el deseo de abrazarla tras haber cumplido con su objetivo: devolver a todos sus alumnos a sus casas, sanos y salvos.

Las dos maestras se abrazan.

—¿Hace mucho que esperas? —le pregunta Lali apoyada sobre su hombro.

—Unos minutos tan solo. ¿Todo ha ido bien?

Lali asiente, sin muchas ganas de compartir con su compañera los detalles de su encuentro con las familias; aquellas voces angustiadas, aquellas otras que rechazaron su consejo y se apresuraron a dejarla con la palabra en la boca.

En lugar de ello, decide ir al grano, apresurada.

—¿Qué hacemos ahora? No podemos quedarnos aquí.

Porque sabe que tanto ella como Juana no están seguras en el pueblo en caso de que sucumba ante los facciosos. Vuelve a mirar a su alrededor, en busca de otras miradas.

Juana la coge de las manos y le acaricia las palmas.

—Tranquila, Lali. Cogeré algo de ropa y comida para las dos y saldremos del pueblo por el sendero de los labradores. Hay un viejo caserón abandonado que se separa del camino y se adentra en el valle. Salvador me dijo que, si algo salía mal, debíamos vernos allí. Él sabrá qué hacer, ¿de acuerdo?

Lali asiente. Sabía que Juana tendría ya algún plan trazado.

—Está bien —responde confiada.

Luego, Juana le hace un gesto para que se dirijan a su casa, detrás de la escuela. Las maestras bordean la plaza y, antes de tomar la esquina, Lali mira atrás sin que sea capaz de desprenderse de esa sensación, la de las miradas en cada ventana que se posan, sibilinas, sobre ambas.

Juana empuja la puerta de la casa —nunca echa la llave— y la invita a pasar.

—No tenemos mucho tiempo —dice dirigiendo a Lali hacia el salón.

La sevillana asiente, presta. Al entrar en la estancia principal, advierte que la casa sigue oliendo a canela y a los libros viejos que abarrotan los estantes. Como si fuese una postal detenida.

—Cogeré unas mudas y un par de vestidos para las dos —le anuncia Juana de camino hacia su habitación—. Tú ve a la cocina y coge algo para que podamos comer hasta mañana, ¿de acuerdo?

Lali asiente con viveza y observa durante algunos segundos a Juana perderse por aquella puerta. Al verla, piensa en cuánto la admira, con su hijo adentro y la determinación de una guerrera.

En dirección a la cocina no se para a saludar a Lucas, que ha corrido a restregarse entre sus piernas. Hace un quiebro y lo esquiva.

—¡Coge lo que a ti te parezca! —le grita Juana desde su dormitorio.

Abre la alacena y se decide, sin pensarlo mucho, por lo primero que ve: latas de conserva, queso viejo y carne de membrillo. Tras ello, da un rodeo con la mirada en busca de una talega donde meter la

comida, hasta que, de pronto, oye algo desde la ventana.

Algo. Los primeros compases de un silbido.

Tras aguardar unos segundos, Lali, extrañada, da un par de pasos para asomarse por el enrejado que da hacia un par de árboles que hacen sombra a la cocina.

El silbido vuelve a oírse con nitidez.

—¿Hola?

Es la melodía de una coplilla que, de repente, reconoce. Une sus labios para que la melodía rebote en su boca, a modo de respuesta, y, durante varios segundos, los dos silbidos se acompasan.

Sí, no hay duda, es él.

—¿Roque?

Segundos después, el chico, que aguardaba encaramado a una rama, asoma la cabeza por la ventana. Lali da un brinco al otro lado, desde la cocina.

—¿Qué haces aquí?

Roque responde serio, cariacontecido.

—Llevo una hora aquí, seño, aguardando a decirles esto; que no deben salir ahora del pueblo. Que las están esperando.

Lali se hiela.

—¿Esperándonos? ¿Quién?

Lo mira paralizada; sus facciones marcadas e imberbes, su frente amplia, su pelo corto —rapado hace unas semanas por aquellos piojos que colonizaron las cabelleras de la clase—, esa mirada dura, como si apuntara tras un fusil. Sus labios diciendo:

—Se lo he oído a mi padre, seño. Que esperan que salgáis esta tarde por el camino de los labriegos. Los falangistas lo saben. Saben que vais a huir y van a tenderos la trampa.

Se le eriza la piel.

La atraviesa un temblor salvaje.

—¿E-e-estás seguro de eso, Roque?

Y piensa fugazmente en sus padres, en su familia, en la gente que quiere.

—Segurísimo, seño.

El chico extiende su mano y tiende un puente a través del enrejado

de la ventana para tranquilizar a su maestra.

—Hágame caso y dígale a Juana que yo os llevaré a lugar seguro —le pide con la determinación de un hombrecillo adulto—. El corral de mi tío está en desuso desde que la espichó el año pasado. Nadie esperará verlas ahí. Podréis esconderos hasta que llegue la noche y yo os ayude a salir del pueblo, ¿de acuerdo, señorita?

El resplandor ambarino dibuja, sobre las paredes descascaradas del corral, el baile ruso de unas sombras. Lali las mira como embobada.

—Aquí no va a encontraros nadie —les dijo Roque cuando, hace unas horas, les abrió la puerta candada de esta pequeña estancia para animales de granja.

—¿Seguro? —le preguntó Juana recelosa.

—Hazme caso, seño —aseveró el chico esbozando una sonrisa, con la convicción varonil de un guerrillero que terminó por convencer a la maestra.

Luego, al contemplar al muchacho volver como un cabritillo por el sinuoso sendero por el que las había conducido, Juana se dirigió a Lali.

—Has hecho un buen trabajo con él. Fíjate, yo no logré conectar con ese chico tanto como tú. Para que veas que a veces no basta con la experiencia —rio jocosa.

Lali pensó en aquello que le dijeron en la Normal, que valía con llegar al corazón de los muchachos.

—Pues ¿sabes que hoy mismo estuve a punto de castigarle? —respondió riendo y acomodándose en un cúmulo de paja amontonada en el centro de la estancia—. Cómo te cambia la vida en un minuto. De castigarle a salvarnos del arresto, ¿no?

—Pues sí, cómo cambia todo tan rápido —respondió Juana.

Un par de horas después, ya caída la noche, encienden un viejo candil para que entre las dos medie una luz titilante suficiente para iluminar la estancia.

—¿Quieres que cenemos algo? —le pregunta Lali a Juana deshaciendo el nudo del macuto en el que metieron la comida que sacaron de casa de la maestra a toda prisa.

Juana asiente, aferrándose a su barriga que acaricia como si con el mero arrumaco de sus manos pudiera convocar a los ángeles de la guarda, esos en los que dejó de creer cuando se declaró atea.

—Me apetece la carne de membrillo, Lali —responde con una sonrisa de la que todavía no se ha desprendido, como la dignidad de

un fusilado—. Algo de dulce no nos vendrá nada mal, ¿no?

Lali le devuelve la sonrisa, agrandada por la luz del candil sobre su rostro. Extiende un pequeño mantel sobre el lecho de paja en el que descansan y, con el cuidado de un chef de postín, deposita sobre el mantel el rectángulo de dulce de membrillo, brillante y esponjoso. Luego parte un chusco de pan y le ofrece la mitad a Juana.

—Me lo trajo Esther, la madre de Pedrito, ¿sabes? —le comenta esta cogiendo una de las porciones de pan—. Como regalo por el embarazo. Me dijo que un embarazo endulzado traía hijos dulces. Supongo que será un refrán que se dice por aquí. Yo no lo había escuchado nunca.

Luego da un bocado mientras con la mano liberada vuelve a hacer círculos sobre su barriga, como un mantra. Lali la observa, preguntándose algo que no es capaz de enunciar con palabras.

Si el dulce de membrillo será capaz de tapar todo lo agrio, todo lo terriblemente áspero y desagradable que está ocurriendo a su alrededor. Si el bebé podrá ser dulce, a pesar de todo.

—La madre de Pedrito se ha alterado hoy conmigo —confiesa la sevillana recordando el episodio de este mediodía, cuando dejó al pequeño en su casa y la mujer le dijo que no tardaría en salir del pueblo.

Juana asiente respondiendo, «Hoy todos nos hemos alterado», mientras Lali piensa si la familia de Pedrito habrá logrado salir de Alcalá, si ha tomado el camino a Málaga, todavía bajo control de la República, o si ha huido hacia territorio faccioso.

Guarda silencio, enfurruñada en sus pensamientos. Da un rodeo con la mirada hacia las sombras que en el viejo corral dibuja la luz del candil; hacia las vigas agrietadas, al techo de paja por el que se cuela el silbido del viento, hacia ese viejo arado oxidado que yace en un rincón. El cobertizo podría venirse abajo en cualquier momento, pero ahí sigue, quién sabe desde cuándo, en esta suerte de ruina provisional.

De pronto, una pregunta le sobreviene, una que viene haciéndose desde hace semanas y a la que todavía no ha logrado dar respuesta. Una pregunta que nunca se atrevió a enunciar, no fuesen a tildarla de

tonta, de no enterarse de las cosas. Esta pregunta:

—Lo que todavía no sé, Juana, es el porqué de esta guerra. De verdad, que no me lo explico. ¿Era necesario algo así? Es para cagarse en Dios, joder, como dicen los ateos. Y perdóname la expresión —se excusa alzando la mano—. Si me escuchara mi madre…

La cordobesa termina de masticar la amalgama de pan y carne de membrillo que se había metido en la boca. Lali la mira, expectante, aguardando a que Juana acierte a darle una respuesta, la que sea, para librarla de este tremendo desasosiego.

Sobre el rostro de esta, el candil también bosqueja un baile de sombras.

—Pues ojalá pudiese responderte, Lali…

Porque no, Juana no tiene todas las respuestas.

—Pero me temo que solo hay un puñado de hombres que podrán hacerlo. Aquellos que empezaron la guerra. Los responsables.

Lali no dice nada, vuelve la mirada hacia el vacío del corral y respira hondo, imbuyéndose del olor a heno y a madera en descomposición. No sabe qué pensar y, tras unos segundos, responde:

—Hay quien dice que responsables hemos sido todos, ¿no, Juana? Mi padre lo dice, por ejemplo. Que tal y como estaba la cosa, una guerra iba a haber. Y la ha habido. Vaya si la ha habido. Y yo no sé qué pensar, si te soy sincera.

Juana menea la cabeza mientras sigue acariciando el hogar de su vientre. Lali ya conoce en qué consiste este gesto de la cordobesa; un ceño fruncido sutil, los ojos tensos, el suspiro de sus labios.

—Ay, Lali, ¿pensar sobre qué? Eso es lo que quieren que pienses. Lo que quieren que pensemos todos. Que la guerra era inevitable. Que tenía que ocurrir sí o sí. Pero yo te voy a decir algo. Claro que podría haberse evitado. O, si no, dime, ¿cuántas veces podría haber ocurrido una guerra durante el reinado de ese bastardo de Alfonso XII? ¿Cuántas veces España parecía que se rompía con las huelgas revolucionarias, con el ataque a los conventos, con la guerra de Cuba o de Marruecos? Muchas. Pero ¿sabes por qué no se rompió España entonces? Porque los militares se mantuvieron de su lado. Del rey. Del poder. Se mantuvieron de su lado porque el rey aseguró que nada

atentaría contra sus privilegios. Los suyos y los de tantos que ya conoces, señoritos, curitas, burgueses.

Lali asiente, volviendo al silencio mientras se lleva a la boca un cuadradito de carne de membrillo. A veces no sabe qué responder ante los discursos políticos. De hecho, se siente pequeñita al oír las proclamas de aquellas personas —como Juana, como sus compañeras de la facultad— capaces de pregonar con ardor, de subirse a un estrado a convencer a la gente con sus palabras. Los oyó muchas veces, esos discursos en la plaza Nueva o a la salida de la facultad, esas llamadas a la voluntad del pueblo, a la democracia, al empoderamiento de la mujer.

—Lo que ha pasado ahora, Lali, es lo siguiente. Que el poder ha cambiado de manos. Que ya no lo tienen los privilegiados, sino el pueblo. Y los militares han traicionado el juramento que hicieron cuando aceptaron la Constitución. Sí, como cuando Fernando VII traicionó a la Constitución de Cádiz. Traicionado, sí. Ellos no hacen otra cosa que decir que se han levantado para salvar España, pero lo único que están haciendo es salvar su culo. Su culo y, ya sabes, el de los nobles, los ricos y los curas. Si se hubiesen mantenido fieles a su palabra, la República habría podido con todo. Como pudo con los catalanes o incluso con la huelga revolucionaria socialista, que yo misma secundé.

Lali calla. Esas mismas palabras de Juana las oyó alguna vez en sus compañeras de la Normal, pero ella no osaba responder nunca en aquellos debates políticos que en ningún otro contexto, salvo el de la universidad, podrían haber sido protagonizados por mujeres.

—Déjame decirte algo, Lali —continúa Juana con ese tono y ese gesto de mitin—. La República podrá con todo. Si no la defiende su ejército, la defenderá el pueblo con las milicias populares que se han formado por toda España. Ten algo por seguro, porque yo lo creo firmemente: la democracia vencerá. No sé cuándo. No sé a qué precio. Pero vencerá. De eso no podemos tener duda.

Lali continúa sin decir palabra. Oye, en medio del silencio, cómo algunos pajarillos revolotean sobre el cobertizo de paja, a la intemperie de la noche. Entremedias se cuela el silbido por los

agujeros de la techumbre. Juana la observa, esperando de la sevillana quizá un ademán, el gesto de alguien convencido. Pero no lo está, todavía no.

—Claro que no podemos dudarlo, Juana —responde Lali—. Nada es más deseable que la democracia. Pero, voy a serte sincera, hay algo que me genera dudas. Y creo que no te lo he dicho nunca.

Se miran. Lali hace rato que se fue a su infancia. Alguien le dijo una vez que no dejamos nunca de ser el niño que fuimos. Que el niño que fuimos es el adulto que seremos.

Quizá por eso es maestra, porque uno es niño toda la vida, para bien o para mal.

—¿El qué, Lali? Ten confianza. No voy a juzgarte.

Sor Paquita la coge de la mano para llevarla a la pequeña capilla del colegio. Sobre el altar, en el sagrario, brilla la lucecita que titila y que guarda al Señor dentro. Lali está ahí, en el trance que invoca a un Dios compasivo. Padre nuestro, que estás en los…

—Estudié en un colegio de monjas. He vivido toda la vida entre el rezo del rosario y el del altar de la santa a la que se encomendaba mi madre. Soy una firme convencida de la educación republicana, lo sabes bien. De los valores que la República ha intentado infundir en sus escuelas. Pero no sé muy bien si esa forma de romper con la creencia de tanta gente es lo que ha condenado a la República. Nada hay más poderoso que una convicción, ya lo sabes. Esta gente ha creído desde hace milenios que hay un Dios ahí arriba. Que su hijo murió en una cruz. Y no sé muy bien qué pensar, Juana. Lo cierto es que a veces me sorprendo encomendándome al Dios de mi madre. A la Virgen a la que le rezaba mi abuela. Quitárselo al pueblo es despojarle de lo más sagrado que ha tenido siempre, me parece. Y lo hemos hecho muy rápido, como si bastara con bajar los crucifijos de las aulas y ya está, a otra cosa. ¿Qué más da un símbolo, Juana? Una cruz no son más que dos palos cruzados, en realidad.

Juana asiente comprensiva. Guarda silencio durante varios segundos, dándole vueltas a las palabras de Lali, a esa confesión valiente. En otros ambientes —en la reunión del sindicato socialista al que ella pertenece, por ejemplo— le habrían contestado con rudeza,

reprimiendo sus palabras.

—Te entiendo, Lali. Como todo el mundo en este país, yo también fui educada en la fe. Pero hay algo que creo que no hemos hecho bien o no hemos logrado hacer que el pueblo entienda. Que no se trata de un ataque a su fe. Que su fe es legítima. Que se trata de cómo la Iglesia es en muchos casos un instrumento del poder. Del poder de los ricos. Del rey, de los militares. De todos ellos. Por supuesto que se han hecho cosas indeseables. Yo nunca he sido partidaria de ajusticiar curas ni de molestar a monjas. ¿Sabes por qué don Saturnino sigue con vida? Porque desde el Comité de Defensa me opuse a que su juicio se celebrara sin garantías. Suerte que Cándido, el alcalde, estaba de mi parte. Ya sabes que a él lo han juzgado de blando, de tibio. Pero es un hombre íntegro. Defiende la causa socialista de la misma forma que ha intentado evitar que todo acabe en un desmadre. Y por eso al cura no le metieron un tiro en la cabeza, que te aseguro que no faltaban manos para apretar el gatillo.

Lali resopla. De haberlo matado los milicianos, habría vivido toda la vida pensando que la muerte de don Saturnino había sido culpa suya.

—Llegará un día en que la Iglesia se encargará de la fe —concluye Juana—. Solo de la fe. Ni de la política ni de la economía ni de la guerra. Llegará ese día también, Lali.

Fuera siguen sonando los pajarillos.

Dentro del corral, Lali sonríe sutilmente, reconfortada por las palabras de Juana, por la creencia de que vendrán tiempos mejores a pesar de la guerra.

—Confías mucho en el futuro, Juana —le dice.

La cordobesa vuelve a acariciarse el vientre.

—Si no lo hiciera, no sería maestra, Lali. Ni tampoco estaría creando una vida aquí dentro. El futuro es lo único que no pueden arrebatarnos los fascistas. No se lo arrebatarán a nuestros estudiantes ni tampoco se lo quitarán a mi bebé.

Lali asiente. Observa la curvatura de la barriga de Juana, acunada por las manos de la maestra, como si el mundo girara, de pronto, en torno a ese ombligo.

El mundo, con su deriva.

—Quizá no te lo he dicho nunca, Lali, pero nací en una familia humilde. Quisieron que me casara pronto, como todas las niñas de mi pueblo. Había un mocito diez años mayor que yo que me echó el ojo. Tenía unas fincas y algunos braceros, y a mi padre le entró por los ojos. Pero yo me opuse. Yo era su única hija, imagínate el disgusto. Gracias a mi vecina, que me cuidaba por las mañanas, yo sabía leer. Fui, de hecho, la primera que supo leer de mi familia, ni mis padres ni mis tíos ni mis primos. Y los libros me salvaron. Me enseñaron, por ejemplo, que las mujercitas podían desafiar la imposición de su familia, que podían ser fieles a sí mismas y perseguir sus sueños. Yo lo conseguí. Pero de no ser por aquellos libros, por las lecciones de doña Asunción, hoy viviría atrapada en una vida que no quería vivir. Y eso me enseñó una cosa, que había mucha gente a mi alrededor que vivía vidas impuestas, vidas que, como yo, no querían vivir. Y que la educación era la única arma que de verdad servía para romper las cadenas. Por eso me hice maestra, pensando, sabiendo que la única revolución necesaria era que una sola generación, una sola, creciera libre en España.

Los pajarillos vuelven a piar afuera del corral.

—Pienso mucho en mis padres, ¿sabes, Lali? —continúa la maestra de pronto, con la emoción brillándole en la mirada—. Murieron no hace mucho y ya no me queda familia. Bueno, sí. Algunos primos en el pueblo, pero con los que no guardo relación. La familia que tengo aún está por formar. —Se mira el vientre.

Junto a los pajarillos se oye, en alguna finca cercana, el cacareo lejano de un gallo. Lali no se atreve a decir una palabra, sintiendo, como antes, que no estaría a la altura de las de su compañera. Por ello, guarda silencio mientras echa mano al macuto, hambrienta. Palpa la servilleta en la que envolvió la cuña de queso viejo —y cuyo olor la embriaga—, pero se decide por las latas de conserva. Hasta que Juana, de pronto, da un respingo.

—¡Se ha movido! —exclama llevándose ambas manos al bajo vientre—. He notado algo. Corre, pon la mano aquí.

Coge la muñeca de Lali y se apresura a ponerle la palma de su mano unos centímetros por debajo del ombligo.

—Ya la noté hace unos días, pero no con la intensidad de ahora.

Lali aguarda algunos segundos.

—¡Eh! —grita de pronto al notar otra pequeña sacudida, como un temblor de tierra.

—Lo has notado, ¿no?

Se sonríen. Los ojos de ambas brillan ante la luz amarilla del candil.

—¡Sí, lo he notado! —exclama Lali.

Y piensa algo, que quizá el pueblo ya haya caído esta noche de lado de los fascistas, que quizá España entera haya sucumbido durante estas largas horas, pero que, de pronto, le da igual. Aquí dentro, en esta suerte de improvisada burbuja, nada le parece más importante que la vida que se abre paso ahí dentro, como si la humanidad volviera a darse una oportunidad, a pesar de todo.

—Creo que tiene hambre, mi pobre bebé —exclama Juana, jocosa, señalando hacia el macuto—. Venga, abre esa lata. Yo cortaré la cuña de queso.

Lali asiente, presta, y comienza a preparar la segunda parte de la cena, el segundo plato de esta improvisada velada que las maestras racionan a sabiendas de que quizá no vuelvan a comer pronto; una cuñita de queso cortada como una lámina, otro chusco de pan, una pequeña pieza de sardina, y, así, los minutos pasan entre bocaditos y una conversación algo más anodina; cómo trazar el camino que las aleje de las tropas sublevadas, los besos con los que Juana abordará a Salvador, la ayuda que las maestras seguirán brindando a los niños de España, sea donde fuere, acaben donde acaben.

Hasta que, de pronto, un sonido las paraliza; el silbido de una melodía junto a la puerta candada del corral.

Fiu, fiu, fiuiuiu, fiii, fiu, fiu.

Se miran. Es la señal que acordaron con Roque cuando este las dejó aquí dentro y juró que volvería de noche.

—¡Es él! —le dice a Juana poniéndose en pie.

Cauta, se dirige a la entrada, junto a un montón de paja que, desprovista de su uso original, habrá servido de lecho improvisado para los amantes furtivos.

El silbido vuelve a sonar, «Fiii, fiu, fiu», y Lali le da una respuesta.

—¿Roque? —pregunta con un bisbiseo.

Segundos después:

—Soy yo, señorita Lali. Abra.

Lali vuelve la vista a su compañera y aguarda a que esta le haga un gesto.

—Te lo dije, que volvería —le dice la sevillana.

Luego echa mano al candado de la puerta y acciona la cerradura girando una vieja llave oxidada hasta que oye un clic, como le enseñó Roque.

—Vendré por la noche, señorita —le dijo el chico mientras le enseñaba a candar la puerta con esa llave carcomida—. No se preocupe por mí, sabré aviármelas. Cogeremos el camino de los pastores y saldremos del pueblo atravesando el valle. No nos verá nadie y no correrán peligro, ¿de acuerdo?

Lali abre la puerta y asoma al umbral.

Afuera cantan unas cigarras.

Apenas ve nada salvo la silueta del chico, frente a ella.

—¿Roque?

Y no es hasta que no abre la puerta del todo cuando, bajo la luz del candil que iluminaba a las maestras, es capaz de apreciarlo.

El chico mantiene la verticalidad a duras penas, como una torre de naipes. Lleva el rostro atravesado de golpes. Los dos ojos morados. Sangre reseca sobre la comisura de los labios y bajo la nariz.

—¡Ay, Dios! ¿Pero qué te han hecho? —exclama Lali llevándose la mano a la boca en un gesto antiguo.

Es un eccehomo.

La sevillana intenta tirarse en sus brazos, acomodarlo en su pecho y darle calor, hasta que otras sombras, detrás del chico, la frenan.

—¡Quieta! —oye.

Otras sombras sibilinas que, de repente, son dos, son tres fusiles y, finalmente, las siluetas y el cuerpo y los rostros de cuatro tipos de sonrisa, camisa y tupé.

Cuatro tipos de entre los cuales uno, el que no va armado, da un paso al frente.

—Hola, señorita.

Lali lo reconoce, pero no es ella, sino Juana, quien, bajo el umbral de la puerta del corral, acierta a decir su nombre.

—¿Qué le has hecho a tu hijo? Javier, por el amor de Dios.

Su voz dura, fuerte, aguerrida, de mujer que no le teme a nada.

La de Lali, en cambio, tiembla como si no pudiera controlar la mandíbula.

—¿Có-cómo has podido hacerle eso? —pregunta esta con voz trémula.

El padre de Roque da otro paso hacia las maestras. Huele a vino, lleva las mejillas coloreadas y el pulso agitado. Pregunta entre jadeos y mientras ríe para sí.

—¿Que qué le he hecho a mi hijo?

Y gira el cuello hacia su espalda, buscando la complicidad de los tipos que aguardan tras él, fusil en mano. Ríen. Son hienas.

—Bajad las armas, muchachos —les dice.

Y vuelve a dirigirse a Lali y a Juana con el mismo semblante con el que se presentó por primera vez a la maestra sevillana. De galán impostado, de mujeriego, de perdonavidas.

—Más bien…

A él no le hace falta su arma, su fusil son los golpes con los que ha hecho del rostro de su hijo una cordillera.

—… me tendrán que decir ustedes, señoritas…

Lali le busca la mirada a Roque, que es un guiñapo delante de su padre, tras esos montes violáceos.

—… qué le han hecho a mi hijo para que se atreva a esconder en mi propiedad a dos prófugas como vosotras.

Y mientras de la boca de Juana comienzan a salir improperios, «Eres un hijo de puta, un fascista, un cabrón», Lali y Roque se hablan con los ojos.

Se hablan en una fracción de segundo.

Él le dice, «Seño, perdóname, por favor», y ella intenta decirle, antes de que la embestida de uno de esos tipos la tire al suelo, que no se preocupe, que «No es culpa tuya, cariño, tranquilo».

Pero Roque lo pensará toda la vida.

Tercera parte

Un experimento

19

Sevilla, marzo de 1972

Hace mucho tiempo que Lali no habita esos recuerdos.

Por ejemplo, tres hombres sentados frente a una mesa, cigarrillos, la tensión sudándole la palma de las manos, los retratos de Franco y de José Antonio Primo de Rivera observándola desde la pared blanca.

Y un expediente de depuración que concluía con su inhabilitación como maestra.

—Pero a ver…

En el salón de su casa, frente a Alba, se va a aquel momento, oye las palabras lejanas con la voz grave de aquellos tipos, palabras que la han perseguido mucho tiempo, «cargos», «dictamen», «inhabilitación»…, como si el vocabulario también pudiera disparar una ráfaga de fusil.

—¿Aquí está el expediente completo de Lali? —le pregunta Clemente a Alba con gesto de fascinación.

La chica asiente. Los tres permanecen sentados a la mesa, pero Lali, que hojea los documentos que la abogada ha traído a su casa, no está con ellos. Está en muchos lugares, también en el aula de la escuela de Alcalá del Valle, en la plaza del pueblo, en la celda veintitrés de aquella prisión de mujeres de Málaga.

—Solo pude sacar copia de los dictámenes de las comisiones depuradoras, así como el de la Audiencia que juzgó la última de las peticiones de Lali. Pero pude leer el informe completo, al igual que el de mi madre. El tuyo y el de ella eran muy parecidos y, de hecho, se nombraban a las mismas personas, como al cura y a alguno de los feligreses. Hablaban de cosas muy concretas y que, a tenor de las conclusiones de los informes, forzaron a la comisión depuradora a inhabilitaros para el magisterio. Me llamaron la atención algunos asuntos que parecían absurdos, como no sé qué de un crucifijo…, ah, y de la fachada de la escuela. Que tú la pintaste o algo así. —Mira a Lali extrañada.

La mujer ríe para sí.

—Terminé de pintar lo que tu madre dejó a medias con su caída. Se ve que hubo gente a la que le sentó mal, como si yo hubiese venido al pueblo a seguir con los desmanes de la maestra roja.

Alba asiente y continúa:

—El hecho de que en los dos informes se nombrara a las mismas personas reforzó mi idea de que Juana y tú os conocíais. Por eso me propuse encontrarte a toda costa.

Se miran. Lali no puede evitar que la asalten los recuerdos ahora; los del sol torrado de un patio de gravilla, la cadencia de un rosario entre bisbiseos, España bien alto, arriba, con la camisa abierta.

—¿Nosotros podríamos acceder al expediente completo? —insiste Clemente.

—En teoría, no. Están clasificados y yo pude leerlos cobrándome algunos favores. Pero no me dejaron fotografiarlos, como os dije. El régimen los custodia con celo. Aunque podríamos intentarlo.

Clemente llama la atención de su esposa.

—¿Qué te parece, Lali? Nunca pudiste acceder a tu expediente.

Esta no sabe qué contestar. Vacila.

—N-no sé, Cleme.

Y le busca los ojos en una mirada cómplice, pidiéndole que no, que no insista mucho, que debe pensarlo bien. Porque ¿querría volver a todo lo malo? ¿Descubrir el nombre de los informantes que testificaron en su causa de depuración? ¿Averiguar las razones que esgrimieron para acusarla?

¿Querría saberlo tanto tiempo después?

—Al menos —continúa Alba—, todos estos expedientes de depuración que quedan por revocar, como el tuyo, pueden volver a juzgarse gracias al indulto que Franco promulgó hace unos años. No es algo difícil. Ya lo están haciendo muchos maestros.

Clemente asiente interesado. Alba les explica que el Decreto Ley de indulto de 1969 declaró perdonados todos los delitos cometidos con anterioridad al 1 de abril de 1939 y que, aunque en la práctica no supuso ninguna novedad —ya que el código penal vigente establece que los delitos prescriben a los veinte años—, aquello fue, más bien, algo simbólico.

—Eso sí, su efecto se ha dejado ver rápidamente —concluye la abogada—. Por ejemplo, las noticias de esas personas que salieron de sus casas tras treinta años ocultos en ellas. Los que llamaban topos.

Sí, Lali lo oyó en las noticias, y supo también de muchos maestros que pidieron la anulación de su expediente de depuración para volver a dar clases, amparados en el perdón de aquel hombre moribundo al que volvían a vestir con la túnica de los reyes misericordiosos. Lo supo porque no fueron pocos, de hecho, los que la animaron a que tramitara el indulto, pero ella se negó, aludiendo —con palabras semejantes— lo mismo que le responde a Alba en este momento. Los mismos vocablos o casi.

—¿Sabes? Ese indulto no es más que una pantomima. El régimen nunca ha olvidado, por mucho que ahora diga que los delitos cometidos antes de la guerra se consideren prescritos. Lo que a mí me tienen que decir no es que me perdonan el delito, sino admitir que no cometí ninguno. Ni yo ni todos los maestros que nos dejamos la vida en aquellas escuelas con tan pocos recursos, pero con tanta valía. Aceptar su perdón, que llega treinta años tarde, es reconocerme como delincuente. Por eso, siento mucho decirte que no, que no me interesa recuperar mi título de maestra.

Vuelve a mirarla a los ojos. Alba guarda silencio, extrañada quizá por las palabras duras de Lali, por su entrecejo fruncido. No esperaba quizá que reaccionara así a su petición de ayuda. Y, como Lali sabe leer las miradas, no tarda en destensar el gesto en un intento por que la chica no se sienta incomodada.

—Que te agradezco mucho tu ayuda, chiquilla —dice devolviendo a su rostro una sonrisa cortés—. Pero entiéndeme. Son muchos años.

Muchos años procurando que aquellos recuerdos se diluyeran por una vida de facturas y domingos como lagartos al sol, por la multitud errabunda de la ciudad. Ansiando vivir la vida que no le pertenece, como una ilusión en fuga.

—Sí, yo te comprendo, Lali… —le replica Alba—. No obstante, si me permites…

Pero la mujer no la deja continuar, interrumpiéndola:

—¿Puedo preguntarte algo personal, querida?

—Claro, faltaría más.

La maestra hace una breve pausa bajo la atenta mirada de la muchacha. Junto a ellas, Clemente se mantiene callado y sin mover un músculo, pétreo como una estatua que guarda el tiempo en su corteza.

—¿Cómo es la familia que te crio? —le pregunta Lali intuyendo en realidad cuál va a ser la respuesta—. Supongo que te adoptarían unos padres de bien, ¿no?

Alba asiente comedida.

—Quizá habría tenido que empezar por ahí. Mis padres fueron los condes de Bazán. Yo he heredado el título y supongo que también podría llamarme así, aunque me moriría de la vergüenza. Toda la vida pensé que era su única hija carnal. Mi madre decía que yo fui el regalo de un Dios tardío. Viví una vida acomodada ajena a la verdad.

Sí, es esa la respuesta que Lali esperaba, como si ya la hubiese conocido en el augurio del vuelo de un ave rapaz. Lo intuyó de una forma sutil, en cómo, cuando terminó de sorber la sopa, Alba se limpió pulcramente los labios con el filo de la servilleta. Y lo pensó, que la chica ha debido de ser educada en los modales de una casa refinada. Quizá en una casa como la de aquellos niños a los que les da clases particulares en los barrios ricos de Sevilla, esos en los que el autobús nunca llega tarde, porque el servicio —que proviene de otros barrios periféricos de la ciudad— debe ser siempre puntual.

—Suponía que te habría adoptado una familia de bien —le contesta intentando modular el tono para que no suene hiriente, para que la chica comprenda adónde quiere llegar—. Sé que eso ocurrió en muchas cárceles de mujeres durante y después de la guerra, pero nunca imaginé que te habría tocado a ti. A la hija de Juana. Entiendo que tú no puedas comprenderme. Me verás como un carcamal anclado en el pasado. Sé que tu generación lo que quiere ahora es volar y que, para ello, hay que soltar lastre. Pero yo no puedo, Alba. Sí, he vivido una vida tranquila y, afortunadamente, he podido tener una familia y criar a mis hijos. A nosotros no nos ha faltado de nada, con el esfuerzo de Clemente y el mío. —Mira a su marido y, en un gesto cómplice, le dedica una sonrisa fugaz—. Pero todo ha sido porque dejé de mirar atrás. Seguí adelante como si nada hubiera pasado. Pero sí pasó. Y,

aunque ahora todo el mundo habla de perdón, tienes que entender que yo no puedo aceptarlo. No solo por mí, sino por todas aquellas personas cuyo nombre no olvido y cuyo paradero desconozco porque, una vez, a alguien se le ocurrió abrir la caja de todos los males. Todos aquellos nombres como el de Juana, tu madre. O como el que habrías debido tener: Esperanza.

El rostro de Alba se ilumina de pronto.

—¿Mi madre iba a llamarme Esperanza? —pregunta.

Lali asiente, «Sí, así es», volviendo a aquella vez en que ese nombre salió de la boca de Juana —una celda, el abrigo de unas mantas piojosas, la compañía de un puñado de presas y una barriga redondeada— y, de pronto, lo piensa.

Que hay toda una vida habitando el modo subjuntivo en el que Alba no es Alba sino Esperanza y creció junto a su verdadera madre mientras esta corregía exámenes y preparaba las clases. Y quizá Esperanza no aprendió a doblar la servilleta en cuadrados perfectos, pero sí leyó muchos libros y supo que la vida había que vivirla mirando siempre a quien tienes al lado, por si necesita tu ayuda.

Silencio.

Clemente continúa quieto como una estatua.

Mientras, Lali navega aquel futuro improbable y Alba intenta hallar una respuesta mordisqueándose el labio inferior. Hasta que…

—Sé muy bien qué familia me ha criado, Lali —responde la chica con un gesto audaz que sorprende a la antigua maestra—. Sé muy bien que había jornaleros que a espaldas de mi padre le deseaban una revolución campesina. Sé que no fue un señorito justo. Sé que apoyó una guerra que no habría tenido que ocurrir. Y lo sé no porque me lo contaran mis padres, que ellos no hablaban de nada que fuese anterior a mi llegada. Lo sé porque, a pesar de todo eso, ellos tuvieron la valentía de decir sí a mi petición de estudiar Derecho, de irme a Madrid, de descubrir esa España que no podía conocer tras los olivares y los campos de trigo del señorío. Y hoy sé por qué dijeron sí. Porque ellos sentían que me lo debían. Porque sabían que lo justo era que yo hiciera mi camino. Por eso, además, mi madre me dijo la verdad en su lecho de muerte. Me la debía, la verdad. Que mi verdadera madre era

una maestra llamada Juana y que estuvo en la cárcel de mujeres de Málaga. Y que yo nací allí. Por lo que sí, he vivido una vida acomodada, pero una que no era la mía. Para mí habría sido fácil casarme y ser la mujer de un marqués o de un conde o del gobernador civil del pueblo. Pero aquí estoy, Lali. Para encontrarla. Mirar a los ojos a mi madre, si sigue con vida, y preguntarle quién soy en realidad.

Vuelve el silencio.

Al oír las palabras de Alba, Lali recuerda, de pronto, aquella conversación con Juana en el corral de la familia de Roque, donde la maestra cordobesa, poco antes de que el padre del muchacho las sorprendiera, le dijo algo parecido.

Que no quiso vivir la vida que su familia había prefijado para ella.

Que en vida no hizo otra cosa que buscar su libertad.

Lali siempre admiró de Juana lo mismo que acaba de descubrir en su hija: el brillo en sus ojos, el vibrato en su voz, el ardor de unas palabras de las que era imposible no contagiarse. Siempre se lo preguntó, ¿qué habría sido de España con una Juana como presidenta del Gobierno? Como si Alba sí que fuese Esperanza a fin de cuentas.

Como si pudiese engañarse a todo en esta vida menos a la sangre.

—¿Feli? ¿Hola?

Felisa le ha cogido el teléfono al tercer intento.

—S-sí, hola, Alba, disculpa —responde la asistenta jadeante, apresurada.

Alba aguardaba a oír su voz con el dedo índice enraizado en el cable del auricular. Al teléfono, tiene la mirada puesta en el ajetreo de la recepción de este hostal sevillano en el que prefirió alojarse en lugar de en el lujoso hotel con nombre de rey ausente que David le buscó desde Madrid.

—En el Alfonso XIII se alojó Evita Perón, ¿sabes? —le dijo su marido curioso.

—Prefiero algo pequeño, cariño —respondió ella con el gesto torcido.

El recepcionista, un señor de unos cincuenta con patillas largas y el gracejo rondándole la punta de la lengua, atiende a una pareja de extranjeros que no parecen tener mucha desenvoltura con el español. Alba capta algunas palabras en acento inglés, «catedral», «flamenco», mientras escudriñan en un mapa de la ciudad como quien busca la ruta hacia un tesoro maya.

—Anoche estuve en casa de Eulalia, de la maestra, ¿sabes, Feli? —le dice Alba a su asistenta—. ¡Al fin di con ella!

Al otro lado del teléfono, Felisa lanza un grito de entusiasmo.

—¡Qué bien! ¿Y cómo la has encontrado?

Alba le explica, con tono jactancioso, que encontrar a Lali no le ha costado mucho esfuerzo. Aunque al principio no halló ni rastro de ninguna maestra llamada Eulalia que hubiese sido depurada del magisterio durante la guerra, tiró de sus hilos para buscar en los registros del Ayuntamiento por los apellidos de la mujer, Morales Román. Tras ello, en cuestión de horas y la picardía propia de quien sabe por dónde encontrar los atajos adecuados, dio con su dirección en la zona de la Macarena, al norte de la ciudad.

—¿Y cómo es ella? Dime —le pregunta Felisa interesada.

—Es tal y como me la imaginaba. Una mujer de carácter,

inteligente, comprometida con la educación a pesar de todos los años que lleva sin ejercer. Lleva, eso sí, mucho tiempo dando clases particulares y haciendo pequeñas sustituciones en algunos coles privados, tal y como me contó anoche. Pero nunca logró recuperar su título de maestra. ¿Y sabes qué es lo mejor de todo? Que no piensa recuperarlo mientras sea bajo la fórmula del indulto. Que aceptar ese indulto sería aceptar que ella cometió algún delito, me dijo, y que ella no había hecho nada malo. Una mujer muy interesante, Feli. Me pregunto cuánta gente habrá en España como ella. Es decir, relegada de la vida pública. Haciendo vida en sus casas mientras, por miedo o por rencor o por vete tú a saber por qué, guardan todo lo que son, todo lo que saben hacer. Como esos topos.

La noticia de esos topos la vieron por la tele. Ese señor que salía después de más de treinta años de una habitación oculta en una falsa pared de su casa. Su madre, doña Rosi, se llevó la mano al rostro, pensando que cómo era posible.

Alba lo piensa ahora. Quizá su madre, Juana, siga escondida en una falsa pared como esa.

—Es decir, que debió de ser una maestra excelente, ¿no? —inquiere Felisa.

—Pues sí, Feli. Tuvo que serlo. Y, fíjate, ni siquiera completó un curso académico como maestra. No le dio tiempo a más, solo a cubrir dos bajas de mi madre, Juana, en un pueblo de la sierra de Cádiz, Alcalá del Valle.

—¿Y qué pasó con ellas?

—Que llegó la guerra y los falangistas las apresaron mientras intentaban huir del pueblo. Por aquel entonces, mi madre ya estaba embarazada de mí, por lo que no podían correr mucho riesgo. Se ocultaron en un corral y las descubrieron.

Felisa calla unos segundos.

—Y de tu madre, entonces ¿qué sabes?

Alba observa cómo el recepcionista del hotel se despide de sus huéspedes, que se dirigen hacia la salida del hospedaje con la vista puesta en el mapa de Sevilla. Los mira. Afuera aprieta el sol y huele a incienso primaveral, con el que los sevillanos comienzan a anunciar la

proximidad de la Semana Santa. En el rostro de la turista se enciende un gesto curioso mientras abre las fosas nasales, como si estuviese oliendo por primera vez esta mezcla de resinas aromáticas venidas de Oriente.

—Si te soy sincera, no sé si esta mujer me ha contado todo lo que sabe de ella. Se conocieron, como te he dicho, en Alcalá del Valle, el pueblo en el que mi madre tenía su plaza como maestra. Era cordobesa. También una maestra magnífica, según dice. Culta, inteligente, con una conexión especial con sus alumnos. Mi padre era abogado en Jerez de la Frontera. Lali dice que lo vio solo un par de veces, porque andaba siempre de la ciudad a la sierra, con sus asuntos de trabajo y la lucha sindicalista. Y dime, Feli, si no son tal y como imaginábamos. Si no son como te decía yo que habrían debido de ser mis verdaderos padres, ¿a que sí? Ahora sé que siempre lo supe. Siempre supe que el señorío no era mi sitio, que hubo de haber otro, en algún lugar.

La asistenta se apresura a asentir, contagiada del entusiasmo de la abogada.

Un entusiasmo que no tarda mucho en esfumarse, porque no todo son buenas noticias sobre su visita a la maestra Eulalia.

—No estoy segura de que esta mujer vaya a ayudarme —reconoce —. Se ha mostrado muy reticente al final, cuando le pedí su colaboración para encontrar a mi madre.

A pesar del ofrecimiento que Alba le hizo de ayudarla a recuperar su título de maestra, la chica salió de aquel piso pequeño sin una respuesta en firme de la mujer. Que tenía que pensarlo bien. Que no le apetecía remover el pasado. Y eso que Clemente sí que parecía convencido. Pero ella no. Ella, que debía guardar tanto dentro todavía, con esos silencios, con esas miradas ausentes.

—Bueno, tranquila. Dale algo de tiempo —le responde Felisa al teléfono—. A veces es difícil remover el pasado. Y, si no terminas de convencerla, invítala a que venga al señorío, que con los quesos y el vino de la tierra nadie podrá resistirse —ríe la mujer.

Alba comparte la risotada, que termina por tranquilizarla. Felisa siempre tuvo la habilidad de templar su temperamento.

Tras un silencio, se dispone a preguntarle por el señorío.

—Bueno, y, dime, ¿qué tal la cosa por allí, Feli?

—Pues muy bien, sin mucha novedad. Estaba dándole indicaciones al servicio de limpieza y por eso no le he podido coger el teléfono a la primera. Cuando oí que sonaba, salí pitando hacia el salón.

Se la imagina a la pobre, corriendo con el ring, ring, atravesando la galería principal del señorío, con sus cuadros de escenas de caza y sus aperos de labranza.

—Y Jenaro, ¿se ha encargado ya de llevarse todos aquellos muebles viejos?

Antes de partir hacia Sevilla en busca de esa maestra llamada Eulalia, Alba y Felisa pasaron varios días poniendo en orden gran parte de los enseres que varias generaciones de condes de Bazán habían acumulado en la casa, cosas que Alba no había visto en su vida, como aquellos muebles carcomidos en uno de los trasteros que llevaba años cerrado bajo llave.

—Sí, ya vino con el camión para llevárselo todo —responde Felisa —. No sabes la de cosas que salieron de ahí. Cosas que almacenaron tus tatarabuelos, nada menos. Por cierto, algo he guardado, porque me da en la nariz que tiene algún valor. Te tocará decidir cuando vuelvas.

Alba asiente con un «Está bien» sin mostrar mayor interés por el supuesto valor de las antiguallas que sus padres adoptivos acumularon en el señorío. Si por ella fuera, lo donaría todo a la beneficencia o se lo daría a Felisa para que lo repartiera entre el personal que, desde hace generaciones —como una maldición familiar—, trabaja para el condado de Bazán. Aquellos a los que sus padres nunca dieron ni una semana de vacaciones para que, en las playas de Cádiz o Huelva, viviesen esa suerte de espejismo de quienes gustan de parecer señoritos en lugares ajenos.

Ella se lo dará cuando llegue el verano, dos, tres semanas de merecidas vacaciones. Y, mientras lo piensa, mira el reloj que sobre la mesa de recepción anuncia que ya son más de las once de la mañana. De pronto, a Alba le entra la prisa.

—Bueno, ahora tengo que dejarte, Feli —le dice a la asistenta—. Voy a dar un paseo por la ciudad a la espera de que Eulalia me llame.

O de llamarla yo a ella. No quiero tirar la toalla. Me quedaré al menos un par de días aquí, esperando.

La mujer asiente y Alba se despide de ella con la promesa de llamarla en cuanto tenga más novedades. Tras ello, Felisa le anuncia que continuará bregando con la limpieza y el desalojo de la casa bajo las indicaciones de la nueva condesa.

Una condesa que parece querer dinamitar su condado.

—Que pases un buen día, Alba. Mucha suerte.

La abogada cuelga el teléfono y se dirige al recepcionista sevillano, que ordena unos papeles en su escritorio mientras tararea una coplilla.

—Hola, Fernando, ¿podría decirme por dónde se va al centro?

El hombre levanta la vista de los papeles y la dirige hacia la entrada del hostal para señalarle hacia el final de la calle.

—Por ahí todo recto, *miarma*. No tiene pérdida.

Alba responde con una sonrisa cortés y se despide del sevillano sin mediar más palabra que un «Gracias» que cuelga de sus labios como un cigarrillo. Sale a la calle y, como aquellos turistas extranjeros, se permite unos segundos para embriagarse del olor a incienso que procede de un local cercano, un ultramarinos que vende tanto productos alimenticios como cerámica con motivos almohades o sevillanas congeladas en mitad de un baile.

Durante las próximas horas paseará por una ciudad que de pequeña visitaba solo cuando la familia iba de camino a Torremolinos a pasar los veranos en el hotel La Roca, aquel que por primera vez vendió la Costa del Sol a los extranjeros como «el paraíso español de eterna primavera». Por aquel entonces, a su padre Sevilla le parecía una ciudad sucia y decadente, de la que solo se salvaban las iglesias que alojaban vírgenes y cristos viejos y algunas calles del centro, y por eso solo pasaban por ella el tiempo preciso para visitar al Cristo del Gran Poder o pasear por Sierpes y San Eloy para comprar algún sombrero o la última joya traída de París.

No, el conde no era un hombre de ciudad. Tampoco lo era la condesa, doña Rosi. Su hija Alba, en cambio, disfrutaba con el hormigueo incesante de personas que iban y venían por las calles, como si participaran de una inmensa colmena. Así como disfruta

ahora dejándose perder por el trazado laberíntico del centro de Sevilla, parándose en cada esquina singular, asomándose en cada taberna de la que viene el *quejío* de algún cantaor o la música rock de un tocadiscos, porque esta ciudad, de la que vienen tanto El Pali como el roquero Silvio o el grupo Triana, conjuga como ningún otro lugar del mundo la tradición más castiza y la influencia más *underground* proveniente de las bases americanas de Morón o Rota.

Sintió lo mismo la primera vez que pisó Madrid. Dejarse llevar por la deriva de la ciudad. Atravesar el laberinto del Minotauro. Y eso que sus padres la previnieron a base de bien: «No te acerques a ningún extraño, Alba. Tú solo ve a tus clases. No confíes en nadie, nada más que en tus compañeras de residencia».

Alba vivió los primeros años de universidad en una residencia elitista junto a la Ciudad Universitaria. Pero lo que sus padres no sabían es que aquellas chicas pijas, esnobs de padres ricos y de apellidos compuestos como el suyo, fueron las que le ofrecieron fumar sus primeros porros o le pedían que guardara silencio cada vez que metían en su habitación a un chico distinto para colonizar su cama.

Así fue como Alba comenzó a darse cuenta de que en el mundo todo era una fachada.

Sevilla también es una fachada, pero todavía no se ha dado cuenta, embelesada por la ciudad y su curiosa simbiosis entre barroco y tabernas roqueras. Al volver al hotel tras haberse tomado un par de vinos en uno de esos tugurios, solo piensa en llamar a David para decirle que, en las próximas vacaciones que tengan, deben viajar a Sevilla.

Al entrar, el recepcionista la frena.

—¡La estaba esperando, señorita!

Un viejo ventilador mueve el aire sobre el techo.

—¿A mí? ¿Por qué? —pregunta Alba extrañada.

El hombre le señala el teléfono.

—Pues porque la ha telefoneado una tal Lali, y parecía urgente. Me pidió que, en cuanto usted llegase, le dijera que la llamara enseguida.

21

Si el matrimonio suele discutir delante de la tele, es en este lugar sagrado, el lecho en el que nacieron sus tres hijos, en el que toman las decisiones importantes.

A veces los ve amanecer una conversación trascendental sobre la cama, la luz colándose desde las cortinas como un intruso, el piar de los pajarillos.

Lali duerme a la izquierda, como siempre.

—No dejo de darle vueltas a lo de esa chica, Cleme.

A estas alturas de la primavera, el matrimonio se ha deshecho del edredón y duerme bajo una de esas mantas que la mujer heredó de casa de sus padres. Una manta que siempre, a pesar de los lavados y las horas de sol tendidas en la azotea, le olerá a Mercedes, al jabón que su madre usaba cuando lavaba a orillas del río. Clemente, en el lado derecho, extiende el brazo por la almohada para acariciar su cabellera.

—Sé lo que estás pensando, Lali. Te conozco bien.

La mujer se incorpora para mirar a su marido.

—A ver, dime.

Él la imita. Entre quejidos, porque en la cama siempre le duele el lumbago, se sienta sobre el colchón y apoya la espalda sobre el cabecero.

—Que habrías tenido que decirle a esa chica que sí. Que no tendrías que haberla dejado marchar con esas dudas.

Lali asiente. Como siempre, Clemente ha dado en la diana.

Hace una hora, Alba se despedía del matrimonio sin saber muy bien siquiera si iba a volver a verlos. Lali quiso ser sincera.

—Si tú quieres, podemos vernos otra vez, Alba. Pero no te garantizo nada. Tendré que pensarlo bien.

La chica se fue. Y Lali se emplazó a tomar la decisión en este preciso momento, sobre la almohada, allí donde había tomado algunas de las decisiones más difíciles de su vida.

—No sé si seré capaz, Cleme —le confiesa a su marido—. Son muchos años. Mucho dolor guardado. Claro que me gustaría saber qué

fue de Juana, pero ya sabes que yo misma lo intenté sin éxito cuando salí de la prisión. Y he pensado mucho en ella, lo sabes bien. Pero ya no tengo la energía de antes. Ya no.

Clemente la acalla.

—¿Que no tienes la energía de antes? Venga ya, *miarma*. No te creo. Coges dos autobuses para ir a darle clase a esa chiquilla. Cada tarde. Eso sí que es energía. Lo que tú tienes es otra cosa. No es que estés vieja…

No termina la frase, aguardando a que Lali le insista.

—Entonces ¿qué es lo que me pasa? A ver.

Clemente le acaricia el rostro.

—Que tienes miedo, Lali, cariño. Te conozco bien.

Lali lanza un bufido.

—Claro que es miedo, Cleme. Miedo a remover, a volver a todo lo que pasó. ¿O por qué te crees que le he ocultado tantas cosas a esa chiquilla? Todo lo que pasó en la cárcel, por ejemplo. O los experimentos de Vallejo-Nájera.

—Sí, tendrías que habérselo contado.

Lali lo mira con suspicacia. Al trasluz de la lamparita de su mesilla de noche, los claroscuros dibujan un rostro gótico. Clemente se explica.

—Déjame decirte algo, cariño. Eres la mujer más justa que conozco. No conozco a nadie con mayor sentido de la justicia que tú. Y de la dignidad. Pues bien, ¿sabes qué? Que ahora te toca a ti hacer lo que hizo Juana hace tanto tiempo. Sí, ya sabes de lo que te hablo. Devolverle todo lo que ella hizo por ti. Es lo que intentaste hacer nada más salir de la cárcel, ¿no? Pues ahora te toca. Es lo justo, ayudar a su hija a que sepa qué fue lo que le pasó a su madre.

Lali guarda silencio. Mientras Clemente habla, su mente viaja sobre esa amalgama de recuerdos, como un halcón sobrevolando la espesa llanura.

—Pero ¿ayudarla?, ¿cómo? Han pasado tantos años…

—Quizá podríamos comenzar por buscar a esas mujeres con las que coincidisteis en la cárcel. Alguna quizá sepa algo más sobre Juana.

Lali sigue sin responder. Chista, porque sabe que Clemente tiene

razón.

—Puede ser…

Dos, tres segundos más de silencio. La cama siempre tuvo este poder.

—Mañana la llamaré. ¿En qué hotel dijo que se alojaba?

El taxi ha recorrido la ciudad. Alba piensa que quizá el taxista ha querido engañarla, que tal vez le ha visto cara de turista. Pero le da igual. No ve el momento de llegar a casa de Lali, de hablar con ella.

Se apea frente al portal del bloque de pisos en el que viven Clemente y Lali. A toda prisa, Alba le dice al taxista que se quede con la vuelta y se baja. No quiere perder ni un solo segundo. Atraviesa la acera y llama al telefonillo. Espera con la mano puesta en la puerta, aguardando a que se abra. Mientras, mira en derredor; la Macarena es un barrio humilde que alterna bloques de pisos como el de Lali con casas de autoconstrucción que se levantaron a principios de siglo en su parte norte, como la zona de la Bachillera, a la que el agua potable llegó hace solo una década. Gran parte de la vida del barrio gira en torno a su imponente hospital, el de las Cinco Llagas.

—¿Hola?

Alba acerca la cara al telefonillo.

—Lali, soy yo, Alba.

Enseguida oye cómo se acciona la apertura automática. La chica entra en el portal y sube las escaleras con rápidas zancadas. Al llegar frente a la puerta de Lali, con la letra C colgada en relieve en la esquina superior derecha, no tiene siquiera que llamar al timbre; la mujer abre y la invita a pasar.

—Hola. Pasa, pasa.

Lali, con el semblante afable, va vestida con un vestido de flores cuyos bajos bailotean cuando la mujer da media vuelta para guiar a la chica al salón.

—Gracias —responde ella.

De la cocina viene el olor de un guiso de garbanzos. Alba apenas ha comido en las tabernas que visitó, porque esperaba hacerlo en un restaurante cercano al hostal que el recepcionista le había

recomendado. Pero llamó a Lali y se olvidó de comer.

—¡Huele muy bien! —exclama de camino al salón.

Allí la espera Clemente.

—¿Qué tal la noche en el hostal? —le pregunta este.

La chica se lleva la mano a la nuca y hace una mueca.

—El colchón un poco duro. Dos noches más y volveré a casa como una alcayata.

Tras ella, Lali llama su atención.

—¿Has comido? Estaba preparando el almuerzo para los dos y, como siempre, me sobrará mucho. Después de cocinar para cinco, nunca me acostumbraré a hacerlo solo para Clemente y para mí —ríe.

Alba vuelve a esbozar el mismo gesto de anoche, «No, no es necesario, de verdad…», pero Lali, que entiende que la chica todavía no ha comido, hace caso omiso. Vuelve a la cocina y, desde allí, le pide a Clemente que la ayude a servir el almuerzo.

Mientras tanto, la abogada da un rodeo con la mirada al salón, deteniéndose en los cuadros con fotografías de escenas familiares que cuelgan de las paredes, escudriñando las caras de tal vez los hijos, de tal vez los nietos del matrimonio.

—¡Ya está la comida lista! —escucha minutos después.

Clemente y Lali vuelven al salón para dejar la cubertería y los platos sobre la mesa comedor. Lali le hace un gesto a Alba para que tome asiento en una de las sillas, la misma en la que cenó anoche. La chica se muere de ganas por conocer la razón por la que la llamó Lali. Qué era eso tan urgente. ¿Acaso habrá decidido ayudarla?

Pero, comedida, aguarda a que sean sus anfitriones quienes rompan el hielo.

Mientras espera, tamborilea con el pie derecho sobre el suelo de mármol, nerviosa.

—¿Qué tal la mañana, Alba? —le pregunta Clemente mientras parte una barra de pan para medrar con los dedos en la miga.

—Pues he hecho unas llamadas y he salido a dar un paseo por el centro. Hacía mucho que no visitaba Sevilla y no quería perder la oportunidad. Y vosotros, ¿qué tal? —pregunta esperando a que el matrimonio se manifieste al fin.

Lali y Clemente se dedican una mirada fugaz.

—Pues, mira, Alba. Anoche, después de que te fueras, estuvimos hablando Clemente y yo —le anuncia la mujer, al fin, con una sonrisa que la chica no sabe muy bien descifrar—. Como sabes, tu madre y yo no solo coincidimos en Alcalá del Valle como maestras, sino, tras nuestro arresto por parte de los falangistas del pueblo, también en el penal de mujeres de Málaga. Volver a esos recuerdos, a todo lo que pasó, todavía sigue doliéndome. Por eso no me decidí a ayudarte. Pero…

Hace un breve silencio.

—Pero sí, voy a hacerlo. Te ayudaré en lo que pueda.

Alba estalla con un aspaviento juvenil. ¡Sabía que al final accedería!

—Ay, ¡muchas gracias, Lali! —exclama.

Y extiende la mano para posarla sobre el hombro de la mujer, sobre el de Clemente luego. Pero estos, en cambio, se muestran mucho más comedidos. Lali tiene algo que confesar.

—Antes, hay algo que debes saber, Alba. Algo que tiene que ver con tu madre y conmigo. Y también con Clemente.

La chica, de pronto, los mira a los dos extrañada.

—¿Te suena el nombre de Antonio Vallejo-Nájera? —le pregunta la maestra, a quien volver a poner ese nombre en sus labios le eriza la piel.

—Pues…

La maestra aguarda a que la chica le dé una respuesta. A Alba ese nombre le suena de algo, pero no sabría precisar de qué.

—¿Es un médico? —responde tras unos segundos—. Sí, creo que mis padres hablaron alguna vez de él.

—Sí, me refiero al médico. No sé si sabes que durante la guerra fue autorizado por Franco a llevar a cabo macabros estudios médicos y psicológicos con el objetivo de corroborar su hipótesis de que el marxismo y las ideas de izquierdas no son más que una enfermedad mental. Que había un gen rojo que hacía enfermar a las personas y que podía aislarse y erradicarse de la sociedad, como una mala hierba.

Alba asiente estremecida. Algo le sonaba de ese supuesto gen rojo, pero, como todo lo que había ocurrido durante la guerra, solo le llegó

de oídas, en los mentideros y lugares clandestinos, porque nadie hablaba de ello.

España se había empeñado en olvidar. Olvidar a cualquier precio.

—Pues bien, ¿sabes qué? Que Franco le dio permiso para crear un gabinete de investigaciones psicológicas con el fin de estudiar las raíces biológicas del izquierdismo. Y uno de los lugares en los que investigó fue en la cárcel de mujeres de Málaga. Allí estudió a medio centenar de mujeres. Entre ellas, tu madre, Juana.

La abogada no puede evitar esbozar un gesto de estupor.

—¿Mi madre? —pregunta sobrecogida.

Lali y Clemente asienten. Vuelven a mirarse. Ella le hace un gesto a él para que sea quien responda, como si ya hubiesen pactado cómo contestar a esa pregunta.

—Así es —responde él de repente—. Tu madre participó en esos experimentos. Lo sé porque yo estuve allí.

Alba no puede evitar esbozar un gesto de sorpresa llevándose la mano a la boca.

El silencio lo rompe Lali, que le busca la mirada.

—En aquel penal pasaron cosas horribles. También otras maravillosas, muchacha. Allí naciste tú, por ejemplo. Y, si queremos saber qué fue lo que le ocurrió a tu madre, tenemos que volver a esos recuerdos. Buscar a personas con las que tu madre y yo compartimos aquellos meses de presidio. Llevo toda la mañana, por ejemplo, pensando en sor María, una monja que me ayudó muchísimo, la única que te sonreía al verte pasar. O en la funcionaria Dolores, la única que te trataba con algo de dignidad. Esta última, de hecho, te cuidó en el pabellón de maternidad de la prisión como si hubiese sido tu madre misma.

Alba asiente fascinada.

—¿Y qué pasó con ella? —pregunta.

Lali vuelve a mirar hacia Clemente, como si buscara las fuerzas que él siempre le dio. Tiene la boca seca y casi no le queda saliva para seguir hablando. Da un trago al vaso de agua que se quedó a medias en la mesa.

—Pues que una vez las oí hablar —responde finalmente—. Juana le

quiso hacer prometer a esa mujer que cuidaría de ti cuando ella no estuviera. «Anda, Juana, no pienses esas cosas», le respondió la funcionaria. Y siempre me pregunté si esa mujer acabó haciendo lo que tu madre le pidió. Si cumplió su palabra de ayudarte.

22

Penal de mujeres de Málaga, febrero de 1937

La chiquilla se llama Luisa, pero le dicen Luisita. Tiene quince años y el pelo corto ya le está creciendo. Hace un par de semanas la raparon al entrar en la prisión. A pesar de ello, nada le ha quitado el buen ánimo y entre los labios suele tener siempre una coplilla resonando a cualquier hora, como el gramófono de una cafetería.

—¿Lo has comprendido, Luisita? —le pregunta Lali señalando la hoja escrita hasta los márgenes para no malgastar ni un ápice del papel.

Luisita tuerce el gesto. Lali no tardó en darse cuenta de que detrás de ella hay un abismo. La chica sobrevivió a los pesares de los primeros meses de guerra mendigando su voz y su cuerpo en las tabernas de los falangistas y en los callejones oscuros de Antequera, donde la asaltaban los lobos hambrientos por un puñado de monedas.

—*Entonse*, que yo me entere, Lali. Solo hay veintisiete letras, ¿no? —dice moviendo la mano con el gracejo de una bailaora.

Lali contiene una risotada. Luisita no está aquí por vender su carne, sino por algo mucho más trivial: en su expediente de encarcelación reza un lacónico «Hurto de aves de campo», y eso, cuatro gallinas y una docena de huevos, es lo que la ha llevado a la prisión de mujeres de Málaga, un viejo edificio que hasta el comienzo de la guerra se mantenía en estado de abandono y que ahora, de pronto, aloja a un millar de mujeres.

—Veintinueve; la «che» y la «elle» también cuentan en el abecedario —la corrige Lali señalándole ambos dígrafos de entre el abecedario que ha compuesto en el reverso de una vieja carta postal que ya no tendrá remitente.

El patio del penal amaneció esta mañana con la cubierta de un rocío frágil y el azote del terral, y por esa razón, tras la misa vespertina, buena parte de las presas prefirieron quedarse en las celdas en lugar de salir al exterior en busca de unos tímidos rayos de sol. Las que sí lo han hecho se afanan por pasear con la tiritera en la mandíbula inferior

o charlar en grupos sobre temas de los que sí pueden hablar —porque ojo con las funcionarias y las monjas que custodian el patio— o por oír la lección de las maestras que cada día enseñan algo nuevo a las presas analfabetas.

—Ajá —asiente Luisita con su mirada felina puesta en el papel y un temblor lánguido de sus manos por el frío en el patio—. Solo veintinueve letras. Y con ellas se puede escribir todo, ¿no?

—Todo.

Lali tuvo la suerte de poder conservar la cabellera cuando llegó a prisión junto a Juana hace algo más de un mes, con el grupo de las primeras reclusas. Málaga acababa de caer bajo el lado de los sublevados y los dirigentes de aquel Nuevo Estado necesitaban un lugar en el que aprisionar a quienes habían hecho el mal en el viejo, o eso decían. El Caserón de la Goleta fue el lugar escogido, una antigua prisión en ruinas rescatada para las presas rojas.

Esta mañana, Lali da clases de Lengua a Luisita mientras Juana le enseña a hacer cuentas elementales a Frigiliana y Josefa, escribiendo con un palo —como un sabio presocrático— en el albero del patio de la prisión.

—Pero ¿cómo va a ser eso? —le pregunta Luisita a Lali conteniendo un gesto de duda en el apretón de sus cejas—. Con todas las palabras que hay, caray.

Lali la mira con una media sonrisa.

—Venga, prueba con alguna, te lo demostraré. La más rara que conozcas —le reta.

—¿La más rara? —La chiquilla se lleva la mano al mentón y aguarda varios segundos—. Vale, ya la tengo. ¿Lista?

—Sí, lista.

Miran brevemente a aquel grupo de presas que, en el centro del patio, han estallado en una risotada por vete tú a saber qué. Adaptarse a la terrible vida en prisión, a la falta de comida e higiene, a los castigos arbitrarios, a los rapados o a los golpes es lograr en esta vida una suerte de cotidianeidad; confidencias, paseos, cánticos, clases, misas.

—Pues… *aliquindoi* —suelta Luisita segura de haber encontrado la

palabra exacta con la que demostrar que no, que no es posible escribirlo todo con tan pocas letras, que la escritura debe tener límites, como todo en esta vida lo tiene—. Venga, demuéstralo.

—¿*Aliquindoi*? —le pregunta Lali curiosa—. ¿Y qué significa?

Este patio, cubierto en sus cuatro lados por los muros del edificio —también llamado Caserón de la Goleta—, dibuja una quebradiza sensación de libertad; cuando las presas miran arriba, las nubes, los jilgueros o el viento voladizo que trae la brisa marina les recuerdan qué es vivir fuera de estas paredes y tapias.

La libertad tan cerca, tan lejos.

—Pues, hija, *aliquindoi*. Estar atento. Con los ojos puestos —contesta la chiquilla llevándose los dedos índices al párpado inferior.

Lali asiente, «Ah, vale, sí». Mientras coge el lápiz que había dejado a un lado para disponerse a escribir en uno de los márgenes del papel, bajo el abecedario.

—No es tan difícil. Mira, solo tienes que comenzar con la primera sílaba, la «a». Luego la segunda, «li».

La chica contempla la palabra surgir del trazo lento y redondeado de Lali, aquel que nació de las lecciones de sor Paquita cuando el mundo para Lali era la magnífica sucesión de una aventura tras otra.

—Tú puedes.

Luisita lee con la cadencia de los párvulos que empiezan a ir a clase en una escuela de primaria. Hasta que:

—A-li-quin-do-i —termina de leer Luisita—. ¡Anda, si lo pone aquí!

Maestra y aprendiz se miran con el gozo de una margarita.

—Te lo he dicho, Luisita. Hay miles y miles de palabras y ¿sabes qué? Todas las podemos escribir solo con veintinueve letras. Todas. ¿No es algo mágico?

La chica asiente, embelesada, cautivada por la lección de hoy. «Sí, Lali, increíble».

Arriba, sobre ellas, una bandada de estorninos cruza el cielo de una punta a otra.

—¿Hacemos una visita a la clase de mates? —le pregunta Lali.

Luisita asiente. Al otro lado del patio, frente a la fachada principal, Juana enseña a varias reclusas a hacer cuentas sobre el albero del

suelo con la misma pasión con la que enseñaba en su aula de Alcalá del Valle. Lali y ella se repartieron las lecciones de esta improvisada escuela carcelaria: la sevillana se encargaría de enseñar a leer y escribir, mientras que la cordobesa se ocuparía de las cuentas básicas.

Al verlas llegar, Juana —que entonaba un discurso político mientras contoneaba con un palo el número cuatro sobre el albero— saluda a las chicas con un gesto afable.

Su barriga es una media luna creciente.

—¿Cómo ha ido la clase? —pregunta.

Es Luisita la que responde, con una gracieta propia de su arte antequerano.

—¡Con Lali me voy a sacar hasta el graduado, Juana!

Las mujeres ríen. Segundos después, Juana vuelve a entonar aquella frase que se quedó a medias cuando vio llegar a su colega junto a la joven pupila.

—Lo que os decía, señoras. Que hay que aguantar. Que no hay que perder la esperanza. La victoria llegará, porque esto será momentáneo. Veréis cuando la República recupere Málaga y luego toda la España facciosa. Cómo vamos a salir de aquí en desbandada.

Antes de enunciar sus palabras, Juana ha comprobado que no hay moros en la costa, porque nadie sabe quién puede oír el qué en esta prisión. Frente a ella, Josefa asiente. Es una joven algo mayor que la cordobesa, su pelo creciendo tras el rapado con el que la metieron en esta prisión. También asiente Agustina —de igual forma rapada— que acaba de salir al patio tras la reprimenda de Rosaura, la funcionaria que con su moño alto y su puño de hierro dirige a las presas del ala oeste de la prisión.

Allí, Juana no ha perdido la esperanza de que todo sea una fugaz suerte de martirio —a la espera de que vuelva a la normalidad—, y, por ello, en sus discursos suele haber siempre las mismas palabras recurrentes: «victoria», «conquista», «esperanza».

—Por cierto, Lali —le dice Josefa levantando la vista del albero y mirando a su alrededor, por si hay ropa tendida—. Me ha llegado otra carta de mi Manolo, ya sabes. A ver si luego me ayudas a escribirle, ¿vale?

Manolo era maestro calafate en el puerto de Málaga, el boquerón más joven de entre quienes aprendieron el oficio de calafatear los barcos en una ciudad que comenzaba a abandonar la mar para abrazar la fábrica. Conoció a Josefa en la ensenada, cuando una mañana ese pimpollo de caderas anchas pasó frente a la lonja para comprar pescado.

Ese amor valió mucho más que medio kilo de salmonetes. Valió las primeras noches de pasión de la mujer, valió un matrimonio civil y luego las cartas clandestinas que entran y salen de las prisiones de hombres y mujeres en las que están recluidos.

La carta llegó, en esta ocasión, dentro de una barra de pan que la familia de Josefa le mandó a la joven para que sobrellevase la hambruna y la pena.

—Claro. ¿Y qué se cuenta tu Manolo? Dime —le pregunta entre bisbiseos.

Josefa vuelve a mirar a su alrededor.

—Pues qué se va a contar el pobre mío. Que pasa más hambre que el perro de un ciego. Que le dan palos hasta en el cielo de la boca. Ah, y que se comenta que pronto vendrá la ayuda de la URSS. Que llegarán a Málaga con sus barcos. Con esos buques grandes, ya sabes. Y que reconquistarán la ciudad. Eso dicen por ahí. Mi Manolo, el pobre mío, es muy iluso. Pero yo no sé qué creer, Lali.

Lali asiente conteniendo un gesto de prudencia, un gesto austero, propio de una monja de clausura. Lleva oyendo ese canto de sirena desde hace mucho y, como Josefa, ya no sabe qué creer. Esa supuesta ayuda para la República que nunca llega, como un Dios ausente, primero en una Sevilla que no tardó en caer del lado de los sublevados, luego la sierra de Cádiz y, por último, la Málaga que ha sucumbido ante la fuerza combinada del general Queipo de Llano y las tropas italianas del cuerpo de voluntarios.

«Queipo, otra vez ese tipo», piensa Lali.

—Bueno, desde aquí no podemos hacer nada. Solo tener esperanza y escribir una bonita carta que le alegre el día a tu Manolo, ¿de acuerdo?

Lali sonríe, Josefa sonríe y así transcurre el resto de la mañana —la

monotonía de esta escuela improvisada, los paseos lentos por el patio, los oficios, las anécdotas, las confidencias—, hasta que, a la una del mediodía, el silbato de Rosaura llama a todas las presas a hacer fila.

—¡Al patio, reclusas!

Lali se apresura a terminar con la clase para ponerse en fila. No pocas veces han acabado sus lecciones con una reprimenda o con la amenaza del calabozo por no responder de inmediato al silbato de la funcionaria.

—¡Vamos, aprisa!

Situada en el centro del patio, Lali da un rodeo con la mirada. Cada vez que se emplaza en el mismo lugar, no puede evitar levantar la vista y mirar hacia aquellos retratos que las vigilan desde las fachadas encaladas de la prisión, José Antonio y Franco, con el porte de un emperador romano, alternados con banderas rojigualdas, insignias de la Falange y crucifijos con un Jesús en tormento.

Por ahí está Dolores, una de las funcionarias de la prisión. Lali la observa conversar con un grupo de presas como si estuviesen paseando por la calle Larios de esta Málaga cautiva. Cuando no está su jefa, Rosaura, presente, Dolores parece otra. Con ella a veces han compartido una charla interesante o incluso algún que otro chascarrillo.

¿Ocurrirá lo mismo con las demás funcionarias?, se pregunta. ¿Y si, en realidad, no están más que sojuzgadas ante una jefa autoritaria? ¿Y si fuera de la prisión son mujeres amables, buenas madres e hijas que se toman su cafelito o hacen ganchillo o cambian pañales canturreando una coplilla?

Mientras tanto, el resto de las presas van saliendo al patio. Un par de minutos después, el silbato vuelve a sonar. Solo entonces, Juana y sus pupilas dan por terminada la clase de Matemáticas, en ese continuo juego con las funcionarias y monjas que la cordobesa se trae, ese tira y afloja. A esta sí le ha costado alguna que otra noche en el calabozo, a pesar de su estado de buena esperanza.

—¿La preñada no se quiere dar prisa? —Lali oye cómo se dirige a ellas Joaquina, otra de las funcionarias con frente alta y gesto agriado.

Juana se excusa, «Sí, claro, con esta barriga, ya sabe», y se dirige

hacia el final de las filas con la estabilidad de una peonza que va menguando en su giro. Al llegar a su lugar, la funcionaria da media vuelta y Lali comprueba cómo la maestra y las otras presas le hacen burla a su espalda, imitando sus ademanes altaneros, como si fuera una marquesa.

La sevillana, a varios metros y bajo la mirada de José Antonio en la fachada, contiene la risa. Sobre todo al ver llegar a sor María, la monja joven, con su hábito blanco y su tez pálida y tersa. En la prisión hay una decena de religiosas encargadas de los oficios, de la enfermería o del comedor. Sor María debe de ser la monja más joven de todas ellas, le calcula la misma edad que Lali, no más de veinte.

Esta monja, de la que luego sabría que no ha pasado aún de novicia, fue la única que le dedicó un gesto afable, la humanidad en un simple «Buenos días, señoras», que no se parecía en absoluto a la manera en que el resto de las monjas o funcionarias se dirigían a ellas, como si escupieran desde lo alto de un púlpito.

La voz de Rosaura, de pronto, les hace volver la mirada hacia la funcionaria jefe.

—Si las hemos reunido, reclusas, es porque hemos de anunciarles algo —dice con una voz raspada, como la de una artista de cabaret a punto de quedarse afónica—. Algo muy importante que atañe a nuestra prisión y que viene del mismísimo Franco.

Lali la mira. La funcionaria jefe calla unos segundos, aguardando a vislumbrar un gesto de expectación en el rostro de las presas, que, dispuestas en cinco filas, esperan en silencio sus palabras, quizá pensando: «¿Será el perdón del Generalísimo? ¿Será la amnistía?».

Pero no, no será nada de eso. De repente, cuatro hombres salen al patio desde la puerta del ala este y se sitúan junto a Rosaura. Tras ellos va también sor Rafaela, la hermana superiora que sirve en la prisión.

La funcionaria jefe los saluda con un apretón de manos vigoroso. Dos de ellos van trajeados y otros dos llevan bata de sanitario.

—Hoy tenemos con nosotros a uno de los médicos más afamados y prestigiosos del país —exclama Rosaura señalando al primero de los hombres—. Un hombre que ha estudiado la psicología humana como

ningún otro. Reclusas, él es el ilustrísimo doctor don Antonio Vallejo-Nájera.

Hay algunos aplausos, provenientes en su mayoría de las funcionarias y monjas. El doctor da un paso al frente. En medio de su fila, Lali lo observa. Es un hombre corpulento de nariz prominente, sonrisa y frente alta, traje a rayas hecho a medida y una voz potente y vigorosa, como si tuviese un megáfono en la garganta con el que amplificarla.

—Señoras —empieza—, España está librando por medio de sus varoniles muchachos la más justa de todas sus batallas. La batalla por desterrar de una vez por todas de nuestras tierras a la más pérfida calaña, aquella que ha envenenado la concordia, que ha destruido la convivencia con sus ideas marxistas. Señoras, la Nueva España está construyéndose y vosotras, esposas, hijas, familiares de esos rojos y delincuentes, con vuestra merecida penitencia en esta prisión, vais a cumplir una función esencial. Una función que el mismísimo Franco os ha encomendado a través de mí. Sabed una cosa, vosotras, rojas, ateas, delincuentes, creo que no sois mala gente. Por eso mismo le he pedido al Generalísimo que tenga clemencia mientras compruebo a través de mis estudios psicológicos la hipótesis de que en vosotras lo que hay es un gen malvado que os enferma, el gen de la delincuencia, de la vagancia, de la envidia. Encontrar ese gen, el gen rojo, es lo que me ha traído a esta prisión.

El gen rojo. Lali traga saliva y contiene la tirantez de su cuerpo en la tensión de sus puños. Busca a Juana con la mirada, pero esta, desde su fila, no le quita ojo al doctor. Piensa que si existe ese gen rojo es probable que Juana lo tenga, y que lo tenga también el bebé que habita dentro de ella, ajeno a todo lo que está ocurriendo a su alrededor.

«Pobre niño, no salgas. No salgas todavía», suplica para sí.

—Es por ello por lo que el mismísimo Franco me ha autorizado a llevar a cabo un estudio en esta prisión junto a mi gabinete psicológico, para lo cual, con la ayuda de la funcionaria jefe, seleccionaremos a medio centenar de presas. Espero de vosotras colaboración y entusiasmo en esta gloriosa misión para el Nuevo

Estado.

Lali vuelve la vista hacia el doctor. Tras él, los otros tres hombres se mantienen firmes, manos atrás o cruzadas, porte recto. Otro de ellos, a su izquierda, tiene pinta de doctor, pero los otros dos, ataviados con la bata sanitaria, deben de ser ayudantes o quizá estudiantes, pues no parecen mucho mayores que ella. Posa la mirada en uno de ellos: una raya perfectamente trazada a un lado de su cabellera, carita de ángel imberbe, gesto serio, patriótico.

Sabrá, dentro de unos días, que se llama Clemente.

Ella lo llamará Cleme toda su vida.

23

—Que no te vean llorar, Lali.

Del este venía un sol afilado. Amanecía y, de camino a la prisión de mujeres de Málaga —un infierno con forma de cuadrado—, Juana le dijo eso mismo a Lali, «Que no te vean llorar», recta, con la dignidad de una María Antonieta dirigiéndose a la guillotina. Y eso hizo Lali, no llorar, contener el torrente, apretar la mandíbula y caminar con la cabeza alta hacia la puerta de la prisión, como lo hacía su compañera.

Ella, Juana, con su media luna creciendo en el bajo vientre.

—Celda veintitrés. Ala este —anunció Rosaura, la funcionaria jefe, al recibirlas junto al grupo de presas que venía del campo de concentración en el que Lali y Juana habían pasado los últimos días.

Tras ser apresadas en aquel corral, las maestras permanecieron varias semanas en ese campo de concentración de la sierra hasta que Málaga cayó del lado de los sublevados y los facciosos habilitaron esta prisión para alojar a las mujeres rojas que habían hecho presas a lo largo de toda la campaña.

Ni a los moros ni a los falangistas borrachos les importó que Juana estuviera embarazada. La empujaron, le escupieron, le cubrieron el rostro de golpes.

También pegaron a Lali, pero a ella no le dolían sus golpes, sino los de su compañera, temiendo que alguno cayera sobre su vientre.

—Por aquí. Rápido.

El largo pasillo era frío y en él se alternaban retratos de Franco con cruces y consignas falangistas. Sobre el silencio se oían los pasos de las funcionarias, el toc, toc de sus tacones de piel que se movían al ritmo de sus piernas enfundadas en una falda de tubo. Rosaura, ahí metida, caminaba como un pingüino, o eso le parecía a Lali.

—Seguidme. No quedaros atrás.

La maestra sevillana la seguía junto a Juana, que echaba mano a su barriga al caminar. Dolores, otra de las funcionarias —subordinada de Rosaura—, cerraba la comitiva. Al pasar junto a las celdas les llegaron las primeras voces de la mañana, algunos chismorreos, el tarareo de alguna copla malagueña y los ronquidos tardíos de las presas que

seguían apurando el abrazo de Morfeo.

—Despierten, holgazanas —dijo Rosaura al llegar a la veintitrés, y dio un par de toques con la llave en uno de los barrotes.

Lali vio cómo se movían algunas, todavía desperezándose del sueño. Imaginó cómo la verían a ella, su pelo alborotado, el mismo vestido hecho jirones con el que la capturaron hacía algo más de una semana —una semana que le parecía un lustro—, el rostro pálido y mustio, ojeras.

—Reclusas, aquí tienen a las dos nuevas internas de su celda —anunció Rosaura haciéndole un gesto a Dolores para que abriese—. Háganles sitio.

Dolores giró la cerradura con la llave que colgaba de su manojo y Rosaura les dio un empujón. Entraron a la vez. No le importó el evidente estado de gestación de Juana. Eso mismo le recriminó Frigiliana.

—Pero tenga cuidado, Rosaura, ¿no ve que está preñada?

La funcionaria ni siquiera respondió. Ordenó a su subordinada que cerrara la celda, miró a la veintena de presas que se hacinaban al otro lado de las rejas y esbozó un gesto de desdén, como si oliera algo desagradable.

Se oyeron los tacones de las funcionarias alejarse. En un procedimiento que parecía habitual, las presas se organizaron para hacer sitio a las recién llegadas. Frigiliana cogió unas mantas que colgaban de una cuerda atada a las rejas de la ventana, Isabel hizo hueco en uno de los laterales del muro para alojar primero a Juana y Josefa comenzó a explicarles cómo se organizaban los turnos de comida y salida al patio. No mucho tiempo después, horas, algunos días, todas ellas compartirían su historia con las recién llegadas, la una capturada tras la caída de Málaga, la otra porque su marido estaba en el frente republicano…

—Lo primero es que sepáis identificar a quién tenéis que obedecer y a quién podéis darle coba —les explicó Angustias, tal vez la mayor de la celda—. Rosaura es un bicho malo. De las monjas, no fiaros de la madre superiora.

—¿Cómo que lo primero es eso, Angustias, por el amor de Dios? —

terció Frigiliana tocando la barriga de Juana—. Lo primero es que esta muchacha nos hable de su embarazo, ¿no? ¿De cuánto estás, querida?

Las mujeres se reunieron en torno a Juana.

—De seis meses, calculo, por la primera falta —respondió la maestra cordobesa.

Lali la miró. A Juana se le notaba ya el peso del embarazo en ese cuerpo recio y casi corpulento que la recibió por primera vez con una escayola en la pierna, cuando aún todo se mantenía en pie. Los tobillos algo hinchados. La cara más redondeada. Los ojos más brillantes, como si su bebé irradiara luz en su interior.

—A ver, déjame verte la barriga —le pidió Angustias.

Juana se puso en pie, se abrió el abrigo y se subió el vestido.

—¡Lo sabía! —exclamó la reclusa tocando con sus manos ambos laterales del vientre de la maestra, como si sostuviera un sagrario—. Niña, va a ser niña. Mira qué redondita la barriga, como una pelota. ¡Qué bonita, chiquilla!

Juana rio, ligeramente ruborizada. Luego, en los siguientes minutos, las anécdotas y vivencias en torno a la maternidad saltaron de una boca a otra de las presas. Mientras, Lali, echada a un lado, comenzó a sentir que algo la aprisionaba el pecho.

Una respiración entrecortada, un «Ay».

Era el llanto, ese que contuvo al entrar en la prisión.

—Si tienes que llorar, llora, ¿eh?

Era la voz de una chiquilla.

—Me llamo Luisita y yo también me *jarté* a llorar cuando llegué —le dijo tendiéndole la mano y luego el cuerpo para acurrucar a la maestra.

Y, aunque las funcionarias no la vieron llorar, sí la vieron las reclusas que se apretujaban en la celda número veintitrés del ala este, donde entraba, por la ventana enrejada, el sol de la mañana y un olor agrio a salitre y a libertad.

Lloró y, por primera vez en mucho tiempo, Lali volvió a poner a Dios en sus labios.

Lali no ha llorado muchas veces más en este lugar. Sí lo hizo, por

ejemplo, la primera vez que vio a sus padres a través de la reja que separaba este lado del otro lado del mundo, el libre. Entonces no pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas aviesas mientras repetía que estaba bien y que comía decentemente.

—Y que pronto saldré de aquí, papá, mamá, ya veréis.

Y luego ese «Todo irá bien», como quien lanza una plegaria al Altísimo.

Sus padres habían venido desde Sevilla en un taxi que a José le costó una fortuna.

—Para la próxima vendrán las hermanas, ¿vale, tesoro? —le dijo su madre, también entre lágrimas, con un llanto contenido y cadencioso.

Lali asintió. Le habían traído ropa de abrigo, embutido de matanza y hojas y lápiz para escribir, como le pidió en la primera carta que les envió. Y, aunque las funcionarias se habían quedado casi toda la comida —«Muy rico ese salchichón, ¿eh, Eulalia?», le dijo Rosaura con retintín—, la ropa y los papeles al menos sí se los respetaron.

Ella tenía la suerte de que sus padres pudieran venir a verla cada dos semanas y que le llegaban sus cartas. Juana, en cambio, no recibía visitas ni correspondencia, salvo aquella que logró que le hicieran llegar usando los cauces secretos que metían y sacaban mensajes prohibidos en la prisión.

Prohibidos no porque dijesen cosas indebidas —«Estoy bien, cariño, en el frente hace frío, entramos ayer en combate con los facciosos», y cosas así—, sino porque venían de aquellas personas contra las que los sublevados hacían la guerra y querían exterminar.

Personas como Salvador.

> Mi querida Juana, mi queridísimo amorcito, tú y tu vientre sois lo único que me hace querer levantarme por la mañana y desear ganar la guerra…

La primera carta le llegó a Juana doblada varias veces bajo los pliegues de una manta que un supuesto primo suyo de Córdoba le había hecho llegar. Al otro lado estaba, en realidad, Salvador, a quien, tras la caída de la sierra, la guerra había llevado a unirse al Ejército del Sur, a la defensa de Córdoba y de las cuencas aceituneras de Jaén.

Mi querido Salvador, espero que esta carta pueda llegarte a ti, al fin. Y que sepas de mi pluma que estoy bien. Que estamos bien, porque el bebé sigue aquí dentro, con sus pataditas, ajeno a todo lo que ocurre…

Les puso en contacto una concatenación de personas afines. Primero Josefa, luego su Manolo, a quien ya llevaba tiempo escribiendo de forma oculta, y este a través del sindicato ugetista hasta el encargado de llevar la correspondencia del Ejército del Sur, que se enviaba y recibía cada semana. Así fue como la primera carta le llegó al abogado hasta la trinchera en la que hacía la guerra con los olivares al fondo, palabras preciosas que Juana escribió en la clandestinidad de la noche y a la luz de una luna que entraba por el enrejado.

Esta tarde, las presas se acurrucan a dormir la siesta mientras otras aprovechan para escribir. Solo unas pocas saben hacerlo con su propia mano, por lo que las letradas, como Lali, como Juana, sirven como escribas para que ninguna se quede sin poder enviar su correspondencia. Lali escribe esmerándose en la letra, aquella que era el orgullo de su maestra, sor Paquita.

—¿Y cómo le digo que le echo mucho de menos sin repetir siempre lo mismo? —pregunta Frigiliana, que no deja de dar vueltas de un lado al otro de la celda.

Lali levanta la vista del papel y mira a su compañera.

—Podemos poner que le añoras. Que piensas cada día en él.

La reclusa asiente conforme. La carta va dirigida a su novio, Pepe, a quien dicen el Moreno y que, según cuenta la novia, no dejaba de tener pretendientas y de picar de flor en flor hasta que ella llegó.

—¿Y cómo le digo que me muero de ganas de abrirme de piernas delante de él? —ríe, pícara, la muchacha.

El resto de las presas, al oír la ocurrencia, estallan en una carcajada.

—Pongamos algo sutil —responde Lali bamboleando con la punta del lápiz sobre el papel—. Como lo escribamos así, a lo bruto, nos lo echarán para atrás las funcionarias aludiendo que la carta es inmoral. Pongamos…, ya sé: «Ardo en deseo de sentirte». Y que la imaginación haga el resto.

Frigiliana enviará esta carta por los cauces normales del correo, y por eso deben cuidar las formas.

—¿De sentirte? —bromea Elvira—. Esto de las cartas es una cursilería. A los hombres les gustan las obviedades, Frigi. A ver, Lali, escribe. —Le hace un gesto a la maestra—. Quiero que me metas el ciruelo todo entero, bandido. Y, si alguna de las funcionarias la lee, que se persigne y descubra cómo desean las mujeres rojas. Mucho más que ellas, frígidas y recatadas.

Lali mira a Frigiliana para decirle con los ojos que no, que no puede escribir eso.

—Bueno, Lali, tú pon lo que te parezca, que eres la que sabe.

La sevillana le busca la mirada a Juana, que leía una novela que cogió de la pequeña biblioteca de la prisión bajo la ventana de la celda. Comparten una sonrisa, porque esto de las cartas las divierte a ambas, y Lali continúa redactando bajo las indicaciones de la reclusa, que todas las presas escuchan mientras escriben o leen o dejan caer la tarde como las hojas del otoño en su deriva. Hasta que oyen unos pasos y, de repente, un resorte las lleva a ocultar las cartas y a ponerse rectas.

—¡Reclusas! —Es la voz de Rosaura.

La funcionaria jefe aparece y, tras ella, también firmes, también serios, los hombres que esta mañana se presentaron en la prisión en busca de ese supuesto gen rojo. Las presas, nada más volver a sus celdas, hablaron de ello, «¿Cómo que un gen rojo?», y de Juana, por ejemplo, solo salieron improperios.

—Yo no tengo ningún gen rojo, me cago en Dios —escupió—. Lo que yo tengo son ideales. Justicia. Igualdad. Libertad. Eso mismo que les falta a todos ellos.

Antonio Vallejo-Nájera asoma la cabeza entre los barrotes como quien visita un zoo humano. Saluda a las reclusas con un gesto cortés mientras escudriña con la mirada en busca de una de ellas. A Lali la recorre un escalofrío al mirarlo y advierte sus facciones marcadas, voluptuosas —ojos saltones, nariz, labios, mentón—, como esculpidas por un artista barroco.

—Ella.

El doctor fija su mirada en Juana, que aguarda con su libro entre las manos, esa novelita romántica que ha pasado la censura de la prisión. Ella levanta la vista.

—Tú. Eres la embarazada, ¿no? —le pregunta el médico tras las rejas.

La maestra asiente.

—Sí, ¿qué ocurre?

Pero el médico no responde. Con un simple gesto le ordena a Rosaura que abra la celda. Tras el traqueteo de la llave en la cerradura, la mujer le pide a Juana que se ponga en pie con su voz de comandante.

—Vente conmigo.

Lali no da crédito.

—¿Cómo? —pregunta la cordobesa.

La funcionaria esquiva al resto de las presas para acercarse a la maestra. Mientras, Lali lanza una mirada fugaz al médico, que parece el comensal de una marisquería que ha seleccionado la mejor langosta. Casi se relame con esos labios carnosos.

—Que no me voy a ningún sitio —se planta, terca, Juana.

Ninguna de las presas reacciona hasta que Lali, de pronto, se pone en pie.

—Juana está preñada, ¿cómo se os ocurre? Llevadme a mí, venga —se ofrece.

Al verla, otras presas de la celda dan un paso al frente para interponerse.

—Tranquilas, señoras, que a vuestra amiga no va a pasarle nada —media el médico con su voz honda.

Pero las mujeres no se muestran convencidas.

—Llevadme a mí —dice Frigiliana.

—O a mí —exclama Josefa.

—A ninguna de ellas, sino a mí —les reta Elvira con un gesto altanero.

De pronto, Rosaura se ve sobrepasada ante las proposiciones de las reclusas de la celda veintitrés. Qué pensará el gran doctor aquí presente, parece pensar. Qué poco respeto le tienen.

—¡Silencio! —grita, al fin, cogiendo del brazo a Juana y tirando de ella—. Juana se vendrá con el doctor y sus psiquiatras. Y no se hable más.

Lali vuelve a dar otro paso al frente y se sitúa entre la funcionaria y la maestra cordobesa. Quién sabe qué van a hacerle a Juana y a su bebé. Tiene que hacer algo, como cuando intentó mediar en aquel campo de concentración frente a los moros borrachos y a los falangistas y sus manos largas.

Pone la voz ruda, gesto duro y casi violento, los ojos inmóviles sobre los de Rosaura.

—¿Qué pasa? —pregunta—, ¿que yo no soy lo suficientemente roja para que me llevéis a mí?

Esta da un paso al frente.

—Hazte a un lado, Morales. No te lo diré dos veces.

Pero la chica no se achanta:

—¿Pues sabes qué? Que, si hubiese podido, os habría matado a todos los fascistas antes de que empezarais la guerra —exclama bajo la atenta mirada de todos los presentes—. Y que viva la República, joder. Sí, que viva.

Luego hay un silencio, como el que reina tras la descarga de un fusilamiento.

Lali ni siquiera sabe lo que ha dicho. Es la primera vez, de hecho, que un viva a la República sale de sus labios así, con todas sus letras. Juana, todavía sentada bajo la ventana, la mira. Sabe que a algunas las han hecho fusilar por menos. O las han rapado. O hecho tragar aceite de ricino. No da crédito.

Se miran a los ojos. Los de la cordobesa le preguntan qué es lo que ha dicho.

—Eres una sucia escoria roja —oye Lali de boca de Rosaura, que da un paso al frente para cogerla del cuello—. Una escoria roja y estúpida, porque este numerito no va a librar a tu amiga —continúa la funcionaria con una sonrisa irónica.

Luego viene la tormenta. La mujer alza el brazo y libera sobre Lali una cascada de golpes que caen sobre la chica con la precisión de un boxeador que sabe dónde pegar.

Uno, otro, otro, en el mentón, en la boca del estómago, en los costados, bajo la mirada atónita de las presas, a las que el resto de las funcionarias que acompañaban a la jefa y al doctor hacen un gesto para que no se les ocurra intervenir.

La tormenta dura un par de minutos, hasta que Rosaura se queda sin aliento.

Casi sin voz, da una última orden:

—A-al agujero —exclama jadeando.

Las funcionarias levantan en volandas a Lali y la sacan de la celda sin que la sevillana pueda oponer resistencia. Algunas voces se alzan en su defensa, «¡Al agujero no, Rosaura!», pero la funcionaria hace caso omiso. Luego, les hace un gesto a los ayudantes del médico psiquiatra para que, al fin, saquen a Juana de la celda. Esta no opone resistencia; los muchachos de bata blanca entran y zigzaguean entre las presas para sostener a la cordobesa por ambos brazos y ayudarla a ponerse en pie.

Mientras, Lali aguarda fuera de la celda, haciendo un esfuerzo titánico por mantenerse en pie. Rosaura, tras recuperar el aliento, vuelve a dirigirse a ella.

—¿Y sabes qué, listilla? Que tus padres vendrán de Sevilla dentro de dos días y no podrás verlos. Vendrán para nada. Eso es lo que querías, ¿no?

Finalmente, una vez que las maestras están fuera de la celda, la funcionaria manda cerrar la puerta enrejada y empuja a la sevillana en dirección opuesta a la que los psiquiatras dirigen a Juana a vete tú a saber qué.

Rosaura conduce a Lali personalmente al agujero. Abre la puerta angosta y la encierra ahí, Dios sabe hasta cuándo.

—¡Venga! —la arenga la funcionaria con una patada.

Lali contiene una vez más el llanto que acude en torrente desde la garganta. Le duele todo el rostro. Para que no la vea llorar, busca las miradas de sus compañeras tras las rejas de la celda, miradas cómplices y también compasivas que le piden que sea valiente, o eso quiere creer ella.

Luego, de camino a ese agujero del que tanto ha oído hablar, gira la

cabeza una última vez para verla también a ella, a Juana, alejándose con sus ojos azules vidriosos, como cuando llueve sobre el mar.

«Sé valiente», le dicen.

«Tú también», le responden los de Lali.

—Venga, escoria. No te pares ahora.

Y se aleja de la celda veintitrés sin darse cuenta de que hay otra mirada sobre ella.

Otra mirada, la de ese joven ayudante de psiquiatría, con su bata blanca y ese aire de galán que no ha podido quitarle ojo desde que se puso en pie para defender a su amiga.

24

El agujero huele a orín y a humedad. La humedad del río Guadalmedina, aquel en cuya ribera se sitúa esta prisión. Aquí dentro, en este pequeño cubículo en el que apenas se cabe de pie, Lali siente como si el tiempo hubiese dejado de correr. Reloj parado, ni día ni noche. Las horas dejaron de ser horas cuando pasaron de las veinte, o eran quizá treinta, y luego solo advirtió el paso de los días cuando entendió que era una vez cada jornada cuando venían a traerle comida y a llevarse el cubo de los desechos.

Era parte del castigo: el sonido de unos pasos, un cuenco de aluminio con una sopa rancia y escuálida y ni una palabra de intercambio, ni un «Hola» ni un «Qué tal».

Al menos ya no llora.

Al tercer día comenzó a hablarle a su propio reflejo en el charco de agua procedente de ese goteo intermitente del techo.

—Pero qué has hecho para estar aquí, Lali.

Al cuarto día aparecieron otros reflejos en el charco.

—Ay, mamá, ay, papá, tendría que haberme quedado en casa, ¿a que sí?

Haberse quedado en Sevilla —pensó—, en la Sevilla de Queipo y de aquella nueva España que devoraba a la vieja como un gigante pantagruélico. Ha pensado mucho en ellos, en sus padres. En el viaje que habrán hecho a Málaga para verla. En cómo han debido de irse de vacío, con todo el esfuerzo que resulta ir a visitarla.

Y lloró. Lloró mucho al pensar en ellos.

Luego apareció Juana.

—Para qué me enviaste esa carta, *miarma* —le pregunta.

Y ahora, al quinto día, una amalgama de rostros que van y vienen desde un pasado remoto, las monjas del colegio, sus primeras amiguitas, las compañeras de la Normal, los alumnos de Alcalá del Valle.

Oye unos pasos. No sabe si lleva aquí cinco días o cinco años.

Agudiza el oído. Los pasos se acercan.

—¿Hola? —pregunta extrañada.

No puede ser la funcionaria que le trae comida, ya vino hace solo unas horas, en lo que debían de ser las ocho, quizá las nueve de la mañana, aunque también podían ser las once, las doce de la noche. Pega el oído a la puerta metálica, por encima de la gatera por la que le hacen llegar la escasa ración de cada día.

De pronto, su nombre.

—¿Eulalia?

No reconoce esa voz de mujer.

—¿Quién es?

Luego oye el ruido de un manojo de llaves y cómo se acciona la vieja cerradura de la puerta metálica, tras cinco días cerrada.

—¿Estás bien, Eulalia?

La puerta se abre. La luz de un candil ciega a Lali durante varios segundos, tras lo que la visitante se apresura a cubrir la llama con la palma de su mano. Mientras, da un par de pasos para adentrarse en el angosto cubículo del agujero.

Cuando Lali termina por acostumbrarse a la luz, advierte, delante de ella, el hábito blanco de una monja.

—Soy sor María, Eulalia. He venido para ver cómo estabas.

Segundos después reconoce en su rostro unas facciones jóvenes, una piel clara y un flequillo asomando bajo la cofia. Sí, es ella, la más joven de las monjas que sirven en esta prisión. Desde que Lali llegó al penal apenas ha cruzado unas pocas palabras con ella, pero sí les ha mostrado, a ella y a las demás reclusas, un respeto que no le tienen el resto de las religiosas, más empeñadas en el castigo que en la redención.

—Pues se podrá imaginar, hermana. No muy bien. Pero con buen ánimo. Eso no me lo han quitado, ¿sabe? —responde Lali, que intenta dotar de dignidad a sus palabras a pesar del pésimo estado que debe de lucir bajo la luz de ese candil.

Sor María da un paso hacia ella y le tiende una mano que posa sobre su hombro, afable. La luz del candil chisporrotea entre las dos mujeres.

—Quiero que sepas que ya me quejé a la madre superiora de que este lugar no era apropiado para un presidio en el que se supone que

estáis para redimiros. Que este castigo es cosa de bárbaros.

Lali tuerce el gesto contrariada.

—Si ha venido hasta aquí para decirme que va a rezar mucho por mí y por mi alma, puede volver por donde ha venido, hermana. Con todo mi respeto, yo no necesito más oración; estoy segura de que mi madre estará rezando día y noche.

No lo quiere reconocer, pero ella también se encomendó a Dios. Esa oración antigua, «Padre nuestro, que estás en el…», brotó de su boca como un manantial, una noche, otra noche, con el bisbiseo de sus labios carnosos, por si sirviera de algo, por si, a fin de cuentas, todo se resumía en que había agraviado al Altísimo con aquel crucifijo de marras y aquella ley republicana que quiso cumplir como maestra que era. Pero no obtuvo respuesta de un Dios que no sabe si está ausente o si está disfrutando con el castigo.

—Estoy aquí para trasladarte un mensaje, Eulalia. Un mensaje de ayuda.

Lali guarda silencio y arquea las cejas.

—¿De ayuda?

Sor María asiente con el gesto de una ligera reverencia.

—Así es. Ayer vino a verme uno de los asistentes del doctor Antonio Vallejo-Nájera, que, como sabrás, se encuentra realizando una investigación psiquiátrica en la prisión. Sé que hace unos días el doctor eligió a tu amiga Juana para su estudio y que por ello retaste a la funcionaria jefe, lo que hizo que acabaras aquí. Alguien le dijo al muchacho que yo tenía buena mano con las reclusas y por eso acudió a mí. Parecía preocupado por ti, Eulalia.

Lali asiente. Sí, cree saber de quién le habla; ese chico con cara de galán que acompaña siempre al doctor Vallejo-Nájera. Aquel con el que cruzó una breve mirada.

Todavía no sabe cómo se llama.

—¿Y qué interés tiene ese chico en ayudarme?

La monja responde.

—Decía que no merecías el castigo que te habían impuesto porque entendía que tu único objetivo había sido proteger a tu amiga embarazada.

Todavía le duelen los golpes que le propinó Rosaura, todavía tiene el regusto ferroso de la sangre en su boca. Recela.

—No sé, ¿y si me estáis engañando? Yo aquí no me fío de nadie.

La monja titubea. Sabe que Lali es un animal herido, y que los perros apaleados terminan por no confiar en el ser humano. Extiende su mano y modula su voz, más cálida, más afectuosa que antes.

—Creo que eres una buena chica que no debería estar aquí. Alguien que se afana por enseñar a otras mujeres analfabetas no debería estar en un agujero como este. ¿Sabes qué? Si te soy sincera, yo no creo que haya un gen rojo.

Al decir esto último, la monja ha bajado aún más el volumen de su voz, por si alguien estuviese escuchando al otro lado del húmedo pasillo, por muy improbable que fuese.

—¿Ah, no? —pregunta Lali arqueando las cejas—. ¿Entonces?

Sor María calla durante algunos segundos. Mira a la maestra sevillana parada junto a la luz centelleante de su candil hasta que, de pronto, se va a unos recuerdos que se bosquejan en el resplandor de sus ojos brillantes.

—Yo he visto a rojos y a azules hacer cosas horribles. Te confesaré algo: cuando empezó la guerra me encontraba en Madrid. Me escondí en la casa de varias familias hasta que al fin pude escapar. Y vi de todo, comprobando, aterrada, hasta dónde pueden llegar los odios. Por ejemplo, en una de esas familias de Madrid en cuya casa me refugié vivía una enfermera joven. Los anarquistas habían secuestrado a su padre y lo mantuvieron preso en una de esas terribles checas. La madre y los hermanos pequeños lloraban cada noche sin saber qué le deparaba el destino a aquel pobre hombre. Pero ella, Aurora, logró mantenerse fuerte. Coger a su familia a pulso y sostenerla sobre sus hombros. Pues ¿sabes qué? Que si ella estuviese aquí, en la España nacional, sé que estaría presa en una cárcel como esta, porque auxiliaba a heridos republicanos en un hospital de sangre y se carteaba con un soldado rojo que estaba en el frente. Sé que la habrían rapado o ultrajado o metido en este agujero para redimirla del pecado de hacer lo que ella creía correcto. Y me van a perdonar Dios y nuestro Caudillo, Franco, pero eso no es justo. Aurora no estaba

haciendo la guerra. Tú tampoco. Ella era enfermera. Tú maestra.

Lali la mira emocionada por sus palabras. No esperaba por nada del mundo que esas palabras, que ese testimonio, saliera de alguien a quien le cuelga un crucifijo del cuello. De hecho, si la hubiese oído Rosaura, la madre superiora o el mismísimo Queipo de Llano, seguro que la habrían hecho encerrar en una de las celdas de esta prisión.

—¿Y qué es lo que propones? —pregunta al fin.

La monja esboza una sonrisa.

—Hablaré con Rosaura y le trasladaré la propuesta de los médicos psiquiatras. Le diremos que quieren incluirte en ese estudio sobre el gen rojo. A tu amiga, la que está encinta, ya llevan días viéndola un par de horas cada mañana. Así podrás estar más cerca de ella, que sé que te preocupa mucho. Y te sacarán de aquí.

Al oír esa alusión a Juana, el rostro de Lali se ilumina.

—¿Cómo está ella? —pregunta ávida por saber sobre la maestra.

Sor María resopla.

—¿Juana? Se la ve una mujer fuerte. Está sana y con buen ánimo. No tienes por qué preocuparte, ¿de acuerdo? —Vuelve a ponerle la mano sobre el hombro y esboza otra sonrisa—. Bueno, dime, ¿te parece bien?

Tras un gesto de indecisión, Lali termina por asentir. Tampoco tiene mucha alternativa, es eso o seguir en este agujero vete tú a saber cuánto tiempo. La última reclusa que estuvo aquí, dicen, acumuló más de dos semanas y salió como quien sobrevive bajo los escombros de un bombardeo.

Se decide con un lacónico:

—V-vale.

La sonrisa de sor María se agranda bajo el titilar del candil. Tras ello, da un par de pasos hacia atrás para abrir la puerta metálica.

—Confía en mí —le dice despidiéndose.

Lali levanta la mano y le dice adiós con un gesto, porque en realidad no sabe qué decir, qué responder, no sabe ni siquiera si esta monja está en realidad frente a ella o es producto de su imaginación, como si no fuese más que el delirio de una mente enjaulada o la aparición de aquella monjita de su colegio a la que esta joven religiosa

le ha recordado de pronto. Esa monja de la que tanto aprendió, sor Paquita.

Rosaura la mira altanera, despectiva, con el asco arrugándole el labio superior y la nariz, con la altura de esos tacones negros que Lali oyó llegar desde lejos, con el eco intermitente de sus pasitos.

—¿No tienes nada que decirme, reclusa?

La escasa luz del pasillo que entra en el agujero dibuja sobre la funcionaria la silueta de una aparición mariana. Lali titubea.

—S-sí, que… perdón.

La mujer se acerca a ella, gallarda, arrogante.

—¿Cómo? No te he oído bien.

El día anterior, sor María se fue del agujero, tras su llegada intempestiva, dejando en Lali la esperanza de poder salir de este lugar lo más pronto posible.

Pero el cautiverio duró algunas horas más, en las que Lali no dejó de preguntarse si no habría sido una pantomima para burlarse de ella. A fin de cuentas, la monja no dejaba de estar al otro lado, el de sus carceleras.

Así ha llegado otro amanecer, que Lali no ha visto porque al agujero no llega la luz.

—Que me perdone usted, Rosaura —dice incapaz de mirarla a los ojos—. Que fueron delirios. Que no quería desearle mal.

Rosaura sabe que miente. Lali sabe que esta sabe que miente, pero ambas se muestran conformes con la mentira. La mujer, con un movimiento de cejas, le indica a la maestra que ya puede salir. Fuera la espera la funcionaria Dolores, que se mantiene en silencio.

—Si por mí hubiese sido, te habrías chupado por lo menos una semana ahí dentro —le dice la funcionaria jefe con desdén, atravesando el umbral de la puerta metálica—. Pero se ve que le caíste bien a las monjitas. A saber cómo las has engañado.

Lali no responde. Bastante tiene con lo que tiene. Le duele todo el cuerpo y la luz del pasillo le quema en las pupilas, como si mirara al sol directamente. Camina a duras penas y tiene punzadas en una rodilla. Dolores, al verla, muestra un leve gesto de humanidad, pone su mano en el hombro de la joven y la ayuda a caminar.

—¿Sabes algo, reclusa? —le pregunta Rosaura, que va delante y ni siquiera se digna a girar la cabeza para mirarla—. Que ayer fue el día de visitas, y tus padres estuvieron aquí de los primeros.

Solo entonces, tras nombrar a sus padres, la funcionaria ladea el cuello y mira a Lali con una sonrisa altanera. La sevillana no dice palabra; aprieta los puños y se esfuerza por caminar erguida. Pero no puede evitar imaginarlos. Papá, mamá, aguardando en una cola que desde bien temprano rodea la prisión. Piensa en cómo debieron de recibir la noticia, «Hoy no podrán ver a su hija, está castigada», como si no fuese más que una colegiala.

—Pobrecitos, ¿no? —insiste la funcionaria hurgando en la herida—. Se fueron de vacío por tu culpa.

Se miran. Lali contiene un gesto de rabia en sus labios.

—Yo solo espero que los hayáis tratado bien —responde por fin.

La funcionaria jefe asiente con el ademán en el rostro de una reina tirana. Disfruta.

—Por supuesto. Faltaría más que unos pobres padres pagasen los males de una hija desgraciada, ¿no crees?

La sevillana no responde, y, tras su silencio prolongado, Rosaura y Dolores terminan por conducirla hacia la galería central, por la que se tiene acceso a las galerías con las celdas y al patio de la prisión. Lali levanta la mirada hacia ese gran crucifijo que cuelga en medio de retratos de golpistas.

La mira, a esa enorme cruz en madera.

—Irás a asearte ahora, reclusa —le ordena Rosaura—. Luego vendrán a buscarte para llevarte a la sala habilitada para el estudio médico del doctor Vallejo. Espero que colabores. No todos los días se tiene la suerte de ayudar a España como vas a hacerlo tú.

La chica asiente. No hay despedida entre ambas, solo un gesto de desprecio.

La sala es un pequeño estudio en la galería oeste del caserón que ha adecentado la mano de alguna funcionaria a quien encomendaron sorprender a los médicos. Y lo consiguió, o al menos lo hizo con un poco de buen gusto; el lugar tiene apariencia de despacho de

psiquiatría, con unas cortinas, un par de plantas, un escritorio de caoba con tres sillas a un lado y solo una al otro y, bendiciendo la estancia, el Caudillo con pose de rey viejo, solemne, mirando en dirección al doctor.

—Buenas tardes, ¿señorita Eulalia Morales?

El doctor Antonio Vallejo-Nájera aguarda sentado en medio del escritorio, secundado a cada lado por dos jóvenes con batas blancas que no dejarán de escribir en unos papeles durante toda la entrevista.

—Sí, soy yo.

El médico le indica, con un ademán serio, que tome asiento frente a él. A la chica todavía le duele la rodilla y siente el frío y la humedad en sus huesos, como si continuara en el agujero. Mientras se dirige al escritorio, les busca la mirada a los dos muchachos que se encuentran a un lado y al otro del doctor, por si alguno es aquel del que le habló sor María.

—Buenas tardes —los saluda haciendo una ligera reverencia antes de sentarse.

Entonces lo reconoce. El que está a la izquierda del doctor, que ha curvado los labios brevemente al verla, es el mismo que se llevó a Juana hace seis días —seis días que le parecen seis años— cuando eligieron a la cordobesa para participar en este experimento.

—Supongo que sabrá usted, señorita, por qué está aquí.

El doctor cruza las manos sobre la mesa escritorio y escrudiña a Lali con la mirada, esperando una respuesta.

—Para un experimento psiquiátrico, ¿no? Lo que explicó usted en el patio de la prisión hace unos días, vaya. Estuve atenta.

El hombre asiente conforme con la respuesta.

—Sabrá también que si la hemos seleccionado es por aquel incidente que protagonizó en la celda, y del que yo mismo y mis hombres fuimos testigos. Mi subordinado aquí presente, de hecho, insistió para que la cogiésemos a usted. Supongo que estará mejor aquí que en aquel sitio…, ese agujero, ¿no?

Lali asiente. Al mencionar a su ayudante, el médico señaló al muchacho de su derecha, aquel con el que cruzó una mirada antes de que Rosaura la metiera en ese lugar horrible.

—Vaya modales los míos, señorita —se excusa, de pronto, el médico —. Disculpe, no nos hemos presentado. Yo soy el doctor Antonio Vallejo-Nájera y hoy me acompañan mis ayudantes, el señor Juan José Caballero y el señor Clemente Peña.

Señala a ambos, que levantan la mirada de su informe y le hacen un gesto a Lali.

Clemente, ya conoce su nombre.

—Junto al doctor Eduardo Martínez, director de la clínica psiquiátrica de Málaga, que hoy no puede estar presente, llevamos a cabo un experimento con el objetivo de demostrar la hipótesis de que hay algo de patológico en ustedes, las mujeres rojas. Que existe un psiquismo marxista que lleva a la delincuencia y al desorden y que no es cosa de ideología, sino que está en la genética. Sabrá que uno de los objetivos de la Nueva España es extirpar todo el mal que la barbarie roja ha cometido en el periodo republicano. El mal, señorita, no es algo etéreo, sino que tiene carne y piensa y habita nuestro país. Encontrarlo no es a veces tarea fácil. Por eso, si este estudio confirma la hipótesis que planteo, ayudaremos sin duda a conseguir esa noble tarea que el pueblo español le ha encomendado al Caudillo. —Hace una pausa. Se muerde el labio inferior. Sonríe—. ¿Está usted de acuerdo, señorita?

Lali cabecea en señal de afirmación. Sigue buscándole la mirada a Clemente, pero este apenas levanta la vista de la estilográfica con la que escribe a toda velocidad. Gracias a él ha podido salir del agujero, por intermediación de sor María. Pero todavía no sabe por qué. Y quizá no lo sepa nunca.

—Le explicaré, señorita, en qué consiste el proceso. Está usted aquí porque hemos seleccionado a un grupo de presas con delitos políticos y acusaciones de anticlericalismo, marxismo o desorden público. La mayoría de las reclusas entrevistadas, de hecho, ya han sido condenadas a muerte o a prisión, aunque algunas todavía esperan su juicio, como usted o la maestra embarazada de la que es amiga, o eso me han dicho. Fue, de hecho, el incidente que protagonizó usted en su celda lo que llevó al señor Clemente Peña y a este servidor a incluirla en el programa.

Lali y Clemente se miran. En los ojos de él halla una mirada apocada, casi tímida, que contrasta con esa pose de galán y conquistador que aparenta. Sigue preguntándose el porqué. Por qué la ha ayudado.

—Como usted es alguien letrada, señorita, supongo que lo entenderá a la primera. A lo largo de varias sesiones, la entrevistaremos y analizaremos sus rasgos fenotípicos a fin de hallar patrones comunes con las otras presas estudiadas en esta prisión, ¿de acuerdo?

Lali asiente. No sabe si tiene opción de negarse, pero supone que cualquier otra respuesta que no sea un «sí» supondría volver al agujero. De pronto piensa en Juana, en si ella también aceptó o por el contrario decidió negarse.

—Comenzaremos con el primer bloque de cuestiones. Debe saber, señorita, que tiene que responderlas todas, por muy íntimas o comprometidas que sean.

Titubea. Piensa que, conociéndola, Juana los habrá mandado a tomar por culo.

—Comencemos…

El doctor mira a uno de sus ayudantes, al que presentó como Juan José, que le enuncia la primera pregunta con una voz aguda y timorata.

—Es usted natural de Sevilla y está titulada como maestra por la Escuela Normal de su ciudad, ¿correcto?

—Sí, así es —responde Lali.

Mientras Juan José pregunta, Clemente, al otro lado del doctor, escribe en sus papeles. El entrevistador continúa:

—Háble me de su familia, ¿cómo califica la posición económica de sus padres? Muy buena, buena, suficiente o mala.

Piensa en ellos. Cuánto daría por volver a estar bajo su cobijo.

—Suficiente.

—¿Oficio del padre?

—Guardia jurado en la tabacalera.

Juan José asiente. El doctor, mientras, no quita ojo a la muchacha salvo para coger un cigarrillo de la pitillera de su chaqueta americana.

—¿Hay algún antecedente en su familia de afiliación izquierdista?

El médico se enciende el cigarrillo con una cerilla y da una primera y honda calada.

—Mi padre no es muy político. Sí lo es un tío mío, mi tío Tomás, del que he sabido que permanece hecho preso en el penal de Sevilla.

—¿Preso por qué? —pregunta de pronto el doctor entremedias de otra calada.

—Militaba en el partido socialista.

Clemente apunta en la libreta. Lali es capaz de advertir el trazo de «socialista» desde el otro lado de la mesa.

—¿Algún otro antecedente?

—Ninguno.

—¿Y con respecto a anormalidades psíquicas? —pregunta Juan José —. ¿Algún antecedente familiar?

Lali arquea las cejas.

—¿A qué se refiere?

—A si padres, abuelos, hermanos o tíos carnales tienen taras, adicciones, psicopatías o enfermedades mentales.

Lali guarda silencio durante varios segundos. Recuerda, de pronto, un viejo trauma familiar del que nadie en su casa habla.

—Un hermano de mi abuela quiso quitarse la vida. No se hizo del todo bien el nudo de la soga. Lo encontraron con vida. Por lo demás, nada, que yo sepa.

—¿Y alcoholismo, drogas u otras adicciones?

Niega con la cabeza. A su padre a veces le gusta apurar la jornada con un chato de vino en la taberna del Niño antes de subir a casa, pero nunca ha llegado con la lengua trabada ni dando tumbos o apestando a alcohol.

—Y en su casa, señorita, ¿cómo es la religiosidad? Elija una de las siguientes respuestas: piadosos, practicantes, no practicantes, indiferentes o ateos.

—Piadosa. Al menos mi madre, que es una devota cristiana — contesta Lali.

—¿Y su padre?

—Mi padre nunca ha faltado a misa.

El doctor da una calada a su cigarrillo haciendo la pinza con sus dedos índice y pulgar. Luego mira a Clemente y le hace un gesto para que este, que por el momento se había mantenido en silencio, continúe con la entrevista.

—Señorita, continuaremos con preguntas de índole más personal, ¿de acuerdo?

La voz de él. La primera vez. A Lali se le asemeja a la de los locutores de las radionovelas, aquellas que oía con su madre mientras esta cosía o remendaba y ella estudiaba. Asiente.

—¿Cómo califica su religiosidad individual? Usando la misma referencia de respuestas que antes.

Lali guarda silencio mientras tamborilea con los dedos sobre el tablero de la mesa de caoba. Piensa en sus años de educación religiosa. Piensa en lo que ocurrió con el crucifijo de Alcalá del Valle, en sus conversaciones con Juana. Antes de entrar en prisión, se habría definido al menos como indiferente. Pero sabe que, durante las primeras noches en esta cárcel malagueña, aquel Dios ausente volvió a sus labios en forma de oración imprevista.

—Pues… no sé.

Ante su indecisión, Antonio Vallejo-Nájera interviene, duro, cortante.

—En su informe de detención se dice que usted actuó contra los preceptos de la fe cristiana. Que utilizó su posición de maestra para inculcar en sus alumnos ideas antirreligiosas… ¿Y no sabe cómo calificar su religiosidad?

Vuelve a titubear.

—Que Dios esté ahí arriba es algo que no niego, doctor, si le sirve de respuesta. Pero que lo que hice fue amparándome siempre en la legalidad vigente también.

El médico tuerce el gesto y chasquea la lengua.

—¿Y para eso se hizo usted maestra, señorita? ¿Para ser un instrumento de esta República corrupta y vendida a Rusia? ¿Para eso? —pregunta escupiendo a través de sus labios y con ojos furiosos.

Lali traga saliva.

—Con todos mis respetos, señor, cuando yo decidí ser maestra, la

República aún no existía. No quisiera yo ahora defenderla, ojo, porque sé que se han hecho muchos desmanes, pero, cuando comencé a estudiar en la Escuela Normal de Sevilla, los nombres que allí sonaban poco tenían que ver con lo republicano.

Hace una pausa y comprueba que ha captado toda la atención de los hombres. Continúa, segura de sus palabras.

—Lo que yo he aprendido es herencia de la Institución Libre de Enseñanza o de la pedagogía activa de la Escuela Nueva. ¿Le suena la doctrina de Montessori? ¿Claparède? ¿Le suena Dewey? A mí nadie de la República me ha impuesto una manera de dar clases, si le soy sincera. La maestra que soy viene de todo lo que he estudiado y de cómo entiendo la escuela, no de las leyes que hayan podido aprobarse en los últimos años. Yo no estoy en la escuela para hacer política. Yo creo en la cultura, en la educación, en la justicia. Amo mi profesión y me entrego a ella con afán. Solo eso.

«Bravo, Lali», habría dicho su profesora Agustina desde la tarima del aula de la Normal. Piensa en ella brevemente. ¿Estará presa también?

—¿Y por qué cree que debe existir la escuela? —interviene Clemente de pronto.

Tras esta pregunta repentina, que seguro que no estaba en el guion, el doctor mira a su ayudante con una mueca de desaprobación.

—En España hay millones de niños analfabetos —responde Lali volviendo a pensar en lo que diría su profesora, lo que dirían todas aquellas maestras y maestros a los que admira—. Entiendo la escuela como el deber de todo país de sacar a los niños y las niñas de esa situación. Me dirá usted adónde va un país en el que la mayor parte de sus niños apenas tiene conocimientos de nada. España habrá de decidir si quiere niños analfabetos o niños libres.

El doctor no dice nada. Da una calada y le hace una mueca a Juan José, que no ha dejado de escribir. En su trazo, identifica Lali algunas palabras, «Dios», «España», «Libres». Luego, mira a Clemente y le señala los papeles que este tiene delante.

—Ahora continúa ciñéndote a las preguntas del estudio, ¿de acuerdo, Clemente? —le recrimina—. Aquí no venimos a escuchar mítines políticos.

Clemente se apresura a disculparse, «Sí, doctor, lo siento», para volver la vista a su informe e identificar la siguiente pregunta que debía hacerle a Lali.

—Prosigamos, señorita —enuncia otra vez su voz de radionovela—. ¿En qué situación califica su vida sentimental? Responda en función de las siguientes variables: viuda con o sin hijos, casada con o sin hijos, amancebada con o sin hijos, virgen o prostituta.

Lali vuelve a guardar silencio y se pregunta por qué tiene que responder a eso.

Vuelve a cruzar la mirada con Clemente. De pronto, un calor interior recorre su cuerpo hasta pararse en el rostro, dejándola paralizada, como un hormigón que fragua.

—Responda, señorita —la insta el doctor tomando la palabra tras su ayudante.

Siente el impulso de correr en estampida y volver al calor de las mantas de la celda o de la barriga de Juana. Pero no tiene escapatoria.

—Virgen —contesta con un nudo en la garganta.

El único hombre que la ha tocado llevaba sotana y lo hizo en la intimidad de un confesionario. Piensa en aquel cura —cuyo nombre quiso olvidar deliberadamente— y en todas las noches en que la visitó en forma de pesadilla.

—No la han desflorado, entonces… —insiste el médico antes de dar otra calada.

El humo del cigarrillo se contonea frente a él.

—No —responde visiblemente incómoda.

Los hombres asienten.

El muchacho que lo hará está sentado ahí, frente a ella.

26

Lali nunca había deseado tanto volver al calor de la celda. A esa algarabía de voces de entre las que sobresale algún canturreo, a la ropa tendida, a las lecturas de cartas, a la promesa de amores furtivos o a los cónclaves que solucionan la guerra en femenino.

Oía hablar a Juana. A ella, con sus arengas, con sus llamadas a la esperanza y a la resistencia.

—¡Lali! —grita Luisita al verla llegar.

Dolores empuña la llave de la cerradura y la gira para abrir la puerta enrejada. Se despide con un simple «Adiós» y da media vuelta con sus tacones y un porte que imita deliberadamente a su jefa. Lali la mira. En lo que no imita a Rosaura es en esa delicada humanidad que a veces parece brotar de ella, como si en realidad estuviera en el lugar equivocado. La sevillana se dio cuenta por cómo las trata cuando no está Rosaura delante; educada, respetuosa e incluso interesada por estas mujeres que para ese Nuevo Estado que se está forjando no son más que animales de rapiña.

—¡Hola a todas!

Al verla, las mujeres estallan en vítores.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntan.

Lali no ve a algunas de ellas desde hace casi una semana. Al volver del agujero solo se cruzó con un par —con Frigiliana, con Josefa— de camino al aseo y a la ducha, pero no se vio con Juana, a la única con la que en realidad esperaba encontrarse.

Por ello, tras volver a la celda se apresura en atravesar la estancia, avanzando entre las mantas y respondiendo con brevedad a sus compañeras, «Bien, estoy bien, gracias», para lanzarse a los brazos de la cordobesa.

Se sonríen. Del abrazo emana el calor de un hogar de leña. El calor del vientre de Juana, cada vez más profuso.

—No debiste hacerlo, Lali —le recrimina esta en el hueco.

Pero la chica se excusa.

—Lo haría mil veces.

Luego se separa para contemplar la curva de la barriga de su

compañera bajo el mismo abrigo que llevaba puesto hace cinco días, y diez, y veinte.

—¡Esto sigue creciendo! —exclama para regocijo de una Juana que sí, que sigue ensanchándose a pesar de la escasa ración de comida o de los pesares.

—Bueno, y tus vacaciones, ¿qué tal? —bromea Frigiliana.

—¡Eso! —suelta Josefa, que dormita sobre una manta junto a Josefa —. ¿Cómo ha ido ese retiro espiritual?

—¿El agujero? —responde Lali imitando el gesto altanero de una marquesa—. Justo lo que dicen, señoras; un balneario de esos por los que los ricos pagan fortunas, ¿sabéis? No te molesta nadie y le sirven la comida a una solita.

—¡*Fitetú*! —suelta Luisita con su gracejo—. ¡Y nosotras aquí pasando hambre!

Al borde del mediodía, con puntualidad marcial, el silbato de las funcionarias llama a las presas a salir al patio. La que abre la puerta enrejada de la celda veintitrés se llama Sara y a veces ha reído e intimado con las presas a pesar de las reprimendas de la jefa.

—Venga, vayan saliendo, reclusas.

Las mujeres se ponen en pie y aguardan haciendo fila para salir al pasillo del ala este del caserón. «Ya va, Sara, no sea agonías». Mientras, Juana toca el brazo de Lali y le hace un gesto para pedirle que aguarde a que el resto de las presas salgan.

Segundos después, las maestras son las únicas que quedan a este lado de la reja.

—No me encuentro bien, Sara —le dice Juana a la funcionaria llevándose la mano a la barriga—. Estoy un poco mareada, ¿puedo quedarme aquí un rato con ella?

La mujer tuerce el gesto y delibera consigo misma hasta que, finalmente, accede.

—Venga, pero no me pongas en un aprieto, ¿eh?

Juana se deja caer sobre una de las mantas y suspira.

—No, descuida, que problemas no quiero.

Una vez se quedan a solas, Lali se apresura a preguntarle, tocándole la frente para buscarle unas supuestas décimas de fiebre:

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

Pero Juana no parece encontrarse mal.

—Solo quería hablar contigo —le confiesa a Lali restándole importancia al supuesto malestar, que no ha sido otra cosa que fingido.

—¿Hablar de qué?

A Juana, de pronto, le ha cambiado el semblante. Recostada sobre una de esas mantas viejas, hace círculos sobre su barriga mientras se decide a continuar. Al mismo tiempo, las voces de las presas en el patio dejan en la celda el rumor de las risas y el silbato de alguna funcionaria enfadada. Lali insiste.

—¿Ocurre algo? ¿Es por lo de ese experimento? No te preocupes por mí, Juana, que sé cuidar de mí misma. Por muchas preguntas humillantes que hagan, sabré mantener la dignidad. La dignidad de las maestras, esa que hemos mantenido siempre.

Juana la acalla con un gesto delicado levantando la palma derecha.

—No, no es por eso.

El rumor de voces sigue colándose en la celda; Lali nunca lo había oído desde aquí porque siempre ha salido al exterior cuando se lo han permitido. Incluso pelada de frío.

—¿Entonces?

La cordobesa mira hacia la puerta enrejada. Luego, tras comprobar que nadie las observa desde el pasillo, se abre el abrigo y echa mano de un papel doblado que guarda en un bolsillo interno. Desdobla el papel con cuidado y se lo ofrece a Lali. Es una carta.

—¿Y esto?

La chica lee las primeras palabras, «Mi queridísima Juana», de una caligrafía cursiva, casi escrita a vuelapluma.

—Hace unos días me llegó esta carta de Salvador mediante el contacto que nos ofreció Josefa. Llevaba algún tiempo sin tener noticias de él. Y ya sé por qué: lo han hecho preso, Lali. Tras la toma de Málaga y las derrotas de las milicias republicanas en Córdoba y Jaén, han apresado a centenares, a miles, aquellos que no han podido huir a Madrid. Salvador está en la cárcel vieja de Úbeda.

Lali hunde la mirada en la carta. Busca entre sus párrafos

comprobar aquello que Juana le cuenta, leyendo «Córdoba» o «Jaén» entre líneas difusas. La maestra continúa.

—Ha logrado hacérmela llegar gracias a un compañero ugetista que conoció en el campo de concentración en el que lo internaron antes de ingresar en prisión. Por su caligrafía, por el temblor de su letra, por la seriedad de sus palabras, sé que no lo está pasando bien. Temo por su vida, Lali. Porque mi hijo o mi hija no conozca a su padre.

Vuelve a aferrarse a la barriga, como si en ella encontrara el antídoto contra la tristeza, contra esa desazón que le nubla los ojos y le provoca un temblor mortecino en la mandíbula. Lali se apresura a consolarla, rodeando sus brazos con dulzura y secándole esas lágrimas incipientes.

—Salvador es un tipo listo —le dice—. Sabrá aviárselas. Cuando menos te lo esperes, volveréis a veros. Tú, él, tu hijo.

La sevillana le acaricia el vientre mientras esboza una sonrisa difícil.

—Ya no estoy tan segura, Lali.

Se buscan los ojos.

—¿Cómo qué no? Juana, escúchame bien. Siempre he admirado de ti cómo has sabido mantener la esperanza a pesar de las dificultades. Recuerda, si tu bebé nacía niña, ese era el nombre que ibas a ponerle, ¿no?

Sonríen. Pero a la cordobesa no le dura mucho la sonrisa.

—Ni siquiera estoy segura de si podré estar con mi bebé. Ese hijo de puta del médico me dijo en la primera sesión de sus entrevistas que lo que el Nuevo Estado tenía que hacer con el hijo que naciera de mi vientre es dárselo a una familia de bien. A una familia que lo criara para que ese gen rojo que dice que tengo dentro de mí no aflore en la educación del pequeño.

Se miran. Los ojos le vibran, la mandíbula, la voz.

—Qu-que iban a quitármelo, Lali. ¿Te lo puedes creer?

Lali extiende sus brazos para volver a rodear a Juana.

Nunca la había visto así, tan frágil.

—Salvador y tú criaréis a vuestro hijo cuando salgamos de aquí, Juana. La República vencerá. Volveremos a dar clase. Tú siempre lo dijiste.

Vuelven a mirarse.

Un par de lágrimas saltan al vacío de sus mejillas. Lali se aprisa a socorrerlas.

—Que no nos roben eso, la esperanza, Juana —insiste.

Le aprieta con las manos en los hombros, le intenta insuflar ese mismo ánimo que Juana compartió con ella en aquel corral, cuando era Lali la frágil.

Finalmente, tras algunos segundos de vacilación, la cordobesa parece recobrar el ánimo. Sonríe un instante.

—Saldremos de aquí, sí. Pero…

Hay algo que quiere decirle.

—¿Pero?

—Pero si no, Lali, si no salimos, hay algo que necesito de ti. Y lo necesito aunque tú no quieras dármelo.

La maestra cordobesa guarda silencio.

—¿El qué? —le pregunta Lali.

Por un momento solo se oye el rumor del patio y sus voces lejanas. Una vieja desazón parece abrirse camino entre sus dientes, enarbolar una frase a través de sus labios.

—Tu perdón —suelta volviendo a contener el temblor de la mandíbula con la dignidad de una mártir—. Jamás tendría que haberte mandado aquella carta, Lali. Nunca tendría que haberte escrito para pedirte que vinieras al valle con una guerra que acababa de empezar. Me arrepiento cada noche, esa es la verdad.

Lali se apresura a acallarla.

—Qué vas a tener tú la culpa, por el amor de Dios.

Pero Juana insiste.

—Me culpo por que estés aquí ahora en lugar de en Sevilla, allí no habrías sufrido la guerra. Yo sí que tengo motivos para estar aquí: me enfrenté a todos los poderes en aquel pueblo al que supongo que ya no podré volver. Defendí el socialismo y la colectivización de tierras hasta las últimas consecuencias y, para colmo, voy a dar a luz un hijo fuera del matrimonio. Esa Nueva España de la que tanto hablan, si triunfa, no tiene sitio para mí, Lali. Pero para ti sí que lo tiene.

Lali chasquea la lengua contrariada.

—Déjate de tonterías, Juana. Me habría encantado que me oyeras hoy defender la educación y el magisterio ante aquel médico siniestro. Defender que, por mucho que se opongan, la educación sigue siendo la única forma de crear personas en libertad. Así que lo siento, pero ya es tarde, la Nueva España también me ha cerrado la puerta.

Juana sonríe grácilmente. Algunas lágrimas ya han llegado a la comisura de sus labios dejando en ella el regusto salado del sollozo.

—Qué buena maestra eres, Lali —le confiesa con la admiración brillando en sus ojos—. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero eres una maestra maravillosa que espero que no se pierdan los niños de este país.

Lali se apresura a responder.

—Hasta que te conocí, Juana, yo no era más que una novata llena de dudas. Así que supongo que te lo debo a ti.

Y se va, durante unos segundos, al recuerdo de aquellos primeros días de clase, los juegos de los colegiales en el patio, las lecciones sobre lengua o sobre biología, sus caras ávidas por conocer más cosas de las que Lali les enseñaba.

—Vale, está bien, pero prométeme algo, ¿vale? —le pide Juana cogiéndola de la mano—. Con eso me voy a conformar.

La sevillana asiente.

—¿Con qué?

Se miran. Vuelven a encontrarse en los ojos de la otra.

—Con que me des tu perdón. Te pido que me perdones, Lali.

Esta se apresura a excusarse.

—Que no hay nada que perdonar, Juana. Si pudiera, volvería a hacer lo mismo. Exactamente lo mismo. Te lo juro.

Pero Juana insiste.

—Bueno, tú dámelo, que no cuesta nada.

Lali sonríe. La cordobesa le busca la mano y se la aprieta, como si quisiera sellar el pacto de perdón.

—Está bien. Te perdono. Te perdono que me pidieras que viniese al valle.

La sonrisa viaja hacia la cara de Juana, dos, tres segundos que concluyen, de pronto, con la contracción de sus facciones, un breve

aullido, «¡Ay!», y una mano rápida que se hunde en el bajo vientre.

—¿Estás bien? —le pregunta Lali.

Juana se recompone y levanta la vista con el rostro iluminado:

—Sí, tranquila. Ha sido una patadita. Últimamente el bebé está muy saltarín.

Miran hacia su vientre. Hacia el hogar del mundo.

—¡Debe de estar deseando salir! Con lo poco que le queda ya, pobre mío —exclama la sevillana.

Y esas sonrisas cómplices, ese perdón de Lali y el abrazo con el que vuelven a aferrarse a la otra serán de los pocos consuelos que Juana tenga cuando, no mucho después, una carta oculta dentro de un chusco de pan le informe de una fatal noticia.

27

Clemente huele a perfume. Un aroma que flota, ingrávido, en torno a Lali, con una presencia cautivadora que le evoca a un bosque antiguo. Quizá se deba a que el muchacho no ha fumado —la chica no soporta el olor del tabaco— en ninguno de los encuentros que han mantenido, no como el médico psiquiatra, Antonio Vallejo-Nájera, que no ha dejado de encender un cigarrillo tras otro en las cuatro entrevistas en las que ya ha participado la maestra.

Han sido cuatro y en esta, la última, toca el estudio fenotípico, ese del que le advertía Juana hace más de una semana: —Te medirán la cabeza, las partes del cuerpo, la longitud de las pisadas. Sí, como si fueras un mono de feria, Lali. ¿Te lo puedes creer?

Clemente y Lali se miran. Tras unas breves indicaciones del doctor, él coge una cinta métrica y la esgrime como si fuese a tomar las medidas de un vestido de alta costura. Se acerca a ella y le habla.

—Quédese quieta mientras la examino, ¿de acuerdo? —le pide el muchacho señalándole hacia una marca de «equis» dibujada con tiza sobre el suelo.

Lali asiente sin palabras. No sabe por qué, pero el muchacho ha aparecido en alguno de sus pensamientos recurrentes, esos que, de cuando en cuando, revolotean en su cabeza sacándola del patio de albero o de la capilla de la prisión.

—Quítese el abrigo, señorita —le ordena el doctor.

La chica no rechista. Se deshace de ese viejo abrigo del que no se ha desprendido desde que entró en la prisión y aguarda a que Clemente comience a medirla.

La embriaga su perfume.

Es la primera vez que un hombre se le acerca de esa forma.

—Cuarenta y cinco milímetros de nariz, señor —anuncia el ayudante del doctor.

El médico asiente. Junto a él, el otro ayudante, Juan José, apunta en su libreta.

—Seis centímetros de frente, del nacimiento del cabello a las cejas.

Siente su aliento, el calor que exhala al respirar.

—Dos centímetros de la punta de la nariz a los labios.

Tampoco nadie se había acercado tanto a su boca.

Se miran. Él, de pronto, pierde la concentración.

—¿Qué viene ahora, señor? —le pregunta Clemente al doctor.

El médico lanza un bufido desde su silla, el cigarrillo colgando en la comisura de los labios. Le recuerda que tras la boca debe medir las orejas, y que tampoco se olvide de los adjetivos que aparecían en el formulario que el otro ayudante ha ido rellenando, respingona, redondeada, suave.

—Pues ya hemos terminado, señorita —le dice Clemente unos minutos después señalándole la silla frente al escritorio de caoba—. Puede volver a sentarse.

Lali toma asiento persiguiendo el aroma varonil del ayudante del doctor, que rodea la mesa y ocupa su lugar a la izquierda de este en silencio. Lo mira, a Clemente. En la segunda entrevista que mantuvieron, en la que le preguntaron sobre sus ideas políticas, «¿Qué opinión tiene del socialismo, señorita? ¿Cómo califica sus ideas patrióticas?», advirtió qué era lo que el muchacho llevaba bajo la bata blanca sanitaria: la camisa azul de la Falange.

El psiquiatra se dirige a ella, en esta ocasión con su tono de profesor universitario.

—Señorita, con esta sesión concluye su participación en este experimento médico.

Lali asiente sin decir nada. No le gusta que usen el término «experimento», porque le hace sentir como una rata de laboratorio.

—Sea cual sea su destino —concluye el doctor ojeando el informe que ha escrito Juan José mientras Clemente examinaba los rasgos de la chica—, podrá sentir el orgullo de haber contribuido a la España Nacional y al restablecimiento del orden natural de la Hispanidad. Debe saber que vosotras, las mujeres rojas, o eso he podido concluir con mis estudios, habéis participado en política por una cuestión muy simple: la irreligiosidad y la inmoralidad. O, dicho con otras palabras, para satisfacer vuestras apetencias sexuales. La razón hay que buscarla en la característica debilidad de vuestro equilibrio mental, el de las mujeres. Por ello, es fundamental que la religión católica vuelva a

imponeros sus estrictas normas a modo de freno a vuestra tendencia animal. Una tendencia que, junto a la perversidad del marxismo y la maldad del izquierdismo, ha llevado a España a la guerra.

El doctor ha recitado su discurso de carrerilla, por lo que Lali piensa que quizá se lo ha relatado, de esa misma forma, a todas las pobres reclusas que han pasado por ahí antes que ella. Sigue como una estatua, sin decir ni una palabra.

Se limita a un simple «Ajá» en lugar de rebatirle, como seguro que habrá hecho Juana.

«¿Pero de qué instinto animal me habla a mí, que no conozco varón?».

Es el propio doctor el que, sin esperar respuesta, rompe el silencio.

—Puede irse.

Tras ello, Lali se pone en pie y enuncia un «Adiós» con el que enfila la puerta de la sala. Está deseando salir, porque hoy es día de visitas familiares y quiere acicalarse un poco antes de recibir a sus padres, que, supone, deben de llevar desde bien temprano aguardando en la cola.

Da dos toques en la puerta —la señal para la funcionaria que aguarda al otro lado— y espera a que se abra. Pero no lo hace. A petición del doctor, que le hace un mohín, da un par de toques otra vez.

—Habrá tenido que atender una urgencia —suelta Juan José desde la mesa refiriéndose a la funcionaria que la trajo hasta la sala.

No es algo inusual que, ante la falta de personal, las funcionarias deban pasar la jornada de aquí para allá, apagando fuegos. Lali vuelve a llamar, pero sigue sin haber nadie al otro lado, hasta que Clemente toma la iniciativa y se pone en pie.

—Yo la acompañaré a su celda, doctor.

El médico bufa y suelta un «Está bien» mientras parece maldecir con gesto adusto el funcionamiento interno de la prisión. No pocas veces lo ha oído Lali criticar a las funcionarias o a las monjas que asisten a las reclusas. «Que aquí se les da un trato que no merecen. Que esto parece una escuela».

—Pero a la primera funcionaria que encuentre le suelta el paquete,

¿de acuerdo?

El paquete. Lali es un objeto de mensajería.

Clemente la sostiene del brazo mientras con la otra mano empuña la llave de la cerradura. Abre, se despide de su jefe con un «Ahora vuelvo» y sale con Lali al pasillo de la galería oeste del penal, por donde corre una brisa que aviva el aroma de su perfume.

Lali vuelve a olerlo, intenso, varonil.

Caminan unos metros, ella cogida del brazo.

—¿Cómo está tu amiga? —le pregunta él de pronto.

Sabe que se refiere a Juana, que no acudió hace unos días a la última de las sesiones de entrevista por encontrarse indispuesta.

—¿Juana? Bien, ya está mejor.

Pero solo Lali y el reducido grupo de presas con las que comparten celda sabían qué era lo que le ocurría a Juana en realidad. Había recibido una carta de forma clandestina, breve, lacónica, con la peor de las noticias posibles.

> Lamento mucho decirte, mi estimada y admirada camarada Juana, que Salvador fue sacado hace dos noches de la prisión y que no ha vuelto desde entonces.

Juana se permitió llorar unos minutos en los que la tierra se abrió y ella se dejó caer. Luego echó mano a su barriga y disimuló ante la llegada de una funcionaria.

Lali no volvió a verla llorar.

—Por cierto, ¿sabes una cosa? —le pregunta Clemente a Lali, que continúa sosteniendo el brazo de la chica aunque sin hacer fuerza sobre ella—. Me gustó mucho eso que dijiste en la primera entrevista. Me sorprendió tu manera de defender tus ideales.

Ella gira el cuello y lo mira extrañada.

—¿El qué?

Al fondo del pasillo aparece un grupo de reclusas encabezadas por una funcionaria. Deben de ser uno de los primeros grupos en dirigirse a la galería sur, en la que se produce el encuentro con los familiares.

—Aquello que dijiste sobre la escuela. Que la entendías como el

deber de sacar a los niños de la incultura —dice el muchacho con una sonrisa cortés—. Yo fui un niño analfabeto, señorita. Aprendí tarde a leer.

Lali esboza una mueca de ironía.

—Y dices eso con la camisa falangista ahí debajo, ¿no? —se atreve a rebatirle.

Clemente se apresura a responder, irguiendo su postura y levantando el mentón.

—¿Qué pasa, que ahora la educación y la cultura es solo cosa de unos? Habrá cosas que tengamos todos en común, ¿no? Por pocas que sean.

El grupo de reclusas que apareció al fondo del pasillo está a punto de cruzarse con ellos. Lali reconoce a algunas de las presas, así como a la funcionaria, a la que llaman Remedios.

—La cuestión no es si la educación es o no es importante —responde con el mismo tono con el que le contestó a Vallejo-Nájera cuando le preguntó sobre ese tema—. A la vista está que para la España Nacional lo es. Lo que nos diferencia es el para qué. Para qué educamos.

La pareja se cruza con el grupo de reclusas. Lali las ve pasar mientras intercambia con algunas un ligero saludo. Advierte en sus rostros la emoción y los nervios con la que la mayoría afronta el breve encuentro con sus familias. Sonrisas, caras empolvadas, pelo repeinado, ropa de los domingos. Clemente, al cruzarse con el grupo, saluda a Remedios levantando la mano libre y exclamando un correcto «Buenas tardes» mientras continúa sosteniendo a la sevillana sin hacer caso a lo que le ordenó el médico psiquiatra.

Lali ríe para sí.

—¿Puedo preguntarte algo sobre esos experimentos? —le pregunta mientras afrontan la puerta que da acceso a la galería central.

Sobre ella hay una cruz y un par de banderas rojigualdas.

—Claro —responde Clemente con gesto interesado.

—¿De verdad crees que las mujeres rojas se notan en la nariz o en la forma de la barbilla? Me ha costado evitar la carcajada en vuestra cara, ¿sabes?

El muchacho resopla.

—Que quede esto entre tú y yo, ¿vale, Eulalia? Esta cosa del experimento del gen rojo lo veo una pantomima. Pero quizá me ayude a hacer carrera en lo que a mí me gusta.

Lali levanta una ceja, curiosa.

—¿Y qué es lo que te gusta?

—El ámbito sanitario. Querría dedicarme a él. Salvar a los demás, ¿sabes?

La chica asiente. Le ha sorprendido esa respuesta.

—¿No te lo esperabas? —le pregunta él.

Ella contiene, por primera vez, una risita nerviosa.

Será la primera de muchas.

—No, no me lo esperaba —confiesa preguntándose si será cierta esa primera impresión que tuvo nada más verlo; que él no era como los demás falangistas de camisa abierta, de arriba España.

Vuelven a mirarse. Y antes de tomar la puerta de la galería este, con la celda veintitrés al fondo, ella le dice: —Puedes llamarme Lali.

28

Las sonrisas se alternan con gestos nerviosos y con los últimos retoques a esa trenza o a ese recogido preparado para la ocasión. O también al remiendo con el que alguna reclusa ha intentado adecentar el viejo vestido. Todo sea por que la imagen que de ellas se lleven sus familiares —que deben de llevar horas aguardando el encuentro— no sea el de una pobre y hambrienta desvalida en esa breve reunión con la que la vida de la prisión se detiene una vez a la semana.

Juana ha peinado a Lali para la ocasión. Una trenza por detrás de la nuca de la que no se desprende ni un mechón, firme, estable, con la maestría de la peluquera de la Corte.

—Que tus padres te vean bien guapa, amiga —le dijo a la sevillana.

También se lo dijo a todas, a Luisita, a Frigiliana, que no habían de perder la dignidad, que no tenían que mostrarse débiles ni tristes.

—Eso es lo que quieren nuestras carceleras. Eso es lo que quieren los que están haciendo la guerra contra nuestros hombres —arengó a las mujeres.

No solo peinó a Lali, también a Josefa y a Luisita con una cola de caballo. Luego se dirigieron todas a la sala de espera para las visitas, previa a la galería sur del caserón —una angosta habitación en la que se hacinan decenas de chicas— con sus mejores caras y el aspecto más pulcro posible. Todas menos Juana y alguna otra reclusa que tampoco recibía visita.

—La primera fila ya puede salir, venga, ¡aprisa! Tenéis diez minutos, recordad.

Lali aguarda al final de la tercera fila, donde esperan sus compañeras de la celda veintitrés. Los minutos previos son siempre en los que las manijas del reloj parecen contener su avance. Tamborilea con los pies sobre el pavimento. Frente a ella, Frigiliana y Luisita llenan el tiempo de espera hablando a toda velocidad, «¿Y mi Pepe, vendrá en esta ocasión?», atropellándose, «Y papá, ¿qué me habrá traído?», y provocando que de cuando en cuando la funcionaria encargada de vigilar la fila, a la que dicen la Lola, tenga que llamarles la atención.

—O se callan esas reclusas o se vuelven a la celda de vacío.

A Lali, en cambio, no tienen que pedirle silencio. La sevillana contiene sus nervios con gesto serio, rumiando para sí misma qué decir y cómo evitar que las lágrimas broten cuando vea a su madre, a su padre, quizá a su abuela o a sus hermanas.

Además, tendrá que responder a la pregunta que seguro saldrá de boca de su madre, porque es a ella a la que le corresponde hacer siempre las preguntas importantes en su casa: qué ocurrió la semana pasada para que la castigaran.

—¡Las presas de la segunda fila, que se preparen! —grita otra de las funcionarias.

Varios minutos después, un par de funcionarias abren la puerta que da acceso a la galería sur para dejar entrar a las reclusas que acaban de encontrarse con sus familiares. Desde el fondo de la sala de espera, Lali advierte el brillo de sus ojos, cómo ríen todavía o se abrazan entre ellas buscando mantener el calor que se quedó en la galería sur con su padre o con su madre o con su novio. No puede evitar contagiarse de esas sonrisas que revuelan en la sala, como un aroma.

—Como venga mi Pepe, no garantizo yo que no salte a tirarme a sus brazos, ¿eh? Aunque me tengan que moler a palos —bromea Frigiliana.

Durante la primera visita de sus padres, Lali casi no pudo evitar el impulso de cruzar la línea dibujada en el suelo y atravesar el umbral protegido por varias funcionarias que hacen guardia y abrazar a sus padres, que aguardaban tras otra línea.

A ese espacio de en medio lo llamaban tierra de nadie, como si la guerra continuara en el interior de la prisión.

—Reclusas de la tercera fila, ¡vayan preparándose! —oye la voz ronca y áspera de la funcionaria que distribuye los turnos.

Lali respira hondo y se acicala el pelo. A su padre siempre le gustaba cómo le quedaba la trenza.

—¿Cómo tengo la cola? —le pregunta Luisita.

Lali se apresura a recogerle un mechón que se le ha salido.

—Estás guapísima —le dice pensando en Juana, que también peinó a la chiquilla.

La maestra debe de aguardar en la celda veintitrés hundiendo su soledad en la lectura de una de esas novelitas que suele coger de la escasa y anticuada biblioteca de la prisión.

Nunca ha recibido una visita. Lali siempre se ha preguntado por qué.

—La tercera fila, que vaya saliendo.

La puerta entre galerías vuelve a abrirse, y, mientras las reclusas de la segunda fila regresan a la sala de espera, Lali y el resto de las internas de la tercera se disponen a cruzar la puerta. Allí, en la sala alargada en la que se producen las visitas, el rumor de las voces de las familias que aguardan tras la línea blanca de la derecha acalla, por momentos, los gritos de las funcionarias que llaman a la mesura y a la calma a las presas, como buenas hijas, como buenas esposas.

Lali ya sabe dónde suelen ponerse sus padres, al final de la sala, junto a las ventanas que dan al río Guadalmedina. Mira hacia ese bosque de cabezas y voces que intentan alzarse, «¡Aquí, Pepa!», «¡Aquí estamos, María!», hasta que, finalmente, los encuentra. Allí, al fondo, papá, mamá.

—¡Lali, estamos aquí! —le gritan.

La muchacha se abre camino entre las filas de presas que se han situado tras su línea blanca correspondiente. Las separan de sus familias un par de metros y la mala leche de las funcionarias con sus porras, pero no les importa. Comienzan a llorar y a reír y se cuentan noticias y confidencias como si nada ni nadie los rodeara.

Las sonrisas de José y de Mercedes, a un lado de la tierra de nadie, y de Lali, al otro, trazan un puente colgante. Ellos están igual que siempre. Él, abrigo oscuro de grandes solapas, manos en alza; ella, abrigo, pañuelo de motivos florales, besos que restallan hacia su hija.

—¡Papá, mamá! ¡Estáis muy guapos!

El piropo enciende aún más sus sonrisas, el brillo de sus miradas. Durante los primeros encuentros, el griterío de presas y familias apenas la dejaba oír a sus padres. Ahora, a fuerza de hacer oído, puede escucharlos casi a la perfección. Primero ese «¡Gracias, cariño!» y luego la pregunta que Lali espera.

—¿Qué ocurrió la semana pasada, tesoro? —inquiere Mercedes con

las manos entrelazadas—. ¡Nos asustamos mucho!

—¡No fue nada, mamá! —responde la chica—. ¡Una riña que tuve con una funcionaria! ¡No os preocupéis, de verdad! Y las hermanas, ¿cómo están? —pregunta luego apresurándose a cambiar de tema.

José responde alzando su voz honda, «¡Muy bien, Lali!», para luego relatar alguna anécdota de Carmina, que trabaja en la mercería de Justina y está hablándose con un mocito, e Isabel, de quien dicen en la escuela que es tan lista y escribe tan bien como ella, como su hermana Eulalia.

—Carmina vendrá a verte la próxima vez, cariño. Ya sabes que no para de trabajar en la mercería. ¡Y los abuelos te mandan recuerdos! No dejan de decir que, cuando salgas de aquí, te prepararán un banquete de bienvenida.

Al otro lado de la tierra de nadie y de la línea blanca, Lali contiene la emoción.

—Me han dicho que el próximo mes celebrarán tu juicio, cariño —le anuncia José.

Lali asiente. Su juicio lleva semanas retrasándose. No saben, en realidad, cuándo será, pero toda la familia supone que terminará con la liberación de Lali.

—¡No tienen nada contra ti, mi reina! —le había dicho su padre en uno de los primeros encuentros.

No, no sabe cuándo saldrá de prisión, pero ya sabe todo lo que va a hacer cuando lo haga: la fiesta que le prepararán sus padres, la merendola de sus abuelos, la excursión al río con sus hermanas.

Siempre disfrutó de esos momentos, y son a ellos a los que se agarra.

Minutos después, tras la conversación común de siempre, el recuerdo a los familiares que la añoran, alguna anécdota y muchas sonrisas y besos regalados, la funcionaria que aguarda en la puerta de entrada y salida se lleva un silbato a la boca para dar por terminada la visita.

—¡Despídanse, familias! —grita dirigiéndose hacia la línea blanca de la derecha—. ¡Y vayan saliendo, reclusas! —les dice a las mujeres de la de la izquierda.

Tras ello, las funcionarias que custodian la tierra de nadie comienzan a desalojar la sala. Las despedidas vuelan de un lado a otro, las últimas palabras se agarran como a una liana, los últimos besos hasta la semana que viene.

—¡Adiós, papá, mamá! ¡Os quiero!

La espera siempre es demasiado larga y el encuentro demasiado corto.

—¡Adiós, Lali, te queremos!

Las manos dicen adiós. La vuelta de la sala de visitas siempre tiene el regusto amargo de las despedidas, aunque Lali aguarda con la sonrisa puesta durante algunos minutos, aquellos que distan desde que se despide de sus padres hasta que se encuentra con las presas de la próxima fila que esperan su turno para encontrarse con sus seres queridos. Se saluda con algunas. Les desea un feliz encuentro.

—¿Cómo ha ido, Frigi? —le pregunta a su compañera de celda, con la que se encuentra al entrar en la sala de espera.

—¡Muy bien! —exclama la reclusa con una amplia sonrisa—. ¡Ha venido a verme mi Pepe, como yo suponía!

Lali la felicita y estrecha con su mano ese brazo escuálido en el que se notan los huesos, y luego se les une Luisita y más tarde Josefa, así como el resto de las presas de la veintitrés, adonde se dirigen encabezadas por Remedios.

—Ahora creo que dormiré un poco de siesta —dice Luisita de camino a la celda.

Las presas se ríen. No podrá, porque durante el resto del día hablarán y pensarán y rememorarán el encuentro con sus familias, las anécdotas contadas, las historias, las ausencias, los amores.

Al llegar a la celda, la sevillana se sorprende por no ver a Juana, con quien estaba deseando compartir cómo había ido el encuentro con sus padres.

Busca a Remedios con la mirada.

—¿Sabes dónde está Juana? —le pregunta a la funcionaria señalándole al vacío de la estancia, en la que solo hay mantas y ropa y compresas tendidas y libros apilados en la improvisada biblioteca.

La mujer, que echaba mano de la llave para abrir la celda, responde

con el desinterés de quien está a punto de dar un aviso rutinario.

—¿La preñada?

Lali no puede imaginar dónde está.

—Sí, claro. Quién va a ser si no.

La funcionaria lanza un resoplido.

—Puf, creo que se la han llevado las monjas. Por lo visto se ha puesto de parto.

Cuarta parte

Una esperanza

29

Badajoz, marzo de 1972

El primer paso era ir hasta Málaga. Allí, en el archivo de prisiones del juzgado de lo penal, Alba se enfrascó en una tarea faraónica. Durante tres días solo halló silencio, polvo en suspensión —ingrávido, como el habitante de un planeta lejano— y documentos que se repartían por todos esos estantes en los que solo sabía orientarse el archivero, un hombre delgaducho, de pelo cano, gracejo malagueño, amable.

Decía que se llamaba Antonio. Y que ella era la primera investigadora que entraba esta semana. La abogada, antes de nada, le puso al corriente de la historia hasta donde pudo contar.

Que buscaba a una tal Dolores, que trabajó en la prisión de mujeres de Málaga en 1937, donde hoy se sitúa la comandancia de la Policía Municipal.

—Pues a ver si tienes suerte, chiquilla. Pero, te aviso, puede llevarte días —le advirtió el archivero.

Y sí, le ha llevado varias jornadas de investigación. El nombre de Dolores no apareció hasta el tercer día. No le fue fácil encontrarlo, e incluso, en alguna ocasión, estuvo a punto de darse por vencida.

—Esto es misión imposible, caray.

Tal y como le explicó el archivero, buena parte de los empleados públicos de las prisiones durante la Guerra Civil eran falangistas y mujeres de la Sección Femenina a quienes contrataron de forma improvisada ante el aluvión de presos que se hacía en cada ciudad conquistada por el ejército sublevado.

Por lo que, como ella temía, no aparecía el nombre de Dolores en ninguno de los legajos polvorientos hasta que, al fin, obró el milagro y halló el documento que esperaba.

—Creo que lo he encontrado, Antonio —le avisó al archivero emocionada.

Y leyó en voz alta:

—«Relación de funcionarios colaboradores en la prisión de mujeres del Caserón de la Goleta, 1937 a 1941».

Allí, tras un par de páginas amarillentas, encontró el nombre de una tal Dolores Urbina Pérez, natural de Badajoz y perteneciente a la Sección Femenina.

—¿Badajoz? —preguntó Alba en voz alta.

El archivero miró el documento a través de sus gafas, que se apoyaban casi en la punta de su nariz.

—Era muy común —respondió—. Durante la guerra, buena parte de los españoles iba y venía de un lugar a otro huyendo o persiguiendo el conflicto.

Alba pensó en su madre, Juana, de la que iba armando con mayor exactitud las piezas del puzle de su vida. Había nacido en Córdoba, aunque obtuvo plaza como maestra en la sierra de Cádiz y acabó presa en la cárcel de mujeres de Málaga.

Resopló pensando «Cuánto vaivén».

—Puedo hacerle unas fotos, ¿no? —le preguntó al archivero.

Este torció el gesto, hasta que por fin accedió:

—Tendrías que rellenar los permisos, pero… venga, no va a enterarse nadie.

Tras ello, la muchacha dedicó algunas horas más en busca de otra Dolores en aquellos legajos, por si se hubiese dado la casualidad de que coincidieran más de una en la prisión. Pero no apareció ninguna otra.

Un par de días después llamó a Lali.

—Solo he encontrado una Dolores que actuó como funcionaria en la prisión de mujeres de Málaga durante la guerra. Se apellidaba Urbina Pérez y era natural de Badajoz. ¿Te suena de algo?

Lali hizo silencio al otro lado del teléfono.

—¡Puede que sí! —respondió la maestra de pronto con el entusiasmo en su voz—. Acabo de acordarme de algo, pero no sé si es un recuerdo o se lo está inventando mi memoria, que después de tanto tiempo puede ocurrir, ¿eh? Estábamos en el pabellón de maternidad, visitándote a ti y a tu madre. Juana te tenía en brazos. Dolores, que custodiaba la galería, te hacía carantoñas mientras iba y venía de un lado a otro de la sala. Recuerdo que hablábamos de la infancia, de la crianza que nos dieron nuestros padres. Yo mencioné a Mercedes, mi

madre, que en gloria esté. Juana a su madre, es decir, tu abuela, que murió cuando ella tenía quince años. El resto de las reclusas presentes también participó, hasta que también lo hizo Dolores. Me llamó la atención, porque las funcionarias no solían inmiscuirse nunca en las conversaciones de las presas. Y, cuando lo hacían, no era más que para reprimirnos o mandarnos callar. «Mi padre era torero —dijo—, y me crie jugando con mis hermanas en los burladeros de la plaza de toros de Badajoz». Ninguna de nosotras respondió. Todas sabíamos qué había ocurrido el verano anterior en la plaza de toros de esa ciudad, con la masacre perpetrada por los moros de Franco y Yagüe. Yo me apresuré a cambiar de tema, porque lo de Badajoz podía avivar alguna discusión política. Así que sí, es posible que esa tal Dolores Urbina sea la que buscamos.

Alba, expectante, dio un brinco con el cable del teléfono enroscado en su dedo índice.

—¿Qué te parece si paso por Sevilla mañana y te recojo para ir a Badajoz? —le propuso Lali—. Si salgo de casa de mis padres al amanecer, podré estar en tu casa a primera hora de la mañana.

Todavía tenía que acostumbrarse. Ya no era la casa de sus padres, sino la suya.

—Bueno, está bien —aceptó Lali tras unos instantes de titubeo.

Tras ello, Alba colgó el teléfono sonriéndole al recepcionista de la pensión malagueña en la que llevaba dos noches hospedada.

—Esta será mi última noche —le dijo al chico, un muchacho guapo que esbozaba una preciosa sonrisa todas las mañanas.

—¿Conseguiste lo que buscabas? —le preguntó este.

Alba asintió. Fantaseó, como lo había hecho las dos noches anteriores, con insinuarse a ese muchacho, dejarse llevar por sus impulsos, pero se reprimió y buscó la salida rápidamente.

—¡Adiós, Nacho! —se despidió.

Pensó en salir a dar un paseo y en ir a ver —porque ya no tenía excusa— aquello que aún no se había atrevido a visitar: el Caserón de la Goleta, el lugar en el que ella nació y que acogía ahora a la jefatura de la Policía Municipal de Málaga.

Hacía mucho que Lali no viajaba en coche. Tanto que ya no recordaba cómo era ponerse aquello que llamaban cinturón de seguridad. Alba le echó una mano; tiró de la cinta con suavidad y buscó a tientas el mecanismo de sujeción por encima de la mujer.

—No es obligatorio todavía, pero lo será pronto —le explicó tras oírse el clic.

Lali asintió y a los pocos minutos se olvidó de aquella cinta que le cercaba el abdomen. Alba, al volante, dirigía el coche hacia la Nacional 630, que une Sevilla con Mérida. Esta le pidió a Lali que estuviese pendiente del mapa de carreteras que guardaba en la guantera, por si se le pasaba un desvío. Pero luego le dijo que, en realidad, no hacía falta, que conocía bien la carretera.

—Tomaremos el desvío hacia Zafra y, de ahí, la 432 hasta Badajoz. Es más rápido.

A su padre, el conde de Bazán, le encantaba ponerse al volante y dejarse llevar, y Alba prestaba atención a todos los detalles de la conducción de aquel Volvo Amazon que se hizo traer desde Suecia nada menos; la delicadeza con la que giraba el volante, la suavidad con la que metía las marchas en ese motor de cuatro cilindros.

Todavía, al conducir su flamante Seat 600, ve en sus gestos a los del experto conductor que era don Eliseo.

—Como tú veas, Alba. Yo nunca he subido más arriba de Sierra Morena, ¿sabes? —le confiesa Lali con la mano derecha apoyada en el asidero sobre la ventanilla.

—¿No has viajado nunca? —le pregunta Alba.

—Sí, bueno. A las playas de Cádiz, a Huelva y un par de veces hasta Granada. Pero a Clemente no le hace mucho chiste eso de salir de Andalucía, ¿sabes? Dice que más allá de Despeñaperros nos tratan mal. Eso sí, cuando ahí arriba necesitan a un mozo, a un peón o a una criada, ahí estamos los andaluces.

Alba asiente. Piensa de pronto en Felisa, la asistenta andaluza que sus padres contrataron para que cuidase de ella cuando era bebé. También piensa en el mozo de cuadra, por cuyo acento sitúa su origen en Sevilla, Huelva quizá. Cuánta mano de obra originaria del sur de Sierra Morena, que antes pertenecía a señoritos y que ahora nutre a

los pequeños burgueses de Madrid, País Vasco o Cataluña.

A la altura de Zafra, y antes de tomar el desvío hacia Badajoz, las mujeres deciden hacer una parada en el camino para ir al baño y tomar un café. Hacen el alto en una venta de carretera cuyo cartel anuncia que ahí se sirven menús baratos. Lali entra en el aseo mientras Alba aguarda en la barra del restaurante a que el camarero la atienda para pedir los cafés. Este, afanado en limpiar unos vasos sobre la pila del fregadero, no parece tener mucho interés hasta que, con la insistencia de la clase alta —esa arrogancia con la que sus padres trataban al servicio—, Alba grita:

—¡Oiga!

Con lo que, al fin, acaba por llamar la atención del camarero.

Un par de minutos después, el hombre aparece en la mesa en la que Alba y Lali han tomado asiento haciendo equilibrio con un par de tazas humeantes.

—Aquí tienen, señoras. Y disculpen la espera.

Alba, apurada, le hace un gesto de despreocupación y esboza una sonrisa complaciente que el camarero recoge de vuelta a la barra. Luego, asoma a su café y sopla con los labios posados en el borde.

Lali la mira, ensimismada de pronto.

—¿Puedo decirte una cosa? —le pregunta a la chica.

Esta asiente tras dar el primer sorbo. Le encanta el café caliente, que le baje por el esófago el ardor.

—Claro.

—Fuiste la bebé más bonita que he visto en mi vida, Alba.

Lali ha visto a muchos bebés. Los suyos propios, sus tres hijos, los bebés de sus hermanas, los de las vecinas del barrio, recién nacidos de mejillas rosadas, de lanugo aterciopelado, de labios, ojos, nariz perfilados como si de verdad viniéramos del barro. Pero nunca ha conocido un bebé como ella, como la chica que tiene enfrente y que ella misma tuvo en sus brazos.

Ningún bebé como Alba, o como Esperanza, el nombre que salió de boca de Juana cuando, fatigada, jadeante, dio a luz a una niña en la prisión de Málaga.

—¿Estuviste allí? —pregunta la abogada—. En mi nacimiento, me

refiero.

Lali asiente tierna, delicadamente. Sí, estuvo allí, está allí, estará allí. El nacimiento de Alba es uno de esos recuerdos del que nunca ha podido desprenderse, como si estuviera atado a él, a ese torrente de emociones que brotaban de los jadeos intermitentes de Juana, de la voz de sor María pidiéndole que empujara, de la emoción desbordante de las chicas a las que Dolores, la funcionaria, permitió acompañar a la parturienta, Lali, Frigiliana, Josefa.

Está allí ahora, en la enfermería de la prisión, una pierna de Juana aquí y la otra en Pernambuco, sor María asomada al origen del mundo, ellas, las otras presas, a un lado.

—Ya está fuera la cabeza, Juana —le anuncia la joven novicia—. Tienes que hacer un último esfuerzo, ¿vale?

Es la primera vez que la religiosa asiste un parto, pero parece toda una profesional. La enfermera jefe de la prisión, sor Alicia, se había puesto enferma justo el día anterior y no había otra que pudiese hacerlo mejor que ella.

—Venga, Juana, ahora, ¡empuja!

Juana se enciende como una hoguera. Hace fuerza con la garganta, con los músculos, con las venas que se le inflaman en el cuello y en la frente. De entre los dientes se le escapa el grito ahogado de la vida, ronco, cadencioso, «Ajjj, ajjj», mientras sor María le da ánimos y las chicas y Dolores la vitorean con las manos entrelazadas y la emoción contenida.

Alba llegará al mundo envuelta de un rojo viscoso y sagrado.

—¡Ya está, cariño! ¡Un último empujón!

Lali, treinta y cinco años después, sigue oyendo su primer llanto, cándido al principio —como suenan los platillos o los cascabelitos de una charanga—, portentoso después, con todo el vigor de unos pulmones recién estrenados fuera del hogar maternal.

—Nunca vi tanta felicidad en aquella prisión como cuando naciste —le explica Lali a Alba emocionada—. La cárcel fue, de repente, una fiesta. Le costó tenerte a tu madre, ¿eh?, y quizá por ello, cuando naciste, se abrazaron las monjas, las funcionarias y las presas. Luego, ese día nos dieron ración extra de comida y pudimos pasar fuera de la

celda todo el tiempo que quisimos. La vida se había abierto paso y sepultó el rencor. Eso sí, durante unas horas tan solo.

Alba da otro sorbo al café. Nadie le había hablado nunca de su nacimiento, el auténtico. El de mentira era el relato que contaba doña Rosi, de clínica privada que nunca supo precisar dónde estaba, si en Badajoz, si en Mérida, si incluso en Madrid.

—¿Y qué pasó luego conmigo?

Lali mira brevemente hacia el camarero, que se afana por atender a una pareja de turistas que acaba de entrar en el local con cara de no hablar español.

—Que ¿qué pasó? Pues que, como naciste algo prematura y con bajo peso, habilitaron una sala de cuidados intensivos junto a la enfermería para ti y para tu madre, en la que pasasteis tus primeras semanas de vida. A nosotras nos dejaban ir a visitarte cada mañana, y yo nunca vi a Juana tan feliz como aquellos días, cantándote, amamantándote. Yo te sostuve aquí —hace un hueco con sus brazos y los mueve como una mecedora— entre mis brazos, muchas veces. Parecías un angelito. Sor María no dejaba de repetir que eras un regalo de Dios. También Dolores, la funcionaria a la que estamos buscando. Luego, cuando engordaste un poco y se te cayó el cordón, te pasaron junto a tu madre al pabellón de maternidad, donde estaban las presas que acababan de ser madres o habían sido internadas junto a sus hijos pequeños. Ya no os vi mucho más, ni a tu madre ni a ti. Poco después se celebró mi juicio y me dejaron en libertad.

Alba asiente. Apura el café hasta que en la taza solo queda la espuma.

—Y el juicio de mi madre ¿cuándo fue? —pregunta.

—El de Juana tardó mucho más que el mío. Sobre ella pesaban acusaciones más graves, ya que había militado en el sindicato socialista y formó parte del comité que gestionó el reparto de tierras de Alcalá del Valle en el breve periodo que duró la fantasía revolucionaria, entre el golpe de Estado y la toma de la sierra por parte del ejército franquista. La última vez que fui a visitarla a prisión me dijo que su juicio se celebraría pronto. Era agosto y tú ya habías dejado atrás la cuarentena. Estaba esperanzada por salir en libertad,

por que tuviesen piedad por su hija, que ya bastante tenía con crecer sin padre. Un par de semanas después intenté ir a veros, pero ya no estabais, y nadie, por mucho que insistí, me dijo qué fue de vosotras. Algunas me dijeron por lo bajo que habían ejecutado a tu madre. Otras, que la habían cambiado de prisión. Pero nadie me precisaba nada, ni tampoco qué había pasado contigo. Y así fue como perdí la pista de tu madre. Y de ti. Y ¿sabes qué? Con el paso del tiempo creé mi propia versión de vuestra historia.

Calla unos minutos. Siempre imaginó, o quiso imaginar, a Juana con su bebé en el puerto de Veracruz, el horizonte de un México que las acogía como a los españoles que huyeron de la dictadura de Franco. Pensó que quizá Juana habría comenzado a dar clases en algún colegio mexicano a los niños que veía en las películas americanas del Oeste, con sombreros de charro y mariachis.

—¿Qué versión? —pregunta Alba.

Lali se aferró a esa entelequia. Le hizo feliz.

—Pues que seríais libres en algún lugar, no sé, quizá en América.

Alba no responde. Vuelve a sostener la taza de café para dar un largo trago. La embriaga, de pronto, esa nostalgia de la que leyó alguna vez en unos versos furtivos.

La de añorar lo que nunca jamás sucedió.

30

La pensión que Alba ha localizado en Badajoz parece caerse a pedazos, pero está situada en el centro de la ciudad y pensaron que les vendría bien para moverse de un lado a otro de su callejero. Por eso decidieron quedarse en la Pensión Loli, solo que a Loli no han llegado a verla, sino a un tipo llamado Roberto que quizá sea su marido y que parece querer tirarles los trastos a las dos, a cualquiera que pique la caña.

Las habitaciones, eso sí, son confortables, a pesar de tener solo una cama individual, una mesita y un baño compartido para todos los huéspedes.

—Tampoco estaremos mucho tiempo, ya verás —le dice Alba a la sevillana, convencida de que el hecho de conocer los dos apellidos de Dolores es más que suficiente como para localizarla a pesar del paso del tiempo.

Han parado a comer en una taberna junto a la pensión en la que sirven raciones generosas de cocidos y carne y vino de la tierra. Lali escoge el codillo. Alba, que no es gran amante de la carne —hace unos años practicó el vegetarianismo—, se decide por la ensalada de la casa.

—Bueno, ¿y por dónde empezamos a investigar? —pregunta la sevillana.

Pero Lali no sabe que Alba ya ha comenzado antes incluso de llegar a la ciudad.

—Ayer contacté con el corresponsal del diario *Pueblo* en Badajoz, con el que David me puso en contacto. Le pedí el favor de que buscara a Dolores en el listín telefónico de aquí, pero no halló a nadie con sus dos apellidos. Me dijo que era normal, que había barrios enteros de la ciudad que todavía no tenían teléfono particular. Así que me dio una lista de personas apellidadas Urbina. Con Pérez, te podrás imaginar, había cientos de personas, así que solo podemos tirar del segundo apellido.

—¿Y cuántos Urbina hay en Badajoz?

Alba saca una libreta de su bolso y revisa sus notas manuscritas.

—Veintitrés. Pero solo diez lo tienen de segundo apellido, que se distribuyen en cuatro García Urbina, tres Jurado Urbina y otros tres Pastor Urbina.

Lali da un último trago a la copa de vino, apurando el rioja. Responde:

—Es decir, que si Dolores volvió a Badajoz e hizo familia aquí, tuvo que casarse o con un García, o con un Jurado, o con un Pastor.

La abogada asiente y sonríe.

—Así que solo tenemos que llamar a los números que me ha dado mi compañero y preguntar por Dolores. Y, si no damos con ella, habremos venido aquí a perder el tiempo.

La maestra sevillana ríe.

—Bueno, el codillo estaba cojonudo.

De vuelta a la pensión, Alba pide permiso al recepcionista para usar el teléfono. Este acepta, no sin antes soltar un chascarrillo con un gesto de galán impostado que no surte efecto alguno en las mujeres. La joven abre el cuaderno y pone el dedo sobre el número del primer García Urbina mientras con la otra mano comienza a marcar los dígitos en el disco circular del teléfono.

—¿Hola?

Se oye una voz de mujer.

—Sí, hola. Mi nombre es Alba y soy abogada. Buscaba a Dolores Urbina Pérez. ¿Es usted familiar de ella?

La mujer al otro lado del teléfono responde con un escueto «No, no me suena de nada», y la conversación concluye con las disculpas de Alba, que se apresura a tachar de su libreta a los cuatro García Urbina que el periodista pacense le había proporcionado.

—Vayamos por los Jurado Urbina —anuncia bajo la mirada expectante de Lali.

Pero los Jurado Urbina —al teléfono se puso un hombre en esta ocasión— tampoco eran familiares de Dolores Urbina Pérez. No obstante, todo apuntaba a que a la tercera iría la vencida.

—Hay otra rama de la familia Urbina —le dijeron—. Me suena que mi madre tenía una tía a la que llamaban Lola. Quizá sea esa Dolores que buscáis.

Alba, todavía al teléfono, le señala a Lali la tercera combinación de la libreta, la de los Pastor Urbina. Se despide de ese hombre y vuelve a marcar los números con rapidez. Por los nervios, se equivoca en dos de ellos.

Respira hondo y marca el último dígito, el tres. Luego mira al disco girar hasta que al otro lado del teléfono suenan los tonos de llamada.

—¿Diga? —responde una mujer.

Vuelve a hacer la misma pregunta, «Muy buenas, señora…», tras la que hay un breve silencio.

El silencio con el que Alba sabe que ha hecho diana, al fin.

—Sí, es mi madre.

El rostro de Alba se ilumina, aunque todavía queda una última pregunta que confirme que, al fin, han encontrado a Dolores.

—¿Podría decirme si su madre fue funcionaria de prisiones en la cárcel de mujeres de Málaga durante la Guerra Civil?

Otro silencio. Alba mira a Lali mientras aguarda la respuesta.

—Sí —responde la mujer al fin—. ¿Qué quiere de ella?

Alba se pone en pie, hace el gesto de la victoria y da un salto para abrazar a Lali, que tampoco puede contener la alegría.

—Estoy con una vieja amiga de su madre que querría volver a verla —responde cuando puede contener su entusiasmo—. Coincidieron en aquel penal de mujeres. Estamos aquí, en Badajoz, pasando unos días, ¿podríamos ir a visitarla?

Una vez ha oído la explicación de Alba, la mujer parece algo más convencida.

—Vale, está bien. Esta misma tarde si quieren. Mamá suele tomar una infusión a las cinco, en un ratito. ¿Le parece bien que nos veamos ahora?

Alba asiente entusiasmada. Tras escribir la dirección de Dolores, cuelga el teléfono y vuelve a abrazarse a Lali. Luego comprueba que el reloj de pared de la recepción de la pensión marca las cinco menos veinte de la tarde.

—¡Tenemos que darnos prisa!

Preguntan al recepcionista por la dirección que Alba acaba de consignar en ese papel de propaganda turística. Lo pillaron matando el

tiempo ojeando sin mucho interés las páginas de un periódico.

—Si van ligerito, en veinte minutos llegan —les responde este, que se apresura a sacar un mapa de Badajoz de uno de los cajones de su escritorio—. Miren, solo es subir esta calle y todo recto por aquí.

Lali coge el mapa del mostrador de recepción y se apresura a salir de la pensión. Se despiden del recepcionista y caminan aprisa en la dirección que este les ha indicado, con el corazón bombeándole cada vez más rápido, como si quisiera llegar antes que ella.

—Aquí es. Número seis —le anuncia Lali, jadeante, algo más de quince minutos después.

Alba llama al timbre de la puerta de un bloque de pisos. Mientras espera a que abran, comprueba su reloj de muñeca, que marca las cinco en punto de la tarde. Resopla.

Mira a Lali, que hace un esfuerzo por recuperar el aliento.

—¿Nerviosa? —le pregunta con una sonrisa pícara.

La sevillana asiente. Tras varios segundos, la puerta se abre y las mujeres se internan por el recibidor del edificio. Luego suben a la primera planta a través de unas escaleras estrechas. Al llegar al descansillo, comprueban que ya hay una puerta abierta, la B, y una mujer de unos cincuenta años que aguarda bajo el quicio.

Oronda, un vestido largo hasta los tobillos, el recogido artificial que solo puede sostener una buena marca de laca. Con un gesto cortés, las invita a entrar en su casa.

—Pasen, por favor.

Se saludan con dos besos. Dolores vive en un piso pequeño decorado al estilo aristócrata, como si la dignidad fuese una cosa y el dinero, otra.

—Entonces ¿usted fue funcionaria en la prisión, como mi madre? —le pregunta la mujer a Lali.

La sevillana guarda silencio. Mira a Alba con el rabillo del ojo y vacila durante algunos segundos, pensando si decirle o no la verdad.

—Fui presa, señora —se decide por fin—. Pero, ojo, ni mucho menos crea que venimos a recriminarle nada a su madre, Dios me libre.

La mujer agría el gesto.

—¿Cómo que presa? —pregunta para asegurarse—. Mi madre no está para remover cosas del pasado. Creo que lo mejor será que…

Pero Alba se apresura a intervenir.

—Estoy buscando a mi madre, señora. Es posible que la suya, Dolores, sepa qué fue de ella. Déjenos hablar con ella, se lo ruego.

La pacense permanece inmóvil unos segundos que a Lali y a Alba se les hacen interminables.

—Está bien —accede por fin—. Pero, si en algún momento mi madre se violenta, les pediré que se marchen, ¿de acuerdo? Está ya muy mayor. Y nunca quiere hablar de esos temas.

Sus invitadas asienten. Luego las interna por un pasillo recargado con cuadros de pintores de segunda hasta que asoman a un pequeño salón donde, sentada en un sillón orejero, una anciana mira el televisor.

Ella. Dolores.

—Madre, aquí está la mujer de la que le hablé.

La señora gira la cabeza hacia las recién llegadas.

Lali se interna por el salón como si tuviese delante un fantasma. Como si existieran los seres que habitan los dos mundos, el de los muertos y el de los vivos.

—¿Dolores?

Está igual, salvo los años transcurridos en esas arrugas y en el pelo cano.

—¿Q-quién es usted? —le pregunta la anciana con una voz trémula.

La maestra se acerca a ella. Sí, detrás de las arrugas y esa voz trémula descubre la misma mirada, el mismo semblante en su rostro, humano y compasivo, que Lali y Juana encontraron en medio de aquella sinrazón, como si siempre hubiese algo bueno dentro de todo lo malo. Algo bueno, como esa joven funcionaria.

—Dolores, soy Lali. Eulalia Morales. Usted era funcionaria de la prisión de Málaga cuando yo estuve presa —le explica lenta, casi didácticamente.

La mujer no reacciona hasta algunos segundos después.

Da un brinco sobre el sillón orejero.

—¿Lali? —le pregunta como si ella también estuviese ahora delante

de un fantasma.

La sevillana se aproxima aún más. Casi a un palmo.

—Sí, señora. Soy yo.

Y todas, Lali, Alba, la hija al cuidado de Dolores, aguardan a que la anciana se manifieste, quién sabe si para brincar de alegría, quién sabe si para ponerse en pie y echar a la maestra roja de su casa como quien expulsa del templo a unos mercaderes aviesos.

—¿Está bien, madre? —le pregunta su hija.

Hasta que la anciana, de pronto, se manifiesta.

—No me puedo creer que seas tú —le dice a Lali tuteándola como las funcionarias tuteaban a las reclusas de aquella prisión malagueña —. ¿Cómo es posible?

Lali sonríe. Antes de responder, mira brevemente a Alba y luego a la hija de Dolores, que, al oír a su madre, destensa el gesto. De hecho, tras la reacción de esta invita a las mujeres a sentarse en dos de las sillas que rodean una mesa camilla y les ofrece café que, por educación, Lali y Alba aceptan, aunque la primera ya ha sobrepasado su dosis de cafeína diaria con el que tomaron en la venta de Zafra.

—Volveré enseguida —les anuncia la hija de Dolores perdiéndose por el pasillo en dirección a la cocina—. Te dejo con ellas, madre.

La mujer asiente con el meneo palpitante en su cabeza. Quizá tenga algo de párkinson, piensa Lali, que mira a su alrededor hasta encontrar a la antigua funcionaria de prisiones en algunas de las fotografías que descansan sobre los estantes o la cómoda que da soporte a la televisión del salón.

Luego se dirige hacia ella y la coge de la mano.

—Dolores, no vengo aquí para recriminarle nada. Quiero que lo sepa de primeras.

Lleva todo el día aguardando a que este momento llegara, dilatando el instante exacto en el que decírselo. Toma aire. Mira a Alba, a esta joven a la que todavía no ha presentado a la anciana.

—¿Entonces? —le pregunta la mujer.

Lali vuelve a mirar a Alba, que le hace un gesto para que, al fin, lo suelte. La sevillana busca las palabras exactas, con sus vocales, sus sílabas, con las que hablarle a la anciana.

—Vengo a presentarle a la muchacha que nos acompaña, doña Dolores —le dice señalando hacia una Alba que se mantiene en silencio, gestionando los nervios con el tamborileo de uno de sus pies contra el suelo—. Ella es la hija de Juana. Esperanza. A la que tú cuidaste en prisión en sus primeros meses de vida.

Los ojos agrietados y ocultos tras una incipiente catarata se cruzan, de pronto, con el azul intenso de los de Alba.

Los mismos ojos de aquella maestra cordobesa que la mujer conoció en prisión. La madre de esa hija a la que cuidó cuando nació, en aquel pabellón de maternidad.

—Hola, Dolores.

Pero la anciana no dice nada. En su cara se dibuja un desierto. Se lleva la mano al rostro como si contuviera un alud. Mira a Alba buscándole la verdad en los ojos.

Tras unos segundos, asiente, casi sin palabras.

—Ay, Dios mío…

Lali observa cómo se le ha cambiado el rostro. Cómo se ha ido, tal vez, a aquel improvisado paritorio en el que Alba, o Esperanza, vino al mundo.

Fue Dolores la primera en abrazar a Lali.

Fue Dolores la que intercedió por las presas ante Rosaura para pedirle que les dieran algo más de comida y la mañana libre en el patio.

Que había que celebrar la vida viniese de una roja o de una azul.

—¿Cómo es posible? —pregunta la anciana ojiplática todavía.

Alba extiende una mano para acariciar la suya.

—Verá, señora. A mí me adoptó una familia de bien —le explica con unas palabras también medidas, también repensadas desde hacía días—. Al morir mi madre adoptiva, me confesó que mi verdadera madre era una maestra que estaba presa en la cárcel de mujeres de Málaga y que yo nací allí en el año 37. Desde entonces no he dejado de buscarla. He podido encontrar su expediente de depuración del magisterio, pero no he encontrado las actas del juicio que se habría debido de celebrar mientras estaba presa. Ni tampoco un acta de defunción. Esa búsqueda me ha llevado a ella, a Lali, de la que supe

que compartió con mi madre aquellos días de encierro.

Alba hace una pausa y mira a la maestra sevillana.

—Ella vino a mí en busca de respuestas, Dolores —continúa esta—. Pero yo he podido contarle hasta donde sé: que sus primeros meses de vida los pasó en el pabellón habilitado para la maternidad en aquella prisión y que las visité varias veces tras mi puesta en libertad, a Juana y a ella, hasta que una vez me dijeron que ya no estaban allí. Y nadie supo decirme qué ocurrió con ellas.

Dolores sigue guardando silencio cariacontecida.

Tal vez esté allí, en aquella sala de maternidad, entre los berridos de algún bebé, el correteo torpe de algún niño que está aprendiendo a andar y el pecho de Juana, del que brota la leche de la humanidad.

—Así que eres tú. Y te llamas Alba…

Sí, está allí, seguro.

La joven maestra sevillana acaba de dar la noticia de que mañana será libre. Las presas que la rodean, Frigiliana, Josefa, Luisita, han estallado en un radiante júbilo. Incluso Juana, que sigue cansada y exhausta desde que dio a luz, no ha podido evitar saltar de alegría y abrazarse a ella. Dolores, que en ese momento cargaba en brazos a la pequeña Esperanza, también se acercó a Lali para darle la enhorabuena.

Fue la única funcionaria que se lo dijo. Un lacónico «Felicidades».

Tras eso, ambas se miraron y no faltaron palabras para decirse con los ojos lo que Lali no dejaba de pensar.

«Cuida de ellas, por favor».

«Lo haré, no te preocupes».

Alba llama la atención de la anciana extendiendo la mano para tocar su vestido negro de un más que posible luto. Tras ello, la mujer da un brinco, como si volviera a este lado de la realidad.

—¿Qué le ocurrió a mi madre? ¿Logró salir de la cárcel?

La mira, a esa chiquilla que ella ayudó a traer al mundo. Alza su mano y se encuentra con la suya para estrechársela.

—Ojalá pudiese decirte qué le ocurrió a tu madre —responde—. Lo que puedo decirte es que, un par de meses después de que Lali se fuera de la prisión, el tribunal militar la condenó a muerte por su

adhesión izquierdista.

Alba palidece.

—¿A muerte?

Y mira a Lali, en cuyo gesto advierte también una mueca de estupor.

—Así es —asevera la anciana con gesto serio—. Pero pospusieron la ejecución hasta que pudiesen destetarte, ya que naciste prematura y necesitabas la leche materna. Un tiempo después me concedieron el traslado aquí, a mi tierra. Yo estaba en Málaga por el trabajo de mi marido, pero decidimos volver a Badajoz cuando falleció mi padre y tuve que hacerme cargo de mi madre. Así que, de un día para otro, me despedí de mis compañeras. Y ya no supe más de ellas. Tampoco de las presas. Ni de tu madre ni de ti.

La anciana cruza las manos como si orara frente a un Dios misericordioso.

—¿Y ya está? —le pregunta Alba revolviéndose sobre la silla—. Es decir, ¿no supiste nada más de nosotras?

La anciana responde apenada.

—No. Lo siento.

Luego se calla, aguardando a que alguna de las mujeres frente a ella diga algo.

Alba busca la mirada de Lali.

—Es decir, que probablemente mi madre murió ejecutada, pero no puede confirmarlo, ¿no? Vamos, que seguimos como al principio…

La sevillana no tiene palabras con las que responderle y se limita a asentir. De pronto, la hija de Dolores irrumpe en el salón portando una bandeja con los cafés y algunas pastas con pinta de ser caseras.

La mujer comienza a servir en unas tazas de una preciosa cubertería sevillana.

—Bueno, quizá alguien os pueda ayudar —suelta Dolores de repente.

La atención de las mujeres se centra en la antigua funcionaria de prisiones.

—¿Quién? —pregunta Alba.

La anciana carraspea antes de responder:

—Había una monja con la que Juana hizo muchas migas tras dar a luz. Era una chica joven. Una monjita que todavía, si mal no recuerdo, era novicia. ¿Cómo se llamaba?

Lali sonríe y mira a Alba.

—Sor María —responde la sevillana—. Ya te hablé de ella —le dice a la chica.

Esta daba el primer sorbo al café recién servido.

No dormirá esta noche, por la cafeína y los nervios.

—Eso es, sor María. Pues, ¿sabes?, yo iría a buscarla. Como naciste prematura, mucha gente en aquella prisión quiso ayudar a tu madre. Y sé que, cuando yo me fui, ella se prestó a continuar cuidando de ti mientras Juana se recuperaba.

Lali y Alba asienten impresionadas. También la hija de la anciana, que, quizá por primera vez en su vida, está oyendo a su madre hablar sobre los años de la guerra.

—Sí, yo iría a buscarla. Seguro que sabe qué le pasó a tu madre, chiquilla. Siempre pensé que aquella monjita habría hecho lo que fuera por ayudarla.

31

Sevilla, julio de 1937

Volver, marchita, agrietada, llena de recuerdos que le quitarán el sueño, que habitarán un insomnio con el que tendrá que aprender a lidiar; volver, el abrazo de Mercedes, su olor, el picoteo de sus besos como la mamá gorrión que da de comer a su polluelo; volver, la sonrisa encharcada de papá antes de fundirse en sus brazos, sus hermanas correteando hacia ella. Volver.

Volver a casa.

—Ay, mi Lali, mi Lalita, por el amor de Dios.

Han venido la abuela, los tíos, los primos, se han asomado las vecinas por el soportal, aunque sin atreverse a entrar dentro, no vaya nadie a verlas celebrar la vuelta de una maestra purgada. Es un día caluroso de verano y Lali ha vuelto a casa como el Mesías que resucita tras apartar la losa que sepultaba su cuerpo incólume.

—Ay, mi niña, mi niñita, ay.

No por casualidad —quiere creer Mercedes, que ha desgastado las bolitas del rosario entre misterio y misterio— hace unos días fue domingo de Resurrección, el domingo de Resurrección de una Semana Santa inédita en la que las cofradías tuvieron que compartir pasos y enseres para poder efectuar su salida penitencial.

—¿Sabes? La Hiniesta y San Bernardo no pudieron salir —le explica Mercedes a Lali sobre esa Semana Santa que acababa de celebrarse en el primer año tras el Alzamiento—. El Baratillo salió con un solo paso, los Gitanos solo con el de palio y la Macarena lo hizo desde la Anunciación, ¿te lo puedes creer?

La joven da algunos pasos por el pasillo de casa y se asoma al salón. La comitiva, encabezada por su madre, a quien coge de la mano y aprieta con fuerza, va detrás.

—Todo sigue igual, mamá.

No sabía que podía echar tanto de menos ese tacto, el de la mano ruda de su madre, encallecida por la cocina y la costura como solo se endurecen las manos de las mujeres humildes. Mercedes la mira,

luminosa, radiante.

—No hemos querido tocar nada para cuando volvieras, cariño.

Y luego sigue su padre, José.

—Porque sabíamos que tarde o temprano ibas a volver. Que todo terminaría bien.

Fue él quien la esperó a la salida de la prisión para subirla, con la dulzura de sus manos firmes, en una camioneta en dirección a Sevilla. Por el camino, Lali se quedó dormida mirando los girasoles y los campos de cultivo a través de la ventanilla.

Eso era la libertad, pensó luego la chica.

—Claro, papá —responde haciendo un esfuerzo por compartir esa sonrisa de José.

Porque no está segura, en realidad, de si todo ha terminado bien, si la vida no tiene para ella más vueltas de guion, como una película de Hollywood. Tiene pendiente, por ejemplo, recibir la sentencia de la comisión de depuración del magisterio, que lleva meses juzgando a las maestras y los maestros de la República.

Pero no quiere pensar en eso. Da algunos pasos adentrándose en el pasillo de las dos habitaciones del piso, buscando la suya, que comparte con sus hermanas desde que vino a este mundo.

—Tampoco hemos querido tocar nada aquí, tesoro —le explica su madre.

Es cierto, la habitación sigue igual a pesar de que Carmina e Isabelita han seguido con sus vidas; la primera, la vida de una mercera que está a punto de casarse con Julián, su novio de toda la vida; la de Isabelita, la de una adolescente avispada que nunca ha dejado de avasallarla a preguntas, «¿Y el fuego de dónde sale, Lali?». «Y las estrellas, ¿qué hacen ahí arriba?».

Lali duerme en la litera de arriba, sobre su hermana pequeña. Carmina lo hace en el catre al otro lado de la habitación, una estancia pequeña decorada con poco: una cortina de encaje sobre la ventana, un armario por cuyo espacio siempre se han peleado las hermanas y una mesilla de noche que —con su candil y el pequeño altar de estampitas y santos— sirve de separación entre las camas. Lali da un rodeo con la mirada.

Sí, tiene razón su madre. Está igual.

—¿Sabéis de qué tengo ganas? —les pregunta a sus padres, que aguardan bajo el umbral de la puerta—. De tirarme en mi cama a dormir y no despertar en un mes.

José y Mercedes ríen. No hay nada en el mundo que hayan deseado tanto como volver a ver a Lali durmiendo en la que siempre ha sido su cama.

—Pues venga, te dejamos dormir, cariño.

Y vuelven a fundirse en besos y abrazos, también Carmina e Isabelita, también la abuela y los familiares que han venido a recibirla, los besos y los abrazos que tanto ha añorado los meses que ha estado en prisión. Meses que han sido años para ella.

—Descansa, cariño, que ya estás en casa.

Estás en casa. Nunca se había alegrado tanto de hacerlo, de pisar ese lugar recurrente, pero a la vez tan extraordinario.

—Gracias, papá, mamá —dice ya en una rapidísima duermevela.

La puerta se cierra y sobre la habitación se tiñe una oscuridad serena. De la calle llega el ligero ajetreo de esta tarde de abril en la que el calor prematuro ha empujado a la gente a salir de sus casas. No a Lali, que no desearía otra cosa que pasarse aquí dentro los próximos diez o veinte años de su vida. Se tumba sobre la cama, recreándose en la elasticidad del colchón, de unos muelles que la acogen como deben acoger las nubes.

No quiere pensar en nada, pero no lo consigue. A su mente vienen algunas caras de las que se ha despedido en prisión, Frigiliana, Luisita y, por encima de todas, la de Juana, a quien dijo adiós como se despide a un ser amado, con el corazón partido.

Le dio un millón de besos diciéndole, como se desea un milagro:

—Todo irá bien, Juana. A ti también te llegará la libertad.

Y luego acunó por última vez a su bebé, a Esperanza, a quien también colmó de los besos con los que, supuso, habría de colmar ella a los bebés que nacerían de su vientre.

Echada sobre su cama le viene su olor, el olor de la vida que se abre paso sin importar dónde. Luego cierra los ojos y lanza un último suspiro. El sueño le llegará segundos después, porque está exhausta y

porque está en casa, al fin.

Dos, tres segundos después de despertar, con los ojos pegados y el regusto amargo de la saliva, Lali piensa que aún sigue en la celda, dormitando entre sus compañeras y bajo la luz que entra de la ventana enrejada, de la que proviene una suave brisa. Hasta que se incorpora sobre el colchón y mira a su alrededor para atisbar algunas siluetas; la de su hermana mayor, Carmina, que duerme hecha un ovillo en la cama del fondo; la de Isabelita, en la litera de abajo, con el rumor cadencioso de su respiración, al borde del ronquido.

Es noche cerrada y ha debido de dormir más de diez, doce horas quizá. Despereza su espalda, estira los omóplatos y acerca los pies al borde de la cama para bajar al suelo de un salto. Al contacto con el pavimento, un hormigueo la recorre desde la planta de los pies hasta las rodillas. No ha querido amortiguar la caída, como si buscara asegurarse de verdad de que está aquí y no soñando en la prisión en la que ha vivido los últimos meses. Sale de la habitación y se adentra a tientas por el pasillo que conduce al salón. Allí, da un rodeo hasta dirigirse a la cómoda sobre la que se encuentra la radio familiar y abre el segundo cajón para coger un par de folios y una estilográfica. Ella dejó ahí todo el material para que la familia le escribiera a Alcalá del Valle, y lo hizo religiosamente, con la letra cursiva de José —a veces la redondeada de Carmina—, hasta que empezó la guerra y ya no hubo forma de que se comunicaran salvo con los correos clandestinos que Lali logró hacer llegar a su casa.

A continuación, coge una de las velas sobre la cómoda, junto a fotografías de bautizos y comuniones, y rebusca en los cajones hasta encontrar una cajetilla de cerillas. Enciende la luz pequeñita y vibrante y la guía, caminando despacio, hacia la mesa comedor del salón, donde toma asiento frente a los folios.

Toda la casa duerme, pero ella se dispone a escribir.

La carta no llevará destinatario ni remitente, pero sabe cómo hacer para que le llegue a ella. A Juana.

Mi querida Juana:

Te alegrará saber que ya estoy en casa. El viaje fue un poco fatigoso, por los calores del camino y el vaivén de la camioneta, que no dejaba de saltar en las piedras y los baches del empedrado. Pero bueno, todo valió la pena, ya que esta noche he podido, al fin, dormir en mi cama. Creo que he dormido más horas seguidas que jamás en la vida. Aquí todo sigue igual, como si no hubiese habido guerra ni yo me hubiese ido a ningún lado. No obstante, supongo que a partir de hoy, cuando despunte el día (escribo mientras todos duermen), habré de comenzar a construir mi nueva vida, que estará, al menos de momento, lejos del magisterio y de ti.

Ay, mi compañera, ¡cuánto voy a añorar tu presencia! Con las prisas y la poca intimidad que tuvimos en el ala de maternidad del penal, no pude contarte en detalle cómo fue el juicio. Eran tres militares, serios, con cara de pocos amigos, y yo debía de ser la décima o la undécima reclusa a la que veían esa mañana, una detrás de otra. Al entrar en aquella sala preguntaron mi nombre, rebuscaron en sus papeles hasta encontrar mi expediente y, tras una rápida ojeada y la lectura de algunas declaraciones de las que no precisaron procedencia, dictaminaron que yo ya había cumplido condena por mis delitos.

Sí, así fue, como te digo. Por lo visto, decían no sé qué de que Franco había decidido aligerar las cárceles ante el aluvión de presos que estaba habiendo con las conquistas militares del Ejército Nacional.

Seguro que a ti también te llegará, en breve, la libertad. Cómo no iban a dársela a una madre, tanto que se vanaglorian de hablar de respeto al valor de la maternidad. Quiero creer que nos veremos pronto, en Córdoba, en Sevilla, donde sea. Incluso en Alcalá, claro que sí. Porque ese pueblo todavía es el nuestro, el que nos unió.

Quiera Dios que podamos volver a dar clases. Si no es allí, donde sea. Para ello tenemos que esperar todavía al dictamen de la comisión depuradora, que debería de llegar en las próximas semanas, o eso me han dicho. No obstante, no dejo de preguntarme una cosa: ¿qué tipo de escuela nos encontraríamos en caso de volver a nuestra profesión?

Porque no sé si estaría dispuesta a ponerme al servicio de una educación centrada, otra vez, en esos valores de los que hace gala la España nacional, ya sabes, la educación militar y patriótica para ellos y de labores domésticas para ellas, como el ángel del hogar que están obligadas a ser, tal y como repiten las de la Sección Femenina de la Falange. ¡Qué forma de tirar por tierra todo lo conseguido! La Institución Libre de Enseñanza, la Escuela Nueva, las misiones pedagógicas… ¡tanto y que, de repente, ya no vale nada!

En fin, mientras se aclara mi futuro, que no sé muy bien por dónde saldrá, creo que me tocará ayudar a mi madre con la costura o echar una mano a Carmina en la mercería de Justina, porque no puedo quedarme en casa sin hacer nada, ya sabes cómo soy.

De verdad, querida Juana, no sabes cuánto deseo veros pronto fuera de la prisión. Creo que eres la única persona con la que puedo ser sincera del todo. Para ti no tengo secretos. A mis padres no les he contado apenas nada de lo que hemos vivido en prisión. Las vejaciones, los golpes, esos macabros experimentos o aquellos días que pasé en el agujero. Supongo que les contaré más bien lo bueno, o lo poco bueno que me llevo; la complicidad de las presas, cómo pusimos en marcha aquella suerte de escuela, la cercanía que mostraron algunas funcionarias o monjas (pocas, más bien).

Te confieso otra cosa: le rezo a Dios para que podáis salir de ahí, tu hija y tú, más pronto que tarde. Le rezo a pesar de que todavía no sé muy bien qué relación tengo con Él. Espero que esta carta te haga sentir el cariño con el que la escribo y que te ayude a amenizar la espera de tu juicio.

Ah, iré a visitarte la semana que viene. Te llevaré dulcecitos, pipas de girasol y garbanzos torrados, que sé que te gustan.

Con todo mi amor fraternal y deseando que estéis bien y que le des muchos besos a Esperancita.

LALI

32

La mañana entra por la ventana del salón con los primeros destellos de un albor inesperado, hasta el punto de que la luz centelleante de la vela ya no le es necesaria.

Lali no se ha dado cuenta. Mientras se cuela ese destello primario, al que acompaña el piar de los pájaros madrugadores, se afana por releer la carta que le ha escrito a Juana, corregir algunas comas ausentes o sobrantes, reescribir un par de frases.

En la cárcel no había dejado de escribirles a sus padres, y por eso no ha perdido su magnífica pluma, esa que sor Paquita y el resto de las monjas del colegio de San Vicente alababan de la pequeña.

Que iba para escritora, le decían.

Pero ella prefirió ser maestra. Solo cuando da por terminada la carta —rematando el «Lali» con la misma firma que estampó en ese incierto título de maestra del que no sabe si ahora no es más que papel mojado —, se da cuenta de que se ha hecho de día.

El día. El primero en libertad después de tantos en prisión.

—¿Lali?

Tampoco ha sido consciente del ruido de los muelles de una cama, la de sus padres, ni de los pasos tímidos que se dirigían hacia el salón.

Alza la vista. Ahí, bajo el quicio de la puerta, está su madre.

—¿Qué haces levantada, cariño? —le pregunta Mercedes desperezándose, con los ojos pegados y un gesto de extrañeza.

Su madre y esa costumbre de madrugar como si Dios premiara a quien primero ve el día despertar, cuando las calles no están puestas siquiera.

—No podía dormir, mamá —responde la chica, que pone los antebrazos sobre la mesa para ocultar la carta—. Bueno, más bien porque ya había dormido demasiado.

Mercedes ríe.

—Sí, desde la tarde de ayer, querida —responde avanzando hacia ella a tientas—. No quisimos despertarte para cenar. Dime, ¿qué hacías?

Le señala el folio que intenta esconder sin éxito.

—Escribía algo, pero no era nada, mamá.

Su madre se acerca a ella. Huele a aliento mañanero.

—¿Es una carta, Lali? —le pregunta sentándose a su lado—. ¿Para quién?

La chica titubea. Pensó en escribirla mientras todos dormían porque no quería que se enteraran de que quería seguir en contacto con ella, con Juana.

Su padre se lo había dejado claro nada más recogerla de la prisión:

—Ahora tienes que olvidarte de todo lo que se queda aquí, Lali.

Y no quiso mencionar su nombre, el de la maestra cordobesa, pero la chica sabía que se refería a ella.

—¿De acuerdo, Lali?

Pero no contestó a su padre, porque prefirió disfrutar de la brisa que entraba en la camioneta. De la libertad del viento de levante.

—¿Es para ella? ¿Para esa maestra? —insiste Mercedes junto a su hija.

Esta asiente comedida.

—Creo que merece saber que he llegado bien a casa, mamá.

Pero Mercedes tuerce el gesto.

—Ay, Lali, por el amor de Dios…

La muchacha sabe que sus padres piensan que todos los males de esta casa comenzaron cuando ella conoció a esa maestra roja.

—Esa chica no ha traído a esta casa más que desgracias —suelta la madre seria, fruncido el ceño.

También se lo oyó a José una vez. Cómo hablaba de Juana en esos mismos términos.

Que hay que ver cómo acabó convenciendo a su hija de que atravesara la frontera entre la buena y la mala España. Que hay que ver cómo la adoctrinó.

A ella, a su Lali, que venía de un colegio de monjas.

—Ya sabes lo que pensamos tu padre y yo, Eulalia —le dice Mercedes remarcando la sílaba tónica de su nombre, que solo pronuncia así, en su versión larga, cuando algo la enfada—. Que esa maestra, esa Juana, no ha hecho más que traerte males. Males, mi niña.

Se miran. Lali no sabe cómo decírselo.

—Ella no me obligó a nada, mamá.

El día sigue despuntando; sobre la mesa, un rayo de sol ha comenzado a posarse.

—Todo lo que he hecho ha sido porque así lo quise —continúa la chica—. Fui yo. Fue la libertad que me disteis. Las cosas que aprendí en la facultad. Es posible que me equivocara, sí, pero estaba eligiendo mi propio camino, ¿no? De eso se trataba cuando me dejasteis estudiar.

Mercedes chasquea la lengua.

—Quizá ahí estuviera el error, Lali. A ninguna mujer le ha pasado nada en su casa. Y mira lo que te ha ocurrido. Por estudiar. Por saber. Como a todas esas pobres mujeres que estaban contigo en prisión.

Lali no puede contener un gesto de contrariedad. Piensa en ellas, en sus compañeras de la prisión. Algunas también han salido estos días, como Josefa —que no dejaba de hablar de su Manolo, de los besos que le daría cuando se vieran—, como Luisita. Otras, en cambio, se han quedado; aquellas sobre las que pesa un presagio funesto: Frigiliana, sindicalista; Juana, maestra republicana.

Piensa en ellas.

—¿Y de quién es la culpa? No me puedo creer que creas que es mía, que es nuestra. Que es de todas esas mujeres. Tú, con todo lo que te alegraste cuando conseguí mi título de magisterio, el primer título superior de la familia. ¿Lo recuerdas? Aquellos saltos de alegría. Aquel futuro que decías que yo tendría. «Ministra, mi hija va para ministra de Educación». ¿Y ahora me dices que nos atacan, que nos ultrajan por nuestra culpa? ¿Dónde ha quedado todo lo anterior, mamá?

—¿Que dónde ha quedado? —le pregunta Mercedes con la rabia chirriando entre sus dientes amarillos.

—Sí, mamá. Dónde.

Se miran intensamente. La mujer guarda silencio, contrariada.

—Ay, chiquilla, pues te voy a decir dónde. En todas las noches sin dormir, rezándole a Dios para que te trajera de vuelta a casa. En las discusiones con tu padre. En todas las veces que he agachado la cabeza al oír los cuchicheos que hablaban de ti en el mercado o a la

salida de misa. En las homilías en las que don Federico hablaba de cuánto bien estaban haciendo Queipo de Llano y Franco en su sagrada misión de purgar el país de los malos españoles. En todas las veces, Lali, en las que me pregunté si tú eras una de esas malas españolas. Tú, con lo buena que has sido siempre. ¿Pues sabes qué? Ahí se ha quedado mi alegría, mi niña. Ahí.

Al hablar le brota de sus ojos el charco indómito de unas lágrimas.

Se callan. Lali no sabe qué responder. Siempre admiró de aquellas personas como Juana la capacidad para encontrar las palabras precisas en el momento oportuno. Se limita a extender una mano y acariciar el antebrazo de su madre, cuya mirada titila como esa lucecita de la vela que ya no tiene razón de ser, por el sol del amanecer.

Tras unos segundos, Lali consigue hablar.

—Sé que lo habéis pasado muy mal, mamá. No sabéis cuánto lo siento, cuánto me martirizo por ello. Y también cuánto siento todos los errores que he cometido. No, quizá no tendría que haber vuelto a Alcalá del Valle. Pero yo solo me limité a ejercer mi libertad, y hay gente que se niega a comprenderlo. Que las mujeres podamos ser autónomas e independientes. Que podamos realizar un trabajo o, no sé, hacer política. Sí, hay mucha gente a la que no le gusta eso. Esa misma gente que ha hecho esta guerra para no perder sus privilegios. Los privilegios que han tenido siempre.

Ahora es Mercedes la que no sabe qué contestar. En su rostro se atisba una expresión austera y sombría. Tal vez esté pensando que sí, que los rumores al salir de misa eran ciertos, que su hija es una roja y que ella ha tenido la culpa por mandarla a estudiar donde todas aquellas chicas que se maquillaban y se peleaban como hombres.

—Hablas como ellos, Lali. Como los rojos. ¿Eres uno de ellos?

Lali lanza un bufido.

—Yo qué voy a ser roja, mamá. Yo soy yo. Yo y mis ideas. Lo peor que ha ocurrido en este país es que nos pongamos etiquetas. Y vuelvo a decirte, aquí nadie tiene la culpa de todo lo que me ha pasado.

Vuelven a encontrarse en los ojos de la otra. De pronto, Lali sonríe con la misma sonrisa de la niña que quiso leer todos los libros que

había en la librería de viejo del barrio.

—Pero vosotros me disteis la libertad, mamá. No habérmela dado.

Mercedes hace el vano intento por secarse las lágrimas con la manga de su camisón.

Piensa que sí, que Lali tiene razón. Pero es una mujer orgullosa y siempre le costará aceptar algo así.

Que la culpa, si fue de alguien, es suya.

Que la libertad tiene sus consecuencias.

No hay palabras, solo el baile de una madre y una hija. Un abrazo, el calor de un gesto que no necesita palabras para decirse que se quieren como no hay otro amor en el mundo. Y no se han dado cuenta, pero, como un intruso furtivo, la mañana ya ha entrado en todo el salón.

Tras Lali y Mercedes, Carmina será la primera en levantarse. A las nueve debe abrir la mercería de doña Justina y la chica aprendió a ser puntual, como su padre, José, lo era siempre en la tabacalera. Tras ella llega Isabelita. José, en cambio, tiene hoy el día libre y remolonea un poco más en la cama, como lo deben de hacer los marqueses.

Lali ayuda a su madre a preparar el desayuno tras guardar la carta que le ha escrito a Juana en uno de los cajones de la cómoda. Irá más tarde a buscar al tipo que sigue siendo el enlace entre la España nacional y la roja, esta última cada vez más minúscula. Se llama Cristóbal Jiménez, pero le dicen el Gorrión.

A saber dónde estará ese tipo ahora.

—Suerte que aquí seguimos teniendo café —le explica Mercedes en la cocina mientras pone la cafetera sobre el fuego—. Dicen que en Madrid lo han sustituido por achicoria por la escasez, ¿sabes?

Lali bromea con un gesto de repulsión y arruga la nariz. De pronto, mientras se afana en cortar las rebanadas de pan de ayer para servir en el desayuno, Carmina aparece por detrás y la rodea con sus brazos, dejando caer su cabeza sobre la espalda de su hermana.

—Cuánto te he echado de menos, hermanita —dice.

Tras ella viene Isabelita, esa adolescente pizpireta, con sus saltos y la alegría desenfrenada de quien no ha conocido todavía los límites

del mundo.

—¡Y yo también, Lalita! —exclama reclamando el hueco en el abrazo de su hermana que ha dejado Carmina.

Al otro lado de la pequeña cocina, Mercedes contempla a sus mujercitas con una sonrisa. La cafetera comienza a silbar como un sereno, y la mujer la retira aprisa del fuego.

—Isabel, ve a despertar a tu padre —le pide a su hija pequeña.

Esta refunfuña, pero acaba por obedecer. No obstante, no termina por cumplir su cometido.

De repente, dos golpes en la puerta de la calle la frenan. A Mercedes le vienen de golpe todos los miedos juntos.

—¿Quién será tan temprano? —pregunta pálida.

—Ay, mamá —se apresura a decir Carmina quitándole hierro al asunto—. Será Eloísa, que me dijo que me dejaría un recado para doña Justina.

La hermana mayor sale de la cocina y hace a un lado a Isabelita, que aguardaba al otro lado de la puerta. Tras ella va Mercedes y luego Lali.

Por eso Lali es la última en verlo.

Un ramo de flores, con rosas rojas que dicen «Te quiero» con la preciosa forma de su capullo redondeado.

Un ramo de flores y, detrás, una cara que solo ella reconoce.

—¿Clemente? ¿Qué haces aquí?

Pelo repeinado, cara de galán, porte enhiesto, pero, al abrir la boca, un temblor mortecino, inseguro, juvenil.

—Ho-hola, La-lali.

Las miradas de las mujeres se giran, todas, hacia la hermana mediana, que de pronto no sabe dónde meterse. Le vuelve a preguntar.

—¿Qué haces aquí?

Le recriminará toda la vida la vergüenza que le hizo pasar.

—Dis-disculpad la hora temprana, familia —responde el chico con una voz grave e impostada—. Pero no podía es-esperar más. Vengo a darte esto.

Extiende el ramo de flores hasta hacérselo llegar a Lali, quien, tras

un ligero titubeo, lo acepta y se lo acerca a la nariz en un gesto natural.

—Y también a hablar con tu padre si es posible —continúa Clemente.

Son rosas frescas que huelen a una promesa.

—¿Con mi padre? —pregunta la chica extrañada.

La promesa de un amor eterno, de tres hijos correteando en el suelo moteado de un piso de extrarradio, de vacaciones en la playa de Rota, de facturas, de bailar pegados en las verbenas de Santa Ana.

—Sí, con tu padre. Querría pedirle permiso para cortejarte.

33

Penal de mujeres de Málaga, agosto de 1937

Delante de ella, un abuelo sostiene la mano de su nieto. Lali lo mira curiosa. El chiquillo casi no ha movido un músculo desde que hace una hora comenzaron a conformar la fila que a esas alturas de la mañana ya da la vuelta al edificio de la prisión.

El calor aprieta, aunque Málaga no es Sevilla y la brisa que viene del puerto aligera esa sensación sofocante que parece emanar aire del interior de una hoguera.

El niño resopla.

—¿Cuánto queda, abuelo? —pregunta con su raya a un costado de la cabellera, repeinado como un figurín.

El abuelo lo mira y, con un simple gesto, levantando la palma de la mano, le pide que tenga paciencia. Luego acaricia el rostro del nieto y le sonríe con la dulzura con la que se deben de acariciar los querubines de un cuadro barroco.

—Ya queda poco, tesoro —promete con una voz ronca y agrietada.

Es la segunda vez que Lali viene a ver a Juana. La segunda vez que hace fila y afronta la visita semanal de las presas desde el otro lado de la barrera, como quien ahora es torero y no toro en una corrida. De hecho, cree reconocer a algunas de las personas de más adelante o de más atrás de la fila; esa mujer que quizá venga a ver a su hija; esos chicos jóvenes, casi adolescentes, que parecen querer visitar a su madre.

Se pregunta si alguno de ellos viene para ver a las presas de la celda veintitrés de la galería este. Si quizá este abuelo o su nieto vienen a ver a Frigiliana, a Angustias, a Elvira, mujeres, madres, hijas acusadas de poseer el gen rojo que ese médico psiquiatra había anunciado descubrir tras sus investigaciones en la prisión.

—¡Todo el mundo ordenado y en silencio! —se oye la voz de una funcionaria desde la entrada al penal—. La documentación y los paquetes a la vista, ¿eh?

El niño, delante de Lali, se revuelve nervioso, con la mano fija en la

de su abuelo. Este, con la otra mano, sostiene un paquete anudado con cuerda de enea. Lali también lleva el suyo, en el que metió todo lo que pudo comprar en el ultramarinos de don Marcial —ese en el que lleva comprando desde que era una niña—. Garrapiñadas, chacina de cerdo, una cuñita de queso, pipas…

Sabe que Juana lo disfruta como una niña pequeña. Lo sabe bien.

La fila comienza a moverse. Minutos después, Lali llega al puesto de control. La funcionaria —que no parece reconocer a la antigua reclusa — revisa el paquete y comprueba su cédula de identificación, que anuncia que viene a visitar a Juana Ochoa y a su hija, Esperanza.

Solo entonces, al decir esos nombres, la funcionaria —a la que llaman la Coja, pues anda con el vaivén de un barco a la deriva— levanta la vista y la reconoce.

—¿Eres tú?

Lali asiente.

—¿Cómo están las dos? —le pregunta esperando de la funcionaria falangista una respuesta, que se da con un simple «Bien» que enuncia sin tan siquiera levantar la vista del documento de identificación de la sevillana.

—Entrarás en el tercer turno. Ya sabes, diez minutos.

Lali asiente. Luego se apresura a continuar en la fila para no quedarse atrás o tener que pelearse con alguien que quiera colársele para entrar antes en la sala de visitas. Vuelve a situarse detrás del abuelo y su nieto, a quienes también han ubicado en el tercer turno.

A los del primero y el segundo ya han comenzado a pasarles al interior de la galería. A ellos les toca volver a hacer cola, porque visitar a alguien en una prisión franquista no es más que un largo ejercicio de espera, de horas de pie, haciendo fila de un lado a otro por la simple recompensa de diez minutos a dos metros de tu ser querido.

—Todo esto lo hacen para desmoralizarnos —le dijo una vez una de las mujeres que hacía cola para visitar a su hija—. Para que desistamos y no vengamos más. Pero por mis muertos que no lo van a conseguir. A *jartible* no me gana nadie, chiquilla.

Eso sí, el tiempo de espera da para largas conversaciones que no

suelen ahondar en temas políticos por el miedo a que alguien esté poniendo la oreja. Lali ha comenzado a hablar con el abuelo sobre el tiempo, que ya a esta hora de la mañana les deja un sol ardiente. El hombre y su nieto vienen desde Motril para visitar a la madre de este, Coral, que está presa en la galería oeste.

Lali observa el porte del hombre, erguido, altivo, con esa dignidad de los pobres no avergonzados de serlo. Lleva sombrero, y Lali piensa que quizá lo cambió hace poco en lugar de una gorra o una boina, que eran los atuendos republicanos que sustituyeron a las chisteras o los sombreros burgueses que han vuelto a ponerse los hombres de las ciudades tomadas por las tropas franquistas.

«Ganar o perder la guerra es ponerse o quitarse un sombrero», pensó una vez cuando al caminar por la Sevilla nacional volvió a ver las cabezas de los hombres cubiertas por fedoras o bombines.

—¡Ya nos toca, abuelo! —exclama el niño de pronto, acallando la conversación de este y Lali sobre lo tortuoso de los viajes en camioneta, «con esos baches con los que es imposible coger una postura cómoda».

La puerta que da acceso a la galería de visitas se abre y deja salir al segundo grupo que acaba de realizar su visita. Luego se oye a una de las funcionarias, «¡Tercer turno, adelante!», arengando a las decenas de familiares que aguardan detrás de la puerta para verse con sus seres queridos.

El grupo se adentra en la sala de visitas y se dispone a lo largo de la línea blanca de la derecha. Lali se apresura a colocarse frente a las ventanas enrejadas que dan al exterior, donde se encontró con Juana durante la visita anterior y donde supone que volverán a verse ahora.

La última espera se prolonga un par de minutos. Otra de las funcionarias abre la puerta frente a la línea de la izquierda —la que conduce al interior de la prisión— y las presas empiezan a entrar en la sala con paso ligero. De repente, estalla el jolgorio de saludos y voces y aspavientos que intentan llamar la atención de las reclusas ante las prisas por compartir esas breves palabras que no podrán superar los diez minutos.

—¡Aquí, Juana!

Lali aguarda hasta que, al verla, le hace un gesto con las manos. Ahí está Juana, que ha salido de las últimas, con Esperanza entre sus brazos, tranquila a pesar del rumor incesante de las voces.

—¡Hola, Lali! —la saluda Juana con la punta de los pies sobrepasando ligeramente la línea blanca de la izquierda—. ¡No te esperaba hoy!

Una de las funcionarias, la que custodia la tierra de nadie, le hace un gesto para que se retrase ligeramente. «Esos pies, reclusa».

—¡Ya tenía ganas de veros, Juana! —exclama sonriente.

Al verla, Lali piensa que es increíble cómo le ha sentado la maternidad. A pesar del racionamiento, del poco descanso y de la falta de comodidades, Juana luce un aspecto saludable y lozano. Lleva el pelo recogido en una graciosa coleta, la misma camisola fresca de todas las presas, sonrisa, los ojos azules radiantes.

—A ver, enséñamela, ¿cómo está Esperancita?

La cordobesa gira a la bebé, cuyos ojos despiertos miran hacia las presas que la rodean. Lali le hace un gesto, «¡Cucú!», hasta que logra, a pesar de la distancia, arrancarle una pequeña sonrisa.

—¡Qué grande y qué guapa está!

Se reprime de decirle a Juana que casi no puede contener el deseo de dar un par de pasos al frente y acercarse a ellas. Pero sabe que el castigo no vendrá hacia ella, sino hacia su amiga. No pocas veces acabaron algunas reclusas en el agujero por culpa de un familiar que se sobrepasó en la sala de visitas.

Pero el deseo está ahí, palpitando en sus músculos. La pulsión de abrazarlas, de colmarlas a besos.

—¿Y qué tal, cómo va todo por aquí? —pregunta Lali tras una breve pausa.

Juana vuelve a colocar a Esperanza en el hueco de sus brazos y al calor de esa sabanita ligera que la cubre.

—Por aquí no pasa el tiempo, Lali. Ya lo sabes. Todo sigue igual. La pequeña ya sonríe y se relaciona con el mundo, como has visto. A las del ala de maternidad las tiene loquitas. Incluso a las funcionarias, ¿sabes?

Lali asiente bromeando.

—Si hereda la sonrisa de la madre, se pondrá el mundo por montera.

Las voces que rodean a las mujeres se acrecientan ante el avance del breve turno de visita. Tantas cosas por decir. Tan poco tiempo.

—¿Y a ti cómo te va? —le pregunta Juana—. ¿Cómo está la familia?

Lali querría contarle largo y tendido como lo haría en la comodidad de uno de los cafés que rodean la plaza Nueva y que siguen sirviendo a aquellos para los que la guerra no ha sido más que un breve parón.

Sentarse y contarle, por ejemplo, que acaba de recibir la carta con el pliego de cargos en el que la Comisión Depuradora del Magisterio de Sevilla la acusa de irreligiosidad en su breve experiencia como maestra, de simpatizante del Frente Popular y, por último, de desafección al Movimiento Nacional.

—Pues no puedo quejarme, Juana. Por casa va todo bien —miente.

Ahora se encuentra terminando de redactar ese escrito de descargo con el que debía defenderse de las acusaciones y para el cual la comisión le daba el plazo de diez días naturales. Pero no le harán falta más que un par.

—Bueno, hay algo que me ha llegado a casa… —confiesa finalmente intentando bajar la voz para que nadie de entre los familiares que la rodean pueda oírla.

—¿El qué? —pregunta Juana inclinándose hacia la tierra de nadie para oírla mejor.

—Pues la carta de la comisión depuradora del magisterio —responde Lali—. Me acusan de varias cosas, ¿sabes?

Juana agría el gesto al otro lado de la línea de la izquierda.

—Bueno, sabías que iba a llegar, ¿no? Yo también la recibí hace unos días. No me ha sorprendido nada de lo que dice. Y a ti, ¿de qué te acusan?

Lali se lo explica a pesar de la dificultad de la distancia y las voces que gritan a su alrededor. Para responder a todas esas acusaciones ha preparado una respuesta formal, prudente y piadosa, con la pulcritud de su letra de colegio de monjas.

El redondeo de las «oes», el rabillo de las «aes», el serpenteo de las «eses».

—Me han dado diez días para contestar —concluye su explicación —. Como a ti, supongo.

Para defenderse de esas acusaciones, Lali ha contado con el testimonio de la directora de su colegio de monjas, que ha asegurado en un escrito, en nombre de las maestras de la escuela, que la chica fue una alumna modelo y una cristiana devota.

Mercedes confía en ese alegato como quien se encomienda a un milagro.

—¿Quién va a desconfiar de la palabra de unas monjitas? —le dijo la mujer a Lali tras conseguir, como una victoria, que sor María Luisa accediera a aquel favor.

Esperancita ha empezado a llorar. Juana se apresura a moverla al vaivén de una nana que, tras unos segundos, consigue calmar el llanto de la bebé.

—Para elaborar el informe de acusación la comisión suele investigar en el entorno laboral de las maestras —le dice Juana a Lali tras comprobar que Esperanza se ha quedado dormida—. Habrán reunido los testimonios de Alcalá del Valle, tanto para ti como para mí. A saber a quién han preguntado.

Lali asiente. En realidad, tanto la maestra cordobesa como ella saben bien cuál es la respuesta a la pregunta. Los de esa comisión habrán preguntado al cura del pueblo, don Saturnino, y a los feligreses de la parroquia, como Puri o Javier, quienes seguro que habrán dicho que a las maestras no se las solía ver por misa.

—Quizá puedas preguntar en el pueblo —sugiere Juana—. Es posible que quede alguien que pueda testificar a tu favor. Cuando yo salga de aquí, quizá lo haga.

Lali arquea las cejas estupefacta, como si le preguntara si ella cree de verdad que algún vecino se prestará a ayudarlas, tal y como están las cosas. La propia Juana se da cuenta de su sandez.

—Aunque, bueno, no, no lo creo en realidad —se corrige—. Bueno, Lali, tú haz lo que puedas. A fin de cuentas, ¿en qué escuela querrías seguir dando clase? —Calla un momento para comprobar que la funcionaria que vigila las filas se encuentra al otro lado de la sala, reprimiendo a unos familiares que han intentado tocar a una reclusa

—. ¿En la escuela de los niños patriotas y las amas de casa? ¿Una escuela sin poesía y sin pensamiento crítico? Yo no sé si quiero seguir siendo maestra en esa escuela. No al menos con una España en manos de estos.

Lali también mira hacia esa funcionaria, que le ha dado un par de garrotazos con la porra a esa reclusa de la que cree saber su nombre, Margarita. Sí, Juana tiene razón. ¿De veras quiere seguir siendo maestra en una escuela tan alejada de todo lo que ella aprendió en la Normal? Chistea y decide cambiar de conversación a sabiendas de que no debe quedar mucho tiempo de visita.

De pronto, recuerda que también hay algo que quiere contarle a Juana, lo de ese chico y el afán que de pronto ha mostrado por conocerla.

Suspira.

—Ay, ¿sabes una cosa? Hay un chico que está detrás de mí. No es nada serio, por ahora, pero es bueno conmigo.

No ha podido evitar ruborizarse al confesarlo, con el precioso hoyuelo de su mejilla izquierda y el brillo de una mirada juvenil. Juana ríe.

—¡Anda! ¿Y quién es él?

Lali vuelve a mirar a su alrededor, porque sabe que alguien puede reconocer el nombre que está a punto de revelar. El del chico que estuvo aquí hace unos meses.

—No me vayas a abroncar, ¿eh? —previene a Juana, que se mantiene expectante al otro lado de la tierra de nadie—. Es Clemente. ¿Lo recuerdas? El chico que ayudaba al médico que vino a hacer los experimentos del gen rojo. Pero, ojo, él no tiene nada que ver con ese tipo. Ya lo ha dejado, porque no comparte nada de lo que hicieron aquí.

Juana asiente sorprendida.

—¿No era falangista? —pregunta.

Lali sabía que su amiga iba a salir por ahí.

—Se afilió a las juventudes para salir de su pueblo —lo excusa con una respuesta que tenía preparada de antemano—. Es buen muchacho, Juana. Me trata bien y en mi casa ha caído como del cielo. Mis padres

están encantados, ¿sabes? Mi madre no deja de repetirme que tengo que casarme y fundar una familia. Si no puedo dedicarme a la docencia, ¿qué otra cosa podría hacer?

De pronto, un silbato y luego la voz de la funcionaria se oye por encima del bullicio.

—¡Vayan terminando, reclusas!

En torno a las chicas, el resto de las presas y los familiares se apresuran a terminar los temas de los que hablaban. No obstante, Juana, tras las últimas palabras de Lali, se ha quedado muda, como si no pudiese contener un gesto de decepción.

—Qué ibas a hacer, sí —susurra negando con la cabeza.

Lali ha podido leerle los labios, así como el fiasco de sus ojos azules. Vuelve a cambiar de tema, incómoda.

—Por cierto, ¿sabes algo de tu juicio, Juana?

La funcionaria que controlaba el tiempo de la visita vuelve a hacer sonar su silbato.

—Debe de estar al caer, o eso dicen. Confío en que me permitan criar a mi hija —sonríe mirando hacia Esperanza y el gesto sereno de su carita.

Presas y familiares se dicen los últimos adioses; los últimos «Te quiero».

—¡Todos afuera, vamos!

Lali y Juana se despiden con las manos, con besos tendidos en hilos invisibles.

—¡Cuídate, Lali!

La sevillana no puede saberlo, pero ya no volverá a verlas.

—¡Todo irá bien, Juana!

Esa sonrisa y ese gesto sereno de la bebé más bonita del mundo será a lo que Lali se aferre cuando, año tras año, década tras década, el recuerdo de ambas comience a desvanecerse.

34

Señorío de Bazán, Ciudad Real, abril de 1972

El teléfono la despertó con un martilleo en la cabeza. Tenía resaca. Segundos después, Felisa llamó a la habitación para decirle que tenía una llamada esperando. Alba se puso en pie y le hizo un gesto a David, que también se había despertado. Caminó tambaleándose y abrió la puerta para preguntarle a Felisa por la persona al otro lado del teléfono.

—Es Lali, la maestra de Sevilla.

Al oír su nombre, Alba corrió al salón, expectante por conocer qué tenía que decirle la mujer. Anoche celebró su treinta y cinco cumpleaños en una fiesta íntima: su marido, los amigos de Madrid y unos primos por parte de madre. El recuerdo de la condesa, recién fallecida, todavía estaba latente. La falta de hijos de la cumpleañera también, como cada año que pasaba. Alba y David habían aprendido ya a no preocuparse por ello, a centrar su vida en otras ambiciones; el trabajo, los viajes, los encuentros de sociedad, como si su vida se hubiese quedado paralizada a los veintitantos de un matrimonio que pintaba a infértil, como un precioso árbol al que al final no le crecen ni manzanas ni higos ni peras.

—¿Sí? ¿Lali? —pregunta rascándose la coronilla de una cabellera alborotada.

—¡Hola, Alba! ¡Hemos dado con ella!

Pero la chica no sabe todavía de quién le hablan.

—¿Con quién?

La casa está serena tras la juerga que terminó hace tan solo unas horas.

Felisa, mientras, se afana por ponerlo todo en orden.

—¡Con sor María! —exclama la sevillana.

El rostro de Alba se ilumina de pronto.

—¿Cómo? ¿Con la monja?

—¡Eso es! No sé cómo no caímos antes. Hace unos días, al repasar en la cama el encuentro que habíamos tenido con Dolores, Clemente y

yo nos dimos cuenta de algo: la congregación religiosa a la que pertenecía sor María, encargada de labores de asistencia religiosa en la cárcel de Málaga, es la misma que se encuentra en el hospital en el que él trabaja. Mismos hábitos, mismas consignas, mismos fundadores. ¡Las Hijas de la Caridad!

Alba asiente. Cree haber oído hablar de ellas.

—En el hospital son una decena de monjas cuya labor principal es la asistencia a los enfermos, sobre todo a los crónicos o a punto de morir —continúa Lali—. Así que Clemente lleva dos días indagando entre las hermanas sobre aquella monja joven que conocí en el penal de Málaga. Por si les sonaba de algo. Y no ha sido fácil, ¿eh? Porque me dirás tú cuántas sor Marías puede haber por toda España, carajo. Pero bueno, se fue directo a las más veteranas, porque las monjas jovencitas no creíamos que supieran decirle mucho. Y tras preguntar a sor Francisca, a sor Gertrudis y a la directora de la comunidad, sor María Luisa, al fin saltó la liebre. Fue esta, la superiora, la que le puso en la pista de una tal sor María que, según recuerda ella, era muy jovencita cuando, en torno al primer año de guerra, la trasladaron del penal de Málaga al colegio de San Vicente de Paúl de Jaén, donde comenzó a dar clases como maestra.

Alba asiente, sorprendida ante la repentina capacidad investigadora del matrimonio.

—¿Y estás segura de que es ella? —pregunta.

Al otro lado del teléfono, Lali asiente con entusiasmo. A pesar de la distancia, Alba casi puede ver su sonrisa dibujándole un surco de arrugas.

—¡Estoy casi segura! Cuando me lo dijo Clemente, supe que tenía que ser la que buscamos. Una sor María que dejó las prisiones para dar clase solo podía ser aquella monjita joven que conocimos tu madre y yo.

Alba le sonríe a Felisa, que se ha parado junto al teléfono al ver el entusiasmo con que la joven escucha a Lali.

—¡Pues vamos hoy mismo para allá!

El colegio de San Vicente de Paúl se fundó en una zona humilde de

Jaén para servir a los barrios pobres de San Juan y la Magdalena. Nació a finales del siglo xix como una escuela de párvulos y años más tarde continuó bajo la dirección de las Hijas de la Caridad, que se hicieron con la propiedad de la obra a petición del obispo de la diócesis. Desde entonces, una decena de hermanas administra la escuela y compagina la enseñanza reglada de los niños con cursos donde se enseña mecanografía, bordado y corte y confección a chicas del barrio.

—Es aquí, ¿no?

Tras varias vueltas por un trazado urbano sinuoso, y siguiendo las indicaciones de algunos lugareños, «¿El colegio? Sí, busque la iglesia de Santa Catalina y lo tendrá enfrente», han logrado dar con él. Alba siente las miradas extrañadas de algunas de estas personas, sorprendidas ante la imagen de dos mujeres en un coche y ningún hombre al volante. Al estacionar el Seat 600 en la angosta plaza que precede a la escuela, Lali levanta la vista tras la ventanilla y mira hacia la fachada de ladrillos rojos, donde en un letrero reza COLEGIO SAN VICENTE DE PAÚL.

—Sí, aquí es —asevera la mujer.

Alba la había recogido a las nueve de la mañana de este día soleado. Ya tenía el depósito lleno, por lo que solo tuvieron que parar una vez, para un café y una breve visita al servicio. Al salir de Sevilla tomaron la S-15 en dirección a Lora del Río, el punto intermedio para llegar a Córdoba, y de ahí tomar la Nacional IV. Solo faltó un último desvío, que Lali señaló a la conductora siguiendo el recorrido del mapa de carreteras, el de la N-432 en dirección a Jaén.

—Vamos allá.

Lali abre la puerta y se apea del vehículo. Vuelve a mirar hacia la fachada preguntándose si estará ahí dentro sor María, cuyas manos ayudaron a nacer a la chica que la acompaña. La embriaga una mezcla de expectación y miedo; está deseando encontrarse con ella, pero no sabe si está preparada para vivir el momento.

—¿Tendremos suerte? —le pregunta Alba ayudándola a cruzar los escasos metros que distan para atravesar la puerta del edificio.

Lali sonríe y ahoga con ese gesto afable su torrente de emociones.

—Y, si no la tenemos, seguro que podrán ayudarnos —responde.

Cruzan la entrada de la escuela y suben unos escalones para asomar al pequeño recibidor, donde imágenes de Cristo y María se alternan con mensajes con llamadas a la santidad y al servicio. Lali siente, de pronto, que este lugar le es familiar, porque todos los colegios religiosos de España se parecen en algo, por mucho que varíe la congregación que los sustenta. Una religiosa con hábito blanco las saluda tras el mostrador de recepción.

—¿En qué puedo ayudarlas?

Esboza esa sonrisa cordial que algunas monjas parecen haberse cosido a la cara de por vida cuando hicieron su promesa.

Es Alba la que toma la iniciativa. Se acerca al mostrador, seguida de Lali.

—Buenas tardes. Queríamos preguntar por una religiosa que creemos que da clase en esta escuela. Se llama sor María.

La monja asiente cortés.

—¿Sor María Muñoz o sor María González?

Alba mira a Lali y aguarda a que esta responda.

—No recuerdo su apellido. Verá, hermana, coincidí con ella hace muchos años. Debe de tener mi misma edad, unos sesenta. Baja estatura, piel clara.

Apela a sus recuerdos, buscando en ellos algo que pueda definirla mejor, un gesto, un antojo, algo, pero no es capaz de precisar. No obstante, la monja recepcionista no necesita mucho más, pues parece decantarse rápidamente por una de las dos.

—Entonces debéis de referiros a sor María Muñoz, porque González tiene ya cerca de ochenta años la pobre. ¿Quieren verla? Supongo que estará dando clase ahora…

Alba y Lali asienten. La religiosa agacha la vista para rebuscar en unos papeles mientras estas la contemplan expectantes. Con el dedo índice va buscando en ellos el nombre de sor María, diciéndose «Sor María Muñoz, hoy, martes…».

—¡Ajá! —exclama de pronto—. Sí, ahora está con los niños de quinto. Clase de gimnasia. —Y levanta la vista para preguntarle a Lali —. ¿Quiere que la veamos ahora? Si es usted una vieja amiga, seguro

que podrá interrumpir la lección para saludarla.

La sevillana asiente.

—Pues venga, síganme.

La monja rodea el mostrador y les hace un gesto a las mujeres para que la sigan por un largo pasillo. «¿Es su primera vez en nuestra escuela?», les pregunta. Lali y Alba asienten y la portera aprovecha para enseñarles algunas de las estancias por las que pasan de camino al patio, donde se celebra la clase de gimnasia, «Aquí está la capilla», «Aquí está el salón de actos», a lo que Lali asiente pensando en que hacía mucho tiempo que no pisaba una escuela.

No se atreve a contar cuántos años.

Al pasar junto a las clases, oye el rumor de los niños y las voces firmes y autoritarias de las maestras impartiendo lecciones de música —clase de tercero, pizarra llena de claves de sol— o de historia de España —clase de sexto, la Reconquista y el Cid en la boca de una monja casi anciana—. La portera vuelve a hacerles un gesto para indicarles que deben salir al patio.

Allí, a lo lejos, un grupo de escolares juegan a perseguirse unos a otros, como si fuesen gatos y ratones. En medio de ellos hay una religiosa que va haciendo sonar un silbato con la cadencia de un director de orquesta.

—¡Allí está! —señala la portera—. Sor María es muy querida en esta escuela, ¿saben? A los niños les encanta, con sus juegos, sus cuentos y sus canciones.

Lali asiente. Lanza un suspiro y contiene los nervios apretando los puños.

Al acercarse al grupo de colegiales, no tarda en comprender en qué consiste la actividad de la clase. Alrededor de la monja, como un remolino de flores, los escolares juegan a pillarse unos a otros. Mientras lo hacen, van enunciando palabras, «¡Pera!», «¡Pelota!», «¡Coche!», distribuyéndose en grupos según los tipos de sustantivos, concretos, abstractos, contables, incontables. Mientras, la monja es la que marca el ritmo, cambiando a según qué sustantivo en función de los toques de silbato, uno, dos, tres.

—¡Sor María! —la saluda la portera a unos metros.

Al oír su nombre, esta da media vuelta, haciendo volar su hábito blanco.

Lali cree que el corazón va a salírsele por la boca.

Respira hondo.

—¿Sí?

No le hacen falta más que unos segundos. La misma sonrisa. La misma cara que, como una aparición mariana, se coló en el agujero de la cárcel de Málaga para sacarla de allí. El mismo semblante sereno, como si el tiempo solo pasara para los seglares y no para los religiosos. Ella misma.

—¿Sor María?

Y la misma voz.

—Ay, Lali, por el amor de Dios, ¿eres tú?

Con el paso del tiempo, Lali olvidó algunos detalles de aquella tarde. Qué parte del guion de la función de Navidad recitaba, qué decían sus compañeras en aquel momento —la que hacía de María, la que hacía de ángel Gabriel—, cómo llegó sor Paquita a saber que algo le pasaba o cuáles fueron las palabras exactas con las que terminó por confesárselo.

Pero la reacción de su maestra —los ojos abiertos como dos lunas, la rabia que contuvo en el rechinar de sus dientes—, eso nunca pudo olvidarlo. Nunca.

El primer trimestre estaba a punto de terminar y toda la dulzura con la que sor Paquita trataba a sus colegialas dentro del aula, acompañándolas en el patio o jugando con ellas en el oratorio, se esfumaba, de pronto, cuando llegaba el momento más esperado del curso.

—¡Niñas! —les gritó a las chicas desde el escenario con el libreto en la mano—. Como esto no salga para mañana, ¡cancelamos la función!

Cada mes de noviembre, tras la celebración de Todos los Santos y la visita solemne a la residencia de los muertos, la maestra afrontaba el trabajo del aula con una sola idea en la cabeza: que la función de Navidad de ese curso superase a la del curso anterior.

—¡Desde el principio!

Y no era tarea nada fácil; la del curso pasado arrancó un aplauso de más de cuatro minutos y levantó a las familias de sus asientos.

—¿Me habéis oído? —arenga a las niñas con el bamboleo de su mano—. ¡Venga, todas a sus puestos!

Eso sí, al menos —y gracias a la colaboración de la asociación de padres— el escenario de este año ha logrado el objetivo: han hecho traer grandes fardos de alpaca, han construido un portal de Belén que nada tendría que envidiar al que dio cobijo a aquel matrimonio apátrida y han cuidado hasta el más mínimo detalle, los arbustos, las guirnaldas, las lucecitas que simulan el cielo estrellado y ese lucero de la ilusión que solo aparecerá cuando sor Paquita se lo indique al tramoyista, como en un teatro de verdad.

—¡Uf! ¿Otra vez, sor?

Todo estaba listo menos las chicas, apenas capaces de templar los nervios ante la cercanía del estreno. Y de todas ellas, de Rosario, de Casilda, de María o de Teodora, quien peor lo estaba haciendo era a la que le habían confiado uno de los papeles más importantes.

—Lali, tú serás San José —le anunció sor Paquita a principios de noviembre cuando empezó a repartir los papeles—. Lo harás genial, ya verás.

Las niñas se apresuraron a regresar a sus puestos para repetir la primera escena. En ella —guionizada por la propia maestra—, Dios le pedía al ángel Gabriel que buscase sobre un mapamundi el pueblo de Israel en el que se encontraba María, interpretada por la pequeña Amanda. Mientras la primera escena se representaba, Lali se mantenía entre bambalinas, mirando a sus compañeras desde detrás del escenario. De pronto, sor Paquita se acercó a ella y se agachó, con su cuerpo pequeño y achaparrado, para preguntarle a la niña, a quien picaba la barba y esa peluca canosa y ensortijada que le habían colocado: —A ver, dime, ¿qué te ocurre, Lali? Ayer te salía genial.

Durante los ensayos de esa mañana la chiquilla no había sido capaz de pasar de la segunda línea de diálogo, en la que discutía con María sobre qué hacer con ese hijo que estaba a punto de nacer y a quien Herodes había mandado asesinar.

Si huir a Egipto, si quedarse en Judea.

—¿A mí? Nada, sor —respondió Lali agachando la cabeza.

Volvió a rascarse la barba. Sor Paquita insistía en que los ensayos debían hacerse con el vestuario de la función para acostumbrarse a él.

—¿Seguro?

La monja sabía que la niña mentía. Le buscó la mirada, le acarició la mejilla y volvió a preguntarle, ahora sí, dulce, tierna, como ella era.

—Venga, ya sabes que puedes contármelo, tesoro.

Detrás de ellas, en el escenario, Dios le hablaba a Gabriel de esa chiquilla virgen que iba a engendrar al Mesías. El arcángel recelaba. «¿La esposa de un carpintero, Señor? ¿Por qué no una reina?».

—N-no me pasa nada… —volvió a responder Lali sin levantar la vista todavía.

Pero el secreto le bailaba en la punta de la lengua, rebelde, impetuoso. Llevaba semanas con él, había agriado su carácter, la desvelaba algunas noches y le había impedido volver a disfrutar de los cánticos en la capilla de la escuela.

—¿De verdad?

De pronto la vio, nítida, como si volviese a encontrarse con ella.

La mano de don Andrés reptando por su rodilla como un animal sin extremidades.

—Hay algo que te preocupa. Lo sé, Lali. Dejaste de sonreír hace días y no sé por qué. Puedes quedártelo ahí dentro y que te carcoma para siempre. O puedes contárselo a alguien en quien confíes y que te ayude a sobrellevarlo. No tengo por qué ser yo. Puede ser mamá. Puede ser papá. Pero no puede quedarse ahí dentro. —Le señaló al corazón con el dedo índice haciendo presión a través de la barba rizada de San José.

Solo entonces levantó la vista. De su mirada brotaban dos cascadas.

—No fue hace mucho. Ocurrió cuando me confesaba. Don Andrés me tocó la pierna. Me asusté y salí corriendo. Desde entonces no me he confesado. Comulgo en pecado.

—¿Cómo?

Hizo una pausa. No dejaba de llorar.

—¿Iré al infierno, sor Paquita?

La monja cogió a Lali de los hombros y la apartó aún más del escenario.

—¿Estás segura de eso, cariño? —le preguntó secándole las lágrimas con el dorso de su dedo índice.

La niña afirmó con el meneo de su cabeza. Luego insistió.

—¿Iré al infierno por no confesarme?

En el escenario, Dios arengaba a Gabriel a que se diera prisa en anunciar a María la buena nueva. Así terminaba la primera escena. Se oyó el aplauso de las niñas.

—Claro que no, Lali —respondió la maestra conteniendo un gesto de rabia—. Confía en mí, no irás al infierno. Y don Andrés no volverá a hacerte nada, ¿de acuerdo?

Lali asintió otra vez, ahora con una leve sonrisa.

—Déjalo en mis manos, ¿vale? Ahora sal ahí y disfruta del último ensayo.

La niña nunca supo qué ocurrió después. Nunca supo que sor Paquita, con ese cuerpo enjuto y achaparrado, se plantó aquella tarde en la parroquia de San Vicente Mártir a coger del alzacuellos a don Andrés.

Qué le diría la monjita para que el cura no volviera jamás a pisar la escuela.

Un crucifijo cuelga en la pared principal del aula de sor María. Lali lo mira, como hechizada ante ese Jesús tallado en madera. A simple vista, no hay mucha diferencia entre esta aula y aquella en la que la sevillana dio clase en su escuela rural hace más de treinta años: una veintena de pupitres ordenados en fila, una pizarra negra, una mesa de maestra, como un altar. No obstante, sí que hay algunos detalles que se distinguen en esta escuela jienense. El calendario de 1972, por ejemplo, con la estampa de una virgen. Las consignas vicentinas, «Caridad» y «Sabiduría», que rezan en un cartel junto a una de las ventanas; «Fe», «Sabiduría», «Servicio», en otro al lado de la puerta. Un corcho con algunos papeles colgados con alfileres, como el horario y las normas de convivencia.

Y, cómo no, ese crucifijo, el Señor retorcido de dolor, como una «ese».

—Podéis esperar en el aula, ¿vale? A la clase de gimnasia le quedan solo diez minutitos —les pidió sor María en el patio mientras los chicos seguían correteando.

Lali y Alba asintieron. La monja portera las guio hasta la clase y las dejó ahí, a solas. Lali mira el horario y comprueba que después de la clase de gimnasia llega el momento más esperado por los chicos: el recreo. Por eso las habrá citado en la clase.

—¿Ha cambiado mucho sor María? —pregunta Alba, que se ha sentado en uno de los pupitres verdes tras unos segundos de silencio.

Lali no responde. Piensa en esa novicia que conoció en la prisión de Málaga.

—Es como si el tiempo no hubiese pasado por ella —dice por fin.

Alba ríe para sí.

—Las monjas nos han engañado —bromea—. No tienen un pacto con Dios, sino con el diablo.

Lali vuelve a callar. Nunca le ha gustado mucho hablar sobre religión, tal vez por la cantidad de recuerdos y vivencias que se contradicen unas con otras. De un lado, el cura que intentó abusar de ella cuando era niña; del otro, aquella monja, sor Paquita, que la inspiró para dedicarse a la docencia.

Y cómo olvidarla a ella, a sor María, que la sacó de aquella celda de castigo que dejó en Lali, para siempre, un olor recurrente a humedad y orín.

—Lo que está por ver —continúa Alba tras el silencio— es qué pasará con la Iglesia cuando la dictadura termine.

Lali lanza un bufido.

—¿Cuándo termine? Das por hecho que lo hará algún día, ¿no? —le pregunta con el escepticismo dibujado en sus cejas arqueadas—. No sé yo…

Alba la mira a los ojos como hacía su madre.

—Terminará, Lali. Créeme. El impulso ya está dado. Por mucho que se hable de que Franco va a nombrar a un nuevo jefe de Gobierno para renovar el Régimen, Carrero Blanco o quien sea, la democracia es imparable. El viejo ya está mayor y se les ven las costuras. A él, a su camarilla, a la dictadura.

Lali titubea, incapaz de articular una respuesta. Piensa de nuevo en cuánto se parece Alba a su madre, cómo se le encienden los ojos al hablar, cómo se le marca incluso una vena que le cruza como un río por medio de la frente. Sí, Alba es como aquella Juana, pero con la irreverencia de los jóvenes de hoy, para los que ya no parece haber respeto por nada —viejo, costuras, camarilla—, menos aún por esa dictadura empeñados en derribar.

—No es todo tan fácil, Alba… —empieza, pero no termina la frase.

Alba no lo sabe, pero en la mirada de Lali hay un temor, uno que solo comparten las personas de su edad; que con ellos, con la generación de Alba, de sus hijos, de los jóvenes de hoy, ocurra lo mismo que con la suya, que vuelvan a conquistar los cielos y que

luego un puñado de militares haga caer sobre ellos la tormenta de la guerra.

Y si hay algo que Lali y su generación teme, por encima de todos los males de un diablo inmisericorde, es otra. Otra guerra.

—Claro que no es fácil, Lali, pero… —se esfuerza Alba por rebatirle.

Pero un ruido, de pronto, la frena, riiing, el timbre del colegio llamando a los alumnos al recreo.

—Sor María estará al llegar —dice Lali poniéndose en pie y asomándose al cristal de la puerta por la que se ve el pasillo y, más al fondo, la salida al patio.

Ha preferido que la campana la salvara de aquella conversación que ya ha tenido más de una vez con sus hijos —con Ana y sobre todo con Paco, el mediano—. Franco, la dictadura, la democracia.

Segundos después, un enjambre de alumnos sale al patio con el rumor de sus voces, algunos aprisa y correteando, otros con la parsimonia de un paseante.

Lali conoce bien ese rumor.

Alba observa cómo la vieja maestra mira a los chicos a través del cristal de la puerta.

Hay una sonrisa en sus labios, una sonrisa repentina.

—Los echas de menos, ¿verdad? —le pregunta la chica.

Un grupo de niños de unos ocho o nueve años se han parado en el pasillo para intercambiarse unos cromos.

—¿Las clases? Sí, por supuesto.

«¡Este no lo tengo!», grita uno. «¡Te lo cambio!», responde otro.

—¿Y por qué no quieres intentarlo, Lali? Es decir, volver a dar clase —le sugiere Alba cogiendo del brazo a la maestra para buscar su cercanía—. Lo tienes a tu alcance y yo podría ayudarte.

Lali gira el cuello para encontrarse con su mirada.

La misma respuesta que antes.

—No es tan fácil.

La contestación flota entre ambas, ingrávida, sin que Alba sea capaz de volver a articular una respuesta. «Es tozuda la maestra», parece pensar, hasta que, de nuevo, algo vuelve a impedir que suelte otra respuesta convincente, esa con la que persuadir a Lali de que estamos

en otro tiempo. De que todo lo malo está quedando atrás.

—¿Qué te hizo querer ser maestra? —le pregunta la chica.

Lali permanece callada de nuevo.

—Quizá, si recuerdas dónde nació tu vocación, puedas volver a recobrarla.

La maestra sevillana no quiere irse a los recuerdos, pero no tiene más remedio.

Quizá fue cuando conoció a sor Paquita, la monjita que le enseñó a leer y a escribir y a encontrar la belleza del mundo. Sí, ella debió ser la que le contagió el deseo, y a veces se sorprende pensando en su maestra, en cómo fue capaz de hacerle sentir la alumna más especial de todas las que tenía.

—Seguro que hay algo que pueda devolverte el amor por la docencia —insiste Alba.

Hasta que una voz rescata a Lali del recuerdo.

—¡Hola! —oyen tras la puerta.

No se habían dado cuenta de que sor María estaba ahí, al otro lado. Se hacen a un lado para dejarla entrar y la monja da algunos pasos cortos hasta situarse frente a la sevillana con una amplia sonrisa.

—Ay, pero, por Dios, ¡déjame que te dé un abrazo! —exclama.

El abrazo dura varios segundos. Lali siente paz, la que solo transmiten las personas a las que ha elegido el Altísimo. Sonríe.

—¿Cómo estás, Lali? —pregunta la religiosa con la emoción palpitando en el brillo de sus ojos pequeños—. ¡No sabes cuánto he pensado en ti durante todos estos años!

—Yo también en usted, sor María.

La religiosa arruga la nariz.

—Ay, trátame de tú, Lali. Que ya nos ganamos la confianza hace mucho tiempo, ¿no? —sonríe.

Luego les pide a las mujeres que tomen asiento en alguna de las sillas vacías del aula. En los siguientes minutos conversan sobre la vida de ambas, con un relato que bosqueja las largas pinceladas de un pintor impresionista. Lali, con su matrimonio con aquel ayudante de psiquiatría que acabó siendo celador, Clemente. Sor María, con una vida dedicada a la religión y la enseñanza.

—¿Te lo puedes imaginar, Lali? —le pregunta la monja—. Cuando hice mi promesa me decidí por la docencia. ¡Y aquí me tienes!

La sevillana asiente.

—¿Cómo es que has acabado siendo maestra? —le pregunta pensando que en realidad ya conoce la respuesta, que la vocación del magisterio le vino tras conocerla a ella y a Juana en la prisión de mujeres de Málaga.

—Tras jurar mis votos, la madre superiora me conminó a buscar un destino fuera de la prisión, en la que yo estaba de forma provisional mientras terminaba la guerra. Decidí que quería dedicarme al magisterio. Si os soy sincera, tú y Juana habíais sido una inspiración para mí. Veros enseñar en la cárcel a todas aquellas chicas analfabetas me conmovió el alma. Lo pensé, que ahí también estaba Dios.

Lali asiente. Ya lo sabía; algo se lo había dicho.

Guardan un breve silencio. De fuera sigue llegando el rumor de los alumnos, de sus juegos de patio. De pronto, sor María, con un gesto nervioso y esa misma sonrisa mística del pasado, se impacienta por preguntar.

—Venga, y ahora decidme, que estoy en ascuas, ¿qué es lo que os ha traído hasta aquí? Porque supongo que no habréis venido solo para saludarme, ¿no?

Ha llegado el momento. Lali y Alba se miran.

—Verás —se lanza la sevillana—. A esta chica que está aquí, Alba, tú ya la conoces.

La monja arquea las cejas.

—¿Una antigua alumna? —pregunta perdida.

Lali niega con la cabeza.

—Qué va. Quizá la recuerdes con el nombre de Esperanza. Es la hija de Juana.

La mujer se lleva la mano al rostro.

—¿De Juana? —replica—. ¿La maestra cordobesa?

Lali asiente. Sor María le busca la mirada a Alba, a aquella bebé que tantas veces acunó en el pabellón de maternidad de aquel penal.

—N-n-no puede ser… —responde titubeante.

Lali extiende su mano para acariciarle el brazo. Ambas, durante

algunos segundos, regresan a aquella prisión.

—Sí, es ella. Créeme —le responde Lali dulce, comedida—. Y está intentando saber qué fue de su madre, ya que siempre ha vivido en otra familia.

Sor María se apresura a acallarla para sorpresa de sus invitadas.

—Sí, con los condes de Bazán.

Silencio.

—Dime, ¿qué le ocurrió a mi madre, sor María? —pregunta Alba seria con su mirada azul penetrante.

La monja se calla de nuevo habitando un vacío deliberado.

—He guardado el secreto durante más de treinta años —responde finalmente—. Y creo que ya es hora de contarlo.

36

Penal de mujeres de Málaga, septiembre de 1937

Sor María sabe bien que si por algo se caracteriza una buena monja es por la prudencia. Eso le han dicho siempre, nunca llamar la atención, nunca poner la oreja en una conversación ajena, nunca tomar la iniciativa ni ser protagonista en ningún escenario salvo aquel que requiera un cuidado, una caricia, una oración fervorosa. A la joven novicia eso siempre le llamó la atención, porque a ellos, a los novicios, los educaban de la forma contraria, como cuando Dios encomendó a Adán buscar el pan con su sudor y a Eva parir con todo el dolor de sus entrañas.

Es la última hora de la tarde y la madre superiora ha hecho llamar a sor María a su despacho de la prisión. Sabe que su promesa está cerca y que, por tanto, está a punto de profesar como hija de la caridad. Sabe que le hablará sobre su próximo destino. Sabe muchas otras cosas, pero prefiere guardárselas.

A su despacho, que se encuentra detrás de la sacristía de la cárcel, se accede dando un rodeo a la capilla por un pasillo estrecho que se asemeja a la girola de una catedral gótica. Allí apenas llega el ruido de las celdas de las galerías, el rumor de las voces de las presas que, después de tomar la cena de todas las noches —una sopa escueta, pan rancio, algo de tocino— conversan a la espera de la noche y del sueño.

Ese silencio manso y sosegado permite que el bisbiseo de una conversación tras la puerta entreabierta del despacho le llegue a ella, a sor María, que de pronto planta sus pies sobre el suelo y escurre su cuerpo sibilino, pegándolo a una de las paredes del pasillo.

«Nunca poner la oreja», solían decirle, como si a Dios se llegara a través del oído y a las novicias les tuviesen prohibido coger ese atajo. Pero ella hace caso omiso; repta por el madero de la puerta hasta asomar por el quicio al interior del despacho, como haría un reptil peligroso. Reconoce a la madre superiora sentada en su mesa de madera noble y a Rosaura, la funcionaria jefe, de pie, frente a ella, con su uniforme impoluto y ese moño que recoge su cabellera con forma

de plátano.

La conversación entre ellas es parca y escueta, por lo que sor María no puede reconocer muchas palabras. Solo un puñado. Carta. Bebé. Juana.

Juana, sí, Juana. Han dicho ese nombre, quizá la madre superiora, sor Rafaela, con esa voz plácida que esconde serpientes cuando hay algo que la contraría. La joven afina el oído, arriesgándose a una sanción o, peor aún, a la expulsión de la orden, ahora que está tan cerca su promesa, y oye, al fin:

—Ha sido a través de una carta proveniente de la consulta de Vallejo-Nájera. En ella me preguntan que qué vamos a hacer con la bebé de la maestra roja. De Juana. —La madre superiora calla un momento. Coge la carta sobre la mesa y, por encima de las lentes de sus gafas, busca entre líneas para leer uno de sus párrafos—. Que a esa niña deberíamos expiarle el gen rojo de sus padres permitiéndole recibir una educación curativa en una familia de bien.

Luego levanta la vista hacia Rosaura, que responde seria, recta, como si se encontrase ante un tribunal militar.

—La primera opción es buscar entre sus familiares una vez haya sido ejecutada.

Sor María, tras la puerta, pega su mano a la boca. Sabe que la ejecución de Juana ocurrirá de forma inminente, porque la maestra recibió la noticia hace unas semanas. Fue una carta breve, el documento de una sentencia sobre la que ya no cabía indulto posible tras haber sido desestimado por el consejo militar. Decía así:

RESULTANDO probado y así lo declara el Consejo, que la procesada, Juana Ochoa Ramírez, de delictivos antecedentes morales, pertenece al sindicato socialista de la UGT y ha colaborado de forma activa con la revolución izquierdista, participando en la incautación de tierras y atentando contra la integridad de distintas personalidades afines al Movimiento Nacional, entre ellas el párroco don Saturnino Serrano, cuyo testimonio da fe de la máxima perfidia irreligiosidad y adoctrinamiento con que la procesada ejercía su labor docente en Alcalá del Valle.

CONSIDERANDO este Consejo que los hechos se consideran probados y que son constitutivos de un delito penado en el núm. 2 del art. 258 del C. de J. M., y haciendo uso de las facultades que le conceden los art. 172 y 173 del C. de J. M.

FALLAMOS que debemos condenar y condenamos a la procesada, como

autora del delito de ADHESIÓN A LA REBELIÓN, con el agravante de irreligiosidad, a la pena de MUERTE, debiendo ser ejecutada la procesada por FUSILAMIENTO.

EL CONSEJO

Hubo lágrimas, las de Frigiliana, las de Josefa, las de Angustias, incluso las de sor María —lágrimas comedidas y disimuladas—, y alusiones a un Dios ausente y la rabia en unos labios que se apretaban como si fuesen las fauces de una bestia de río.

—Antonio Vallejo-Nájera sugiere otra solución —explica la madre superiora levantando la vista de la carta—. Una solución a fin de garantizar que esa niña reciba una educación cristiana.

Las mujeres se miran. Tras la puerta del despacho, dos ojillos contemplan la escena.

—¿El qué? —pregunta Rosaura plantada frente a ella.

Sor María pensará toda su vida que Dios la había puesto ahí a propósito.

Que no existe el libre albedrío, sino que todo es un plan y que el suyo era estar ahí para oír lo que se dijo a continuación.

—Hay una familia en Ciudad Real que no puede tener hijos. El conde de Bazán y su esposa. Vallejo-Nájera da su palabra de que son familia de bien. Buenos españoles.

Rosaura no dice nada. Se limita a asentir comprendiendo qué le está pidiendo la madre superiora. Segundos después, sor Rafaela da por finalizada la conversación y la funcionaria sale de su despacho, dándose de bruces con esa monjita joven que nunca le ha dado buena espina.

—Ay, perdone, señora —se disculpa sor María haciéndose la encontradiza.

Tampoco es cosa de monjas ser maestra del disimulo.

—Mire por dónde va, novicia —le recrimina Rosaura.

Ya habrá caído la tarde. Sor María llama a la puerta del despacho y habla con su superiora sobre su inminente promesa de fe. Y le dice que, una vez ordenada, quiere dedicarse a la docencia, que lo ha

decidido en esta cárcel. Recibe la confirmación de sor Rafaela, «Me parece una excelente decisión», sin poder dejar de pensar en lo que acaba de oír tras la puerta sobre esa carta que la superiora ni siquiera se ha molestado en apartar de su vista.

—Maestras cristianas para esta España rota. Eso es lo que necesitamos para cuando termine la guerra —concluye la monja.

Pero sor María no responde. No puede apartar la vista de otro objeto que yace sobre la mesa junto a la carta de marras.

Es una llave, rematada con un crucifijo y atada a un cordel rojo.

—Eh, sí, sí. Eso es. Maestras —responde la joven titubeante.

Una llave de la que la superiora no se desprende nunca y que —sabe la novicia— abre la única puerta del edificio que no controla ninguna funcionaria de la prisión. Aquella por la que se sale al exterior desde la sacristía.

Sor María sabe que será esta noche, al filo del amanecer. Lo ha sabido poniendo en juego esas dotes de las que, como monja, no debe hacer gala a no ser que quiera jugarse la sanción de una madre superiora aviesa.

Lo aprendió en esa Madrid de la que huyó hace unos meses; el juego clandestino de una espía, aprovechar las sombras, hacer la pregunta precisa en el momento oportuno.

—A la maestra la sacarán mañana por la mañana —le confesó una de las funcionarias con la que compartía labor en el comedor de la prisión.

Ella simuló un mohín de despreocupación, como si aquella no fuese más que una información rutinaria o como si la ejecución inminente de Juana no le dijese nada.

—Si la han condenado a muerte, por algo será —sentenció fingiendo —. Aunque, eso sí, pobre su hija, que dejará en el mundo.

La funcionaria sí que esbozó un gesto de lástima. Terminaron de dar el almuerzo y se puso manos a la obra. Llevaba días pensando en cómo hacerlo, trazando un plan como aquel que urdieron las colaboradoras del Auxilio Azul madrileño para sacarla de la capital en la que su vida estaba en riesgo por la persecución roja de los

religiosos.

Cuántos curas, cuántas monjas cayeron.

«Y mírame ahora —se dice mordaz— pretendiendo ayudar a una de ellas».

Es noche cerrada. Solo se oyen algunos ronquidos a los que las presas ya parecen haberse acostumbrado, como al búho que ulula o la cigarra que canta. La joven novicia sale de su habitación y se dirige hacia la galería norte de la prisión, donde se encuentra el pabellón de maternidad.

Alguien le dijo una vez que nada bueno ocurre de madrugada.

Piensa en esa frase mientras recorre los largos pasillos de celdas atiborradas de reclusas que duermen una sobre otra. Si alguien la descubre —una de las funcionarias de guardia que custodian todas las entradas y salidas, por ejemplo—, dirá que se dirige a la capilla, que necesita rezar. Pero nadie la ve, y la novicia acaba por subir al pabellón de las madres —pisando, escalón a escalón, como quien camina sobre un débil cristal— con el corazón latiéndole en el borde de la garganta.

A tientas, da con el pomo de la puerta y abre para entrar con sigilo en el pabellón, iluminado únicamente por las luces de la ciudad que entran por las ventanas enrejadas.

Nadie se mueve. Nadie que le dé el alto. Sor María comprueba que la funcionaria de guardia dormita sobre un butacón en uno de los laterales de la sala, dando cabezadas junto a las camas de unas presas y sus hijos. El pabellón acoge por el momento a seis niños y cuatro bebés, que duermen con placidez junto a sus madres, ajenos a una libertad esquiva.

Da algunos pasos por la estancia con precaución, por si la funcionaria no durmiese en realidad. Luego, tras permanecer unos segundos como una estatua, busca la cama en la que Juana duerme y a cuyo lado se sitúa la cunita de su hija. Tras reconocer la cama de la maestra —una de las que se encuentran en la fila bajo las ventanas— da unos pasos prudentes, con la cadencia de un camaleón, hasta asomar a la intimidad de la almohada y las sábanas.

Observa brevemente a Esperanza, que duerme como deben dormir

los ángeles que no comprenden el caos.

Luego se inclina para despertar a la reclusa.

—Juana… —le dice en un susurro—. Despierta.

Y la zarandea ligeramente del hombro derecho hasta que los ojos azules de la cordobesa se abren con la brusquedad de una pesadilla.

—¿Q-qué pasa? —pregunta.

La novicia se lleva el dedo índice a los labios. Luego vuelve a mirar en derredor mientras se sienta a los pies de la cama, dejando caer su trasero sobre el colchón y las sábanas con la prudencia de un confesor.

—Escúchame bien, Juana —responde—. No tenemos mucho tiempo.

La muerte tiene el rostro de Rosaura.

La funcionaria jefe es la primera en irrumpir en el pabellón de maternidad, aún de noche, bajo la luz de unos candiles y el resplandor de una Málaga difusa que se bosqueja a través de las ventanas enrejadas.

Les siguen otras tres funcionarias y el cura que asiste la prisión.

—Juana Ochoa —gritan.

Les da igual hacer ruido, que se despierten los niños y se sobresalten las presas sobre las almohadas. Que sepan que en cualquier momento les puede tocar a ellas, porque nada puede escapar de la justicia.

—No grite, Rosaura. No vaya a despertar a los niños.

Juana ya los esperaba. Desde la visita de sor María, ha pasado el resto de la noche abrazada a Esperanza, absorbiendo su olor a vida, imaginando todos los futuros posibles que vivirá su hija en ausencia de su madre.

Un par de minutos atrás había oído a los verdugos, que rompieron la quietud de la noche con el motor de sus camionetas y sus voces, entre risas y chascarrillos. Juana sabía que eran ellos, los que iban a apretar el gatillo, y se preguntó cuántas presas iban a ser las destinatarias, si seis, si doce, si veinte como la última vez.

—Acompáñanos, Juana.

La maestra se incorpora sobre la cama y se pone en pie. Al alzar la vista, comprueba que varias presas y sus hijos se han despertado. Mira a algunas de ellas y les sonríe con la dignidad de una mártir. Alguno

de los bebés comienza a llorar, pero no Esperanza, su Esperancita, que se mantiene al otro lado del sueño.

—Despídete de tu hija —le ordena la funcionaria jefe.

En realidad, lleva haciéndolo varias horas, por lo que ya no le quedan lágrimas que derramar. Da un largo beso a su bebé y la deja sobre los brazos de una de las funcionarias que aguarda detrás de Rosaura, llamada María José.

—Esa mantita la han bordado las presas de la celda veintitrés —le dice—. Procurad no perderla, por favor —ruega a las funcionarias mientras se asegura de que la manta cubre por completo el cuerpecito de su hija.

María José asiente. A Juana le habría gustado que en lugar de ella estuviese Dolores, la que asistió su parto y se preocupó de su hija hasta que la trasladaron de prisión. Dolores seguro que habría conservado esta manta bordada entre Frigiliana y Angustias.

Se pregunta si la conservará también quien se haga cargo de Esperanza.

Hace unos días, tras haber recibido la notificación de la pena de muerte, tuvo que decidir, a petición de Rosaura, quién quería que cuidase de su hija en su ausencia.

—Tengo una prima que podrá hacerse cargo de ella. Me lo confirmó por carta.

Era su prima Gertrudis, la hija de su tía Raimunda, la poca familia que a Juana le queda en el pueblo. Pero España tenía otro plan para Esperanza, un plan con tierras en una campiña manchega y apellidos compuestos. Un plan que Juana, tras la confesión clandestina de esa joven novicia, acaba de conocer esta noche.

Pero a esta se le había ocurrido algo. Algo que comienza con dos palabras que cogen por sorpresa a todos los presentes, sobre todo a Rosaura. Dos palabras.

—Quiero confesión.

La funcionaria jefe calla, con un gesto de extrañeza. Luego gira el cuello para mirar hacia el cura, que aguardaba en el umbral de la puerta del pabellón de maternidad jugueteando entre las manos con un crucifijo de madera.

—Está en su derecho —responde.

Rosaura accede, finalmente, no sin antes esbozar una mueca de contrariedad.

—Pero no tarde mucho, padre, que los muchachos tienen prisa —añade chasqueando la lengua.

Luego, el cura le hace un gesto a Juana para que la acompañe a la capilla de la prisión, que se encuentra en la galería opuesta. Al atravesar la puerta, el religioso la coge del hombro y, con voz de homilía, le dice:

—Dios nunca llega tarde para nadie, hija. Ni siquiera para vosotras.

Juana asiente sin decir palabra. Todos sus esfuerzos se concentran en mantener la calma mientras se aleja de Esperanza, acunada en los brazos de una funcionaria que se afana por que la bebé no deje de dormir. A medida que se aleja, siente que en el suelo se ha abierto, de pronto, una brecha insalvable entre ella y su pequeña.

Esos futuros ausentes que ya no conocerá.

—El arrepentimiento es el mayor acto de amor que podrás cometer hacia tu hija —continúa el religioso con su sermón—. Ello os asegurará veros en la otra vida, ¿sabes?

La petición de Juana ha debido de sorprenderle, pues durante todos estos meses de cautiverio la cordobesa ha tenido algún que otro encontronazo con él.

Aquella vez que no quiso rezar el padrenuestro.

La otra que no tomó la hostia.

O cuando se negó rotundamente a bautizar a Esperanza.

—Así es, padre —responde Juana trazando a la perfección el plan que bosquejó con sor María en la complicidad de la noche.

Las funcionarias van detrás del ellos. Ante la quietud de la madrugada, los tacones de Rosaura y sus subordinadas van dibujando una estela de baldosas amarillas desde el pabellón de maternidad hasta la capilla, donde un crucificado preside un pequeño altar y varias filas de reclinatorios que permiten un aforo de casi cien feligreses.

Por eso, las reclusas van a misa por turnos.

A Juana le solía tocar de las últimas, y a veces se acababan las

hostias y se libraba de comulgar.

Al entrar en la capilla, el cura hace la señal de la cruz. Juana lo imita.

—¿Es la primera vez que te confiesas? —le pregunta a esta.

Luego le hace un gesto a las funcionarias para que aguarden al otro lado de la puerta de la capilla, a fin de mantener la intimidad necesaria para que los pecados broten de la boca de la reclusa arrepentida.

—¡No tarde, padre! —insta Rosaura al otro lado.

El cura tuerce el gesto ante la insistencia de la funcionaria. «¡Que esperen!», exclama buscando la complicidad de una Juana que no sabe todavía muy bien qué hacer.

Porque no se confiesa desde el colegio.

—Ave María Purísima.

Pero eso sí lo recuerda, «Sin pecado concebida», como si hubiese cosas ahí adentro esperando su turno para salir, pacientes.

—Y, dime, ¿de qué te arrepientes, hija?

Juana guarda silencio. En realidad, no sabe muy bien qué decir, pero algo habrá de soltar. Mientras tanto, mira hacia la puerta a la izquierda del altar, aquella que, según sor María, conduce hacia la sacristía y, a través de un pasillo curvo, a las dependencias de las hermanas de la caridad. La identifica; es la puerta de la que le habló.

—Estaré al otro lado. Cuando termines la confesión, apareceré diciendo que la hermana superiora me ha dado permiso para llevarte a la salida. Que desea que una hermana de la caridad te conduzca hacia tu destino.

Desde la cama, Juana miró a sor María y frunció el ceño suspicaz.

—¿Y te creerán?

La novicia asintió, segura de lo que decía.

—Ya he hablado con sor Rafaela. Le he dicho que quiero despedirme de ti. Me tiene en mucha estima la madre superiora. Por aquello de que sobreviví al infierno rojo.

El cura le hace un gesto a Juana, buscándole la mirada perdida con sus ojos grises y arrugados.

—Hija, ¿de qué te arrepientes? —insiste.

—De muchas cosas, padre —comienza haciendo memoria de cosas que no ocurrieron, de vivencias que jamás vivió.

Borda el papel de rea arrepentida, a las puertas de una gloria difusa que no sabe si vivirá. Luego el religioso le pide que rece con él un último padrenuestro antes de que caiga sobre ella el calor de los fusiles.

Es la señal, el padrenuestro.

La puerta a la izquierda del altar se abre.

Tras ella, una vocecita.

—Padre, debo llevarme a la reclusa. Insisten.

Juana no mueve un músculo, impertérrita. Tras un par de segundos, el cura accede sin hacerse esas preguntas que otra persona más avispada se habría hecho.

Que por qué una novicia.

Que por qué por la puerta contraria por la que ellos vinieron.

Serán muchas preguntas, pero nadie se atreverá a responderlas, porque lo que está a punto de pasar no ocurrirá.

—Para cuando salgamos, ya habré dejado la puerta abierta. Me clavarás un cuchillo para hacerme una herida superficial. Diré que forcejeamos. Que encontraste la llave en el despacho de la superiora y saliste como alma que lleva el diablo. Tendrás uno, si acaso dos minutos. Tendrás que buscar las calles oscuras. Con suerte no habrá amanecido.

Juana titubeó unos instantes preguntándose si en realidad estaba durmiendo y la proposición de la joven novicia no era más que la ensoñación de una huida que jamás ocurriría. Pero esta le tocó el brazo y le apremió a que respondiera.

No, no era un sueño.

—E-está bien —respondió.

Sor María coge del brazo a Juana y la conmina a dirigirse a la puerta.

A cada paso es como si dieran la vuelta al sol.

La novicia gira el pomo y Juana asoma al pasillo curvo del que le llega la brisa de una puerta abierta.

La investigarán, y durante meses caerá sobre ella la sospecha de

haberla dejado escapar. Pero todo quedará en el más lóbrego disimulo. Cómo iban a airear que una presa huyó de la prisión de esa forma.

Dos, tres segundos.

Juana empuña el cuchillo y rasga el hábito y la piel de sor María a la altura del antebrazo izquierdo. La sangre brota. Le quedará para siempre la cicatriz.

Dos, tres segundos.

La libertad huele a marismas y suena al suave oleaje de un mar en calma.

—Espera, dime una última cosa —suplica la maestra a punto de atravesar la puerta.

Sor María tapona la herida con su mano derecha.

—¿El qué?

Del este llegan los rayos de un sol pendenciero.

—Cómo se llaman. Los que van a adoptar a Esperanza.

De pronto, de la capilla llega la voz de Rosaura, que debe de haber descubierto la treta.

—¡Dímelo!

Sor María oye cómo nombran a Juana. Cómo ponen el grito en el cielo.

—¡N-no puedo! ¡Vete! —grita.

Pero Juana parece dispuesta a tirarlo todo por la borda.

—¡Los condes de Bazán! —confiesa la novicia por fin empujando a la maestra hacia la calle.

La sangre que emana de su brazo dibuja con su rastro un arco sobre el empedrado.

—¡Y ahora vete, rápido!

37

Jaén, abril de 1972

Se fue. Juana se había marchado de la prisión por la puerta de atrás, como se van los magos que desaparecen sorprendentemente tras un espejo trucado. Se fue y, otra vez, Lali y Alba están como al principio, de vacío, siguiendo la estela de un fantasma que no aparecía por ningún lado.

Al relatar la fuga de Juana, sor María tenía los ojos vidriosos y el nervio en la punta de los dedos, que tamborileaban sobre la mesa de la maestra. Continúa con su relato.

—Tuvimos suerte, pues todo salió tal y como habíamos planeado. Yo sabía que sor Rafaela entraba en su despacho después de los maitines, el primer rezo de la mañana. Y que no solía echar el cerrojo el resto del día. Por eso tuve que esperar al amanecer para colarme allí y coger la llave de la puerta que desde la sacristía daba al exterior. Lo único que no podía controlar era la llegada de los soldados que iban a llevarse a las condenadas a muerte, pero yo sabía que solía ser también antes del amanecer. Todo ocurrió como si Dios mismo estuviese manejando los hilos de una función de títeres.

Lali y Alba se miran expectantes, fascinadas por la historia de sor María.

—¿Y qué ocurrió luego? —pregunta Lali.

—Tras la huida de Juana, Rosaura llegó segundos después. Yo me tiré al suelo y fingí un desmayo, simulando que la herida era mucho más profunda de lo que fue. Eso sí, mirad, me dejó una marca de por vida. —Se levanta la manga derecha del hábito hasta el codo y deja a la vista una cicatriz que se curva ligeramente como el garfio de un pirata que ha perdido la mano—. Salieron a buscarla por el barrio, todos, las funcionarias de guardia e incluso los militares que esperaban al otro lado del caserón, en la puerta principal, para llevarse a las reclusas que habían sido condenadas a muerte. Pero no apareció por ningún lado. Juana se esfumó.

El rostro de Alba se iluminó.

—¿No la encontraron?

Sor María negó con la cabeza.

—Qué va.

—Pero ¿no la buscaron? —insiste Alba—. ¿Le pasó algo a usted?

La monja tuerce el gesto, como si volver a aquellos recuerdos avivase una hoguera que seguía ardiendo a pesar del tiempo.

—Me acusaron de haberla dejado escapar —responde—. Hube de sufrir el escarnio de la congregación de las Hijas de la Caridad y los interrogatorios de un par de policías violentos que solían acabar con algún que otro golpe. Suerte que aún conservaba amigos que intercedieron por mí, porque Dios está en los demás, no en el cielo, como solemos creer. En Madrid conocía a un matrimonio influyente, don Carmelo y doña Aurora, la chica en cuya casa pasé varias semanas oculta del terror rojo. Él era falangista y tenía contactos con el gobierno de Franco. Me consiguió un buen abogado que logró que la denuncia contra mí no prosperara. Además, a nadie le interesaba que lo que había ocurrido con tu madre se airease. ¿Qué habrían dicho de las funcionarias o de las Hijas de la Caridad si todo el mundo supiera que una reclusa huyó de esa forma tan sencilla? Por eso, el asunto se mantuvo en secreto. Para todos en aquella prisión, a Juana se la habían llevado para cumplir su pena. Y así quedó para siempre. Poco tiempo después hice mi promesa de fe y mi superiora, sor María José, se prestó a alejarme de la ciudad. Así fue como comencé a dar clase en este colegio, que necesitaba maestras ante el avance de la guerra. Y no me he movido de aquí desde entonces.

Lali se mesa el mentón, como si ese gesto natural la ayudase a procesarlo todo.

—¿Y volviste a saber de Juana? —pregunta la sevillana.

—Nunca. Recé a Dios por que hubiese podido escapar. Pero nunca lo supe a ciencia cierta. Alguna vez estuve tentada a preguntar por ella, pero no me atreví, con todo el asunto de la investigación por haberla dejado escapar. Así que lo dejé estar y lo puse en manos del Señor. —Junta sus manos y hace el gesto de una oración.

Luego suena el timbre que anuncia el fin del recreo. Sor María se pone en pie e invita a las mujeres a la salida. «Quedaos a comer y

seguimos charlando, ¿os parece?», les propone. Lali y Alba aceptan entusiasmadas. Almuerzan en la comunidad de monjas —un rico estofado con papas a lo pobre preparado por sor Joaquina para una decena de hermanas religiosas y las dos invitadas sorpresa— y continúan charlando sobre aquel pasado que unió a sor María y a Lali en el lugar más insospechado posible.

—¿Y nunca has vuelto a dar clase entonces? —le pregunta la monja a Lali casi al concluir la comida.

La mujer termina de mojar un pellizco de pan de pueblo en la salsa del estofado.

—Apelé hasta dos veces la sentencia de la comisión depuradora, pero ni la comisión provincial ni tampoco la superior de Madrid me dieron la razón. Yo no había sido maestra titular ni tampoco activista política. Me limité a cumplir la ley y a intentar desarrollar en mis alumnos, hijos de campesinos y obreros, el amor por aprender. Pero pronto lo supe; había quien consideraba algo tan simple como eso, algo tan puro, tan necesario, una amenaza. Los hijos de los campesinos tenían que seguir siendo hijos de campesinos.

Sor María no dice nada. Tampoco lo hacen el resto de las hermanas religiosas que oyen atentamente el alegato de la antigua maestra, y en las que esta nota cierto recelo.

Sí, se da cuenta de que ha metido la pata. A fin de cuentas, ellas formaban parte de esa educación del Régimen, aquel que depuró a gran parte de los maestros y las maestras de la República.

Una monja, a la que llaman sor Blanquita, se apresura a recriminarle sus palabras.

—¿Qué libertad era aquella que pregonaban los republicanos cuando prohibieron la educación de las órdenes religiosas? ¿Era eso libertad, eh?

Lali se da cuenta de que se ha metido en un berenjenal del que a ver cómo salía.

Las monjas la miran, entre la curiosidad y la reprobación. Suerte que sor María acude en su rescate, presta.

—Lo que la hermana Blanqui quiere decir, Lali, es que hubo cosas buenas, pero también algunas cosas que no se hicieron bien. Antes,

durante y después de la guerra. Muchas religiosas murieron. Todas perdimos hermanas de la caridad e incluso algunas aquí presentes estuvimos a punto de morir. Pero tampoco fue justo lo que les han hecho a tantas personas. Lo que te hicieron a ti, por ejemplo. O a la madre de esta muchacha. Esa no es la justicia de Dios, creo.

Las monjas se miran. Algunas voltean los ojos y se concentran en sorber su sopa o trocear el pan, indiferentes, como si ya estuviesen acostumbradas a oír a esa sor María que parece no perder la oportunidad para reivindicar lo que ninguna otra se atreve.

La monja, tras el silencio de sor Blanquita, concluye dirigiéndose a Lali de nuevo:

—Ahora, déjame decirte algo, Lali. Hoy sigue habiendo niños como los que tú tuviste en aquel pueblo de la sierra. Niños que necesitan desarrollar el amor por aprender. Hijos de campesinos que, estoy segura, podrán ir a la universidad en el futuro. Esa es nuestra labor aquí. Dedicarnos a ellos. A los desamparados. Y rezaré a Dios para que llegue un día en que tú también puedas hacerlo. En que recuperes lo que es tuyo.

Sentada en el asiento del copiloto del Seat 600 de Alba, Lali no puede dejar de darle vueltas a las palabras con las que sor María concluyó el almuerzo. Luego les sirvieron los postres, un arroz con leche casero que a Alba le supo a gloria, pero la sevillana apenas probó bocado, pensando si quizá la monja tenía razón o si tal vez no la tenía.

Nunca ha sabido cómo abordar las palabras que llegaban de alguien en quien colgaba un crucifijo, porque Lali siempre ha tenido una relación complicada con el clero.

Y después de los postres tomaron el café antes de que empezaran las clases de la tarde, momento en que Lali y Alba se despidieron de sor María con todos los abrazos y los achuchones que quedaron pendientes durante todos estos años.

—Espero que nos volvamos a ver, Lali —dijo la monja—. Suelo ir a Sevilla varias veces al año a encontrarme con hermanas de la congregación. Te llamaré.

Lali asintió. Quedaron en verse pronto, pero la sevillana sabe que

luego esas cosas no ocurren. Sonrió, eso sí, y alzó la mano con efusividad cuando el coche de Alba las alejó del colegio jienense.

—Si no pillamos mucho tráfico —le dice Alba al salir de la ciudad —, llegaremos para la hora de cenar.

La mujer asiente. Alba sostiene con su mano derecha el volante y con la izquierda un cigarrillo cuyo humo se pierde con presteza por la ventanilla entreabierta del conductor. Como se ha hecho algo tarde, la chica le ha ofrecido pasar la noche en el señorío de Bazán.

—Podremos salir mañana por la mañana a Sevilla, después de atender unos asuntos que tengo que terminar de resolver. O incluso podemos quedarnos algún día más. Así te enseño la casa de mis padres, ¿de acuerdo?

Lali acepta. Llegada a este lugar, casi tan lejos de casa como no ha estado nunca, no quería otra cosa que dejarse llevar. Alba la avisó de que hasta las tierras del condado de Bazán había solo un centenar de kilómetros, ya que se encuentran en el límite de la provincia de Ciudad Real con Jaén.

—Lo malo es que hay unas cuantas curvas hasta sobrepasar Despeñaperros, pero me conozco esta carretera como la palma de mi mano —le dice la chica para tranquilizarla.

Despeñaperros era el temor de los camioneros y de quienes son de vómito fácil. Lali lo sabe bien, pero aun así acepta. Por suerte, ella nunca suele marearse en el coche.

—¿Qué asuntos son esos que tienes que atender? —le pregunta a Alba tras pasar algunas de esas curvas.

La conductora afronta la incorporación a la Nacional IV desde la salida de Bailén.

—Estoy resolviendo todos los asuntos financieros que mis padres dejaron pendientes. Eran muy mayores, y al conde le gustaba hacer todo a la antigua usanza, ya me entiendes. Sin facturas ni recibos ni nada. Todo de palabra. Hay tierras de las que no tiene escrituras y propiedades que se firmaron con un simple apretón de manos.

Lali ríe para sí.

—Bueno, entre aristócratas todo funciona así, ¿no?

—Sí, pero yo soy abogada —responde Alba tras darle una calada a

su cigarrillo.

La sevillana asiente. Sí, sabe que Alba es abogada, pero no conoce mucho más sobre ella. Todos estos días yendo de aquí para allá han tenido un único objetivo: descubrir el paradero de Juana. Pero ha ahondado poco en ella, la chica que vio nacer y a la que arrancaron de los brazos de su madre justo antes de que a esta se le perdiera la pista.

—¿Y dónde trabajas, Alba? Que no me lo has dicho todavía.

—En Madrid, en un despacho laboralista. Nos encargamos de asistir a los trabajadores sobre sus derechos laborales y, además, de reivindicar la necesidad de una abogacía libre, de reforzar los vínculos con los movimientos ciudadanos y de coordinar los que piden la vuelta de la democracia a España.

Lali resopla asombrada.

—¿Todo eso?

—¡Y mucho más! —contesta Alba con un gesto de orgullo—. También nos coordinamos con despachos de abogados de todo el país. En el congreso de abogados de León de hace un par de años, por ejemplo, nos reunimos más de mil con la convicción de que España debe avanzar hacia la democracia, acabar con la arbitrariedad política y estrechar lazos con Europa. Éramos abogados de distintos signos políticos, pero había algo que nos unía, ¿sabes?

—¿El qué?

—Haberle perdido el miedo a la dictadura.

Lali asiente con la vista puesta en la carretera sinuosa que atraviesa Sierra Morena.

—Quizá hacía falta eso, que llegara una generación que ya no tuviera miedo —responde tras unos segundos de silencio.

Mientras oye a la joven hablar con esa convicción sobre su trabajo no puede dejar de pensar en Juana y en Salvador, su padre. Qué maravillosa coincidencia —piensa— es que al final la hija de ambos haya podido seguir sus pasos, a pesar de no haberlos conocido jamás; es abogada como él, es luchadora, y justa, y valiente como ella.

Le sonríe emocionada.

—Eres justo como tus padres habrían querido que fueras, ¿sabes?

Alba gira el cuello y la mira con el azul vidrioso que heredó de su

madre.

—Gracias, Lali. Aunque no lleguemos a saber nunca qué fue de ella, puedo conformarme con tus palabras.

Luego extiende la mano para estrechársela a la antigua maestra, que tampoco ha podido evitar soltar un par de lágrimas inoportunas.

Porque Lali siempre ha sido muy llorona.

Una hora después, con la tarde cayendo hacia un oeste que dibuja una luz naranja en el cielo, Alba levanta la mano para señalar hacia el final de una carretera comarcal que desde que dejaron atrás las montañas no deja de atravesar trigales y campos de labranza.

—Allí al fondo, en el cerro —le indica—. Todas estas son tierras del condado.

Lali achina la vista para contemplar esa casona blanca que corona un montículo salpicado de olivos y vides, de tierras de cultivo ordenadas a la perfección, con sus zanjas abiertas para la siembra primaveral. Mientras, Alba desvía el coche hacia un camino de tierra que obliga a la conductora a aminorar la velocidad por las piedras del camino.

El Seat 600 brinca, poniendo a prueba su amortiguación.

—Mi familia administra todo esto desde hace varios siglos —continúa Alba—. A mi padre le encantaba recitar la retahíla de condes de Bazán que se han sucedido hasta llegar a él, algunos con influencia decisiva en la corte del rey de turno, como mi antepasado don Román Bazán y Girón, que, según cuenta el legado familiar, estuvo en la corte de Fernando VII. En los buenos tiempos teníamos hectáreas de olivos y viñedos, y fincas en toda la comarca en las que trabajaban cientos de braceros. Hoy quedan una decena y las tierras que rodean este cerro.

—Bueno, no está mal, ¿no? ¿Te digo cuántas tierras tengo yo, querida? —bromea.

Alba acompaña el gesto con una risotada.

—En realidad, ¿sabes qué pienso hacer con todo esto, Lali? Dejárselo a las familias de trabajadores que llevan generaciones cuidando de las propiedades de mi familia. A Jenaro, a Minguito o incluso a Felisa, mi ama de llaves. Yo no lo quiero para nada.

Lali asiente sorprendida. No pocas veces ha conocido a gente con

ideales de boquilla; mucha revolución y mucho proletariado, pero no me toques el bolsillo, amigo.

La sevillana calla mientras observa a Alba estacionar el vehículo en el espacio libre de la cochera, tras atravesar la alambrada. Junto a ese espacio hay un enorme Mercedes y, a la izquierda, el sendero que conduce a la entrada de la casona.

—¡Guau! —exclama Lali asombrada por todo lo que la rodea.

Al bajarse del coche, la maestra —que no deja de ser mucho mayor que su compañera de viaje— hace ruido con la espalda y se permite unos segundos para desentumecer las piernas, como si acabara de aterrizar de un avión. Alba, ya sobre el pavimento, la insta a mirar hacia la imponente fachada principal de la casa, de estilo neoclásico.

—La mandó reformar el abuelo de mi padre. Por lo visto, entonces se llevaba así, como si imitara los templos griegos. Eso sí, tienes que ver el jardín trasero, que mi abuela se empeñó en decorar con estilo rococó. De pequeña me encantaba perderme entre las fuentes y las figuras de musas y enanitos.

Lali sonríe al imaginarse a la pequeña Alba jugueteando en el inmenso jardín, jugando a perseguir hadas o a servir el té a algún sombrerero loco. Mientras, la abogada rebusca en su bolso el manojo de llaves de casa y conmina a la maestra a seguirla por el sendero hacia la entrada principal.

No termina por encontrar las llaves, «¿Dónde las abre puesto, joder?», pero no le hace falta; cuando afrontan la escalinata con la que se accede al pórtico, la puerta se abre.

El ama de llaves levanta la vista.

—Ah, hola, Felisa, ¿qué tal?

Las mujeres se encuentran bajo el umbral de la puerta.

—Lali, te presento a Felisa.

Treinta y cuatro años, siete meses, veinticuatro días después.

—¿Lali?

Pero Lali se ha quedado paralizada.

Porque esta mujer no se llama Felisa.

Esta mujer se llama Juana.

38

Penal de mujeres de Málaga, octubre de 1937

—¿Nombre de la reclusa?

Lali y Clemente han guardado cola durante casi cinco horas, una cola de familiares que daba varias vueltas al perímetro de la prisión como el rabo de un cerdo que se enriza. Aunque solo va a entrar ella, él se prestó, caballeroso, a acompañarla ese largo tiempo en el que parece que el reloj se detiene y que transcurren siglos en lugar de minutos.

—Juana Ochoa —responde Lali a la funcionaria de la ventanilla.

En la mano izquierda lleva un paquetito con dulces, fiambre y algo de ropa para ella y para la niña. Su madre le ha tejido a Esperanza un abriguito de lana y ella, menos ducha en el tricotaje —no practica desde que lo aprendió en el colegio—, le ha confeccionado una manta para abrigarla en el moisés.

La niña debe de estar hermosa y enorme, con los siete meses como siete soles que ha cumplido ya.

—¿Juana Ochoa? —La funcionaria levanta la vista y arruga el entrecejo.

Lali la mira extrañada.

—Sí, Juana. La maestra cordobesa. ¿Ocurre algo?

Clemente, que detrás de Lali no prestaba atención a la conversación, pone la oreja y se inclina para mirar hacia la ventanilla. Tras él todavía quedan centenares de familiares a la espera de ser atendidos, matando el tedio con una conversación anodina, el jugueteo de sus manos o algunos, los que saben, leyendo un libro o un periódico.

—¿Algún problema? —pregunta el muchacho para hacer presión.

Le da igual que la vean con ella, una antigua reclusa.

—¿Estás seguro de que quieres acompañarme, Cleme? —le había preguntado Lali un par de veces antes de salir de casa.

Pero él se mostraba seguro.

—Quiero estar contigo hasta las últimas consecuencias, Lali.

Ella rio. Rieron también sus hermanas, que oyeron la respuesta del

muchacho, que parecía sacada de una radionovela. Al verla reír, él se coronó con un piropo digno también de alguno de esos galanes:

—¿Sabes? Ríes como deben de reír los ángeles.

Y solo entonces Lali comenzó a darse cuenta de que ese chico de camisa azul y ambición de servicio sanitario iba en serio. Tan en serio como cuando había sido capaz de defenderla frente a sus amigos falangistas.

—Ella no hizo nada, por eso salió de la cárcel.

No obstante, nunca fue capaz de decirles que, a pesar de que la habían puesto en libertad, poco después le llegó la inhabilitación como maestra. Eso, la depuración de Lali, quedó en secreto o, al menos, oculto tras una mentira piadosa que será aquella que la pareja comparta de puertas para afuera de casa.

—Lali prefiere dedicarse a ser madre, por eso ya no le interesa dar clase.

Frente a Lali y Clemente, la funcionaria de la prisión parece no saber cómo decirles que acaban de perder cinco horas de su vida. Los mira durante algunos segundos.

—Juana Ochoa ya no está aquí. ¿No lo saben?

Lali pone cara de sorpresa.

—¿Cómo que ya no está aquí?

La mujer guarda silencio.

Clemente da un paso al frente, seguro de que su pose varonil y su uniforme de las juventudes falangistas podrán conseguir mucho más que las palabras educadas de una joven menuda. Pone voz grave.

—Vamos a ver, señora. Venimos a ver a Juana Ochoa. Díganos ahora mismo qué ocurre con ella. Venga, ya.

Pero no, ni su porte erguido ni su uniforme ni la voz de galán surtirán efecto en esta mañana neblinosa de un octubre de guerra.

—Yo solo puedo decirles que ya no está aquí —responde la mujer violentada—. Solo eso. No nos permiten dar información privada sobre reclusas así por las buenas. Solo a familiares directos. ¿Ustedes lo son?

Lali titubea:

—N-no.

—Pues nada.

Pero la chica no se da por vencida:

—¿Y su hija, Esperanza? ¿Qué ha pasado con ella? —insiste.

La mujer chasquea la lengua contrariada.

—¡Os he dicho que no puedo revelaros información! ¡Así que venga, circulen! —Y les arenga desde la ventanilla a abandonar la fila.

Pero Clemente pone el grito en el cielo, hace aspavientos, se caga en Cristo y finge su indignación en busca, tal vez, de impresionar a Lali.

—¿Puedo ver a Rosaura, la funcionaria jefe? —pide la muchacha.

La mujer de la ventanilla ríe.

—¿Te crees tú que no tiene cosas más importantes que hacer que atenderte a ti?

Lali no lo sabe, pero Rosaura dio indicaciones estrictas a sus subordinadas. Que, si alguien preguntaba por la maestra cordobesa, no se dieran detalles.

—Venga, muchacha, hazte a un lado.

Clemente insiste durante algunos minutos más, hasta que la mujer le hace un gesto a uno de los policías que custodian la puerta de la prisión, gritándoles, «¡Eh, aquí hay unos alborotadores!», con lo que los agentes se disponen a apartar a Lali y a Clemente a empujones de la cola de familiares.

—Venga, fuera, rápido —les ordenan con la amenaza de su porra.

Hay algunos peros más, y llamadas a una justicia ausente, «¡No es justo!», hasta que finalmente, primero Clemente y por último Lali, acaban por darse por vencidos.

Bajan la ribera del Guadalmedina con la rabia apretándoles los dientes y una infinidad de preguntas rondándole a Lali su cabecita de pelo liso.

Todas con el nombre de Juana.

Esta no es la cita que Clemente había planeado desde hacía semanas. Primero convenció al padre de Lali para que lo dejara acompañar a la chica al penal de Málaga. José no solo era reticente a que este fuese con ella, «Aún no están prometidos —le diría a su mujer—, qué van a pensar de la niña», sino también porque no quería que su hija fuese

otra vez a visitar a Juana, aquella por cuya culpa había terminado en prisión y había sido depurada del magisterio.

—Lali no ha tenido culpa de nada, eso ha sido la maestra roja, que adoctrinó a nuestra hija —decía José en el barrio para exculparla.

Pero eso no podía decirlo en casa, porque se arriesgaba a discutir con Lali, que hacía todo lo posible por defender a su compañera. Por eso, el hecho de que Clemente le pidiese permiso para cortejarla no pudo hacerle más feliz. Era un joven educado, colaborador del Movimiento Nacional y nada sospechoso de haber pertenecido a sindicatos o partidos políticos. Le respondió enseguida, «Sí, por supuesto que tienes mi permiso», y lo invitó a comer a casa y lo colmó de halagos.

José sabía que Lali no encontraría muchos pretendientes en Sevilla, con todo lo que se había dicho de ella durante su estancia en prisión. Por eso también acabó accediendo a que Clemente la llevase en su coche hasta Málaga, para que el amor entre ambos siguiera brotando como acaba saliendo la mariposa del capullo.

El camarero irrumpe en la mesa y se dirige a Clemente, sentado frente a Lali.

—¿De beber qué desean los señores?

El joven ya sabe qué responder.

—Un vino rioja para mí. Una botella de agua natural para ella.

Acto seguido, el camarero le deja una carta con el menú del día, un menú escueto pero suculento. Clemente ha elegido este restaurante por las preciosas vistas del puerto de Málaga, adonde la pareja ha llegado tras dar un paseo por la ribera.

Clemente lo imaginó de otra manera. Primero, que la visita a Juana alegraría a Lali; luego, que pasearían y que probaría a cogerla de la mano si no había moros en la costa; que se asomarían a la playa y él le diría algún piropo de esos que aprendió de su padre, y, por último, que comerían en este mesón del que le hablaron hasta que llegase el momento que llevaba esperando desde que puso el primer pie en casa de la sevillana con un ramo de flores en la mano.

—Me dijeron que la carne al toro está riquísima, Lali. ¿Te apetece? —le ofrece.

Pero ella no tiene mucho interés en la comida. No puede quitarse a Juana de la cabeza preguntándose dónde estará, qué habrá sido de ella y de su hija.

—Está bien —responde esta por fin.

Él había planeado hasta qué conversaciones habría en la mesa. Hablarían de cuánto se complementan los dos, de todas las cosas que han descubierto en común en los encuentros que han tenido hasta ahora, en los que siempre ha estado una hermana de Lali de por medio. Clemente prefiere a Isabelita, la pequeña, porque no suele estar muy avispada cuando el chico extiende su mano para coger la de la hermana mediana.

No así Carmina, que tiene ojos de inquisidora.

Pero ahora no hay ninguna hermana; esta es la primera cita que tienen a solas.

—Bueno, ¿y cómo va todo por casa, Lali? —pregunta para romper el hielo.

Lali lanza un bufido.

—Pues no hay mucha novedad. Todo sigue igual que siempre. A papá no le falta el trabajo, gracias a Dios. Mi hermana Carmina sigue empeñada en salir con ese tipo indeseable de la fábrica de tabaco, compañero de mi padre. Ah, y la pequeña ya está diciendo que quiere seguir mis pasos y acceder a estudios superiores.

—¿Y qué dicen tus padres? —pregunta Clemente con un gesto de asombro.

—Pues te lo puedes imaginar. Que eso de estudiar ya no va a ocurrir más en mi casa. Que somos mujeres y con mi experiencia se ha demostrado sobradamente que los estudios no son para nosotras. ¿Te lo puedes creer?

Lali levanta la vista esperando de Clemente una respuesta con la que, al fin, le delate. Porque, desde que llevan viéndose —en el salón de casa o en los paseos tomando un helado por la orilla del Guadalquivir—, la chica no deja de ponerlo a prueba con preguntas a las que un falangista convencido habría de responder con algún exabrupto o con el comentario de un cuñado cualquiera. Por ejemplo, que la mujer no debería estudiar, sino dedicarse a su casa.

Pero no, Clemente, como todas las veces, contesta con una respuesta diplomática, como si él solo fuese una brújula que mirase siempre hacia el centro de una imposible neutralidad.

—Es normal que tus padres se preocupen por el futuro, Lali. Estamos en guerra. Pero seguro que atenderán a razones cuando el conflicto termine. E Isabelita podrá estudiar. Y tú podrás volver a dar clases.

Lali lo mira con una mueca de escepticismo.

—¿Volver a dar clases? No creo. La comisión depuradora ya lo ha dejado bien claro. Que las maestras con mi pasado no tenemos cabida en el magisterio.

—Bueno, aún te queda interponer recurso, ¿no? —sigue Clemente.

Lali vuelve a resoplar.

—Por lo visto, van a tardar bastante en resolver los recursos. Años, quizá. Y en la mayoría de los casos actuarán solo para ratificar la primera sentencia.

Clemente extiende la mano sobre la mesa para acariciar la mano derecha de Lali. Ahora nadie los mira. Ninguna hermana, ni mayor ni menor, tiene los ojos puestos para evitar que los jóvenes se sobrepasen.

—Eres una maestra maravillosa, Lali. Eso no te lo quitará nadie, por mucho que esa comisión de depuración te haya arrebatado tu título. La vocación no entiende de papeles, ¿a que no? Si no puedes dar clase en una escuela, pues las das en casa. Siempre habrá niños que necesiten aprender.

Lali guarda silencio. No quiere mostrarla, y por eso contiene la breve sonrisa que hace sobresalir su hoyuelo de la mejilla izquierda. Ese que trae loquito a Clemente.

—¿Tú crees?

Él le sonríe como un galán de cine.

—Por supuesto.

La chica vuelve a callar. Sostiene su vaso de agua y bebe un trago. Quiere disimular, que no se le note que de pronto hay algo que ha sentido por él, algo que, por primera vez, le ha hecho estremecerse.

Quizá aquello de lo que hablan las novelas románticas.

De pronto, hunde su mirada en el vino de la copa de Clemente, un rioja de un precioso color violáceo. Recuerda las palabras que su padre dijo una vez: «Suerte que en el lado nacional no nos falta el vino».

—Dime, Clemente, ¿a mí por qué me has pedido agua sin consultarme?

La pregunta coge por sorpresa al muchacho, que vacila sin saber cómo responderla.

—Pues…

Lali lo mira con ojos intensos.

—¿Me pides una copa de vino? —pregunta.

Clemente titubea.

—¿Cómo?

—Que me la pidas. Una como la tuya —insiste ella segura.

El muchacho se apresura a llamar al camarero, que atendía a unos clientes en una de las mesas del fondo del mesón. «¡Camarero, venga!».

—Disculpa, Lali. No te pregunté porque supuse que no te gustaba el vino. Como nunca lo habías pedido…

Lali esboza una media sonrisa.

—No lo había pedido nunca porque siempre había alguien mirando, ¿no?

El chico asiente sin comprender muy bien hacia dónde quiere dirigir Lali la conversación. Esa que en su mente, con ese plan perfectamente trazado, ya habría de estar por otros derroteros que por seguro no incluirían la palabra «vino», tan poco caballerosa.

El camarero llega a la mesa y Clemente le pide que le sirva a la señorita otra copa del mismo vino que le ha puesto a él. Luego, de nuevo en intimidad, hay un silencio que la pareja no sabe muy bien cómo administrar.

Hasta que Lali decide, al fin, quitarle el envoltorio a este aparentemente inofensivo almuerzo orquestado entre Clemente y José.

Quitarle el envoltorio para decir:

—Sé lo que me vas a pedir hoy, Clemente. Ha sido muy evidente, ¿sabes?

El muchacho vacila con una pregunta bailando en su boca, como si danzase en la lengua de un tartamudo.

—¿Có-có-cómo?

De repente, Lali ríe, nerviosa también.

—Que no te hagas el tonto. Que sé qué tienes en el bolsillo. Lo noté cuando te acercaste a la ventanilla de la prisión para recriminarle a esa mujer.

Desde hace días, Lali imaginó cuál es la razón por la que Clemente había insistido en acompañarla. Su hermana Carmina se lo dejó bien claro:

—Ni se te ocurra decirle que no, Lali. No tienes alternativa, ¿sabes? Papá dice que no puedes dejar pasar este tren. Que, sin trabajo y con el estigma de haber sido una maestra roja, ¿quién iba a querer algo contigo?

Clemente calla. Ninguna de las conversaciones que imaginó terminaba así, sin duda. Y por eso no sabe qué decir.

—Si quieres mi respuesta, Cleme, antes tienes que contestarme a dos preguntas.

Es la primera vez que lo llama así, Cleme.

Él traga saliva.

—Claro, dime.

Lali juguetea con su mirada asumiendo que es y siempre será ella quien lleve la sartén por el mango. Lanza la primera.

—Tendrás que dejarme que pida vino. Vino o cualquier cosa que quiera. Y que lo pida yo, ¿vale? No necesito que nadie lo haga por mí.

El muchacho asiente.

—¿Y la segunda?

Ella vuelve a guardar silencio. Mira brevemente hacia el salón del mesón, donde una decena de mesas almuerzan ajenas a que en esa de ahí, con vistas a la playa, hay una pareja que dirime los porqués de su futuro. Lanza la segunda.

—La camisa. Dime que no te la volverás a poner.

Él se la mira, agachando el mentón. Había planchado y almidonado los cuellos de esta camisa azul falangista con el mimo de quien va a jurar la bandera de su patria.

—Nunca me la volveré a poner —promete.

Lali sonríe.

—Ahora sí, ya puedes preguntármelo.

Clemente vuelve a asentir, con el temblor de su mandíbula y de sus manos. Echa mano al bolsillo y saca una cajita de piel. Retira la silla en la que se sentaba y se agacha hacia Lali con una rodilla en tierra.

—Lali, fui a buscarte a tu casa e iría a hacerlo al fin del mundo —recita con unas palabras que había calculado como el estratega que traza sobre el mapa la victoria de una batalla—. Me enamoré perdidamente de ti cuando te conocí y ya no puedo imaginar un futuro sin ti. Me da igual cómo sea, si tendremos o no trabajo, si habrá o no una familia. Me da igual todo. Solo quiero estar contigo. Por tanto…

Algunos comensales de otras mesas han detenido sus comidas para contemplar la escena. Unos se emocionan. Otros vitorean.

—¿Quieres casarte conmigo?

Y Lali se preguntará toda la vida si eso que siente por Clemente es amor.

—Sí, sí quiero.

39

Señorío de Bazán, Ciudad Real, abril de 1972

Está aquí. Delante. Una mano en el marco de la puerta y la otra manoseando el delantal anudado a su espalda, en un gesto despreocupado. Está aquí. Es ella.

Y no puede ser.

—¿Juana? —pregunta Lali.

El tiempo se paraliza bajo este zaguán.

—¿Juana?

Los dos pares de ojos se mantienen impávidos, como en un *western*. Junto a ellos, como quien media en el conflicto de un patio de colegio, Alba, que no sabe a quién mirar.

—¿Cómo que Juana? —insiste la muchacha.

Pero ninguna contesta. Lali siente que no puede moverse, que ha echado raíces igual que un sauce milenario plantado frente a la puerta. Eso mismo lo ha sentido otras veces, muchas de ellas en ese pasado de una guerra que huele a humedad y a orín y le evoca a luto y a despedidas, pero nunca con esta intensidad, nunca con la sensación de que, de un momento a otro, estará a punto de perder la conciencia y la verticalidad.

—¿Cómo que Juana? ¿Qué está diciendo, Feli?

Alba busca la mirada de Felisa, la misma que ha tenido siempre consigo desde que tenía uso de razón, «¿Feli?», esos mismos ojos que buscaba desde que era bebé y la amamantaban sus pechos, como la diosa madre de una tribu paleolítica.

—Feli, Felisa, dime algo, por el amor de Dios.

Pero la mujer tampoco tiene palabras. Ella, que siempre tenía la adecuada en el momento preciso; los consejos que su madre adoptiva nunca sabía darle y que al final salían de ella, prudentes, juiciosos, «Esto no te conviene, Alba», «Dile a tu madre que así no son las cosas, Alba», «Que ningún hombre te diga cómo debes actuar, Alba».

Y ahora no tiene. Ella. No tiene palabras.

—¿Feli?

De pronto, los ojos de Felisa se inundan como si se abriera un dique. Al verlo, Lali termina por despejar toda duda; sí, son los ojos de ella, los de Juana, porque a los ojos no se les puede engañar. Es la misma mirada, pero con un azul níveo, ya no tan intenso, con el surco de las arrugas como un mapa del tesoro y la vista cansada. Pero es ella, la maestra que una vez se cayó de una escalera mientras pintaba la fachada de la escuela y cambió su vida, como si el efecto mariposa existiera o el antojo de un dios caprichoso.

—Feli, dime algo, joder, que me muera yo ahora mismo —se impacienta Alba, zapateando y haciendo aspavientos frente a la puerta que Felisa le habrá abierto un millón de veces durante toda su vida.

Felisa hace un esfuerzo por contener la emoción, por mantener la dignidad y ese decoro del que siempre había hecho gala desde que empezó a trabajar en esta casa. Tras un silencio deliberado, solo enuncia un puñado de palabras.

—¿Por qué no pasamos adentro y hablamos? —Hace un gesto con la mano derecha para invitarlas a pasar mientras la otra la mantiene sobre el marco de la puerta.

Juana conserva la misma voz, como si la mantuviera en formol. Aquella voz que acallaba a los escolares más revoltosos con un solo grito, a Joaquín, a Ramón, a Roque; la que resonaba en la cabeza de Lali en las noches intempestivas, que pertenecía al ayer como la del Fantasma de las Navidades Pasadas.

La misma con la que la mujer vuelve a insistir:

—Pasad, por favor, y os lo explico.

Lali y Alba se miran. La noche de los tiempos es hoy.

—N-no puede ser, Feli.

Finalmente, la sevillana es la primera en reaccionar. Mueve sus pies como si pesaran igual que el tronco de un árbol frondoso y coge del brazo a una Alba inmóvil, desbordada de preguntas, para atravesar el marco de la puerta y entrar en esta casona.

—¿Queréis tomar algo?

Esa misma puerta a la que, hace treinta y cuatro años, una joven fugitiva llamó al timbre esbozando una sonrisa y forzando su acento andaluz.

40

Señorío de Bazán, Ciudad Real, noviembre de 1937

Doña Rosi había entrevistado a muchas candidatas, pero a todas acabó descartándolas por algún nimio detalle. El encuentro solía durar muy poco, si acaso tres o cuatro minutos, las preguntas recurrentes, «¿Sabes cuidar bebés?», «¿Cambiar pañales?», «¿Dar el biberón?», con la altivez de una dama madura, demasiado —decían las malas lenguas — como para haber engendrado un bebé.

Suerte que el párroco de Bazán, don Teodoro, se apresuró a acallar las habladurías desde el púlpito en la homilía de la misa de doce, la que congregaba a todo el pueblo sin distinción de sangre ni billetera.

Eso sí, los condes se sentaban siempre delante y entraban y salían por detrás de la sacristía, no fuesen a pedirles limosna los mismos desarrapados de siempre.

—¿Recordáis a la santa Isabel? —preguntó el cura frente al altar—. Dios quiso darle un hijo a una edad tardía, un hijo que acompañó a Jesús como primo carnal, aquel que lo bautizaría en el río Jordán. De la misma forma, el Señor ha bendecido al matrimonio de don Eliseo y doña Rosi con una preciosa hija que será bautizada, Dios mediante, el próximo domingo.

Tras esas palabras, doña Rosi giró la cabeza y miró desde la primera bancada al gentío, dejando a la vista, tras una preciosa mantita de encaje, el rostro inmaculado de su hija Alba María. Desde entonces, nadie ha preguntado.

Ni dónde había estado la barriga que le habría debido crecer.

Ni por qué nunca habló de su embarazo.

Ni nada.

Por eso, doña Rosi buscaba un ama de cría discreta y prudente, una chica, si fuese posible, que no los conociera de nada, que viniera de lejos.

—Parece buena chica, pero ¿no te da en la nariz que es algo impertinente?

Y así fue descartando una tras otra. Por pequeña que fuera su falla.

—Le falta un diente. No quiero que la niña crezca toda la vida mirando esa mella.

Don Eliseo acabó pensando que nunca encontrarían ningún ama de cría, una muchacha joven —como el matrimonio buscaba— que ayudara a su mujer a sobrellevar los sinsabores y los desvelos de su recién estrenada maternidad.

Felisa llamó a la puerta de la casona cuando ya habían perdido la esperanza. Iba vestida de luto. Le abrió Jenaro, un chico espigado que creció correteando entre los trigales de las tierras del condado y que acabó ganándose la confianza del conde como amo de llaves.

—¿Qué se le desea a la señorita? —preguntó él.

Felisa se pasaba la mano por la solapa de su abrigo remendado a fin de doblegar esa dichosa arruga que se le resistía. Al sentir que la puerta se abría, se cuadró, firme.

—Hola, buenos días. Quisiera dirigirme a la señora de la casa. Me han dicho que busca un ama de cría.

Jenaro le pidió que aguardara mientras le preguntaba a la condesa, y Felisa esperó frente a la puerta durante algunos minutos en los que dio un rodeo en el pórtico admirando sus enormes macetones y la imponente fachada de la casona decorada con motivos ganaderos. Al volver a abrirse la puerta, oyó el llanto de un bebé proveniente del interior de la casa.

Se estremeció.

—La señora dice que pase. La acompañaré a la sala de visitas. Adelante.

Felisa asintió y se prestó a seguir a Jenaro, que caminaba como un ave zancuda mientras se afanaba por observar todos los detalles de la decoración barroca de la casona. Los cuadros con motivos campestres, los retratos de fulanos ilustres, los escudos heráldicos o las espadas del medievo.

Volvió a oír llorar al bebé.

—Doña Rosi, esta es la chica que desea verla.

La condesa se encontraba sentada en una butaca orejera mientras daba leche al bebé con un biberón. La muselina caía sobre sus rodillas como la seda de un marajá.

—Pase, señorita, y siéntese ahí —le señaló hacia la butaca vacía frente a ella—. El conde no se encuentra en casa, ha salido a cazar, pero yo me valgo sola para entrevistarla.

Felisa tomó asiento bajo la atenta mirada de la condesa, que no perdía la oportunidad para tomar nota de todo cuanto observaban sus ojos aviesos.

A una aspirante la desechó por no haberse sentado con las rodillas juntas.

—Dígame, Felisa, ¿sabe cuidar de un bebé?

La muchacha asintió. Había estudiado a la perfección qué responder.

—Mi hijo murió hace un par de meses, señora. Por eso voy vestida de luto. No tengo nada más en la vida; mi esposo falleció en la guerra intentando liberar Madrid de la tiranía roja y mis padres murieron hace mucho. Por eso estoy buscando trabajo, para mantenerme.

La mujer guardó silencio, pensando, quizá, que la aspirante había cumplido ya algunos de los requisitos que ella buscaba: porte elegante, correcta dicción a pesar del acento, pulcra y ni muy vieja ni muy joven.

—Ay, vaya por Dios, lo siento mucho —respondió doña Rosi santiguándose con la mano que el bebé le dejaba libre—. Y, dime, ¿de dónde eres, Felisa?

La chica miraba al bebé.

—De Córdoba, señora.

—¿Y qué te ha traído hasta aquí? —inquiere la condesa.

De pronto, el bebé se atragantó con la leche del biberón y tosió un par de veces hasta recobrar la compostura.

La señora no se daba cuenta; tendría que inclinar el biberón con mayor ligereza.

—Como mi marido murió en Madrid, fui hasta allí para darle sepultura al cuerpo. Luego he regresado viajando en una camioneta hasta que me detuve en el pueblo de al lado. Allí, en el hospedaje en el que me quedé, la mesonera me dijo que usted buscaba una empleada del hogar.

Doña Rosi asintió, cada vez más convencida.

Pero le faltaba una última prueba:

—¿Quiere seguir dándole el biberón? —le ofreció a la cordobesa.

Alzó al bebé en alto hasta depositarlo en la cuna que Felisa bosquejó con sus brazos. La muchacha sujetó el biberón y jugueteó con la tetilla sobre los labios del bebé, que, de pronto, rio.

No pudo evitarlo; comenzó a llorar.

—Te recuerda a tu hijo, ¿no, chiquilla? —preguntó la condesa emocionada.

La chica se apresuró a contener el llanto.

—Eso es, señora. ¿Y sabe una cosa? Si me elige, podré darle de mamar al bebé con mi propia leche, que todavía me brota. Así no tiene que darle esta leche de vaca.

La condesa sonrió pensando que Felisa era la primera aspirante que había pasado su exigente entrevista con nota. Así que se puso en pie y, con gesto aristocrático, le recitó las condiciones que había pactado previamente con su marido:

—Seis días a la semana, de ocho a ocho. Un día de descanso. Doscientas pesetas al mes. Habitación en el ático de la casa. ¿Estás de acuerdo?

Felisa miraba al bebé en sus brazos con una sonrisa y otro par de lágrimas tirándose por el precipicio. Se apresuró a contestar.

—Eh, sí, por supuesto.

Y temerá toda su vida que alguien descubra que los ojos de la niña son los mismos que los suyos.

—Lo que usted me ofrezca, señora, estará bien.

Pero nadie osará decir que Alba no es hija de los condes. Hija de doña Rosi, que le tendió la mano para sentenciar:

—Felicidades, Felisa. Está contratada.

Alba no puede creerlo todavía. Tampoco su piel, erizada, ni su corazón, desbocado como un potrillo en libertad. No, no puede ser.

—¿T-tú eres Juana, Felisa?

Las mujeres habían tomado asiento en los sofás de piel frente a la chimenea.

—Dímelo, por el amor de Dios.

Nunca había puesto a Dios en sus labios tanto como ahora. Nunca había sentido este terremoto bajo sus pies, el mundo patas arriba, volar todo de golpe, como una explosión atómica. Ni siquiera cuando doña Rosi le dijo que ella no era su madre biológica, que su madre verdadera había sido una pobre diabla de cuyos brazos le arrebataron en aquella prisión malagueña.

Esta pobre diabla que, de pronto, casi no puede articular palabra.

—Sí, Alba. Yo soy.

El fuego brama dentro de la chimenea.

Ninguna se atreve a romper la frontera hasta la otra, acercarse y quebrarse en un abrazo que difumine el límite de los cuerpos.

—No… puedo… No puedo creerlo —esboza Alba con un temblor mortecino.

Juana es la primera en romper el hielo.

—Siempre estuve ahí, cariño. A tu lado. Siempre.

Alba no puede contener el llanto.

—No. Puede. Ser.

Arruga la nariz y los ojos y retuerce los labios como si todo su rostro se constriñera en un mismo punto. Las lágrimas brotan en torrente. Juana se apresura a ofrecerle una servilleta y luego a rodearla con sus brazos, como siempre hizo.

Como cuando la chica lloró por su primer amor.

Como cuando discutía con los condes, que nunca la entendían.

Como cuando la apoyó en estudiar Derecho a pesar de la oposición de su padre.

Su abrazo siempre estaba ahí, cálido, como un hogar.

Ahora es el mismo abrazo, pero no es el mismo.

—¿E-es ver-dad o-o me estáis mintiendo? —pregunta con un llanto hiposo.

Levanta la vista para mirarla a los ojos.

—Nunca te mentiría con algo así.

La joven vuelve a hundir el rostro en el hueco de su abrazo, asimilando, confrontando esta revelación con esa realidad esquiva que siempre estuvo delante de ella, pero que nunca advirtió, como el conejo que siempre estuvo en la chistera del mago.

Sí, Felisa, Juana, siempre estuvo ahí.

—¿Y cómo lo hiciste, Feli? —pregunta Alba tentada de llamarla como siempre habría querido Juana, «mamá».

Madre e hija vuelven a tomar asiento en los sofás. Junto a ellas, Lali aguarda con el corazón encogido, como si lo aprisionara con el puño. Siempre fue de lágrima fácil y tampoco ha podido contenerse.

—Pude escapar de la cárcel la noche en que vinieron a matarme —comienza a relatar Juana con un repentino semblante serio.

Lali y Alba asienten, recordando lo que les contó sor María en aquella escuela jienense y que terminaba justo en ese mismo momento; la huida de una reclusa, la ribera del río, el amanecer. Tras ello, durante los siguientes minutos, las mujeres atienden a un relato que Juana guardaba dentro de sí a riesgo de que se fuera a la tumba con ella.

—Amanecía, y yo salí corriendo…

El relato de una fuga imposible, de días sin probar bocado, de engaños e ingenio hasta lograr llamar al timbre de la casona del señorío de Bazán, donde supo que su hija Esperanza tenía un nuevo hogar.

—Una vez doña Rosi me aceptó como tu ama de cría, comencé a planear mi fuga contigo. Algunas veces iba a ser Francia. Otras, Portugal. Otras, América. Pero nunca encontraba el momento. La guerra seguía desangrando el país y aquí, de pronto, había encontrado paz. La paz de esa chimenea que chisporrotea, de una mesa llena de comida, de juegos de naipes y bailes de salón. Sí, es posible que te decepcione, Lali. —Juana mira hacia la sevillana, que con los ojos parece ofrecerle una disculpa que en ningún caso esta le había pedido

—. Lo pensé muchas veces, me martiricé por ello. Que dónde se quedó aquella Juana que conociste, la que había luchado incansablemente, incluso con un bebé en el vientre, por la libertad y la justicia de esos campesinos del valle, de los hijos de estos como maestra. Pero ¿sabéis qué? Me di cuenta de que aquella Juana se quedó en la prisión en la que habría tenido que morir si no hubiese sido por la intervención de aquella monjita. Me di cuenta de que yo ya era otra. Era Felisa.

Lali asiente, estremecida, emocionada, pensando que a pesar de que ahora Juana no sea Juana, sino Felisa, sigue irradiando esa fuerza, esa pasión al hablar, el calor de unos ojos azules que inexplicablemente nadie había asociado con Alba, con su hija carnal.

Cómo habría de recriminarle nada. Si acaso, Juana habría de hacerlo con respecto a Lali, que no volvió a luchar contra esa inhabilitación injusta, que no hizo todo lo que estuvo en su mano por volver a recuperar su título de maestra.

—Y, día tras día, mes a mes, supimos que había terminado la guerra. Por aquel entonces, yo ya había abortado todo plan de fuga ante las noticias que llegaban de todas partes. Que habían apresado a Miguel Hernández cuando intentaba escapar a Portugal, por ejemplo. Que uno a uno iban cayendo todos los que estaban escondidos. Y, aunque los maquis seguían haciendo la lucha desde los montes, yo renuncié a ello para seguir dándote calor y leche. A los condes no les interesaba mucho tu educación. Eran mayores y llevaban la típica vida aristócrata; él, la caza y los juegos de cartas; ella, el té y los chismorreos de alta alcurnia. Así fue como comprendí que mi guerra era otra, la de prepararte día a día para ser la joven en la que has logrado convertirte. Y ¿sabes? He estado tentada siempre a contártelo. Revelarte quién soy, en realidad.

Alba no se lo cree todavía. Su cuerpo tiembla. Le palpita el corazón como si estuviese a punto de colapsar.

—¿Por qué no me lo dijiste en cuanto murió mi madre? —pregunta —. ¿O cuando te dije, en aquel desayuno, que quería buscar a mi madre biológica? Es decir, que quería buscarte.

Se miran a los ojos, como tantas veces se han mirado. Pero esta es la primera que lo hacen como madre e hija. Juana se explica.

—Cuando me dijiste que tu madre te había confesado que habías sido adoptada, estuve a punto de contártelo, pero me contuve. No quería desestabilizarte, con todo lo que estabas pasando. Además, necesitabas conocer toda la historia. La historia completa. Y para ello tenías que llegar hasta ella, hasta Lali. Y que ella te llevara hasta mí.

Mira a Alba y luego a su antigua colega sevillana. Se sonríen.

La chimenea sigue rugiendo.

La sonrisa se dibuja en el rostro de las tres, como si en ellas hubiese prendido la misma luz.

O el mismo pensamiento, que aún les queda mucha vida por delante.

Tras unos segundos de silencio, Alba extiende la mano y estrecha la de su madre.

—Ahora me doy cuenta, Feli, de que todo es gracias a ti —le dice.

Todo. Esa educación igualitaria, «Que nunca tengas que depender de un hombre, Alba». Esa atención por los más necesitados, por las injusticias que existían en la sociedad, «Recuerda, Alba, que el hecho de que vosotros tengáis muchas tierras y mucho dinero implica que haya mucha gente que no tenga nada». Esa forma de enseñarle que no tenía que conformarse con esa vida acomodada desde la altitud del cerro que corona la casona, «Sal de aquí, vuela, conoce a otra gente, lábrate tu propio camino».

Todo. Todo fue siempre cosa de Juana, de sus consejos a los pies de la cama, con las rodillas juntas, con la prudencia que aprendió a demostrar para nunca llamar la atención, para que nunca nadie descubriese que hubo una bala que debería haberse incrustado en su cráneo y todavía esperaba.

Lali observa el abrazo que vuelven a darse, sentadas sobre el sofá, el primer abrazo de muchos que vendrán. Se acerca a ellas y decide unirse.

—Eres lo que a tus padres les arrebataron, Alba —dice entre los huecos que dejan los brazos de las tres—. Siéntete orgullosa de ello.

La muchacha asiente, incapaz de articular palabra. Tras varios segundos, Juana deshace el abrazo y se dirige a su antigua compañera, sonriente. Hay algo que siempre quiso decirle.

—¿Sabes, Lali?

Algo pendiente.

—Dime.

Mientras, Alba seca sus lágrimas con un pañuelo que guardaba en el bolso.

—Me debes un favor.

Lali arquea las cejas. Le debe muchos favores a Juana, pero no sabría a cuál se refiere ahora.

—Te debo muchas cosas, amiga —responde.

—Me refiero a algo que creo que no sabes. El último favor que te hice. Y te lo contaré porque quiero que me lo devuelvas con algo que voy a pedirte, ¿de acuerdo?

Lali guarda silencio, expectante.

—Pues claro, adelante.

La chimenea lanza un bramido, como si las llamas ahí adentro también aguardaran a oír a la antigua maestra. Juana confiesa.

—Cuando llegamos a prisión, antes de que Alba naciera, testifiqué en secreto sobre todos los cargos de los que se nos acusaba. Y conté la verdad, que todo lo que ocurrió en Alcalá del Valle había sido cosa mía, que tú no tuviste nada que ver. Ni en la cuestión del crucifijo ni en la detención del cura ni en la confiscación de tierras. Todo fue cosa mía. Por eso te dejaron en libertad. Y por eso me condenaron a muerte.

Lali se lleva la mano al rostro, sobrecogida.

—N-no tengo palabras, Juana.

—No tienes que decir nada —la acalla la cordobesa—. Porque pienso cobrarme ese favor.

De pronto, Lali advierte en ella ese tono tan suyo, juguetón, satírico, con el que enunciaba una broma o metía a alguien en un aprieto. Juana ríe.

—¿El qué?

Mira a su hija y sonríe.

—Alba me contó que tú no querías hacer los trámites para recuperar tu titulación de magisterio, a pesar de que con el indulto general de hace unos años no habría de ser difícil. Ella misma se ofrece a llevarte

el caso. —Mira a Alba con otra sonrisa.

Lali levanta la mano para intentar rebatirla, pero Juana se apresura a silenciarla.

—Sí, entiendo perfectamente tus objeciones. Y las comparto, ojo. Pero una cosa te voy a pedir. Yo no puedo hacerlo ya, porque Felisa Martín López, esa que soy ahora, no tiene título alguno a su nombre. Pero tú sí.

Le coge las manos y la mira con la misma intensidad de unos ojos por los que Lali, hace tres décadas, la habría acompañado al fin del mundo.

—Hazlo por las dos, Lali —le implora Juana apretándole las palmas —. Por recuperar aquella maravillosa sensación que suponía tener en tus manos la educación de un niño. Hazlo. Vuelve a ser maestra.

Epílogo

Una clase

42

Sevilla, septiembre de 1972

—El romanticismo, muchachos, habla de pasiones. De pasiones humanas, amores atormentados, aventuras imposibles, honor, gloria, muerte.

Lali camina lentamente hacia el centro de la clase para colocarse junto a los pupitres situados allí. Siempre le gustó deambular por entre las mesas, acercarse a los chicos y que sintieran que ella no les habla como quien da un discurso desde una tribuna.

Le guiña un ojo a Charito, una de las niñas menuditas de la clase. Continúa:

—Les voy a poner un ejemplo, ¿de acuerdo? Oigan con atención.

Agacha la cabeza y guarda silencio en un gesto teatral. De pronto, tiene la atención de la treintena de niños y niñas de la clase de sexto D del colegio público Hermanos Machado, al norte de la ciudad.

—«Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela…».

Cuando levanta la vista hacia sus alumnos, es un pirata con más de sesenta y la voz ruda, espalda achaparrada y un ojo izquierdo perdido, quizá, en alguna refriega con Long John Silver o con el pirata Barbanegra. Al volver a caminar, su pierna derecha también parece ausente, y por eso fuerza una cojera inexistente que despierta en los chicos algunas risas o el gesto de asombro de quien asiste por primera vez a un espectáculo de magia.

—«¡No corta el mar, sino vuela un velero bergantín!».

El pirata recita el poema de José de Espronceda haciendo énfasis en el final de los versos, «llaman», «Temido», «conocido», «confín», disfrutando en la boca de cada verso como si la poesía pudiese saborearse en la punta de la lengua.

—«¡La luna en el mar riela, y en la lona gime el viento!».

Apenas tiene espacio por el que caminar, porque el aula está abarrotada. Pero ello no es impedimento para su representación, zigzaguea y simula andar por la cubierta de un barco agarrándose a los pupitres o al respaldar de las sillas como lo haría de los cabos que

cuelgan de los mástiles o de la mesana mayor de su bergantín.

—«¡Asia a un lado, al otro Europa y allá a su frente Estambul!».

La falta de colegios en la zona norte de Sevilla hizo que este centro escolar, recién inaugurado, diese cabida a muchos más alumnos de para los que fue proyectado; a los tres edificios originarios se les unieron unas caracolas de cuatro unidades y un inmueble prefabricado de ocho. Más de mil alumnos y cuarenta maestros.

—«¡Navega, velero mío! Sin temor, que ni enemigo navío…».

Mil alumnos, la mayoría procedentes de las decenas de aldeas y pueblos agrícolas que rodeaban Sevilla y cuyas familias fueron dejando los campos de cultivo y de labranza para ocupar el puesto de alguna fábrica del cinturón industrial de la ciudad.

—«Ni tormenta, ni bonanza, tu rumbo a torcer alcanza».

Y ahí estaban sus hijos, niños que habían nacido con la televisión, que cantaban las canciones de los Payasos de la Tele y que abarrotaban los parques que todavía no escondían las jeringuillas de los pinchazos aviesos. Niños, eso sí, que no se libraban tampoco de las palabras altaneras de los maestros que habían seguido ejerciendo durante el franquismo sin interrupción.

—Tú lo habrás notado bien, con todo el tiempo que llevas sin dar clase —le había dicho a Lali don Rodrigo, el jefe de estudios del centro, un tipo serio, de bigote frondoso y camisa perfectamente planchada todas las mañanas—. Los niños de hoy ya no tienen respeto por nada. Vienen del campo y están asalvajados. Sus padres no les enseñan modales y los educa la tele. Y, para colmo, las huelgas y las revueltas políticas no hacen más que volverles la cabeza loca. Que si democracia, que si libertad. ¡Paparruchas! Lo primero es el respeto y la tradición. Y se está perdiendo, ¿no te parece, Eulalia?

Lali no se esforzó mucho por rebatirle al jefe de estudios. Hacía tiempo que decidió qué batallas luchar y esa contienda dialéctica no conseguiría más que desgastar su energía. ¿Acaso iba a convencer a don Rodrigo de que, treinta años después, había descubierto en estos niños las mismas ganas de aprender que en los de entonces?

Esas ganas, esa motivación que estaba ahí como un diamante en bruto.

—También tenemos buenos chicos, ¿no le parece, don Rodrigo? —terció tímida la maestra sevillana—. Yo estoy disfrutando mucho de mi vuelta a las aulas, ¿sabe? No se imagina qué satisfacción resulta el simple hecho de comprobar que todos son capaces de leer y escribir. Que de todos puedo sacar algo cuando leemos un poema o les doy unas instrucciones sencillas para realizar una investigación.

Don Rodrigo miró a Lali con la altanería de sus cejas pobladas. Tampoco le rebatió, y prefirió retirarse de esa batalla pensando que quizá esta maestra no era más que una de esas modernas que hablan de metodologías activas o de aprendizaje cooperativo.

Eso le hizo mucha gracia a Lali; descubrir que sus compañeros jóvenes del claustro, los recién salidos de la facultad, tenían las mismas ideas modernas y hablaban de los mismos referentes —Montessori, Vigotski, Steiner— que habían compartido con ella en la Escuela Normal cuando se preparaba para ser maestra. Ideas de la Institución Libre de Enseñanza o del movimiento de la Escuela Nueva que, de pronto, eran modernas ahora, cuarenta años después.

El pirata lanza un rugido al terminar el último verso, «Mi única patria la mar», que arranca un aplauso entre los chicos que han asistido al repentino recital. Vuelve a agachar la vista y, al alzarla, es Lali otra vez.

—¿Qué os ha llamado la atención del poema? A ver, decidme.

Muchas manos se levantan. Algunas, las más recurrentes, son aquellas que siempre tienen la respuesta preparada, como el vaquero de gatillo fácil. Pero a Lali le gusta centrarse en aquellos que nunca suelen responder, los de timidez, dejadez o un poco de ambas cosas. Guarda silencio mientras busca el contacto visual con los alumnos.

—Venga, Roberto, dinos, ¿algo te ha llamado la atención?

Roberto se sienta en las últimas bancadas. Es el mayor de la clase —de estatura y de edad— porque repitió curso el año pasado. Lali tuvo con sus padres una de las primeras tutorías. Se habían quedado en paro y estaban a punto de quitar al niño de la escuela.

—Aguantad un año más, por el amor de Dios. Que algo podré sacar de él.

Algo, lo que fuese, al menos el amor por una poesía como *Canción*

del pirata.

—Dinos lo primero que se te venga a la mente —le insiste la maestra.

El chico titubea. Lali ha logrado al menos que no se muestre irrespetuoso con ella cuando haya algo que lo violenta, como cuando toda la clase aguarda una respuesta de sus labios. Ahora se limita a quedarse callado con la cabeza gacha.

Lali se acerca a él. La clase de treinta se ha reducido, de pronto, a una clase de uno.

—Tú puedes, Roberto. Venga, dinos algo.

El chico diría que es tonto y que no sabe pensar porque es un bruto, como le recrimina su padre. Pero Lali le pidió que nunca volviese a decir algo así.

—Que me gustaría *se* un pirata como ese, seño. *Pa* huir.

Lali lanza, de pronto, una risotada.

—¡Perfecto, Roberto! —lo felicita dándole una palmada—. Has dado en el clavo. Eso es el romanticismo, ¿sabéis, chicos? El poema ha despertado en Roberto el ansia de libertad. Y seguro que en todos vosotros también. A través de la literatura y la pintura o la música, los románticos comparten con nosotros sus anhelos, sus terrores, su visión del mundo. Una visión que no tiene por qué ser la acertada, ojo. Tened cuidado con eso. A veces, el romanticismo ha justificado una guerra, o un genocidio, diciéndonos al resto de la gente que ese sacrificio es necesario, ¿sabéis?

Irene levanta la mano.

—¿Ge-genoqué, seño?

Lali sonríe ante el trabalenguas de la niña.

—Genocidio, cariño. Es cuando se lleva a cabo el asesinato de muchas personas por el simple hecho de ser quienes son o pensar como piensan.

A Lali no le da miedo hablar de ciertas cuestiones. Total, ¿qué más van a recriminarle?

—Pero no nos desviemos del tema, niños. Abrid el libro y poneos por parejas para leer la poesía de la página cuarenta y tres. Un miembro de la pareja lee las estrofas impares y otro las pares, ¿de

acuerdo?

Los chicos asienten. Y, durante los siguientes minutos, Lali se afana por atender a todas las parejas, «¿Lo habéis entendido? ¿Qué os ha parecido?», buscando la mejor manera de hacer bueno ese axioma del que nunca se ha separado como maestra desde que se lo oyó a Ángel Llorca en la Escuela Normal de Sevilla:

—A cada niño, lo que necesita. No más.

A él también lo inhabilitó una comisión de depuración, a don Ángel, que murió sin poder volver a la escuela.

Lali, en cambio, tuvo más suerte. El tribunal encargado de juzgar su inhabilitación no le dio muchas vueltas. En virtud del Decreto Ley de indulto de 1969, su proceso de depuración quedaba anulado.

La defendió Alba Bazán, que no hubo de pelear mucho.

La vuelta de Lali a las aulas salió hasta en la prensa. Por obra de David, el marido de Alba, el diario *Pueblo* se hizo eco de ello en una de sus páginas interiores. A Lali le sonrojaba el titular, que conseguía que el lector dejase de hojear las páginas para detenerse ahí, en la catorce, en la sección de cultura:

MAESTRA INCANSABLE VUELVE A DAR CLASES TRAS 34 AÑOS

Alba le había advertido a Lali que su marido estaba deseando escribir sobre ella. En estos últimos años, los periodistas andan ávidos de historias que recorran más de treinta años. La de los exiliados que vuelven, la de los topos que salen. Historias que dan a entender que esas últimas décadas han supuesto, para mucha gente, un paréntesis que está a punto de cerrarse.

—¡Eh, pues sales guapa, Lali! —la piropeó Clemente al leer la noticia y pararse en la imagen que acompañaba al texto.

Una noticia que él no tardaría en mandar a enmarcar. Ella, sesenta y tantos, brazos en cruz, hoyuelo de la mejilla izquierda, mirada altiva y, detrás, una pizarra que el fotógrafo que tomó la instantánea propuso que no borraran a propósito, con un popurrí de cuentas con decimales y análisis sintáctico y una línea de tiempo que se aventuraba a llegar al año 2000, como si la educación pudiera prevenir el futuro.

—Pues sí, para qué voy a negarlo —se enorgulleció la maestra.

Sí, efectivamente, Clemente colgó en el salón de casa la página de *Pueblo* enmarcada. Y Lali se paraba para mirarse ahí todas las mañanas mientras se tomaba el café antes de dirigirse a la escuela.

De pronto, el timbre del colegio suena. Lali había conseguido que los chicos se concentraran tanto en la lectura que se olvidasen de que el final de la clase estaba próximo. Al oír el timbre, les da permiso para recoger y en cuestión de segundos la clase se queda vacía, «¡Hasta mañana, seño!», «¡Hasta mañana!», como cuando amaina una tormenta.

A Lali le encanta este momento. Se recrea en él, ya en soledad. Borrar la pizarra, recoger sus cosas y cerrar la clase. En el encerado había escrito algunos versos de Bécquer, el poeta sevillano del amor. Borra hasta que, de pronto, un sonido la frena.

Un silbido.

Fiu, fiu, fiuiuiu.

Mira hacia la puerta y se sorprende al ver al hombre que aguarda en el marco, como una aparición espectral. Tras él, asomado, hay un muchacho.

—Disculpe que la haya sobresaltado, señora. ¿Podemos pasar?

La mujer no es capaz de reconocerlo. Es un tipo de unos cuarenta y muchos, porte elegante, camisa y pantalón chino, pelo en franca retirada.

El muchacho que camina tras él se le parece. Debe de ser su hijo.

—¿Quería algo? —pregunta Lali dejando el borrador de la pizarra sobre su mesa.

Antes de darle la mano a modo de saludo, se sacude la tiza con un par de palmadas.

—¿Me recuerda, señora?

Se miran a los ojos y, entonces, sí.

—Ay… —Se lleva la mano a la boca.

Lali nunca olvidó esa mirada.

—¿Roque?

Treinta y tantos años después y los mismos ojillos traviesos que conoció en Alcalá del Valle, los de ese chico que las ocultó a ella y a

Juana en aquel corral.

Se encuentran en un apretón de manos.

—La vi en el periódico y supe que tenía que acercarme a saludarla, señorita Lali.

Sí, el mismo mohín de su boca al sonreír, el mismo gesto pícaro de sus mejillas.

—Este es mi hijo, mi Francisco Javier, ¿sabe? —Le hace un gesto al joven, de unos doce o quizá trece, para que salude a la maestra—. Quería que viniese a conocerla.

La mujer no puede casi ni articular palabra.

—¿P-por qué? —pregunta emocionada.

Otra vez la sonrisa de ese chico que le enseñó a silbar.

—Porque siempre le he hablado de usted, ¿sabe? Quería que conociera a la mujer que me hizo ser maestro.

Nota del autor

Aunque esta es una obra de ficción, buena parte de los hechos narrados en esta novela se inspiran en la historia reciente de España, como el inicio de la Guerra Civil en la ciudad de Sevilla, la revolución campesina de la sierra de Cádiz o los indultos generales de 1969 durante el tardofranquismo. Eso sí, a la hora de tratar algunos de estos eventos me he permitido cierta licencia histórica. Por ejemplo, aunque es cierto que el Caserón de la Goleta fue la prisión de mujeres de Málaga durante la guerra —y en ella se hacinaron miles de presas en condiciones inhumanas—, los experimentos del doctor Antonio Vallejo-Nájera en busca del gen rojo no comenzaron allí en 1937, como se ha relatado aquí, sino algo más tarde, y no concluyeron hasta el final de la contienda.

En aquella prisión, el Gabinete de Investigaciones Psicológicas se valió para sus experimentos de medio centenar de presas, la mayoría condenadas a muerte, entre las que se afanó en buscar sin éxito la raíz biológica del izquierdismo. Aun así, las teorías de Vallejo-Nájera justificaron la separación de los bebés o hijos menores de las madres reclusas, que en muchas ocasiones pasaron a ser tutelados por las instituciones estatales y religiosas o, en algunas otras, dados en adopción a familias colaboradoras del régimen.

En cuanto a la depuración del magisterio, este proceso afectó a un tercio de los maestros y las maestras que conformaban el cuerpo docente de España en 1936. Fueron decenas de miles —muchos de ellos sin ninguna afiliación política— que no volvieron a pisar un aula o lo hicieron a medida que el régimen franquista practicaba un olvido deliberado. Por citar algunos ejemplos, María Barbeita, maestra coruñesa, fue depurada y obligada a la jubilación forzosa en 1942. María de Maeztu hubo de refugiarse en Buenos Aires, igual que María Luisa Navarro. La oscense María Sánchez Arbós, tras haber sido depurada, no recuperó su plaza de maestra en Madrid hasta 1959. Justa Freire, que estuvo presa en la cárcel de Ventas, no volvió a dar clases hasta 1954, pero nunca en Madrid, donde no le permitieron volver a ejercer. Elbira Zipitria, una de las pedagogas vascas más

reconocidas del siglo xx, solo pudo dar clases en pequeñas ikastolas que funcionaban en la clandestinidad. La sevillana Ángeles García Palacios, depurada como todas las anteriores, no volvió a las aulas hasta 1973, con sesenta y tres años, para satisfacer hasta su jubilación la vocación docente que nunca le había abandonado.

La historia de todas ellas, y de muchas otras maestras y maestros que lucharon por una educación moderna y centrada en el desarrollo integral de niños y jóvenes, inspira a los personajes de Lali y Juana, las protagonistas de esta novela. Qué habría sido de la educación en España, de su sociedad misma, si esta generación de docentes hubiese podido dedicar toda su vida activa al servicio del magisterio.

Agradecimientos

Escribir un libro no es solo aporrear unas teclas. Me habría sido imposible hacerlo sin ti, Irene, sin tu amor, sin el apoyo que le brindas a mi viejo sueño de escribir, sin los abrazos cuando necesito de tu calor, sin tu vientre profuso.

Tampoco sin Carmen y los pasitos torpes con los que ha comenzado a caminar por la Tierra mientras yo terminaba de escribir esta historia.

Tampoco sin Abril, que aún no ha nacido cuando apuro estas palabras y ya llena de primavera nuestras vidas.

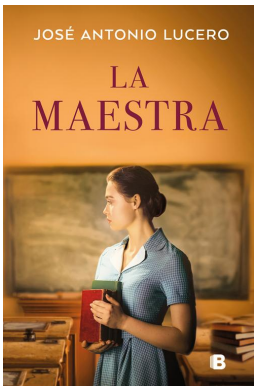
No lo habría podido hacer, tampoco, sin mi familia, sin papá, sin Meli —qué haría yo sin tus lecturas certeras—, porque sois mi sostén al mundo; sin mis amigos, por cuánto me quieren, por el tiempo que nos regalamos juntos. Para ellos van dirigidas estas palabras de agradecimiento, y también, cómo no, para quienes otra vez han confiado en ese niño que soñaba con ser escritor; a mi editora, Clara, y a todo el equipo de Penguin Random House que ha vuelto a hacerlo posible; a mi agente, Sandra, por seguir ayudándome a que el sueño continúe.

No puedo olvidarme de quienes con su testimonio me ayudaron a perfilar esta historia, en especial aquellos maestros y maestras que hicieron de la enseñanza la vocación de sus vidas y de los que he aprendido tanto no solo como escritor, sino como docente.

Tampoco de ti, mamá, porque no hay un día que no recuerde cuánto brillaba la vida a tu lado.

Y por último, me dirijo a ti, lectora, lector, que sigues abriendo un libro que lleve mi nombre o te has topado con este (y que me haría mucha ilusión que me escribieras para contarme qué te ha parecido; mi correo electrónico es lacunadehalicarnaso@ gmail.com y en Instagram soy @joseanlucero, ¡espero tus palabras!). A todas estas personas —y me dejo muchas, estoy seguro—, va dirigido este ¡gracias! que sale de mi corazón.

Una historia de vocación, pasión y guerra que nos traslada a 1936 para que vivamos la magia de una de las profesiones más importantes del mundo: la de quienes nos abren las puertas del conocimiento y nos ayudan a cruzarlas por nosotros mismos.



Mayo, 1936. Una joven viaja a un pequeño pueblo de la sierra gaditana donde desempeñará, por primera vez, su vocación y profesión: la de maestra.

Eulalia —o Lali, como la llaman sus alumnos— se prepara para dar clase a un grupo de niños y niñas. Nerviosa, repasa los modernos principios pedagógicos que le han inculcado durante la República y que, poco después cuando estalle la Guerra Civil, la condenarán. Acusada de adoctrinamiento, es arrestada y no podrá volver al aula durante la dictadura, convirtiéndose en una de las víctimas de un proceso que afectó a un tercio del cuerpo docente de España. Hasta que treinta años después, una visita inesperada lo cambiará todo para Lali.

Este es el relato de una profesora sin alumnos que luchó durante toda una vida por volver a enseñar. Con esta novela, José Antonio Lucero, renombrado autor de *La vida en un minuto* y *La madrina de guerra*, rinde homenaje a su profesión y vocación, y nos demuestra que un buen maestro siempre lo será.

José Antonio Lucero (Rota, 1988) es profesor de Ciencias sociales y Lengua y literatura en Educación Secundaria. Licenciado en Historia y máster en Escritura por la Universidad de Sevilla, colabora con varios medios digitales como blogger y youtuber desde su canal *La cuna de Halicarnaso*, donde combina historia, cultura y docencia sin perder de vista las referencias a la cultura pop y a los fenómenos de masas.

En 2018 fue finalista del XXIII Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Además es autor de las novelas *La vida en un minuto* (Ediciones B, 2021) y *La madrina de guerra* (Ediciones B, 2022), así como de *Por qué los primeros emojis se escribían en arcilla* (B de Blok, 2021) y *¿De dónde ha salido todo esto?* (B de Block, 2022).

Primera edición: mayo de 2024

© 2024, José Antonio Lucero Martínez © joseantoniolucero.com
Autor representado por Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U., Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Diseño de portada: Lidia Vilamajó Fotografía de portada: composición a partir de imágenes de © Trevillion, © Arcángel y © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7668-7

Compuesto en www.acatia.es
Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La maestra

Primera parte. Una sustitución

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Segunda parte. Un silbido

- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Tercera parte. Un experimento

- Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Cuarta parte. Una esperanza
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo. Una clase
Capítulo 42
Nota del autor

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre José Antonio Lucero

Créditos